MARIANO F. URRESTI

LA TUMBA de VERNE

Hacia la inmortalidad y la eterna juventud

SUMA de letras

MARIANO F. URRESTI

LA TUMBA *de* VERNE

SUMA de Letras

Índice

Portadilla
Índice
Equipaje imprescindible para un viaje extraordinario
Parte 1
- Citas
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- La carta
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- La carta
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- La carta
- Capítulo 11
- La carta
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- La carta
- Capítulo 14

Parte 2
- Citas
- Capítulo 1
- La carta
- Capítulo 2
- La carta
- Capítulo 3
- La carta
- Capítulo 4
- La carta
- Capítulo 5
- Capítulo 6

Capítulo 7
La carta
Capítulo 8
Capítulo 9
La carta
Capítulo 10
Capítulo 11
La carta
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Epílogo
Nota final
Notas
Sobre el autor
Créditos
Grupo Santillana

EQUIPAJE IMPRESCINDIBLE PARA UN VIAJE EXTRAORDINARIO

«A eso de las seis de la tarde, el señor Jules Verne fue objeto de un inexplicable atentado en el momento en que entraba en su casa. Uno de sus familiares disparó dos veces contra él. La segunda bala le alcanzó en la pierna, y está alojada entre el pie y el tobillo» *(L'Écho de la Somme*, 12 de marzo de 1886).

«Uno de sus vecinos, el señor Gustave Frezon, que pasaba en esos momentos con su familia, acudió en su ayuda, mientras otras personas huyeron. El ruido también atrajo al criado de J. Verne. En un instante, el tirador fue desarmado y arrestado. Suponemos lo doloroso que tiene que haber resultado para el herido haber reconocido a su sobrino en el atacante. Gaston Verne, a quien quería mucho, padecía una enfermedad mental desde hacía meses. Empleado en el Ministerio de Asuntos Exteriores, Gaston Verne había regresado con su familia para curarse de una monomanía persecutoria que le aquejaba. Se le vigilaba de cerca y estaba bajo tratamiento desde hacía tiempo. Como parecía estar curado, su padre, Paul Verne, que vive en Blois, le dejó ir a París para asistir a una boda. El martes por la mañana desapareció y tomó, en la estación del Norte, el tren para Calais y Douvres. Durante el viaje tuvo la idea de bajarse en Amiens para hacer una declaración, según dijo. Dos veces se presentó esa tarde en el Círculo de la Unión, preguntando por su tío, y, al no encontrarlo, lo esperó en la puerta de su casa» *(Journal d'Amiens,*11 de marzo de 1886).

LA TUMBA DE VERNE

PARTE

1

«Esta historia no es fantástica, solo es novelesca.
¿Hay que concluir con ello que no sea verdadera, dada su inverosimilitud? Eso sería un error».
(El castillo de los Cárpatos)

«Soy el historiador de las cosas de apariencia imposible, pero que, sin embargo, son reales, indiscutibles».
(Aronnax, en *Veinte mil leguas de viaje submarino)*

1

Cuenca (España), 5 de noviembre de 2011

Era una tarde fría de noviembre. Una tarde fría y demasiado triste, pensó Ávalos mientras observaba su rostro ajado reflejado en el cristal de la ventana. Estaba aún más delgado que de costumbre. Algunos de los escasos cabellos lacios se indisciplinaban a la derecha del cogote. En aquel doble suyo que aparecía en el cristal no se apreciaba el tono rojizo del cabello, ni tampoco las manchas que la vejez había pintado en sus manos. Pero había cosas que el tiempo no había cambiado: seguía siendo un hombre alto, de rostro ovalado y mirada melancólica y azul.

Más allá del cristal de la ventana la calle Alfonso VIII se mostraba casi desierta. La tarde moría sobre ella y al sepelio apenas asistía un puñado de viandantes. Ávalos reconoció a dos vecinas de la calle Pilares arrebujadas bajo sus abrigos. Las mujeres caminaban hacia la plaza Mayor combatiendo al viento, que arrastraba alguna hoja seca.

Instantes después, junto al semáforo situado frente a La Alacena, justo donde la calle Alfonso VIII se estrecha mirando de cara a los arcos que sostienen el edificio que alberga el Ayuntamiento, se detuvo un vehículo oscuro. De él descendió un hombre que vestía un elegante abrigo negro. El desconocido se tocaba con un sombrero, algo que al viejo maestro de escuela le resultó a la vez gracioso y llamativo. Hacía mucho tiempo que no veía a nadie luciendo una prenda así. Y mira que a Ávalos le gustaban los sombreros. De hecho, su uso era una de sus excentricidades, aunque sin duda era la menor de todas ellas.

Siguió con la vista al hombre del sombrero, que pareció doblar la esquina en la calle Fuero. Su atención se centró entonces en el modo en el que la tarde emborronaba los colores amarillos, ocres y azules de las fachadas de los números impares de la calle. Los «rascacielos» de Cuenca[1] contemplaban impasibles el paso del tiempo.

¡El paso del tiempo!

Gerardo García Ávalos buscó con la mirada el tiempo perdido. Recorrió con los ojos aquella habitación atestada de libros en la que una enorme mesa de madera de nogal sostenía varias montañas de folios que, todos juntos, conformaban una cordillera sin nombre. Y en medio de los papelotes se erguía la vieja Olivetti, cuyas teclas, de tanto aporrearlas, habían dado una forma concreta a los dedos de Ávalos.

Las paredes estaban pintadas con un tono ocre claro. Sobre ellas se apoyaban estanterías y armarios llenos de libros. Había tantos libros que los muebles resultaban insuficientes para acogerlos y se desparramaban también por los suelos de madera y por las estrechas escaleras que conducían a las habitaciones inferiores. Uno podía encontrárselos igual en la cocina que en los dormitorios. Eran, ciertamente, una plaga contra la que Ávalos no pretendía luchar.

En los espacios que las estanterías dejaban libres en aquel estudio, alguien había colocado unas fotografías de los más variados tamaños en las que se ofrecían diversos ángulos de un monumento funerario. En los planos más amplios se observaba la tierra rojiza de un camposanto sobre la cual se alzaba aquel impactante grupo escultórico en el que toda la atención recaía de inmediato sobre la figura de un hombre que parecía rebelarse contra su destino y emergía de la tierra aún envuelto en su sudario y con la lápida sepulcral sobre la espalda. Con medio torso escapando de la muerte, huyendo del paso irreversible del tiempo, el hombre de mármol blanco alzaba la mano derecha al cielo en un gesto cuyo sentido se prestaba a toda suerte de interpretaciones. Ávalos no sabía si aquel hombre barbudo trataba de cubrir su rostro de la luz del sol o de la ira de Dios. Por otro lado, ¿era un gesto de protección o era un reto lo que proponía? Mientras, la mano izquierda se apoyaba firmemente en la roca para permitir el impulso del poderoso brazo. Se diría que el escultor había sorprendido al resucitado unas décimas de segundo después de iniciar su evasión y unas décimas de segundo antes de escapar definitivamente de la muerte.

Ávalos sintió sus doloridos dedos y admitió estar más lejos que nunca de la solución del enigma que proponían aquellas fotografías. En las últimas semanas las había estudiado durante horas con la esperanza de que el nuevo escrutinio le ofreciera la luz que anhelaba. Pero finalmente se había rendido, y estaba seguro de que solo un hombre podría ayudarlo en su búsqueda: el mismo que desde hacía tres meses había puesto en sus manos una información tan extraordinaria como, según el remitente, peligrosa. Una información que lo había conducido hasta la tumba retratada en las fotografías. Una información que llegaba en forma de cartas tan puntuales como discretas, sin remite, sin pistas, sin otra cosa que no fuera la impactante firma de su autor: Nemo.

El desconocido informador se había tomado muchas molestias para hacer llegar las cartas de modo que Ávalos no pudiera localizarlo. Cada semana aparecían en el buzón. El destinatario no sabía quién las traía, y eso que se había esforzado en vigilar (después de todo, estar jubilado tiene enormes ventajas, y una de ellas es poder gastar el tiempo en lo que a uno realmente le apetezca, aunque sea algo tan improductivo como acechar su propio buzón).

Pero, inesperadamente, la estrategia del autor de las misivas había dado un quiebro insólito en la última entrega. En la última carta, el misterioso Nemo indicaba a Ávalos una dirección en la cual encontrarse. Ya no habría más cartas, anunciaba. El relato que Nemo había compartido con Ávalos llegaba al final, y si cuanto le había sido revelado era tremendamente peligroso, según el peritaje del tal Nemo, lo que restaba por revelar

exigía una entrevista personal.

Ávalos sacó del bolsillo de su chaqueta de punto su preciado reloj Thos Russell & Son Liverpool. Miró la hora. Capellán no tardaría en llegar, se dijo, y él tenía aún que preparar varias cosas para la cena. Al pensar en ello, la nostalgia empapó su mirada azul y acarició con dulzura las dos tapas chapadas en oro del reloj. En una de ellas se leía la expresión latina *Tempus fugit*.

—El tiempo se escapa —murmuró traduciendo la frase grabada.

Sonrió levemente al recordar de qué manera había llegado a sus manos aquel reloj. Luego deslizó sus dedos por la cadenita, como si repasara las cuentas de un rosario. Después, buscó entre sus recuerdos los ojos negros de Alejandra, la única mujer a la que había amado, la mujer que fue su novia ante el altar en la única boda que Ávalos había celebrado. La misma mujer que murió cuando él estaba lejos de su lecho acechando las pistas que conducían a los sueños que había perseguido toda su vida; los sueños que, más que la singularidad de lucir sombreros y mirar el tiempo en un reloj de bolsillo, lo convertían ante los ojos de los demás en un tipo excéntrico.

El maestro jubilado rebuscó entre sus fuerzas las necesarias para ahuyentar las lágrimas, bajó por la estrecha escalera hasta la cocina y comenzó a trajinar en ella. Tenía previsto el menú desde hacía días, y ya por la mañana había preparado algunas cosas. Consistiría en un poquito de ajoarriero, un plato local típico a base de bacalao, patatas, pan rallado, ajos, huevos cocidos y aceite de oliva que a Alejandra le encantaba. Ella lo preparaba como nadie, según el gusto de Ávalos. Y de segundo, unas chuletas de cordero de la mejor calidad y cuyo condimento era un secreto de Estado que el maestro jamás revelaría. Y sí, claro que sabía que a Alejandra no le hacía mucha gracia la carne, pero qué se le iba a hacer.

Como postre le había comprado a la señora María Jesús, que regentaba La Alacena, un buen queso manchego que ella misma eligió entre el amplio surtido de su colmado. Sobre el vino no hubo dudas: descorcharía, como hacía siempre en la cena de cada 5 de noviembre, el mejor Valdepeñas que tuviera, aunque eso suponía olvidar las instrucciones que el médico le tenía dadas.

Eran las siete de la tarde y Capellán aún no había llegado. Por primera vez desde que lo conocía el viejo maestro se sentía incómodo con aquella visita. No había sabido decirle al periodista que prefería que pospusiera su encuentro, que el 5 de noviembre no era un día cualquiera. Pero quería a Capellán como si fuera el hijo que no había tenido, aunque gran parte de aquel cariño se debía al hecho de que su verdadera hija jamás le hubiese perdonado que no estuviera junto a su madre el día en que Alejandra falleció.

A pesar de eso, no sería justo quitarle sus méritos a Capellán, a quien Ávalos conocía desde hacía veinte años, cuando ambos coincidieron en uno de esos

extravagantes congresos organizados por gentes como ellos, tipos que aman el misterio más que sus propias vidas, buscadores de tesoros, rastreadores de pacotilla del Santo Grial, apasionados de la Sábana Santa o del supuesto espíritu atormentado que vaga por cualquier caserón remoto. Gente que vivía en un mundo aparte, capaz de dejarse arrastrar a cualquier vega perdida simplemente por la endeble pista que suponía el relato de un anónimo aldeano que decía haber visto una fantasmagórica luz en medio del páramo.

En la época en que ambos se conocieron Capellán era un joven estudiante de periodismo que escribía regularmente en revistas especializadas en temas de misterio, e incluso había publicado un ensayo exitoso. Por su parte, Ávalos era un investigador cuarentón sobradamente conocido en aquellos círculos de excéntricos, en los que era considerado una leyenda.

De manera que Ávalos apreciaba de verdad a Capellán porque ambos tenían mucho en común, o eso le parecía al viejo maestro de escuela. En cambio Alexia…

Era cierto que Alexia, la única hija que Alejandra y él tuvieron, lo visitaba ahora con más frecuencia después de que, ocho meses atrás, un infarto estuvo a punto de llevárselo para el otro barrio.

Alexia venía a menudo desde Madrid hasta Cuenca y reñía a su padre:

—Papá, no estás para vivir aquí tú solo, ¿no te das cuenta? —Y mientras hablaba miraba aquellas escaleras estrechas y severas que unían las diferentes piezas de la vivienda.

Él sonreía y negaba con la cabeza. Le hablaba del tío Tomás, del valor sentimental de aquella casa. Pero ella se enojaba aún más cuando le mentaba al tío Tomás.

—El tío Tomás no fue más que un vividor, un elemento que vivió del cuento toda su vida porque tuvo un puñetero golpe de suerte.

Y si él pretendía volverle a contar el modo en el que el tío Tomás se hizo rico, ella lo interrumpía. Conocía la historia desde hacía años porque Ávalos se la había relatado, pero ella no lo creía. Se había cansado de las historias fantásticas de su padre hacía mucho tiempo, desde que dejó de ser una niña.

Ávalos tenía mucho que agradecer al tío Tomás. Además de ser su padrino y regalarle de joven la primera Hispano-Olivetti que tuvo, el tío Tomás sorprendió a todo el mundo cediéndole en herencia aquella casa singular en el corazón mismo de Cuenca.

—Si no crees que sea cierto lo que te he dicho sobre cómo se enriqueció el tío Tomás, ¿tienes alguna explicación alternativa?

Alexia no podía responder. Pero no estaba dispuesta a admitir ni un relato más de los típicos de su padre.

La familia había sentenciado al tío Tomás mucho antes de que la propia Alexia naciera. Había tenido suerte, el muy bribón. Se le vio hasta el último de sus días acariciando el trasero de un par de muchachas de no más de veinte años cuyos gastos sufragaba a cambio de… Ávalos quería pensar que era a cambio de compañía, pues a

la edad en que el tío Tomás murió en la cama con las dos jacas flanqueándole no imaginaba que pudiera permitirse otros excesos. Y es que al tío Tomás se lo llevó el Señor con sus buenos ochenta y tres años a cuestas y una sonrisa beatífica en el rostro que fue objeto de las más variadas hipótesis.

—Deberías venirte a Madrid conmigo —insistía ella—. ¿Qué pintas aquí tú solo?

Él sabía que no podía mencionar nada sobre sus extravagantes ideas del Santo Grial y la catedral de Cuenca sin que su hija disparara toda aquella artillería suya cargada de razones y ciencias. Pero él llevaba gastada buena parte de su vida en aquella búsqueda, y había concluido que la solución al embrollo del mítico grial se encontraba allí, a un paso de su casa, en la catedral conquense.

Y si no podía mentar el Santo Grial ni tampoco compartir con ella las aventuras del tío Tomás, ¿cómo iba a hablarle a su hija de las cartas del misterioso Nemo? De modo que se limitaba a responder que le hacían bien los paseos por el camino de San Julián el Tranquilo, que aquellas vistas sobre la hoz del río Júcar eran media vida y un soplo de alegría para su corazón.

—¿Tu corazón? ¿Crees que le viene bien a tu corazón subir y bajar escaleras todo el rato? Ya no estás para esas caminatas que te dabas antes —le recordaba ella.

Pero él no cedía. Seguiría en la casa que heredó del tío Tomás y, mientras pudiera, caminaría por la sierra, una costumbre a la que había arrastrado a Capellán cuando el periodista lo visitaba. Y fue precisamente durante una de aquellas caminatas cuando resolvió el acertijo de la primera carta que Nemo le había enviado.

Sucedió cinco meses antes de aquel atardecer del 5 de noviembre. Por entonces, Ávalos había comenzado a espabilarse tras el infarto. Poco a poco había ido perdiendo el miedo y había recuperado el hábito de caminar por los alrededores de la ciudad. Cada día se sentía más fuerte, y cada día fue alejándose de su casa un poco más durante los paseos.

Aquella mañana de domingo Miguel Capellán lo acompañaba y le confesaba que seguía seco de ideas, que no se le ocurría nada que pudiera servir para una segunda novela. Habían transcurrido ya siete años desde que publicara su primera y única novela, la que lo aupó a los primeros puestos de ventas, la que momentáneamente llenó sus bolsillos, la que lo hizo viajar a Europa y América de presentación en presentación, la que se tradujo a varios idiomas y la que, mira tú por dónde, lo había enterrado como escritor. La chiripa de su propio éxito había desvelado la incapacidad de Capellán como novelista. Era una paradoja, pero no por ello era menos cierto. Capellán se sentía acabado.

—Tal vez lo tuyo no sea la novela —aventuró Ávalos.

Capellán arrastraba los pies junto al viejo maestro de escuela cuando llegaron a la fuente del Pórtland, cerca del Auditorio. En otros tiempos, Ávalos hubiera acometido

la subida al cerro del Socorro con paso firme, pero ahora no se atrevía. Como mucho, podía probar a llegar hasta el Parador Nacional y cruzar después el puente de San Pablo.

—¿Subimos hasta el puente? —preguntó a Capellán.

El periodista asintió maquinalmente con un leve movimiento de cabeza. La mirada perdida en el suelo, la mente rumiando la última frase que había pronunciado el viejo maestro. ¿Estaría en lo cierto Ávalos? ¿Y si resultaba que él, Capellán, tenía un concepto demasiado elevado de su propio ingenio?

—Mírame a mí —prosiguió Ávalos—: he escrito más de una docena de ensayos sobre enigmas históricos y no he vendido entre todos juntos ni cinco mil ejemplares, y aquí estoy, tan feliz.

Aquel era un pobre consuelo para Capellán, a quien le resultaba inexplicable que G. G. Ávalos —así firmaba sus libros el veterano autor— no hubiera tenido éxito con sus obras. No conocía a nadie que escribiera tan bien. Sus ensayos eran pequeñas obras de arte, ricos en datos, con cuidada prosa, de fácil lectura, exquisitamente estructurados y, sin embargo, Ávalos era un don nadie como autor. Solo era considerado como una eminencia, como un autor de culto, entre un reducidísimo grupo de amantes del misterio entre los que Capellán se encontraba desde hacía mucho tiempo, desde antes de que ambos se vieran por vez primera.

—Por ejemplo, ahora tengo entre manos una historia que tal vez podría servir para una novela —dijo de pronto el maestro jubilado—. Pero no sé cómo empezar, simplemente porque soy incapaz de saber si me asomo a la barandilla de la locura o de una aventura extraordinaria.

Capellán atiesó las orejas de inmediato y requirió más información. ¿En qué andaba metido Ávalos? ¿De qué estaba hablando?

Antes de llegar al puente de San Pablo el maestro se detuvo y tomó aire. Le temblaban las piernas y la luz del mediodía hería sus ojos. El aire olía a encinas, a sabinas y a rosales silvestres. Frente a ellos las Casas Colgadas[2] desafiaban la lógica y se burlaban del miedo. Ávalos hurgó en uno de sus bolsillos, sacó un papel doblado, lo desdobló con cuidado y se lo mostró a Capellán. El periodista miró la primera carta de Nemo y luego alzó los ojos buscando una respuesta en los de Ávalos. El maestro se encogió de hombros y el periodista regresó al papel:

HBGNTXNQGXTIKPMWQBRBPIDPWYPZRFLRCYNZKKDD
ZOAKSNSBZPGDMQAONMDQWBQODJAKQVIBAPAMHYWL
RMNXNQGXTIKPMWQBAPRVBFBOYTQBYFZDQXQKRZRL
NLCGLXULPNDZNBRJCBFSCMMB

¿Quién diablos había escrito aquel galimatías? ¿Qué significaba aquella charada? ¿Quién era el tal Nemo que firmaba la nota?

—El único Nemo que yo conozco es el personaje de Verne —dijo al cabo de unos

segundos Capellán.

Ávalos asintió en silencio. Sus ojos se perdieron en el fondo de la hoz del Huécar y sostuvo el órdago del vértigo que producía aquella visión antes de responder.

—Alguien dejó eso dentro de un sobre en mi buzón hace unos días. —Sus palabras se perdieron en el fondo del barranco—. Te aseguro que he releído de un tirón estos días *Veinte mil leguas de viaje submarino*[3] y *La isla misteriosa*[4], que son las dos novelas donde el personaje de Nemo aparece, pero sigo igual de desorientado.

—¿Por qué cree que le han mandado este mensaje? ¿Qué tiene que ver usted con Verne?

—Le he dado muchas vueltas a eso. Como sabes, he publicado en varias ocasiones artículos sobre Verne. De hecho, hace unas semanas escribí uno para una revista sobre la vida amorosa de Julio Verne. Pero no sé qué puede tener que ver con esta carta. —Cogió el papel de entre los dedos de Capellán, lo dobló con delicadeza y lo guardó en el mismo bolsillo de donde lo había sacado minutos antes. Después, echó a andar con paso firme por el puente de San Pablo. Capellán lo seguía como un perro faldero.

—¿Vida amorosa? ¿Qué clase de amores? —El periodista miró al maestro de escuela con admiración. Aquel hombre era una fuente inagotable de sorpresas. ¿Qué más cosas insólitas sabía Ávalos? ¿Qué más podía plagiarle Capellán?

Ávalos le prometió que de regreso a casa le dejaría leer el artículo de marras, pero insistió en que no veía qué relación podía tener con la misteriosa nota. A lo que Capellán respondió con un silencio primero y con una frase de compromiso después que resultaría a la larga clave en todo aquel embrollo.

El periodista imitó al veterano escritor y miró al fondo del barranco desde el puente. El impactante corte vertical en las rocas lo asustó y dijo:

—Si nos precipitáramos desde aquí solo un milagro nos salvaría. Y, ya puestos a pedir aventuras, podríamos caer en una barca, en una balsa o algo así para navegar un rato. Algo muy del gusto de Julio Verne.

Ávalos se giró y lo miró de arriba abajo. Y, cuando estaba a punto de decir lo idiota que le parecía el comentario, se contuvo. Si Capellán hubiera sido tan perspicaz como siempre creía ser se hubiera dado cuenta de que una idea había prendido en aquel mismo instante en la mente del viejo escritor. Pero Capellán, como tantos otros que habían copiado literalmente muchos párrafos de los libros escritos por Ávalos sin tener la decencia de citarlo, que habían plagiado su estilo, que se presentaban como lo que nunca habían sido pues ninguno de ellos había pateado media Europa a golpe de calcetín buscando todos aquellos enigmas que luego encerraba en libros que apenas se vendían, no le llegaba a la suela del zapato al maestro de escuela jubilado.

2

Habían pasado cinco meses desde que Ávalos, durante aquel paseo con Capellán, sintiera el vértigo de su descubrimiento. Un vértigo muy alejado del que provocaría a cualquiera mirar al fondo de la hoz del Huécar desde lo alto del puente de San Pablo. Habían pasado cinco meses desde que creyó ser capaz de descerrajar el candado con el que el misterioso Nemo había protegido su primera carta.

En el presente que vivía en aquel atardecer del día 5 de noviembre, mientras disponía sobre su mejor mantelería la cubertería para dos con la que Alejandra celebraba las grandes ocasiones, el maestro de escuela desviaba de vez en cuando su mirada triste desde los platos hasta el tramo de la calle Alfonso VIII que dominaba desde su domicilio. Tenía gracia, pensó, que de nuevo Capellán estuviera a punto de aparecer esa tarde como un estorbo, como una incómoda visita que desconoce que interpreta ese papel.

Aquella misma mañana el periodista había anunciado por teléfono su intención de visitarlo, y Ávalos no encontró las palabras oportunas para decirle que no, que mejor dejara el paseo desde Madrid hasta Cuenca para otro día, que el día 5 de noviembre era muy especial, y que casi siempre tres son multitud. Pero perdió su oportunidad en uno de esos escasos momentos en que Capellán guardó silencio (una tregua insólita, pues Capellán apenas lograba estar callado treinta segundos).

Ávalos sospechaba que cuando su amigo llegara lo incomodaría con preguntas sobre quién era el segundo comensal que esperaba para la cena. El maestro temía tener que responder. Cualquier otro hubiera sido lo suficientemente discreto como para no hacer esa pregunta al ver aquella mesa dispuesta para dos, pero sabía que Capellán no lo era, y se interrogaba a sí mismo en ocasiones sobre si todos los periodistas eran exactamente igual de metomentodo que Miguel Capellán.

Aquella otra mañana ya lejana, la mañana en que sobre el puente de San Pablo el comentario infantil de Capellán activó el ingenio de Ávalos, el maestro también deseó estar solo de inmediato, quitarse de encima al inoportuno acompañante e iniciar la inmersión en la teoría que lentamente iba dando forma mientras subían por la calle Canónigos buscando la protectora sombra de la catedral. Pero también entonces Capellán se interpuso entre él y su deseo de confirmar su teoría cuanto antes, porque al pasar junto a la taberna El Botijo el periodista se empeñó en invitarlo a un aperitivo.

—Te lo agradezco, de veras, pero aún no tengo hambre —argumentó Ávalos tratando de zafarse del imprevisto obstáculo.

Pero la verborrea de Capellán hizo que sus débiles protestas apenas fueran escuchadas. Que no, hombre, que no, insistió el periodista mientras colocaba unas sillas para que ambos tomasen asiento bajo una sombrilla al tiempo que, con presteza, alzaba la mano solicitando la presencia del camarero.

Una ración de pisto y otra de ajoarriero después, ambas mojadas con dos cañitas de cerveza, Ávalos creyó verse libre al fin tras abonar la cuenta (lo habitual, pues Capellán mostraba siempre inclinación a invitar para que otro pagara), pero no fue así. Resultó que la cerveza refrescó la memoria de Miguel y cuando pasaban bajo los arcos del Ayuntamiento arruinó las esperanzas del maestro.

—Ya que estamos medio comidos y ando sin prisas, a lo mejor me subo a su casa para echarle un ojo a ese artículo suyo sobre los amoríos de Verne.

Ávalos se agarró a un bastón invisible para no caerse y durante unos segundos deseó tener en verdad una cachaba a mano para romperla sobre el lomo de su irritante compañía, aunque era muy probable que ni siquiera a garrotazos se lo quitara de encima. De manera que unos minutos después estaban los dos en el estudio de Ávalos. Este, impaciente por quedarse solo, movía y removía papeles de un lado a otro de la mesa de nogal; el otro, sentado en el sillón de lectura de su anfitrión, devoraba aquel artículo tan bien escrito como insólito en su contenido.

De vez en cuando, Capellán levantaba la vista y posaba sus ojillos azules miopes en Ávalos, pestañeaba y volvía a enfrascarse en las páginas de la revista. El maestro aguardaba el fin de aquella lectura con ansiedad. Estaba seguro de que Capellán sería incapaz de establecer la relación que a él se le había venido a la cabeza entre uno de los episodios que se narraban en el artículo, el comentario que el propio Capellán había hecho sobre la hoz del Huécar y la hermética misiva firmada por Nemo.

Y resultó estar en lo cierto. La lectura de Capellán no fue más allá de lo que tenía delante de sus narices: que Jules-Gabriel Verne Allotte (el articulista escribía el nombre del novelista en su versión francesa) tuvo una vida amorosa más agitada de lo esperado. Una vida sentimental a la que algunos biógrafos dan comienzo con la pasión que, afirman, un Verne quinceañero sintió hacia su prima Caroline Tronson, hija de la hermana de su madre. La muchacha fue la inspiración para varios poemas[5], amén de ser la primera que quebró el corazón de Jules al casarse con un petimetre negociante llamado Émile Dezaunay.

El segundo desengaño, pudo leer Capellán, se llamó Herminie, una muchacha cuatro meses más joven que Jules a la que él dedicó un puñado de poemas abominables[6]. Pero aquellos versos infantiles y edulcorados no sirvieron de nada ante la inflexible postura del padre de Herminie, un ricachón terrateniente que la llevó del brazo al altar para casarla con alguien de más pedigrí que el hijo de un simple procurador, como era Pierre Verne, el padre de Jules.

Capellán alzó de nuevo los ojos para buscar los de Ávalos al enterarse de que

Verne, siendo estudiante de Derecho en París, exhibió una jocosa militancia contra el matrimonio engrosando las filas del llamado Club de los Vírgenes Necios (o Los Once sin mujeres). Descubrió que en aquella singular hermandad Jules destacó como autor de poemas picantes. Pero aquella soltería suya se quebró de la noche a la mañana tras asistir en Amiens a la boda de un amigo suyo llamado Auguste Lelarge. El artículo recogía el impacto que causó en Verne aquella ciudad situada a unos cien kilómetros al norte de París, así como la fiebre que de pronto le entró al futuro escritor por casarse. Aquellos pensamientos los compartió con su madre en una carta fechada el 24 de mayo de 1856, cuyo principal meollo, naturalmente, citaba Ávalos[7]. Y así fue como de una boda salió otra boda.

Ávalos explicaba en aquel artículo que el amigo de Jules había contraído matrimonio con Aimée de Viane, que tenía por hermana a una joven viuda de muy buen ver llamada Honorine de Viane. La muchacha deslumbró al joven Jules, y él hizo lo que mejor se le daba: escribir una carta sobre el caso[8]. Ni siquiera el hecho de que Honorine tuviera dos hijas (Suzanne y Valentine) amedrentó a Verne. ¡Quién lo hubiera dicho unos meses antes, cuando Jules se burlaba del matrimonio junto a los demás Vírgenes Necios!

No han faltado estudiosos que han visto en la súbita conversión del joven Verne el deseo de asegurarse gracias a la joven viuda una estabilidad económica que le permitiera escribir. Pero lo cierto es que no fue así. Antes al contrario, se procuró un nuevo oficio: corredor de Bolsa. Y para ello debió de contar con la colaboración del hermano de la novia, Ferdinand de Viane, que ejercía esa profesión en París, y con la de su propio padre, a quien Verne solicitó apoyo financiero para poner en marcha su nueva vida laboral[9].

Según Capellán leyó en aquella revista, el 10 de enero de 1857, con veintinueve años, Verne fue directo al matadero. Y se cuenta que, con el propósito de escapar de las chanzas y pullas de sus antiguos correligionarios del ya citado club de solterones, Verne hizo correr rumores contradictorios sobre el lugar del enlace.

Al parecer, la treta surtió efecto y los conocidos de París fueron a Amiens, y los de Amiens a Nantes. Pero el único que no pudo huir fue el propio interesado, a quien se vio camino del Gólgota, colina lúgubre esta que aquel día adoptó la caprichosa forma de la alcaldía del tercer distrito de París, donde tuvo lugar la parte civil del ritual, y luego el semblante torvo de la iglesia de Saint-Eugène.

El artículo recogía algunos detalles curiosos sobre aquella boda, como el hecho de que el padre de Verne se enojara profundamente porque la ceremonia no solo se redujo a un puñado de invitados, sino que su hijo osó aparecer luciendo un frac blanco y guantes negros. Por su parte, Honorine acudió adornada con un vestido con cuello de encaje.

En los retratos de la boda, atribuidos por algunos biógrafos al fotógrafo Delbarre, los contrayentes aparecen por separado. El joven abogado luce una hermosa barba con

la que, tal vez, pretendía ocultar las huellas que había dejado en su rostro el violento tratamiento que le aplicaron para combatir las parálisis faciales que padeció en sus tiempos de estudiante parisino[10]. En cuanto a Honorine, podemos decir que se muestra demasiado reflexiva en las instantáneas, como si no estuviera segura de haber hecho lo correcto al casarse por segunda vez.

Y tal vez el presentimiento de Honorine fuera cierto. Las novelas de Verne están repletas de hombres solteros. Sus héroes en pocas ocasiones se ven atrapados por el lazo del compromiso matrimonial. Ahí estaba el caso, recordaba el artículo, de Clovis Dardento, cuyo nombre da título a una de las obras de Jules Verne[11], a quien se describe como un soltero para quien «jamás la luna de miel se hubiera levantado en el horizonte». Y no quería decir eso que no le gustasen las mujeres. De hecho, no han faltado exegetas que han visto un juego de palabras sexual en el apellido del personaje («dardo ardiente») .

¡Y qué decir del maestro Antifer![12], de quien Verne escribe que, siendo un solterón empedernido, se vio puesto ante el «paredón del matrimonio». Y no eran los únicos personajes vernianos que emergían como solterones militantes. Todo el mundo recuerda al impagable Passepartout de *La vuelta al mundo en ochenta días[13]*, quien al saber de las costumbres de los mormones lamentó profundamente la suerte de los hombres de esa confesión, los cuales podían verse terriblemente rodeados por varias esposas.

En el fondo, parecía que Verne no estaba cómodo en el matrimonio y expresaba esas dudas en sus novelas. Tal vez por eso en el futuro se encerraría durante horas en su guarida, en su estudio de escritor, o se haría a la mar en su barco.

Pero ¿eso era todo? ¿Dónde estaba la chispa de lo inesperado en aquel artículo cuya lectura entretenía a Capellán para desesperación de Ávalos?

En realidad, la gracia venía después de aquel matrimonio que dio por único fruto un hijo al que llamaron Michel Jean Pierre Verne y que asomó su nariz al mundo en la noche del 4 al 5 de agosto de 1861, cuando Jules tenía treinta y tres años. La parte interesante del artículo, la que más veces hizo levantar la mirada de Capellán en busca del rostro de Ávalos, tenía que ver con las diferentes teorías sobre los amores secretos del creador del capitán Nemo. Como, por ejemplo, la supuesta relación extramatrimonial con una tal Estelle Duchesne, a quien algunos biógrafos de Verne atribuyen la decisión que tomó el escritor en 1865 de mandar a Honorine y a sus hijas a Le Crotoy, una aldea de la bahía del Somme que la familia frecuentaba. Mientras ellas estaban allí, él iba a París periódicamente, tal vez porque Estelle estaba enferma (y de hecho falleció en diciembre de aquel año). Incluso algunos han pretendido ver en ella la fuente de inspiración en la que Verne bebió para crear el fascinante personaje femenino de *El castillo de los Cárpatos[14]*.

El segundo dato insólito que se encontró Capellán fue la especulación sobre pederastia que planeaba como una sombra sobre Verne.

No faltan quienes recuerdan que las mujeres no tienen apenas protagonismo en las

novelas del bretón, y de ahí han deducido una posible homosexualidad que ejemplifican en una supuesta relación con el político Aristide Briand cuando este no era más que un joven compañero de estudios de Michel, el hijo de Verne, en Nantes[15].

El último episodio que recogía el artículo era una historia fascinante protagonizada por una rumana llamada Luise Teutsch-Müller. Se contaba que había llegado a Amiens del brazo de un acaudalado suizo alemán, que tenía alrededor de treinta años y que a todos los hombres dejaba boquiabiertos. Y, para suerte de Jules, resultó que era amiga de Suzanne, una de las hijas de Honorine.

Probablemente nunca se sabrá si Verne, que frisaba por entonces la cincuentena, tuvo algún lío de faldas con ella, pero no faltan opiniones que la hacen competir con Estelle Duchesne como fuente de inspiración para el personaje de La Stilla, o incluso para una rumana llamada Zinca Klork que se menciona en la novela *Claudio Bombarnac[16]*.

Pero lo mejor era la historia con la que Ávalos cerraba su escrito. Al parecer, se contaba que Luise regresó a Bucarest para dar a luz a una niña a la que llamaron Eugénie Jeannette. Y se añadía que siendo una quinceañera Eugénie regresó a Amiens con el propósito de estudiar enfermería. Y como quiera que en Bucarest era conocido que su madre se enorgullecía al mostrar a las visitas cuatro maquetas de barco que, aseguraba, le había regalado Jules Verne, el afamado novelista, muchos se hicieron en voz alta la siguiente pregunta: ¿sería posible que Verne hubiera tenido relaciones en secreto con aquella mujer y que ella hubiera concebido una hija?

Cuando Capellán concluyó la lectura del artículo estaba muy lejos de suponer que aquel interrogante era el menos extraordinario de cuantos adornaban la vida de Verne. El periodista levantó la nariz y con ella hicieron lo propio sus lentes de diseño. Había admiración en su mirada cuando tropezó con los ojos de Ávalos.

—Usted nunca dejará de sorprenderme. —Por un instante deseó levantarse de aquel sillón, coger el cuello del maestro entre sus manos y exigirle, bajo la amenaza de estrangularlo sin más preámbulos, que le contara todo lo que sabía no solo sobre Verne, sino sobre las miles de historias seductoras que aquel viejo parecía guardar bajo llave—. Y qué casualidad que al poco tiempo de publicarse este artículo le envíen a usted esa nota incomprensible firmada por alguien que dice ser Nemo, ¿no cree?

Ávalos había dejado de mover los papeles que tenía sobre la mesa y luchaba por contener su deseo de comprobar de inmediato si la idea que había tenido en el puente de San Pablo serviría para destripar la nota de marras, pero para entregarse a ese ejercicio era imprescindible no cometer ningún error en la respuesta a la pregunta que le acababa de formular su acompañante. Debía lograr que Capellán se marchara cuanto antes, para lo cual era preciso medir muy bien qué decir a ese comentario. Tras unos segundos de reflexión eligió las siguientes palabras:

—Para ser sincero, no me cabe la menor duda de que una cosa y otra están relacionadas. —Carraspeó suavemente antes de añadir—: Aunque tal vez sea la típica broma de alguno de esos adalides de la mal llamada ciencia que acostumbran a sembrar de trampas nuestras investigaciones para que cometamos alguna torpeza. No sería la primera vez, como bien sabes.

Por supuesto que Capellán lo sabía. Sabía que bajo el paraguas de la ciencia se ocultaban en ocasiones inquisidores dispuestos a sembrar en Internet o en cualquier gacetilla de poca monta la chanza y el desprestigio sobre quienes, como él o como Ávalos, se dedicaban a la caza y captura del misterio. De acuerdo, era cierto que muchos de los artículos que él mismo había escrito no resistían el menor análisis serio y que le había puesto en bandeja muchas veces a sus críticos el que pudieran fusilarlo en cualquier blog, pero no era menos verdad que resultaba patético que aquellos tipos consumieran buena parte de su vida en acechar los errores ajenos.

—Si al menos les importara de verdad la ciencia —comentó Capellán.

—Debe de ser triste carecer de luz propia y que el mundo sepa de tu existencia solo porque reflejas pálidamente la luz que emiten aquellos a los que criticas —sentenció Ávalos.

No obstante, la posibilidad que había avanzado el veterano escritor de que tal vez aquella carta fuera el cebo lanzado por algún crítico para ver si el maestro jubilado metía o no la pata dando a conocer alguna teoría delirante de las suyas en las páginas de cualquier revista logró el propósito que Ávalos perseguía cuando hizo aquel comentario. Sabía que Capellán había sido corneado en varias ocasiones por algunos de aquellos personajillos que vigilaban cada línea de sus reportajes buscando los errores que, inevitablemente, todos cometemos en mayor o menor medida.

—¿Sabe lo que le digo? —Capellán se levantó del sillón, miró a su alrededor y dirigió el resto de su reflexión a las montañas de libros que dormitaban en las estanterías de Ávalos—. ¡Que les den por el culo a los inquisidores! ¡Que se jodan y sigan viviendo sus patéticas vidas! —Se ajustó las lentes sobre la nariz, se pasó la mano por el cabello rubio y revuelto, y anunció—: Debo marcharme. Se me ha hecho tarde. Al menos ya voy comido.

Ávalos sonrió imperceptiblemente. El miedo a que todo aquello fuera una trampa urdida por los críticos había espantado a Capellán, como había supuesto.

—De todos modos, ya me contará si encuentra usted algo en ese papel.

El maestro le dijo que sí, que por supuesto sería el primero en saberlo. Instantes después, despidió a su visitante, cerró la puerta y se sintió al fin a solas con su idea.

Sin perder un solo segundo, regresó a su estudio y rebuscó entre los libros que había consultado para elaborar aquel artículo sobre los amoríos conocidos y supuestos de Julio Verne. Aquel comentario pueril de Capellán mientras cruzaban el puente de San Pablo le había hecho recordar algo que había leído durante el proceso de recopilación de información sobre el Verne adolescente. «Si nos precipitáramos desde aquí solo un milagro nos salvaría. Y, ya puestos a pedir aventuras, podríamos caer en una barca, en

una balsa o algo así para navegar un rato. Algo muy del gusto de Julio Verne», había dicho Capellán mientras miraba al fondo del barranco. «Una barca, una balsa o algo así para navegar», repetía para sí Ávalos mientras trajinaba con los libros. «Algo muy del gusto de Verne». Y de pronto lo encontró: allí estaba lo que buscaba.

Verne había nacido a las doce de la mañana del 8 de febrero de 1828 en el casco antiguo de Nantes, en la llamada isla de Feydeau[17], así conocida porque se trataba de un grupo de edificaciones que se alzaban en medio de los brazos que el curso del río Loira dibujaba a su paso por la ciudad. Se diría una pequeña ciudad construida sobre bancos de arena y separada del resto de Nantes por lenguas de agua dulce.

El joven Verne se pasaba días enteros contemplando los barcos, curioseando por los muelles de una ciudad que, a pesar de estar situada a cuarenta kilómetros del océano, tenía una enorme actividad portuaria gracias a la profundidad y anchura del Loira a su paso por ella. El llamado «comercio triangular», que no era sino un eufemismo con el que se trataba de disimular el comercio de esclavos, tenía en Nantes su punto fuerte[18].

Ávalos leyó apresuradamente, buscando la mención exacta que las palabras de Capellán le habían hecho recordar. Repasó cómo la fascinación de Verne por los viajes lo llevó a idear siendo niño el proyecto de navegar por el Loira en una endeble embarcación que terminó por hundirse y él ganó a duras penas un islote de arena en medio del río. Desde entonces, la pasión del muchacho por el mito de Robinson no tuvo límites y lo utilizó en numerosas novelas.

Pero lo que le interesaba a Ávalos era una frase que había leído en aquellos libros en la que se mencionaba que tal vez el hecho de haber nacido en medio del río, o haber naufragado en él, habían sido la inspiración para algunos de sus relatos en los que las embarcaciones tenían papel estelar. La isla de Feydeau, leyó al fin, no era sino una gigantesca jangada.

—¡Dios bendito! —exclamó Ávalos—. *¡La jangada!*

Se levantó con más agilidad de la que se suponía en un hombre de su edad que se recuperaba aún de un infarto y se acercó a una de aquellas estanterías repletas de libros. Sus dedos huesudos acariciaron el lomo de varios tomos hasta detenerse en uno de color rojo.

La jangada. 800 leguas por el Amazonas[19]. Al maestro le temblaban las manos cuando abrió las páginas de aquella novela publicada en 1881. Si Capellán hubiera sido tan inteligente como creía ser, habría caído en la cuenta de qué tenía que ver aquella historia con la nota firmada por el misterioso Nemo.

La aventura escrita por el novelista bretón aparentemente no guardaba relación con el caso, pues comenzaba el 4 de marzo de 1852 en los grandes bosques del Alto Amazonas. Sin embargo, un lector avezado hubiera podido ver la sombra de Edgar Allan Poe, uno de los autores más admirados por Verne, desde las primeras líneas, cuando aparece un simio, un guariba, que roba una cajita metálica a Torres, el malvado

protagonista de la historia. Aquel guariba era el primer homenaje que Verne hacía a Poe en *La jangada*, pues el simio recordaba el papel estelar que otro animal de la misma especie tuvo en *Los crímenes de la calle Morgue*[20].

El segundo y gran homenaje a Poe tenía que ver con los textos escritos utilizando enrevesadas claves, una literatura que Poe había llevado hasta la excelencia en *El escarabajo de oro*[21]. Ávalos había subrayado en su momento algunas frases de la novela que ahora tenían para él un nuevo significado: «Los textos cifrados viene a ser como las cerraduras de los grandes bancos, que admiten incontables combinaciones». Una frase que alcanzaba todo su sentido cuando los protagonistas descubren, tras muchas peripecias entre las que se incluía un viaje increíble a bordo de una jangada por el Amazonas, que aquella caja contenía un mensaje absolutamente incomprensible. Y, ante su desesperación, entienden que solo descifrando aquel galimatías podrían salvar la vida de Juan Garral, protagonista de la novela que había sido condenado a muerte por un crimen que no había cometido.

De una manera aparentemente fortuita, un barbero llamado Fragoso da la pista al juez Jarríquez, aficionado a los criptogramas, para resolver el misterio.

Al contemplar el críptico mensaje de *La jangada* y cotejarlo con el que él mismo había recibido, Ávalos abrió los ojos desmesuradamente. Tomó un folio en blanco y dispuso sobre él las letras del abecedario excluyendo la *Ñ*, pues esta no existe para los franceses y presumió que el desconocido Nemo habría seguido punto por punto el método que Verne había empleado en su novela.

«Vamos a ver si tengo la misma suerte que el juez Jarríquez», se dijo Ávalos mientras comenzaba a trabajar del mismo modo en que lo hacía el personaje verniano.

Cuando la suerte de Juan Garral parecía perdida, de manera fortuita el juez obtuvo en aquel enjambre de letras sin sentido un apellido: Ortega. Luego, lo aplicó al final del texto, en el lugar donde suponía iría la firma del autor del mismo. De modo que la cosa quedó así:

S U V J H D
O R T E G A

—Lo que hizo el juez Jarríquez fue contar hacia atrás para descubrir cuántas veces debía hacerlo para llegar desde la S hasta la O —dijo en voz alta Ávalos al tiempo que marcaba con un lapicero las letras del abecedario que había escrito en el folio. Así comprobó que la letra O era la cuarta si se contaba hacia atrás desde la S. Después, repitió igual operación con las demás hasta que tuvo una serie de seis números, y los pronunció orgulloso—: 4 3 2 5 1 3.

Siguiendo aquel sistema, aplicándolo a cada grupo de seis letras, Jarríquez descifró el mensaje en *La jangada*, y Ávalos se dispuso a comprobar si era cierta su corazonada. De modo que emuló a Jarríquez y agrupó el texto de Nemo en bloques de seis letras. A continuación, contó hacia atrás el número de veces que correspondía a

cada letra (4 para la primera; 3 para la segunda; 2 para la tercera; 5 para la cuarta; 1 para la quinta, y 3 para la sexta), para ver su equivalente en el abecedario. Al cabo de unos minutos, sus ojos azules sonrieron. Creía haber superado el reto que le proponía su desconocido confidente:

LEI SU A — RTICUL — O SOBRE — VERNE. S — ABRE SI — PUEDO C — ONFIAR — EN USTE — D SI INT — ERPRET — A ESTE M —
ENSAJE. — ESCRIB — A OTRO A — RTÍCUL — O SOBRE —
ESTA CI — FRA Y RE — CIBIRÁ — UN TESO — RO: EL MA — YOR SEC — RETO DE — J VERNE

Cualquier otro que no fuera Ávalos habría pensado que todo aquello era una broma estúpida. Pero a él no le pareció obra de ninguno de los lamentables personajes que pretendían dar sentido a sus vidas siendo los vigilantes de los escritos del prójimo. Algo en su interior le dijo que no estaba ante la charada diseñada con mala fe por un mal nacido. Un estremecimiento muy familiar para él salió a su encuentro. Una inquietud que cualquier otro no habría sabido interpretar correctamente. Pero él sí.

Aquella excitación solo la habría podido ignorar alguien que, al contrario que Ávalos, no hubiera tenido una biblioteca repleta de obras sobre templarios, lugares donde presuntamente reposa el Arca de la Alianza, cábala, astrología, profecías, caprichosos círculos aparecidos en los campos de cereales de Gran Bretaña, parajes donde se puede sentir terror, las más extraordinarias conspiraciones históricas de todos los tiempos, casas encantadas o platillos volantes en la antigüedad. Alguien así, alguien como Ávalos, que creía a pies juntillas que las claves para encontrar el Santo Grial estaban ocultas en la catedral de Cuenca, no habría dudado en que el destino le había puesto tras una pista extraordinaria, y se prometió a sí mismo que la seguiría hasta el final.

Fue así como decidió ponerse manos a la obra de inmediato y seguir el dictado que le marcaba aquella nota ahora ya no tan hermética. Un par de días después tenía terminado un nuevo artículo que no tardó en publicarse en la misma revista en la que habría aparecido su reportaje sobre los amores de Verne. En esta ocasión, su prosa descubría para el lector la influencia que Edgar Allan Poe había tenido en la literatura del bretón, además de hacer un atinado análisis de los mensajes crípticos con los que con frecuencia se iniciaban las novelas vernianas, y deteniéndose especialmente en describir los vínculos entre *La jangada* y *El escarabajo de oro*.

Tres días más tarde de la publicación del artículo un anónimo mensajero dejó en el buzón de Ávalos la primera entrega de un insólito documento, un testimonio que, de ser cierto, arrojaba luz sobre rincones oscuros de la biografía de Verne. La información no iba cifrada, pero sí aparecía en el sobre la misma desconcertante firma: Nemo.

Lo que aquellos documentos revelaban, pensó Ávalos, no podía ser una invención. Lo que el tal Nemo le enviaba tenía que ser cierto. Debía serlo.

Para alguien como Ávalos fue sencillo creer tal cosa, pues estaba convencido de que

la gente común vivía en un mundo irreal, aunque en su ceguera pensaban que el loco era él; él, que andaba buscando la Mesa de Salomón en pasajes subterráneos de Toledo, que creía que los canteros medievales habían ocultado en sus símbolos gremiales pistas de un gigantesco acertijo y que existían poderes ocultos que dirigen nuestras vidas.

Una persona diferente se hubiera interrogado sobre la autenticidad de aquella información antes de dejar volar su imaginación. ¿Quién podía probar que lo que allí se refería era cierto y no pura invención de un loco o un bromista?

Ávalos se saltó esa parte y abrazó la idea de que estaba ante una historia extraordinaria. Pero ¿cómo podía dar a conocer al mundo la increíble información que Nemo ponía en sus manos sin parecer aún más loco de lo que ya se presuponía que era? Fue entonces cuando desestimó el ensayo. Había que hacer correr la voz de un modo más sutil, y la mejor manera era que todo pareciera una simple fantasía, exactamente igual que hizo Verne. Quien tuviera ojos para ver vería, decidió. Y así fue como por vez primera en su vida Gerardo García Ávalos se lanzó a la aventura de escribir una novela.

Desde entonces, todas las semanas, puntualmente, alguien dejaba en su buzón la nueva entrega de la información que Nemo le confiaba. Pero la gran sorpresa había llegado en la última carta, en la que su confidente le anunciaba que ambos corrían un gran peligro y que lo había elegido a él, a Ávalos, porque sabía de su pasión por el conocimiento de episodios históricos sin resolver. Al parecer, quienquiera que fuera Nemo, sabía muchas cosas sobre Ávalos, sobre su pericia como investigador y sobre su probada honestidad. Por esas razones, Nemo había decidido confiarle cuanto sabía. Se trataba de una información peligrosa, y advertía sobre la existencia de personas muy influyentes que no permitirían que aquella historia saliera a la luz. Debían verse personalmente para entregarle en mano el último capítulo del relato, la clave de bóveda con la que descubriría cuál era realmente el secreto que Jules Verne ocultó durante buena parte de su vida. Había llegado la hora, le anunciaba Nemo, de que supiera leer lo que ocultaba la tumba de Julio Verne.

Ávalos miró una vez más hacia la calle Alfonso VIII, totalmente untada ya de oscuridad. El viento arreciaba y no había apenas peatones. Pasó un coche en dirección a la plaza Mayor, vio a una mujer entrar en La Alacena, y por la acera opuesta —la de los números impares— pasó de nuevo el hombre del sombrero que le había llamado la atención minutos antes, pero entonces Ávalos vio a Capellán subir calle arriba y olvidó al desconocido.

Miró el reloj de bolsillo. Las ocho de la tarde. A Ávalos le gustaba cenar pronto, y temió que esa costumbre, precisamente en un día tan señalado para él como el 5 de noviembre, se tambalease con la verborrea de Miguel Capellán.

3

El viento hería la cara de Capellán mientras subía por la calle Alfonso VIII.

En los últimos meses había convertido en un hábito conducir desde Arganda del Rey hasta Cuenca. Si le preguntasen por qué hacía aquel trayecto de poco más de una hora con tanta frecuencia, seguramente respondería que tras el infarto que sufrió Ávalos estaba preocupado por su salud, que lo admiraba y lo respetaba, que se sentía obligado a velar por el viejo maestro de escuela. Es posible que Capellán añadiera algunas razones más, todas ellas bien medidas y pensadas. Seguramente recordaría que admiraba al hombre que firmaba sus libros como G. G. Ávalos desde que era un niño, desde que empezó a leer sobre enigmas y misterios. Se trataba de libros que aparecían en editoriales menores, pero que estaban cargados de buena literatura, según su criterio.

A continuación, recordaría con su memoria cuidadosamente selectiva la primera vez que habló con Ávalos. El inolvidable encuentro tuvo por escenario uno de aquellos simposios de provincias en los que los investigadores de la capital se dejaban admirar por los asistentes.

—Estaba deseando conocerlo —dijo entonces un joven Capellán que estudiaba periodismo a un Ávalos cuarentón. Un involuntario temblor en su voz delató el nerviosismo que sentía al estrechar la mano del escritor cuyas obras devoraba desde hacía años, pero sus maneras impostadas enfriaban cualquier afecto—. He leído todos sus libros, desde el que publicó en los años sesenta sobre las leyendas del Santo Grial hasta este. —Mostró un ejemplar de *El Camino de Santiago. El Camino templario*—. Sería un honor que me lo dedicara.

Ávalos era por entonces igual de alto, igual de delgado e igual de socarrón que en la actualidad. Y respondió con aquella voz suya delicada y suave.

—El honor es mío, porque jamás mis teorías habían vendido tanto como desde que un brillante joven como usted las ha popularizado.

Por un instante, un leve rubor se pintó en el rostro de Capellán delatando su vergüenza. Aquel comentario del veterano escritor podía interpretarse como una sincera alabanza al primer libro que aquel autor novel había conseguido publicar o como una acerada pulla porque la mayoría de las investigaciones incluidas en aquel ensayo no eran otra cosa que una copia de las andanzas que durante toda su vida Ávalos había protagonizado. Allí estaban de nuevo los viejos escenarios que él había puesto de moda entre los amantes de ese tipo de literatura: Nuestra Señora de Eunate,

Torres del Río, San Juan de la Peña, la catedral de Cuenca, los túneles subterráneos de Toledo, las entrañas de San Lorenzo de El Escorial, San Andrés de Teixido, las leyendas de Las Hurdes, el pueblo maldito de Ochate, el monte Umbe, el barranco de Badajoz o las pirámides de Güimar.

En aquellas páginas, Capellán se había limitado a reescribir a Ávalos, a copiar sin el menor sonrojo muchas de las expresiones habituales que el maestro de escuela utilizaba en sus obras, a compartir con el lector sentimientos que Ávalos ya había confiado mucho tiempo atrás a la escuálida legión de lectores con los que contaba. La única diferencia entre las obras de uno y otro residía en que la de Capellán había vendido infinitamente más, y que el estilo de Ávalos era infinitamente mejor que el del futuro periodista.

«Con todo mi afecto, para quien considero más que un alumno». Esa fue la dedicatoria que Ávalos escribió para Capellán en aquel ejemplar de su libro. Después, ambos compartieron horas y horas de charla. El maestro de escuela llegó a apreciar de veras a aquel muchacho. No parecía importarle lo más mínimo que le plagiara el estilo, que presentara como inéditas historias que él mismo había escrito cuando Capellán vestía pantalón corto, ni que copiara casi literalmente párrafos completos de sus libros (práctica que Capellán seguiría manteniendo en sus futuras obras con más o menos intensidad). Se diría que Ávalos vio en Capellán a uno de esos niños aplicados que a lo largo de su trayectoria docente había conocido. Niños a los que solía sentar en las primeras filas de pupitres. Niños a los que se dirigía mirándolos con más frecuencia que a los demás mientras dictaba sus clases de lengua y literatura.

Al llegar a la altura de la iglesia de San Felipe Neri, Capellán se detuvo para tomar aliento. En ninguna otra ciudad del mundo se tenía tan clara de inmediato la diferencia entre subir y bajar como en Cuenca. La empinada calle se hacía aún más difícil de derrotar con aquel viento helador que le mordía la cara. Además, en los últimos meses Capellán había cogido algún kilo de más. No le podríamos calificar de obeso, pues no lo era. Pero tampoco era delgado. Su cuerpo —estatura estándar, cabello no del todo rubio y no del todo corto, ojos miopes abrigados por gafas de diseño— era como todo lo demás en él: uno nunca sabía cómo calificarlo, pues no destacaba en nada. Con tertulianos de izquierdas, Capellán era igual de rojo —no más — que ellos; con los conservadores, era de su mismo pensamiento. Creía y no creía exactamente en lo que fuera necesario para sus intereses.

Con el paso del tiempo, apenas quedaban en él rastros de las creencias que tuvo en la niñez. Todo aquel asunto de los misterios, del grial, de los templarios o los malditos extraterrestres se había convertido solamente en un modo de ganarse la vida, nada más.

Así pues, ¿eran los antes citados los verdaderos motivos por los que Capellán visitaba con tanta asiduidad a Ávalos? Sin duda, aquellos argumentos eran ciertos, pero no lo era menos el hecho de que Capellán los estiraba de tal modo que no

permitían ver otras intenciones que guardaba escondidas desde hacía mucho tiempo, tanto como años hacía que estrechó la mano de Ávalos por vez primera. Por aquel entonces Capellán aún creía en lo que escribía y se mostraba convencido de que el sentido de su vida era perseguir los mismos sueños tras los que el maestro llevaba corriendo toda su vida. Pero, desde el mismo momento en que conoció personalmente a Gerardo García Ávalos, una idea se abrió paso en la mente del joven Capellán, la misma idea que, en el fondo de su corazón, lo impulsaba con tanta frecuencia desde Arganda del Rey a Cuenca. Una idea que se fortaleció cuando tuvo noticia de la turbulenta relación que el maestro tenía con su única hija, a quien Capellán no había tenido ocasión de conocer pero que sabía que se llamaba Alexia. La hija, por lo que había ido entreviendo, no solo no aprobaba las aficiones de su padre, sino que incluso se había apartado de él por alguna razón que Ávalos nunca le había confesado.

Al saber que la hija no apreciaba el trabajo de su padre, Capellán había ido dando forma en su mente a un proyecto que, según sus planes, requería ese contacto frecuente: heredar un día el enorme archivo del maestro jubilado.

¿Qué guardaría Ávalos escondido en sus vetustos archivadores? ¿Cuántas ideas extraordinarias podría él sacar de allí? Porque otra cosa no habría en aquella casa, pero papelotes los había de todos los colores y épocas. Quien tuviera la fortuna de subir por las estrechas y empinadas escaleras de la vivienda situada en la calle Alfonso VIII y accediera a la guarida en la que Ávalos escribía no debía imaginar que se encontraría con archivos informatizados, pues ni siquiera ordenador tenía el maestro. Durante toda su vida, Ávalos había escrito sus libros —y lo seguía haciendo — con máquinas Olivetti.

Por lo que Capellán sabía, un tío suyo a quien el maestro mencionaba con cierta frecuencia como «tío Tomás» le regaló en su juventud una Hispano-Olivetti, y desde entonces los huesudos dedos de Ávalos se acostumbraron a aporrear las teclas con enorme rapidez.

—¿No ha pensado nunca en comprar un ordenador personal? —le decía a veces el periodista—. Escribiría más rápido, tendría acceso a Internet, donde puede encontrar mucha información, y además guardaría en menos espacio muchos más datos.

—¿Quién es el que da las órdenes a la máquina? —respondía socarrón Ávalos—. ¿Manda la máquina o manda el hombre? Si es el hombre quien manda, él debería ser el «ordenador», pero como ese calificativo se aplica al artefacto, me temo que es el hombre el que está domado por la fiera que ha creado. ¿Qué sucedería con todos los folios que yo escribo si la máquina se estropea o se vuelve loca? ¿Se pierden?

—Hay expertos informáticos que se los recuperarían y…

—¿Para qué necesito yo que me recuperen nada si tengo lo que escribo en un papel?

—¿Y si se produce un incendio?

—¿Y si las profecías son ciertas y nos quedan a todos cuatro telediarios?

Y con argumentos tan expeditivos como aquel, el asunto del ordenador y de la

Olivetti quedaba zanjado. Ávalos seguía cerrando el paso a la modernidad en su refugio. Ni ordenador ni Internet ni teléfono móvil. Por no tener, no tenía ni coche propio. La única concesión al mundo contemporáneo era un viejo teléfono de los de toda la vida.

¿Qué contendrían aquellas carpetas de cartón que, junto a los innumerables libros, atestaban los armarios del estudio?, se preguntaba Capellán caminando contra el viento.

Muy cerca de la casa de Ávalos, vio abierta La Alacena. Un par de vehículos estaban parados frente al semáforo, y cerca del portal del maestro de escuela vio a un hombre vestido con un abrigo negro y tocado con un sombrero del mismo tono. Por un momento, la atención del periodista se centró en aquel tipo. El sombrero le hizo pensar que se trataba de Ávalos, y se preguntó de dónde vendría. Pero el desconocido no era el maestro de escuela. Era menos alto y más corpulento, y antes de que Capellán llegara al portal se alejó en dirección al Ayuntamiento. De inmediato, los pensamientos del periodista regresaron a los archivos de Ávalos.

Gracias a aquel caudal de información había conseguido él dar forma a la única novela que había publicado siete años atrás. Ávalos le había proporcionado datos extraordinarios sobre Hugo de Payns[22], sobre Hugo de Champaña[23], sobre las galerías que recorrían el subsuelo del solar donde otrora estuvo el Templo de Salomón en Jerusalén y sobre mil detalles históricos más que él mismo había recopilado. Además, le permitió consultar sus archivos fotográficos, pues Ávalos había estado en todos y cada uno de aquellos lugares y tenía fotografiado todo lo que de interés había en ellos.

En aquellos años se habían puesto de moda las historias sobre templarios, sobre la supuesta relación de María Magdalena y Jesús de Nazaret, sobre una posible descendencia fruto de aquellos amores, sobre el secreto custodiado por el Temple en un enclave presumiblemente fortificado conocido como Muntsalvasche[24], y sobre mil extravagancias más. Pero a nadie se le había ocurrido novelar todo aquello dándole una forma coherente, pulsando la tecla que activa los sentimientos del lector cuando el autor acaricia uno de esos temas que forman parte del inconsciente colectivo.

La gran novedad de la novela de Capellán residía en que el protagonista del relato descubría al fin dónde está Muntsalvasche y alcanzaba el Grial. La propuesta estaba tan bien documentada (gracias a Ávalos), tan bien planteada (gracias a Ávalos) y resultaba tan convincente la localización del mítico castillo (gracias a Ávalos) que ni siquiera un mediocre escritor como Capellán podía fallar. Y, aun así, falló. De no haber mediado las correcciones de su agencia literaria y del equipo editorial que apostó por aquel manuscrito, el oro que envolvían las líneas farragosas que les entregó no hubiera aflorado jamás.

En realidad, el ingenio de Capellán había consistido precisamente en procurarse aquellos valiosos aliados. Había afrontado el reto de escribir una novela al mismo tiempo que echaba mano de su capacidad para seducir, para adular y trepar. Encontró

los apoyos necesarios, la editorial precisa, y en esta al grupo de profesionales adecuado para pulir el mediocre texto que había alumbrado. Además, tenía a su favor la oportunidad del momento. Aquellas historias se vendían mucho y bien.

Al término del proceso de corrección, el texto había sufrido cambios tan severos que no se parecía demasiado a lo que el aspirante a novelista había construido, pero él dejó hacer y se dejó hacer. Y fruto de aquella claudicación llegó el éxito. Un éxito sin paliativos: miles de ejemplares vendidos, la fama, las giras de presentación de la novela, las traducciones a varios idiomas, las apariciones televisivas, las entrevistas en la radio…, el dinero.

Por aquel entonces, Capellán estaba casado y tenía una hija de dos años de edad. Desde aquellos días de éxito habían pasado ya siete años. Desde entonces, todo había sido caer rodando por la ladera que había trepado. Y no se podrá decir que no había adulado a todos aquellos que él creía imprescindibles para su carrera literaria. Lo que le ocurría, simplemente, es que no tenía imaginación, que carecía del don del novelista.

En el lapso de tiempo comprendido entre el éxito y el fracaso, Miguel había vivido un divorcio, la merma de casi todo el dinero que había ganado, la negación del saludo de muchos de aquellos que habían palmeado su espalda y reído sus gracias, y la pérdida de confianza en sí mismo, pues estaba convencido de que jamás volvería a escribir una novela.

Ávalos lo había ayudado a recuperar su autoestima y andaba tratando de insuflarle ánimos para dar forma a un nuevo proyecto que enganchara al lector desde el primer renglón. Pero Capellán no se atrevía, tenía miedo a enfrentarse al blanco de la pantalla del ordenador. En el fondo, sabía que gran parte del mérito de su única novela se lo debía a un anónimo maestro de escuela retirado y al equipo editorial.

Cuando al fin alcanzó el portal de Ávalos seguía dándole vueltas a la idea de leer un día íntegramente lo que guardaba el archivo del maestro. Por ejemplo, cuánto más sabía Ávalos sobre Verne. En las últimas semanas el viejo se traía algo entre manos. Había sepultado buena parte de las paredes de su estudio con fotografías de la tumba del escritor, pero no soltaba prenda cuando Capellán le preguntaba qué estaba escribiendo. El maestro le decía que se lo confesaría todo a su debido tiempo, que tuviera paciencia, y Capellán se mordía los dedos cuando veía cómo el viejo guardaba aquel manojo de folios en los que trabajaba. El manuscrito crecía día a día. Las hojas parecían florecer en la achacosa Olivetti, pero Ávalos almacenaba en un armario bajo llave el precioso tesoro y exigía más paciencia a su aventajado discípulo.

Capellán miraba estupefacto la nueva decoración del estudio con la tumba de Verne presidiéndolo todo.

—Un sepulcro excepcional —le dijo a Ávalos en cierta ocasión para tirarle de la lengua—. Un hombre que escapa de la muerte.

—Cementerio de La Madeleine, enAmiens —respondió lacónicamente el maestro. Y

no hubo manera de sacarle ni una palabra más.

Todas las tentativas posteriores del periodista para descubrir lo que tramaba el maestro habían terminado con idéntico resultado. Naturalmente, todo aquello debía de tener que ver con la carta del misterioso Nemo, pero ¿dónde estaba la relación? ¿Acaso había conseguido averiguar algo Ávalos sobre la identidad de aquel sujeto y sobre qué demonios significaba el acertijo que le mostró aquella mañana en el puente de San Pablo?

—Leí el nuevo artículo suyo sobre Verne —le dijo un día Capellán para probar una nueva estrategia—. Nunca se me había ocurrido pensar en todo eso que dice usted. Y sin embargo es cierto, porque no hay más que leer las novelas.

Pero Ávalos se limitaba a sonreír socarronamente y a responder lo de siempre, que ya se lo contaría todo a su debido tiempo.

—Dígame al menos si tiene algo que ver con aquella carta que me enseñó —insistía el periodista—, aquella del mensaje indescifrable.

—Algo hay de eso —concedía Ávalos, pero se cerraba en banda.

—De modo que el mensaje no era indescifrable, ¿no?

Ávalos no despegaba los labios. En su rostro, siempre aquella beatífica expresión suya.

El nuevo artículo del que Capellán le hablaba se había publicado sospechosamente poco después de que el maestro hubiera recibido la carta del tal Nemo, de modo que el periodista había sumado dos y dos llegando a la conclusión de que había gato encerrado. No podía ser mera casualidad que el reportaje se centrara en los juegos de palabras y mensajes cifrados que Verne acostumbraba a incluir en sus novelas. Capellán lo había leído varias veces esforzándose por descubrir aquello que el maestro callaba.

Ávalos afirmaba en las páginas de aquella revista que el afamado autor de *Veinte mil leguas de viaje submarino* o *La vuelta al mundo en ochenta días* había trufado sus novelas de criptogramas, juegos de palabras y mensajes cifrados que durante mucho tiempo nadie tuvo en cuenta sin advertir el papel estelar que jugaban en su obra y, en opinión de Ávalos, también en la vida del escritor. Aseguraba que la influencia de Edgar Allan Poe había sido determinante en muchas de las novelas de Verne, no solo por el uso de jeroglíficos, sino porque incluso algunas de sus obras se asentaban sobre cuentos anteriormente publicados por Poe. Sin ir más lejos, recordaba, la primera novela publicada por Verne, *Cinco semanas en globo*[25], tenía antecedentes en cuentos de Allan Poe en los que el viaje en globo jugaba un papel decisivo. Verne incluso llegó a escribir *La esfinge de los hielos*[26], una suerte de segunda parte de la obra de Poe titulada *Narración de Arthur Gordon Pym*.

A continuación, el reportaje descendía al terreno de lo concreto, apuntando que era frecuente que Verne usase el llamado *Cifrado de César*, consistente en desplazar el alfabeto hacia la derecha o hacia la izquierda tantas veces como se estableciera, y ese número se adoptaba como cifra para encontrar el sentido oculto del texto. Este sistema

recibía el nombre de Julio César, pues fue el famoso general romano quien lo popularizó. En otras ocasiones, Verne empleaba el *Cifrado de Vigenère*, en el que no se emplea un único alfabeto, sino veintiséis.

Ávalos proponía como primer ejemplo de los juegos crípticos de Verne la novela titulada*La jangada*,que se desarrollaba en el Alto Amazonas.

Ávalos informaba al lector de que a lo largo de su vida Verne elaboró miles de fichas con criptogramas y logogrifos, y recordaba que varias de sus novelas arrancaban precisamente con la resolución de uno de esos enigmas. Por ejemplo, en *Los hijos del capitán Grant*[27] los protagonistas se enfrentan a un mensaje críptico triple, puesto que el azar ha puesto en sus manos una botella que, suponen, el capitán Grant lanzó al mar antes de su naufragio conteniendo un texto escrito en tres idiomas diferentes (inglés, francés y alemán), con el agravante de que el agua había borrado diversas partes del mismo.

De igual manera, en *Viaje al centro de la Tierra* [28] los héroes vernianos deberán descubrir la clave de un galimatías antes de estar en disposición de iniciar su extraordinaria aventura.

¿Y qué decir del desconocido idioma con el que se comunicaba la tripulación del Nautilus,el maravilloso submarino del capitán Nemo? Se trataba de un lenguaje que Verne califica de sonoro, armonioso y flexible, y del cual únicamente nos ofrece una muestra en una frase que ha dado lugar a toda suerte de interpretaciones: *«Nautron respoc lorni virch»*.

¿Acaso creó Verne un lenguaje propio? Podría pensarse tal cosa, dado que esas palabras no son reconocibles como pertenecientes a ningún idioma concreto. ¿Qué quiso decirnos Verne? El profesor Aronnax, uno de los principales personajes de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, interpreta que la frase equivalía a: «Nada a la vista», lo cual en sí mismo también resulta gracioso y propio de Verne, pues parece otro juego de los suyos debido a que Nemo, en latín, significa «Nadie». No obstante, Ávalos recordaba en el artículo que había muchas interpretaciones sobre ese idioma incomprensible por parte de los especialistas.

Por último, el reportaje se detenía brevemente en los trucos inventados por el autor francés para dar nombre a algunos de sus personajes. Por ejemplo, le gustaba emplear palabras que podían leerse en uno y otro sentido. Era el caso de Ardan, uno de los protagonistas de *De la Tierra a la Luna*[29], que recordaba el nombre de Nadar, uno de los pioneros del vuelo en globo, fotógrafo y amigo personal de Verne[30].

Ávalos mencionaba otros ejemplos del estilo burlón de Verne, como sucedía con Hector Servadac[31], protagonista de la novela homónima. Si leemos su apellido al revés, nos encontramos con la palabra francesa *cadavres*, que significa «cadáveres». Y en *El secreto de Maston*[32] aparece Pierdeux, cuyo apellido se puede fragmentar en *pi-er-deux*, que en español correspondería con «pi-erre-dos»; es decir, la fórmula para calcular el área de un círculo.

El último ejemplo que citaba Ávalos sobre la criptografía en las novelas vernianas tenía que ver con *Mathias Sandorf* [33]. Este aristócrata húngaro, que urde una trama contra la monarquía austro-húngara, diseña un mensaje complejo disimulado en tres columnas y seis filas con seis caracteres cada una. De modo casual aquel galimatías llega a manos de dos vagabundos, Zirone y Sarcany, que son capaces de comprender lo que allí se dice.

Pero la gran pregunta a la que conducía aquel artículo era la misma que había impulsado a Capellán en las últimas semanas a buscar información sobre la figura de Julio Verne: ¿por qué el novelista francés empleaba de forma constante los acertijos y los criptogramas? ¿Qué razón había para su continuo uso en unas novelas que desde siempre se han creído dirigidas a un público infantil y juvenil? Aquello debía de tener alguna explicación, pensaba. Un hombre no se dedica a crear jeroglíficos a puñados durante toda su vida si no hay algún motivo que vaya más allá del mero ejercicio mental, y no cabía duda de que Ávalos debía de saber algo al respecto. Algo que tenía que ver con aquellos folios que guardaba bajo llave en el armario situado tras la vieja mesa de madera de nogal sobre la que descansaba la Olivetti.

¿Quién sabe?, se animó a sí mismo, tal vez aquella misma tarde el viejo zorro le confesase algo del asunto en el que andaba metido.

El viento se hacía insoportable cuando Capellán llamó a la puerta de Ávalos.

4

Cambia… Todo cambia», cantaba Mercedes Sosa en el viejo tocadiscos de Ávalos. «Pero no cambia mi amor por más lejos que me encuentre», susurró el maestro jubilado mirando la mesa dispuesta para dos.

Y entonces escuchó el timbre y suspiró profundamente. En su suspiro había gotas de alivio, pues al fin había llegado Capellán, y de preocupación, porque aún no había dado con la idea que le permitiera quitárselo de encima cuanto antes aquella noche tan especial para él.

Unos minutos más tarde Miguel Capellán olfateaba el aroma procedente de la cocina.

—¿No me diga que me va a invitar a cenar? No era necesario. —Sus ojillos azules chisporrotearon tras las lentes de diseño al ver dos cubiertos en la mesa del salón. No había nada que le gustara tanto a Capellán como cenar bien y cenar de gorra.

Instintivamente, Ávalos lo alejó del salón y subió por las escaleras hasta su guarida. Capellán lo siguió.

—Lamento decirte que no es a ti a quien espero para cenar —confesó Ávalos, aun sabiendo los riesgos que corría al sincerarse ante un entrometido como Capellán. Y sus peores temores se materializaron de inmediato.

—¿Una cena romántica? —El periodista miró con sorna al escritor, y al percibir la duda en Ávalos prosiguió con su chanza—. ¿De modo que sí? ¡Una cita con una mujer! ¡Santo Dios! Si me lo hubiera dicho no hubiera venido a molestarlo.

Por un momento, Ávalos pensó que había juzgado mal a su amigo. Tal vez no fuese tan insensible y torpe, tal vez tomaría de inmediato el chaquetón un tanto raído que se había quitado al poco de entrar en la vivienda y saldría de inmediato, respetando la intimidad de su anfitrión. Pero su recién nacida esperanza murió al tomar la primera bocanada de aire.

—¡Joder! Pues me quedo hasta saludar a la afortunada —anunció Capellán dejándose caer sobre el sillón de lectura de Ávalos, el mismo que siempre ocupaba sin importarle lo más mínimo que el dueño de la casa no tuviese otra alternativa que sentarse en una austera silla de madera situada frente a su mesa o en el sillón del propio escritorio.

Ávalos iba a replicar. Le iba a pedir que, por favor, no jugara a aquel juego. Capellán no podía quedarse para conocer a la invitada porque la invitada…

—¿Cuándo me va a contar la historia de ese tío suyo, el tal Tomás? —preguntó

Capellán interrumpiendo el discurrir de los pensamientos del maestro. Ávalos le había dicho que aquel tío suyo era el culpable de que escribiera con una Olivetti, pero nunca le había revelado los detalles del asunto—. Estoy por comprarle yo a usted un ordenador portátil para tirar a la basura de una vez esa máquina de escribir. Y no le vendría mal tampoco un teléfono móvil, que cualquier día le pasa a usted algo y no puede avisarme.

Ávalos se mordió el labio inferior. Realmente Capellán resultaba incorregible. No sería fácil quitárselo de encima. Tras mirar alrededor y comprobar que desde todos los ángulos de su refugio lo miraba aquel hombre de mármol que emergía de la tierra en las fotografías con las que había empapelado la estancia, el maestro jubilado tomó una decisión: tal vez con algo de charla y un regalo inesperado podría espantar al periodista. Y una vez tomada la decisión puso en marcha el plan, empezando con algo de charla.

—Está bien, te contaré algo sobre el tío Tomás, pero luego te marchas sin esperar a mi visita, ¿estamos?

Capellán entornó los ojillos, se retrepó por el sillón de cuero y asintió levemente con la cabeza mientras una sonrisa bobalicona se pintaba en su rostro.

—Esta máquina de escribir —Ávalos acarició el cuerpo gris de su vieja compañera Olivetti Línea 98— no es una máquina cualquiera. Es la última de las cinco que he tenido durante toda mi vida, y la última que tendré. —Su voz adquirió una fuerza especial de pronto e interrogó a su invitado mirándolo a los ojos—: ¿Qué sabes tú de las Olivetti?

A Capellán la pregunta le cogió desprevenido. ¿Qué coño iba a saber él de las puñeteras Olivetti?

—Que las inventó un italiano —dijo encogiendo los hombros. A continuación recorrió con la mirada la habitación atestada de libros. De pronto reclamó su atención el hecho de que Ávalos tuviera junto a la mesa la pequeña maleta en la que se guardaban esas máquinas. Nunca la había visto allí. ¿Pensaba llevársela a alguna parte?

—Un italiano, sí —admitió Ávalos—. Camillo Olivetti fundó la fábrica en 1908 en el Piamonte, y ya en 1929 producían quince mil máquinas. El éxito fue increíble. —Ávalos dejó de mirar al periodista y volvió sus ojos hacia una de las dos ventanas del estudio. Seguidamente inició un relato dirigido a un público invisible, como si hubiera olvidado a su inoportuno amigo.

Se le escuchó decir que en enero de ese mismo año 1929, gracias a un ingeniero catalán llamado Julio Capará, la firma italiana se asentó en Barcelona, creándose así la marca Hispano-Olivetti. El crecimiento de los pedidos hizo que en 1940 la empresa adquiriera un hermoso solar en la Ciudad Condal. Durante la posguerra, dado que se trataba de una compañía con capital italiano e Italia había sido aliada de Francisco Franco, gozó de un pleno apoyo institucional. En los años sesenta ya trabajaban allí más de treinta mil operarios.

—Pero para entonces hacía tiempo que el tío Tomás era millonario. —Ávalos añadió el sorprendente dato en un tono tan neutro como si hubiera dicho que en la calle el viento arreciaba.

—¿Cómo que el tío Tomás era millonario? —La atención de Capellán pasó de inmediato del estuche de la Olivetti al rostro de Ávalos.

Ávalos ahogó una sonrisa. Sabía que había captado la atención del periodista. El cebo estaba lanzado. La primera parte de su plan para que se marchara parecía dar resultado. Miró disimuladamente su reloj de bolsillo y decidió dedicar cinco minutos más a aquella historia. Después pondría en marcha la segunda parte de la estrategia, la del inesperado regalo para Capellán.

—¿Te he contado que yo nací en un pequeño pueblo de Cuenca hace muchos años?

—Ni más ni menos que sesenta y siete, ¿no? —replicó Capellán.

—Sesenta y siete —repitió Ávalos mirándose las manos salpicadas de vejez, como si en la piel blanca que dejaba entrever las venas azuladas pudiera leer el resto de la historia que pretendía confiar a Capellán—. ¿Quién lo diría?

Ávalos, explicó, fue el menor de cuatro hermanos. Había nacido en un minúsculo pueblo manchego que no mencionó. Habló de una familia de campesinos de posición relativamente acomodada gracias a que su padre se había dejado el lomo de sol a sol arrebatando a la tierra su fruto y pagando el peaje diario de su sudor. Había nacido en 1944. Por entonces, el hermano mayor, llamado Celestino como su padre, tenía ya quince años y ayudaba al cabeza de familia más de lo que hubiera sido aconsejable para un muchacho tan joven. Las dos hermanas, Margarita y Clarisa, aguardaban desde niñas a un hombre que las sacara de aquel pueblo. En cuanto a él, resultó el más delicado de salud de toda la prole, y también el más diestro a la hora de contar y de leer.

Un día, don Celestino habló con Celestino hijo. ¿Se había dado cuanta él de lo avispado que era el pequeño Gerardo? Celestino hijo retorcía entre los dedos la gorra de pana que acostumbraba a llevar y asintió en silencio. Con esfuerzo, acertó a decir que sí, que Gerardo era más listo que el hambre. Y entonces Celestino padre le dijo a su primogénito que no podía permitirse dar estudios a dos varones. (Sobre la formación de las hijas nadie se planteó otra cosa que no fuera que aprendieran en la cocina lo que la madre, Engracia, tenía que enseñarles). Celestino hijo bajó los ojos negros y comprendió.

—A cambio, tú heredarás todo esto —dijo Celestino padre apuntando con la barbilla a los campos que les rodeaban. Entonces Celestino hijo alzó de nuevo los dos tizones que tenía por ojos y sonrió.

Cuando Gerardo tenía diez años conoció al tío Tomás, de quien había escuchado ciertos comentarios cuyo contenido aún no estaba en disposición de comprender en su integridad. Ocurrió con motivo de su cumpleaños, un 19 de agosto. En medio de las fiestas del pueblo, ante el asombro del racimo de vecinos de la aldea, en el horizonte

emergió la nube de polvo que dejaba a su paso un vehículo que se dirigía hacia ellos a una velocidad que muchos calificaron de suicida. Cuando el monstruo estuvo más cerca, asombrados comprobaron que se trataba de un poderoso Mercedes Sedan descapotable del que descendió un hombre repeinado, con un bigotito que parecía pintado a lápiz y vestido con un elegante traje oscuro absolutamente inapropiado para un día de verano en la Mancha. Junto a él, una despampanante señorita rubia que sonreía a todo el mundo, satisfecha al sentirse centro de todas las miradas.

Celestino padre se abrió paso entre el gentío y al ver a su hermano mayor, Tomás, se quedó de piedra. ¿Dónde había ido a parar el jovencito escuálido que se marchó un día de casa después de renegar de su padre y del trabajo del campo tras recibir una paliza por haber perdido dos ovejas cerca de la sierra? La última noticia que tenía Celestino de su hermano mayor había sido una carta que un año atrás les había enviado desde Barcelona, y a la que respondió el niño Gerardo por ser quien más instrucción tenía de todos ellos.

Imagínese la sorpresa de propios y extraños cuando el tío Tomás se dirigió al imponente descapotable, sacó una caja del asiento trasero y se acercó a Gerardo. A continuación, dijo unas palabras que su sobrino jamás olvidó.

—Para que me escribas un día libros en vez de cartas.

Tras la profecía, el audaz conductor abrió la caja misteriosa y sacó de ella una reluciente Hispano-Olivetti M40 que fue contemplada por los allí presentes como si se tratase de un animal mitológico cuyas incontables patas de metal eran capaces de arrojar papeles llenos de letras a una velocidad endiablada. Ese fue el primer regalo del tío Tomás. Luego vendrían otros, y bien caros, como pagarle íntegramente los estudios hasta que obtuvo la plaza de maestro de escuela.

—Desde entonces, escribo con una Olivetti —dijo Ávalos mirando a Capellán con una sonrisa nostálgica.

—¿Y de dónde sacó su dinero el tío Tomás? Porque ese Mercedes del que me habla, la rubia y todo lo demás me dicen que era un tipo de posibles.

—Verás, no tengo mucho tiempo —replicó Ávalos mirando de nuevo su reloj—. ¿Me prometes que te marcharás si respondo a tu pregunta?

Capellán sintió de pronto que había caído en una trampa. El viejo le había envuelto con aquella historia del tal Tomás y él había picado como un principiante cuando lo que realmente le interesaba era el asunto de Verne y, puesto a pedir, también conocer la identidad de la invitada que Ávalos aguardaba. ¡Qué bribón!

—Está bien —concedió al tiempo que iba tejiendo un plan alternativo para conocer al menos a la mujer que iba a compartir cena con el maestro. Sin que el veterano escritor lo advirtiera deslizó su teléfono móvil entre los resquicios del sillón orejero sobre el que estaba sentado—, usted gana. Cuénteme al menos de dónde le vino el dinero al tío Tomás.

—Eso nadie lo supo con certeza jamás —reconoció el maestro de escuela mientras jugueteaba con su reloj de bolsillo Thos Russell & Son Liverpool—. Hay muchas

teorías al respecto. Unos dicen que lo ganó en partidas de cartas clandestinas, o que se casó con una rica señorona que luego estiró la pata del modo más oportuno para los intereses de mi tío. Algunos hablan de colaboracionismo con el régimen de Franco por haberle entregado a algún cabecilla republicano, pero esto último nunca lo he creído.

—¿Y por qué?

—Porque un día mi tío me confesó que había combatido codo con codo con George Orwell[34]. —Al ver la cara de sorpresa de Capellán, el viejo añadió—: Ya sabes, el escritor.

—¿Orwell? ¿El de *Rebelión en la granja* y *1984?*

—El mismo —respondió Ávalos—. También el autor de *Homenaje a Cataluña,*una obra menos conocida, pero muy esclarecedora sobre sus ideas políticas. Orwell y mi tío formaron parte del POUM. —La cara de idiota que se le quedó a Capellán obligó al jubilado a aclarar las cosas—: El Partido Obrero de Unificación Marxista, que se había fundado en 1935 al unirse Izquierda Comunista de España y el Bloque Campesino Obrero. Tuvo una enorme fuerza en Barcelona. Te aseguro que tanto Orwell, que vino como otros intelectuales a luchar a favor de la República, como mi tío eran antifascistas. Lo que pasó es que en aquellos años en Barcelona se dieron más tiros y más hostias los del POUM con los comunistas que con los fascistas. El gobierno de Negrín, presionado por Moscú, persiguió a los anarquistas y a los del POUM. Los anarquistas nunca fueron bien vistos por los comunistas, y a los del POUM les cogieron tirria por su pasado trotskista. La tensión fue creciendo cada vez más entre comunistas, anarquistas y POUM hasta que llegó el mes de mayo de 1937 y Barcelona fue escenario de violentos combates entre los dos bandos. Por un lado, los comunistas; por otro, anarquistas y miembros del POUM.

—Y acabó perdiendo el POUM —aventuró Capellán.

—El POUM siempre parecía perder. Perdió en el 37, y luego perdió la guerra como el resto del Frente Popular.

—¿Y qué pasó con su tío?

—Mi tío entró a trabajar en Hispano-Olivetti tras la guerra —explicó Ávalos—. Se esforzó en pasar desapercibido. No podía correr el riesgo de que lo relacionaran con el POUM. Desde allí nos escribió aquella carta que yo mismo respondí siendo un niño. No mencionó que tuviera más dinero que el que ganaba en su puesto en la fábrica, por lo que resulta aún más extraño cómo pudo tener tanto dinero como para conducir un Mercedes, llevar sentada a una moza de muchos quilates junto a él y hacer regalos a la familia como si las pesetas nacieran de su bolsillo igual que las palomas salen de las chisteras de los magos. —Ávalos dejó que sus palabras hicieran el efecto oportuno en la imaginación del periodista antes de finalizar su historia—. Él nunca soltó prenda, aunque muchos años después yo encontré la explicación al enigma.

Capellán lo interrogó con la mirada.

—Aún no te la puedo contar. Me queda un cabo suelto que tiene que ver con Pablo

Picasso y unos cuadros suyos. —Hizo un alto y sonrió socarrón—. Eso deberíais hacer los periodistas: comprobar vuestras historias antes de escribirlas.

—*Touché* —respondió Miguel Capellán tocándose el corazón como si una espada lo hubiera atravesado—. Pero ¿por qué Picasso?

—Todo a su tiempo. Deja que ate esos cabos sueltos.

Capellán sabía que no podía insistir. Cuando Ávalos se negaba a desvelar algo, no había manera de sacarle una palabra.

—El tío murió en 1987, y, para mi sorpresa, me dejó en herencia este piso —dijo el maestro—. Por entonces yo daba clases en un colegio de la ciudad. Mi esposa había fallecido años antes. —Ávalos guardó silencio durante unos instantes, como si la aparición de su esposa en aquel relato lo hubiera golpeado inesperadamente—. Yo había pensado muchas veces en mudarme, porque el recuerdo de Alejandra me perseguía en la que fue nuestra casa. Pero al mismo tiempo no me decidía a hacerlo, porque no estaba seguro de querer huir de aquellos recuerdos que me atormentaban. Sin embargo, cuando tuve noticia de lo de esta casa, resolví cambiar de aires. Cuando vine a vivir aquí, el único mueble que había era esta mesa de nogal y, dentro de uno de sus cajones, encontré este reloj. —Mostró al periodista el magnífico ejemplar de Thos Russell & Son Liverpool—. Y… —Ávalos dudó, como si estuviera sopesando si resultaba conveniente decir algo más. Finalmente, añadió—: En el salón había un lienzo de un pintor desconocido, sin valor alguno, titulado *Carpe Diem*. A lo mejor lo has visto, aún lo conservo. El caso es que me pareció que tenía su gracia, porque en este reloj está grabada la frase *Tempus fugit* —acercó el reloj a Capellán para que viese la inscripción—, y mi tío era un vividor, como te he dicho.

Por una vez, Capellán fue respetuoso y logró guardar silencio durante casi un minuto. Permitió que Ávalos acariciara sus viejos recuerdos y no lo interrumpió hasta que creyó que el ángel había pasado.

—¿Algún día me contará esa teoría suya sobre la fortuna del tío Tomás?

—Algún día —respondió el veterano escritor con gravedad. A continuación, se levantó y sintió sus doloridas articulaciones que, una vez más, le recordaban el paso del tiempo. ¡El tiempo! Miró de nuevo el reloj de bolsillo y su mirada se posó en el Verne de mármol de las fotografías. Había llegado la hora de quitarse de encima al inoportuno visitante. Tal vez con la historia del tío Tomás había sido suficiente, tal vez —pensó— no se vería en la necesidad de poner en marcha la segunda parte de su plan. Pero, una vez más, sus esperanzas se quebraron.

—¿Sabe qué? —escuchó decir a Capellán, que no parecía darse por aludido y seguía arrellanado en el sillón de cuero—. Le he dado vueltas a aquel artículo que escribió sobre el lenguaje cifrado en las novelas de Verne, y no es por menospreciar la historia del tío Tomás, pero me tira más lo que usted debe de saber sobre ese francés. —Apuntó con el dedo índice a una de las fotografías de la pared. Se levantó del sillón

y se acercó a una de aquellas imágenes—. Me parece que escribió ese artículo porque dio con la tecla para traducir el mensaje del tal Nemo, y de ahí le ha venido a usted esa fiebre por la tumba de Verne. —En ese momento miraba una de las imágenes del sepulcro del escritor francés como un entomólogo se acerca a un insecto exótico y difícil de catalogar. A continuación, se giró con la agilidad de un bailarín y taladró con la mirada al jubilado—. ¿No es cierto?

Ávalos cerró los ojos, tomó aire y lo exhaló con fuerza. Era evidente que para espantar a Capellán debería jugarse la carta del regalo inesperado. Lo del tío Tomás no era suficiente. No obstante, iba a lanzar una piedra al fondo del pozo para calibrar su profundidad, como si dijera: veamos cuánto cree saber Capellán.

—Si te digo que hay algo de eso pero que no te puedo dar más detalles, ¿lo entenderás?

Capellán, que se había vuelto a sentar, se retrepó en el sillón, tamborileó con los dedos sobre el pantalón de pana marrón que lucía y durante unos segundos sopesó la respuesta.

—Verá, de tanto moler ideas sobre el mensaje de marras terminé por tener una teoría —respondió al fin haciendo caso omiso a la solicitud de su anfitrión—. ¿Sabía usted que incluso Verne encontró la horma de su zapato cuando ideó uno de sus más famosos mensajes cifrados? —Capellán prosiguió sin aguardar la respuesta de Ávalos, que se había quedado tan quieto que parecía él también una fotografía como las que adornaban las paredes del estudio—. Me refiero al aparentemente irresoluble enigma planteado en *La jangada*, que, como usted bien sabe, se publicó como era habitual en las obras de Verne por entregas en *Magasin d'éducation et de récréation*[35]. —El periodista se levantó de nuevo y comenzó a pasear por la estancia hasta detenerse en la ventana desde la cual se ofrecía una panorámica más próxima a la plaza Mayor—. Resultó que un lector de Verne, un tipo apellidado Saumaire, escribió a la revista asegurando haber resuelto el acertijo antes de que el propio autor de la novela lo revelase. Verne se asombró tanto que decidió conocer personalmente a aquel joven que, según se ha escrito, estudiaba en la escuela politécnica.

Capellán giró sobre sus talones olvidando por completo la plaza Mayor, la calle y la ventana. Estudió el efecto que sus palabras habían tenido en Ávalos, cuyo rostro parecía más pálido que de costumbre. El maestro, que pretendía saber la profundidad del pozo, había escuchado ya el ruido de la piedra que había lanzado a su interior. Había menospreciado la sagacidad del periodista.

—¿Crees que la clave está en *La jangada?*—preguntó tras unos segundos de silencio.

—¿Lo cree usted? —Capellán sonrió—. ¿Cómo voy a saberlo si solo pude ver aquel mensaje durante unos segundos?

Ávalos suspiró. Había que reconocer que su amigo era astuto, pero aquella inesperada exhibición de sagacidad de Capellán no entorpecía sus planes tanto como el

periodista podía imaginar. Después de todo, ¿no había decidido con anterioridad que la segunda parte de su plan para librarse del incómodo visitante consistía en hacerle un inesperado regalo? Si todo resultaba como había planeado, al día siguiente partiría de viaje y no revelaría a nadie su destino. Cuando regresase lo haría trayendo bajo el brazo el final de la novela que estaba escribiendo, y lo siguiente que Capellán sabría de todo el asunto lo encontraría publicado en forma de libro. De manera que se encaminó con parsimonia hacia el armario situado tras la mesa de nogal y abrió una de las puertas. Los ojos de Capellán, que no perdían detalle, se abrieron de par en par al ver los folios cuidadosamente agrupados que Ávalos había escrito en las últimas semanas.

—Mientras decido si te cuento mi teoría sobre la fortuna del tío Tomás —dijo Ávalos alargando un sobre hacia el periodista—, léete esto y el próximo día que vengas me lo devuelves.

Miguel Capellán miró estupefacto el sobre que Ávalos había puesto en sus manos.

—Son fotocopias de los dos primeros documentos que recibí después de resolver el acertijo que, como tú has dicho, tenía que ver con *La jangada*—explicó el maestro. Al ver la cara de idiota de Capellán añadió—: Vamos, hombre, quita esa cara de pasmado y léetelo. Llevas insistiendo tanto en ese asunto que ya no puedo resistir más tu asedio —bromeó el maestro al tiempo que empujaba a Capellán hacia la escalera. Había llegado el momento de jugarse el todo por el todo para echar al periodista a la calle.

Capellán se puso su raído chaquetón sobre el suéter de cuello vuelto, apretó bajo el brazo el sobre y miró a los ojos a Ávalos con algo parecido al afecto. Pero, aunque siempre se esforzaba en ser correcto y educado, era incapaz de abrirse a los demás, de dar simplemente un abrazo a quien tanto admiraba y a quien tanto envidiaba. Lo único que se le ocurrió decir fue:

—Si yo fuera usted, removería Roma con Santiago para encontrar a ese Nemo. Pactaría con el diablo por una historia así.

Ávalos lo miró al fondo de los ojos intentando descubrirse a sí mismo cuando era más joven, pero no se encontró en aquellos ojos azules y miopes. Capellán era brillante, inteligente, con excelente memoria para recordar datos, informaciones y detalles; era uno de aquellos alumnos aventajados que repetían como papagayos la lección del maestro, pero era incapaz de soñar como él soñaba en su juventud. En los ojos de Capellán vio ambición, ansia por regresar al éxito, pero no había calor en el fondo de aquel muchacho, y por primera vez desde que lo conocía G. G. Ávalos comprendió que Miguel Capellán no se parecía en nada a él, y que no hubiera deseado tener un hijo como aquel periodista.

Tras cerrar la puerta, el viejo maestro miró por la ventana hacia la calle Alfonso VIII para cerciorarse de que la molesta visita se marchaba definitivamente. Entonces vio acercarse a Alexia por la acera opuesta, caminando como siempre lo hacía, con

largas zancadas y perfectamente erguida. Iba embutida en un elegante abrigo y calzaba zapatos de tacón, algo totalmente inapropiado para las empedradas calles conquenses.

—¡Maldita sea! —masculló.

Definitivamente, aquel 5 de noviembre no iba a ser como los demás.

5

El rítmico golpeteo de los tacones sobre las piedras acompañaba las maldiciones que Alexia exclamaba en silencio. Le tenía dicho y redicho a su padre que debía marcharse de una puñetera vez de allí, que las empinadas cuestas y escalinatas del casco antiguo de Cuenca no eran el mejor hábitat para un hombre de su edad y con el corazón frágil como él lo tenía. Pero su padre seguía siendo exactamente igual que siempre: terco como una mula y militante defensor de su independencia. ¿Qué quieres que haga?, respondía él más cerca del reproche que de la interrogación. ¿Quieres que me meta contigo en la tumba de Madrid? ¿Crees que mi corazón mejorará viendo cómo corréis de un lado para otro todos los que vivís allí? Luego se cerraba en banda, y no había modo de sacarle una palabra más.

Alexia levantó la vista al llegar al semáforo situado frente a La Alacena.Cruzó la calle tan ensimismada que no prestó atención al dueño del pantalón de pana marrón y chaquetón oscuro que bajaba por la margen opuesta. Únicamente levantó la vista al llegar a la otra acera.

Entonces vio la figura de un hombre que salía de la calle Fuero envuelto en un abrigo oscuro y tocado con un sombrero. Por un instante creyó que era su padre. Pero no, no lo era. Aquel hombre era menos alto que Ávalos y se dirigió hacia las arcadas que sostienen la casa consistorial. Era el hecho de que el desconocido usara sombrero lo que la había confundido.

Alexia rezongó en silencio. No debía haber venido a esas horas. Sabía que a su padre le gustaba cenar pronto, y ya eran casi las nueve de la noche. Debía haber telefoneado. Pero ya era demasiado tarde para arrepentimientos.

El traje de ejecutiva normalmente no le resultaba incómodo, pero en aquellas calles la estrecha falda se le antojaba aún más estrecha. Un abrigo ocre cubría sus largas piernas. Hubiera dado el reino que no tenía por llevar puestos unos pantalones y unas deportivas. Sin duda, con ese atuendo la caminata sería más llevadera. Pero ahí estaba ella, haciendo lo que jamás imaginó unos años atrás: visitar a su padre enfermo.

Alexia nunca había contemplado la idea de que un día su padre podría llegar a estar al borde de la muerte por un infarto. Y, probablemente, si su padre no hubiera sufrido aquel inesperado ataque, ella no habría aparecido por Cuenca, como no lo había hecho en los diez años anteriores. En ese periodo la relación con su padre se había limitado a invitarlo a cenar en Navidad —invitación que él rechazaba siempre que podía innovando a la hora de buscar excusas—, o a llamarle por teléfono de Pascuas a

Ramos.

Pero hete aquí que se había producido el infarto de marras. Y, con cuarenta años, Alexia empezaba a vislumbrar que un día su padre también se iría de su lado, como ocurrió con su madre cuando ella era niña. Además, en las últimas semanas había ganado terreno en su interior la certeza de su propia mortalidad. Cuando su madre falleció, ella estaba a punto de cumplir quince años. El mazazo fue brutal, y creyó posible que la muerte la llamara cualquier noche. Pero el paso del tiempo espantó aquellas ideas hasta apartarlas por completo de su mente. La adolescencia y la juventud se llevaron por delante las reflexiones sobre la fragilidad de la vida. Y lentamente, como les sucede a todos los jóvenes, fue creyéndose inmortal.

Veinticinco años después la sombra de la muerte había retornado a la vida de Alexia García Mendoza, socia de unos de los más reputados bufetes de abogados de Madrid, soltera por convicción, adicta a la ropa de marca, vecina de la madrileña calle Velázquez y mujer temible en muchos aspectos. Pero hasta las mujeres más duras y rocosas fueron niñas una vez. E incluso ella se permitió soñar en un tiempo muy lejano, en aquellos días en que veía a su padre llegar de viaje los fines de semana de lugares que a ella le parecían el territorio de los cuentos de hadas. Con los ojos muy abiertos, le veía quitarse el sombrero, besar a su madre y dejar sobre la mesa del salón la cámara fotográfica que, en lo que a su padre se refería, era algo así como el arma del guerrero. Y luego estaban las historias que él contaba, historias con las que creció hasta que escuchó por vez primera risas a espaldas de ella en el colegio. Risas que después volvió a oír en el instituto y en la facultad. Pero eso fue más tarde.

—¿Quieres que te cuente la historia del niño Arturo Grijalba? —le preguntaba su padre muchas noches antes de dormir sabiendo que ella diría que sí con la cabecita, pues las aventuras del niño Arturo Grijalba se encontraban entre sus favoritas.

Entonces Gerardo se esmeraba en arrancar a su voz todos los matices necesarios para enriquecer los acontecimientos ocurridos en el número 2 de la zaragozana calle Gascón de Gotor en el otoño de 1934. En aquel marco cronológico y geográfico se situaban las proezas del niño Arturo, el único niño que, según le contaba su padre, se atrevió a hablar con el «Duende de Zaragoza».

Si le preguntaran a la alta, sofisticada y práctica Alexia García Mendoza si recordaba algo de aquella historia, nos sorprendería con su respuesta. A pesar de las risas a sus espaldas, a pesar de que nada quedaba en ella de aquella niña que escuchaba las historias de su padre, los detalles trascendentales del caso seguían grabados a fuego en su memoria.

Nos podría contar que durante aquel otoño de 1934 el segundo piso del mencionado inmueble de la calle Gascón de Gotor se convirtió en noticia en toda España, y también en Europa[36]. En aquel piso vivía la familia Grijalba, aunque el inmueble era propiedad de Antonio Palazón. Era un piso normal y corriente, provisto de una cocina vestida con azulejos blancos que contaba con un fogón de carbón. Los humos salían al exterior por una chimenea en la que estaba instalada una ventanilla de registro. Nada

excepcional, nada digno de una historia para ser recordada. Y así había sido hasta aquel otoño, cuando Pascuala Alcocer, una joven criada de dieciséis años, trajinaba en la cocina y al emplear la varilla de hierro con la que atizaba las brasas del fogón escuchó algo inaudito. Claramente escuchó una voz:

—*¡Que me haces daño!*

El padre de Alexia empleaba para la ocasión una voz de falsete que hiciera más teatral la narración, y ella se tapaba con la sábana hasta la nariz. Asustada, Pascuala llamó a una vecina, Isabela. Y ambas volvieron a sentirse aterradas al escuchar:

—*¡Luz, que no veo!*

La historia proseguía mencionando las demás frases que, según los testigos, fue pronunciando durante varios días aquel a quien no se tardó en dar el apodo de «Duende de Zaragoza». A veces, su padre le mostraba unas fotos viejas, en blanco y negro, en las que aparecía la criada Pascuala o la multitud de curiosos que, con el paso de los días, se agolpaba a la entrada del inmueble. Los periódicos más importantes de la época hacían un hueco en sus ediciones para dar la última hora de un caso en el que pronto se vieron involucradas las autoridades.

En efecto, llegó la policía. Y montaron guardia mientras se estudiaba de arriba abajo el piso y sus inmediaciones con el propósito de desenmascarar al bromista que sin duda estaba tras todo aquel teatrillo. Se agujereó lo que se creyó conveniente que fuera agujereado, se exploró el tejado, se cortó el cableado y se impuso la cuarentena al piso. Pero de nada sirvió, porque la vocecilla —que unas veces parecía masculina y otras femenina— retó directamente a la policía. De manera que se llamó al juez Pablo de Pablos, que se hizo cargo de las diligencias. Pero tampoco él pudo evitar que el ya famoso Duende lanzara de vez en cuando improperios, acertara el número de personas que estaban presentes en la cocina o conversara con el niño Arturo Grijalba Torre, que entonces tenía cuatro años de edad. Y al llegar el momento en el que en la narración aparecía la figura del niño Arturo, los ojos de Alexia se agigantaban. ¡Qué valiente había sido el niño Arturo al atreverse a hablar con un fantasma! Pues qué otra cosa podía ser aquella voz que la de un fantasma.

La narración de su padre solía terminar en el momento en el que entraba en acción la Dirección General de Seguridad y se concluía que todo lo había orquestado la criada Pascuala Alcocer, a quien alejaron de Zaragoza tras dictaminarse que sufría algún tipo de histerismo que provocaba aquellas voces. Salvo que, añadía el padre de Alexia besándola en la frente y apagando la luz, la voz habló muchas veces sin estar Pascuala presente. ¿Cómo era posible?

Entonces Alexia se dormía. Se dormía imaginando ser el niño Arturo. Escuchaba al Duendetravieso, que en su última aparición anunció que daría muerte a todos los vecinos del inmueble, y en su aventura onírica su padre la salvaba en el último momento de caer en las garras del fantasma. Porque su padre no tenía miedo a los fantasmas, ni a las casas encantadas, ni a los malvados que custodian los tesoros.

Porque su padre, además de ser maestro en la escuela, en sus ratos libres intentaba desentrañar los más terribles misterios.

Con las voces del Duende de Zaragoza aún sonando en el interior de su cabeza, Alexia pulsó el timbre y aguardó a que su padre abriera la puerta. Inconscientemente, miró hacia atrás. Pero no escuchó risas. Hacía ya mucho tiempo que no permitía que hubiera risas a sus espaldas ni delante de ella a propósito de las investigaciones de su padre o de los libros que él había escrito. Libros de los que, por otra parte, ella no conservaba ni un solo ejemplar y que no había leído desde que su madre murió.

Las primeras risas en el colegio las escuchó un día en el que dos niñas cuchicheaban y la miraban con descaro. Alexia se giró y se encaró con ellas. Entonces las dos niñas dijeron aquellas palabras que luego se vio obligada a escuchar muchas otras veces:

—¡Tu padre está loco! ¡Tu padre está loco! —La burla nació envuelta en tono de canción infantil.

La sorpresa de Alexia fue mayúscula al ver a su padre vestido de domingo con el que presumió debía ser su mejor traje y con la corbata aún por anudar. Ella no podía saber que la inoportuna visita de Miguel Capellán había retrasado a Ávalos en sus preparativos para la cena.

—¡Vaya, qué elegante! —exclamó Alexia mientras acercaba la cara para que su padre la besara—. ¿Vas a salir? —Pero al ver la mejor cubertería de su madre dispuesta en la mesa del salón comprendió que no, que su padre no iba a ninguna parte. Y como contar hasta dos es bien sencillo, Alexia se sintió de inmediato incómoda al ver el número de cubiertos preparados—. ¿Esperas invitado o invitada? —preguntó visiblemente molesta.

—Hace veinticinco años que tu madre murió —respondió el maestro con suavidad —. ¿Crees que ha pasado el tiempo suficiente como para que me permitas tener una invitada?

Ella lo miró con los ojos muy abiertos, casi tanto como cuando era niña y él le contaba la historia del Duende de Zaragoza. A continuación paseó la mirada por el salón pulcramente arreglado, donde nada estaba fuera de su sitio, salvo los libros que aparecían por montones en los más inesperados rincones.

—Tú verás —respondió Alexia—. Ya tienes años para saber con quién te metes en la cama.

Ávalos bajó la mirada visiblemente incómodo. Desde luego aquella no era la niña que se escondía bajo las sábanas al escuchar historias de casas encantadas.

—Si quieres me marcho. —Alexia aún no se había desprendido del abrigo, y en ese momento deseó más que nunca tener unas deportivas y no unos zapatos de tacón para salir huyendo, para correr lo más rápido posible y alejarse de la imagen de su padre en la cama con otra mujer.

—No puedo obligarte a que te quedes, ni te pido que te vayas.

—¿Acaso quieres que vivamos la escenita en la que me presentas a mi nueva madre? —replicó Alexia con el tono más sarcástico y cruel que encontró en su repertorio de letrada ducha en los más variados casos.

—No pretendo eso, porque sería imposible —se defendió Ávalos.

—¿Ahora llega el momento en el que me dirás que mi madre es irreemplazable y que tu nueva pareja no pretende llenar su hueco? —Alexia había ido hasta la cocina y revisaba el menú—. A mamá no le hubieran gustado las chuletas de cordero, pero supongo que a *la nueva* —dijo con retintín— no le desagrada la carne. En cuanto a ti —se volvió para contemplar a su padre, cuya figura se recortaba en el umbral de la cocina aún con la corbata sin anudar alrededor del cuello, con aquel traje pasado de moda y en zapatillas, pues no había podido ponerse los zapatos todavía—, no te conviene beber vino. Ya sabes lo que te dijo el médico.

—Ya sé que a tu madre no le hubieran gustado las chuletas —reconoció Ávalos con una sonrisa amarga—, pero ¿crees que me permitiría a mí comerlas al menos hoy?

Alexia creyó que su padre había perdido definitivamente el juicio. Tal vez resultaba cierto que era un loco. ¿De manera que le pedía a ella, a su hija, su opinión sobre si su madre difunta aprobaría el menú que pensaba degustar con su nueva amante? ¿Qué podía responder a eso?

—Vete a la mierda —replicó llevándose por delante a su padre en medio de su violenta huida hacia la puerta. Pero cuando estaba a punto de abrirla, se dio cuenta de algo. ¿Por qué su padre le había preguntado si su madre aprobaría que él comiera las chuletas*al menos hoy?* Entonces se detuvo y contempló de nuevo aquella triste versión del hombre que en su niñez le habló del valiente niño Arturo Grijalba.

—Es 5 de noviembre —dijo Ávalos—. Todos los años, este día, ceno con el recuerdo de tu madre en el otro extremo de la mesa.

Entonces Alexia rompió a llorar. Lloró como no recordaba haberlo hecho desde que era niña. Su trabajo, su vida entera le impedía hacerlo. Para una mujer como ella, una profesional que aspiraba a ser tan buena como cualquier hombre, llorar era un lujo que no podía permitirse. Y, de no practicarlo, la musculatura y los humores que intervienen en el llanto se habían oxidado, como le había sucedido a amplias extensiones de su corazón.

Allí estaba aquel hombre alto, delgado, desgarbado, con un traje oscuro y en zapatillas contemplándola con ternura. Le vio acercarse y abrazarla. Y en medio del llanto le escuchó decir:

—Ninguna mujer podría competir con tu madre. Y sí, ya sé que no me dejaría comer chuletas un día cualquiera, pero ¿no crees que hoy a lo mejor sí me lo permitiría? —Ávalos separó su cara de la de su hija, levantó la barbilla de Alexia, la miró a los ojos y añadió—: Después de todo, es nuestro aniversario, ¿recuerdas?

Lo recordaba, naturalmente. De pronto un río de imágenes vino a su mente. Imágenes repletas de sonrisas de su madre junto al singular maestro de escuela con quien había

decidido casarse. Un hombre a quien todos tenían por excéntrico, pero del cual nadie podía decir que fuera una mala persona. Era cierto que tenía aquella manía de buscar misterios, de escribir libros sobre lugares imposibles y de contar historias en las que parecía mentira que creyera un hombre leído como él, pero Alejandra era feliz junto a él. Y cada 5 de noviembre el matrimonio se iba a un buen restaurante de Cuenca para celebrar su aniversario.

De pronto, el aluvión de imágenes cesó en la mente de Alexia. Lo hizo justo en el momento en el que se filtró entre aquellos recuerdos la muerte de su madre. ¿Dónde coño estaba su padre aquel día? ¿Eran más importantes aquellos sueños estúpidos suyos que su propia esposa? ¿Cómo pudo permitir que ella muriera sola, junto a su hija, mientras él buscaba el Arca de la Alianza en el norte de Francia?

En los labios de Alexia se estaba formando aquel reproche, el mismo que tantas veces había lanzado a su padre y que había abierto una brecha insalvable entre ambos durante años. Pero, en el mismo instante en el que iba a pronunciar aquellas palabras, sonó el timbre.

Alexia pensó que tal vez su padre la había engañado y que realmente aguardaba a una mujer. Ávalos, por su parte, alcanzó el pleno convencimiento de que aquel 5 de noviembre llevaba camino de ser inolvidable.

Alexia miró a su padre con una interrogación pintada en el rostro. ¿Quién demonios era aquel tipo vestido con un chaquetón raído y unos pantalones de pana que parecían comprados en un mercadillo?

La expresión que descubrió en su padre le hizo pensar que tampoco él esperaba al hombre que sonreía bajo el umbral de la puerta. Alexia lo miró de nuevo de arriba abajo con aquella incisiva mirada suya que tanto desconcertaba a los hombres y tanto intimidaba en los juicios. El escrutinio le permitió advertir un tono entre gris y azulado en los ojos del impertinente visitante escondidos tras aquellas gafas que parecían el complemento más caro de todo su aliño indumentario. Comprobó que podía mirarlo desde una altura ligeramente superior, tal vez la justa ventaja que le proporcionaban a ella sus tacones. Atribuyó por ello al desconocido una altura de unos ciento setenta y cinco centímetros —los mismos que ella alcanzaba cuando descendía de sus puntiagudos pedestales—. Estudió en unos segundos el resto del mapa físico de aquel desconocido: cabello corto, de color pajizo y más escaso de lo que quizá él desease, algo que delataba la disposición nada casual del mismo. Alexia supo desde el primer instante que el aspecto revuelto del pelo, sostenido con gomina, era una estrategia para cubrir los vacíos que la incipiente calvicie estaba provocando en la cabeza de su dueño. Por lo demás, no era un hombre especialmente atlético, pero no podía aplicársele el calificativo de fondón, puesto que sería inexacto. La barba se adivinaba rasposa y evidenciaba una falta de rasurado que Alexia calculó en casi una semana. El suéter negro de cuello vuelto impedía ver con más claridad qué había allí debajo, pero

a primera vista no parecía que hubiera nada de interés. Por último, observó que calzaba unas botas Coronel Tapioca que no la desagradaron. La descripción se completó con el tono de voz del recién llegado, algo que Alexia descubrió cuando él abrió por fin la boca.

—Me tiene que perdonar —se excusó Capellán con fingido lamento—, pero he debido de olvidar mi teléfono móvil en su estudio.

A Alexia no le agradó aquel tono de voz, que juzgó demasiado engolado y menos masculino de lo que a ella le gustaba. Aquel hombre, al que calculó una edad similar a la suya, tenía algo de juvenil ingenuidad no del todo enterrada bajo el personaje que se había creado y que a ella le pareció frío, calculador y de poco fiar. Y eso lo reconoció sin esfuerzo porque en eso sí que ella se parecía a*Tapioca*,como calificó al amigo de su padre en silencio.

—Pasa, pasa —escuchó Alexia decir a su padre—. No te quedes ahí en la puerta. —A continuación Ávalos miró alternativamente al hombre del chaquetón y a ella misma y dijo—: Te presento a mi hija Alexia. Alexia, este es Miguel Capellán, un periodista a quien conozco desde hace años.

Alexia vio que el tal Capellán hacía una audaz aproximación para besarla en la cara, apertura de ajedrez que ella combatió elegantemente alargando la mano como único saludo. Entonces comprobó que Capellán podía competir con ella en un campeonato mundial de manos frías.

—Lo siento —sonrió el periodista. Resultó que tenía una dentadura bien cuidada—. Siempre tengo las manos heladas.

—Como habrá advertido, a mí me sucede lo mismo —replicó Alexia sin mayores ceremonias—. Ya ha oído a mi padre, pase y busquemos ese teléfono suyo.

Ávalos encabezó la cordada que ascendió por las estrechas escaleras hasta el último piso de la vivienda. Tras él caminaba Alexia, a quien Capellán había cedido el paso, aunque el gesto fue interpretado por ella no tanto como una gentileza como un modo de procurarse una perspectiva impagable de su trasero y de sus piernas. Era una artimaña tan ridícula como infantil, lo que sirvió a la abogada para apuntalar aún más su teoría del niño dormido que había bajo *Tapioca*.

Podía haber hecho algún aspaviento o alguna finta que le hubiera permitido eludir la ascensión hasta el estudio, pero prefirió no hacerlo solo por darse a sí misma el gusto de darle el gusto a aquel personaje que tan astuto se creía.

Hacía mucho tiempo que Alexia no entraba en la guarida de su padre, pero recordaba la mesa de nogal, la eterna Olivetti, los papelotes, las estanterías incapaces de acoger la marabunta de libros que lo inundaban todo. Sus ojos perspicaces tropezaron con títulos cuya sola lectura le produjo malestar: *El retorno de los brujos*, *Pasaporte a Magonia*, *Recuerdos del futuro*, *Mágica Fe*, *El enigma sagrado*, *La ruta sagrada*… Prefirió no seguir leyendo.

Mientras su padre y *Tapioca* buscaban el teléfono móvil de este último, Alexia

advirtió algo nuevo en aquella osera en la que su padre consumía su vida: ¿qué eran aquellas fotografías?

Se aproximó hasta una de aquellas instantáneas y la miró ensimismada. Se estremeció al ver de cerca a aquel musculoso hombre de mármol que pugnaba por abandonar la tumba aún con el sudario y la losa sepulcral sobre la espalda. ¿Quién era aquel hombre? Se acercó aún más y entornó los ojos, los cuales adquirieron un aspecto felino semiocultos tras las largas pestañas. Al leer el nombre del difunto su rostro se crispó, y un torrente de reproches pareció a punto de brotar de su boca perfilada de rojo, pero en ese mismo instante Capellán gritó:

—¡Lo encontré!

Alexia se volvió y descubrió a Capellán mostrando orgulloso su teléfono, que al parecer se había deslizado por entre el sillón de lectura de su padre. Alexia dedujo que *Tapioca* había estado sentado allí no hacía mucho tiempo, tal vez aquella misma tarde. Se preguntó qué tendría que ver su padre con aquel desconocido que, definitivamente, no le gustaba en absoluto. La ira que había destellado en sus ojos al ver el nombre de Julio Verne en las fotografías no se había borrado del todo, pero la abogada se obligó a contenerse. *Tapioca* era un estorbo, se mirara por donde se mirara.

—Bueno, Capellán, pues no te entretengas más, que se te va a hacer tarde —dijo Ávalos empujando al periodista hacia la escalera. Alexia advirtió incomodidad en su padre. Le pareció evidente que quería deshacerse de su amigo a toda costa y supuso que en aquellas prisas había algo más que su deseo de celebrar el aniversario de boda junto al recuerdo de su madre.

Alexia decidió que la cena podía aguardar unos minutos, al menos hasta que ella saliera de dudas sobre la identidad de Capellán. Avanzó con decisión, se interpuso entre *Tapioca* y la escalera y preguntó:

—Papá, ¿no vas a decirme a qué se dedica tu amigo?

Miguel Capellán pareció tan encantado al escuchar aquella pregunta como si el cielo se hubiera abierto para él. Resultó evidente que él tampoco quería irse aún. Tanto alborozo percibió en él, que Alexia llegó a dudar sobre si realmente había olvidado el teléfono móvil en aquel sillón o había sido un pretexto para regresar al domicilio de su padre.

—Soy periodista, especializado en todos estos temas —respondió señalando las superpobladas librerías del estudio.

—¡Acabáramos! —exclamó Alexia mirando a su padre. Ahora comprendía la razón por la cual él quería quitarse de encima cuanto antes al inoportuno visitante. Sabía que aquellos temas la sacaban de quicio—. ¡Otro chiflado!

—Oiga, que yo no la he insultado —se defendió Capellán.

Pero Alexia lo ignoró y dirigió sus reproches hacia su padre.

—Si tan importante es para ti este día, si tanto recuerdas a mamá, ¿cómo permites que chalados como este vengan a tu casa precisamente hoy? ¿No tuviste suficiente con no estar junto a ella cuando murió? ¿Cuándo vas a dejar toda esta mierda? —Y rubricó

su ira con un manotazo a varios libros de la estantería más próxima.

Drácula, de Bram Stoker, y *La historiadora,* deElizabeth Kostova, cayeron desde la sección de novela gótica y abrieron impúdicamente sus páginas. Desde el suelo de madera, ambos libros escucharon el resto de la discusión.

—¿Nunca me vas a perdonar? ¿Cómo iba a saber yo que tu madre iba a sufrir aquel derrame cerebral si cuando me marché estaba perfectamente?

—Si no te hubieras ido… —Los labios de Alexia temblaban. De pronto se interrumpió sin saber qué añadir. Al cabo de unos segundos se escuchó a sí misma decir una estupidez—: Si no te hubieras ido ella no habría muerto.

Semejante extravagancia se disolvió en el silencio.

Miguel Capellán*Tapioca*tenía la boca abierta como un tonto. Había comprendido de pronto el motivo que había separado a padre e hija hacía tantos años. Por su parte, Alexia masticó el silencio y advirtió por primera vez en su vida el regusto amargo de la ira sin fundamento. ¿Cómo podría haber impedido su padre un derrame cerebral? ¿Hasta cuándo pensaba seguir echando sal en aquella herida? Pero al ver de nuevo las fotografías que adornaban el estudio su furia se retroalimentó.

El primer sonido que rompió el áspero silencio fue el producido por el arrastrar de zapatillas de Gerardo García Ávalos. Cuando estuvo junto a Alexia la abrazó. Por encima del hombro de Alexia miró a Capellán y le hizo un gesto para que los dejara solos. Afortunadamente, el periodista comprendió lo que se esperaba de él y salió furtivamente del estudio, bajó las escaleras y segundos después cerró la puerta tras de sí.

Cuando se sintió a solas con su padre, Alexia se obligó a recuperar la ira que unos minutos antes había prendido en su corazón.

—¿A qué viene esto, papá? —preguntó señalando las fotos—. ¿Es que nunca vas a dejar de estropearme la vida?

—Te aseguro que no tiene nada que ver con lo que ocurrió entonces —respondió Ávalos con voz cansada—. Te pedí mil disculpas por haber ridiculizado a aquel novio tuyo con los artículos que escribí.

—No era mi novio —protestó Alexia—. Además, ¿estás seguro de que fue él quien quedó en ridículo? —añadió con amargura—. No te imaginas lo que la gente dijo de tus ideas sobre Julio Verne, y lo que yo tuve que oír una vez más.

Ávalos suspiró. Una herida antigua y profunda palpitó en lo más hondo de su corazón. Una herida que creía cerrada y que ahora podría reabrirse con todo aquel asunto de Nemo. Intentó reconducir la situación y recuperar a la mujer que había abrazado unos minutos antes.

—¿Quieres quedarte a cenar conmigo? —escuchó Alexia decir a su padre.

Ella lo miró a la cara y vio sus ojos cálidos.

—No. Esta noche es tuya y de mamá.

Él sonrió. Alexia creyó que iba a decir algo, pero lo que tuviera que decir parecía

resultarle difícil de expresar. A continuación lo vio caminar arrastrando los pies hasta el armario que tenía tras la mesa de nogal.

—Si algún día tienes que abrir este armario, la llave está aquí escondida —dijo Ávalos señalando la parte posterior del mueble—. La tengo ahí pegada con cinta adhesiva.

Alexia estuvo a punto de hacer algún comentario a propósito de las paranoias de su padre, de sus extravagantes ideas sobre peligros imaginarios. Ya no era la niña que escuchaba las aventuras del Duende de Zaragoza.

Su padre abrió el armario y ella pudo ver que cogía varios sobres de color ocre.

—Estoy escribiendo una novela —confesó—. Por primera vez en mi vida, estoy escribiendo una novela. —Señaló una colina de papel formada por algo más de un centenar de folios guardados bajo llave en aquel armario—. No se me ocurrió otra forma de contar lo que me está sucediendo.

Alexia entornó los ojos. ¿De nuevo aquellas historias delirantes? ¿Otra vez tras una pista que al final simplemente conducía a otra pista y terminaba arrastrando a su padre a correr eternamente hasta la línea del horizonte sobre el mar?

—¿Qué es lo que te está sucediendo? —preguntó a pesar de que temía la respuesta. Estaba harta de las locuras de su padre y de todos aquellos lunáticos que lo rodeaban, como *Tapioca*.

—Me gustaría que guardaras esto. —Ávalos puso entre las manos de su hija aquella colección de sobres de color ocre—. Hace unos meses recibí el primero de estos sobres enviados por alguien que firmaba como *Nemo*.—Al escuchar aquel nombre, Alexia miró las fotografías de la pared y su cuerpo se tensó involuntariamente. Al ver su reacción, Ávalos imploró su comprensión—. Escúchame, por favor. Todo esto no tiene nada que ver con aquel amigo tuyo, te lo aseguro. —Alexia pareció relajarse—. Estos son los originales. Hice copias de todos los documentos. Hoy precisamente le dejé una fotocopia a Capellán de los dos primeros textos que recibí, porque me está volviendo loco para que le cuente todo este asunto. —Ávalos intentó sonreír. Alexia guardó silencio—. A lo mejor un día tienes ganas de leer esto, aunque solo sea para que comprendas que no estoy tan loco como todos creen. —Hizo una pausa y miró a su hija a los ojos—. Para que no sigas avergonzándote de mí.

Ella quiso decir algo, pero él puso dos dedos sobre sus labios impidiendo que naciera la mentira que ella se vería obligada a decir. Ambos sabían la verdad: Alexia se avergonzaba de las ideas de su padre.

—¿Para qué quieres que guarde esto? —preguntó intentando sacudirse de los pómulos el rubor que había sentido al descubrir que su padre conocía su corazón mucho mejor de lo que había imaginado.

—Eres mi heredera al fin y al cabo —ironizó. Pero, aunque intentaba disimularlo, Alexia vio una sombra de sincera preocupación en los ojos de su padre. Por un instante, incluso creyó percibir miedo—. Ya sabes cómo soy de paranoico. Supongo que me parece más seguro que custodies tú este tesoro. Nadie sospechará de una

abogada con la cabeza tan bien amueblada como tú —bromeó—. Es importante —dijo en un tono más grave apretando contra el cuerpo de su hija aquellos sobres antes de añadir—: Y peligroso.

La carta

30 de marzo de 1905

Querido Maurice:

No sé cómo agradecerte que te hayas acordado de mí haciéndome llegar la triste noticia del fallecimiento del tío Jules, además del recordatorio que él mismo ordenó redactar. He llorado como un niño al leer mi nombre, Gaston Verne, entre los cincuenta familiares que en él se mencionan. He creído entender que el tío me había perdonado[37].

Después de tantos años de encierro en este centro de salud mental al que fui condenado por haber disparado sobre él, había perdido toda esperanza de lograr ese perdón. Eres un buen hermano, Maurice.

Imagino que pasaré a la historia como el sobrino loco que atentó contra el insigne Jules Verne dejándolo cojo para siempre. Nadie mencionará el tormento que para mí ha supuesto este encierro, ni se interesarán por cuáles fueron las verdaderas razones que me llevaron a cometer aquel acto. ¿Cómo podría explicar que creí hacer lo correcto?

Días antes de recibir tu carta y el recordatorio de la muerte del tío, tuve una visita. La primera visita en todos estos años de los hombres a quienes creía deber fidelidad y bajo cuyas órdenes disparé sobre Jules. Hasta ese día, me habían hecho llegar cartas donde me informaban de la vida de nuestro tío, de sus novelas… Tras esa visita, tuve la certeza de que había sido engañado, y que jamás saldré de mi encierro.

Muerto el tío, querido hermano, me aferro a tu buen corazón para vaciar las penas que ahogan el mío.

Te diré por qué disparé sobre nuestro tío. Jules ocultaba muchas cosas, y me propongo compartirlas contigo.

Seguramente recordarás que nuestro padre nos contó mil veces que siendo niño su hermano se entregó a la escritura con pasión, y que su fuente de inspiración era Victor Hugo. Pero lo que ni nuestro padre ni nuestro tío podían imaginar entonces era que aquella pasión por las letras lo situaría años después en los caminos herméticos a los que fue a parar y a los que yo me precipité irremediablemente más tarde.

Hermano, espero que no me juzgues tú también como un loco si te digo que

los cambios políticos que han experimentado nuestro país y buena parte de Europa durante este siglo han sido impulsados y dirigidos por un poder en la sombra. La caída de Carlos X, que reinaba en Francia cuando nacieron nuestro padre y el tío, el advenimiento de Luis Felipe I, duque de Orleans, o las revoluciones de 1830 y 1848, respondieron a la voluntad de ese poder encarnado en hombres a quienes nadie podría poner nombre y apellido. Ni siquiera rostro. Pero el mundo gira hace mucho tiempo según su voluntad.

¿Cómo iba a imaginar Jules cuando leía con pasión a Walter Scott, Fenimore Cooper o Dickens que un día su vida y la de esos hombres sin rostro se encontraría?

¿Cuántas veces le preguntaron a nuestro tío de dónde le venía su interés por la ciencia? Si repasas sus respuestas, te darás cuenta de la vaguedad de las mismas[38]. Nuestro tío, el hombre de los acertijos, el maestro de la charada y del jeroglífico, se abrigó con la ciencia para transitar a resguardo entre los vivos. Era un buen modo de pasar desapercibido.

La realidad, Maurice, era diferente. Nuestro tío no podía confesar cuánto debían sus novelas a su trabajo hercúleo y cuánto a una organización misteriosa con la que comenzó a tener tratos sin saberlo poco después de que llegara a París en julio de 1848 para matricularse en Derecho, siguiendo los deseos de nuestro abuelo Pierre.

En las calles de París aún se respiraba el olor del humo de las barricadas levantadas en febrero de aquel mismo año. La revolución parecía anhelar un cambio de régimen y combatir al poder de la Iglesia. Pero, en realidad, el objetivo de los hombres sin rostro iba mucho más allá. Años después, nuestro tío fue una modesta pieza de aquel engranaje. Y yo, otra…

6

Gaston Verne! ¡La madre que lo parió! —exclamó Capellán.

Miguel estaba solo en su apartamento de poco más de cincuenta metros cuadrados situado en una calle de Arganda del Rey cuyo nombre en muchas ocasiones olvidaba. Cuando le pedían su dirección postal se equivocaba y mencionaba el coqueto ático de Las Rozas en el que había vivido con Laura y la pequeña Carla hasta que el matrimonio se quebró con la fragilidad con que lo hace una quima seca tras un certero pisotón. Sin éxito, sin dinero, la quima no tenía savia para Laura, y tantos años de sequía literaria habían terminado por agotar las reservas acumuladas en los tiempos de bonanza.

Cuando Laura solicitó el divorcio, Miguel se sintió caer a la lona como un púgil noqueado. Pero como esos luchadores orgullosos que no se resignan a perder el cinturón que los distingue del resto, también Capellán intentó levantarse y ponerse en pie. Estaba seguro de que podría volver a conjurar a las musas y que ellas regresarían para guiar sus dedos sobre el teclado. El tiempo, no obstante, se comió sus esperanzas. La blancura de la pantalla del ordenador lo asustaba.

Carla tenía ahora siete años. Cuando Laura salió de la vida de Capellán solo podía mostrar tres deditos si le preguntaban su edad. El tiempo había pasado con inesperada rapidez desde entonces. A Miguel le habían caído los cuarenta años sin darse cuenta. Tal desastrosa efeméride había tenido lugar durante el verano.

—¡Gaston Verne! —repitió Capellán.

Nadie respondió a su exclamación. El pequeño apartamento estaba desordenado y sucio. En el fregadero había platos pringosos. Sobre la pequeña mesa de la cocina contemplaba el paso de la vida una taza con herrumbrosos restos de café. La decoración de las paredes, que eran hirientemente blancas, se resumía en media docena de cuadros comprados en cualquier almacén anónimo. Dos de ellos, además, estaban torcidos.

El dormitorio ofrecía una imagen caótica. Sobre la cama se mezclaban las sábanas con ropa del dueño de aquel cubil. Capellán la dejaba allí cuando regresaba a casa y era frecuente que olvidara quitarla antes de acostarse. Después, se enfundaba un chándal viejo que un día fue gris pero al que el paso del tiempo había proporcionado un extraño color incalificable. Era de marca, eso sí.

Junto a la puerta de entrada había un mueble de madera provisto de un espacio para

depositar los paraguas. Allí mismo habían quedado tiradas las botas Coronel Tapioca. Y desde su observatorio las botas podían ver el salón, que se había convertido en el despacho de Capellán, a quien se podía distinguir a duras penas dada la enorme cantidad de libros que había por todos y cada uno de los centímetros cuadrados de la sala. Los libros habían cubierto también hasta límites insospechados una segunda habitación de unos nueve metros cuadrados con que contaba el pisito.

Capellán estaba perplejo. No podía dar crédito a lo que acababa de leer: ¡una carta escrita por Gaston Verne a un hermano suyo!

—¡Hay que joderse!

Ávalos era una fuente inagotable de sorpresas. El periodista se quitó las gafas, se frotó los ojos empequeñecidos por el cansancio y luego miró a su derecha, donde aún aguardaba la segunda entrega de la información que Nemo había enviado a Ávalos.

Estaba deseando leer lo que aquellos papeles tenían que contarle sobre Julio Verne, pero el deseo de paladear con calma lo que hasta ahora había descubierto hacía que demorara el gozo de aquella lectura.

Sopesó qué hacer. Habría querido estar junto a Ávalos para poder interrogarlo sobre todo aquello. ¿Creía que aquella carta la había escrito en realidad Gaston Verne? Y, si era auténtica, ¿quién podía ser Nemo? ¿Cómo había podido hacerse con semejante documento? ¿Quién lo había traducido del francés? ¿Lo había hecho el propio Nemo?

Aquellos interrogantes fueron sustituidos sin previo aviso por otras ideas. ¿Qué importaba si la carta era auténtica o no? Lo realmente valioso era que ofrecía una historia absolutamente extraordinaria. La musa que tan esquiva se mostraba con él había sido generosa en cambio con Ávalos. ¿Por qué el misterioso Nemo no lo había elegido a él en vez de al viejo maestro como custodio de su secreto? ¿Por qué no se le había ocurrido a él escribir un reportaje sobre el maldito Julio Verne? Si lo hubiera hecho, tal vez Nemo habría enviado aquel indescifrable mensaje a su buzón. Pero, se dijo, ¿habría sido él capaz de interpretarlo?

Al pensar en el jeroglífico que un día Ávalos le había mostrado sobre el puente de San Pablo de Cuenca, Miguel recordó alguno de los renglones que acababa de leer. Se puso las gafas y obligó a sus miopes ojos azules a buscar el dato. Al cabo de unos segundos, lo encontró y releyó en voz alta:

—«Nuestro tío, el hombre de los acertijos, el maestro de la charada y del jeroglífico, se abrigó con la ciencia para transitar a resguardo entre los vivos…».

De modo que era cierto: Julio Verne amaba los acertijos. Pero ¿qué quería decir Gaston con que su tío se había abrigado con la ciencia para transitar a resguardo entre los vivos? ¿Quiénes eran aquellos «hombres sin rostro» que, parapetados bajo el secreto, llevaban la manija de la historia de Europa?

Miguel sintió una familiar punzada en su interior. Era la vieja sensación de estar al borde de un misterio extraordinario. Se trataba de un estremecimiento que había olvidado, porque hacía mucho tiempo que realmente no creía en nada de lo que escribía.

La carta hablaba de un poder oculto tras las bambalinas de la política europea. «Nadie podría ponerles nombre y apellido», había escrito Gaston.

—¡Menuda historia! —exclamó Capellán con una mezcla de alborozo y fastidio por no ser él el dueño de aquellos papeles.

Nadie podría ponerles nombre y apellido. Ni siquiera rostro.

Miguel buscó con la mirada un libro entre las atestadas estanterías. En alguna parte había leído algo a propósito de la participación de sociedades secretas en los cambios políticos que la carta mencionaba. Tras desestimar varios tomos, cogió un grueso volumen de Historia Contemporánea firmado por R. Palmer y J. Colton. Las páginas del libro estaban salpicadas de papeles amarillos adhesivos. Capellán buscó el índice, que resultó estar al final de la obra, y lo leyó hasta detenerse en un capítulo dedicado a «La revolución y el restablecimiento del orden. 1848-1870».

—Página 215 —murmuró. La página estaba marcada con uno de aquellos papelitos —. Aquí está —dijo—: «Ni antes ni después ha visto Europa un levantamiento tan verdaderamente universal como en 1848…». —El dedo índice de Miguel recorrió el párrafo hasta detenerse en una frase subrayada con rotulador rojo—: «… A veces, los contemporáneos atribuían la universalidad del fenómeno a las maquinaciones de las sociedades secretas»[39].

—¡Vaya con Gaston Verne! —exclamó—. De loco, nada.

Pero ¿qué sabía Capellán en realidad sobre Gaston Verne?

Tras leer el segundo artículo que Ávalos escribió sobre Verne, el que dedicó íntegramente a los mensajes cifrados que el novelista francés acostumbraba a emplear en sus novelas, Miguel había comprado algunas biografías sobre el creador de Nemo. De manera que se levantó del sofá, se subió el pantalón del chándal porque el elástico de la cintura había cedido y sin querer se le veían los calzoncillos, y buscó en la escuálida biblioteca dedicada al escritor francés qué se decía de Gaston.

En uno de aquellos libros aparecía un capítulo dedicado a los familiares de Verne. Contempló una fotografía de Pierre Verne, el padre del escritor: un tipo de mediana edad vestido de negro, de rostro severo, que miraba al fotógrafo apoyando su brazo izquierdo sobre un mueble de madera con patas torneadas como si fueran columnas salomónicas. Capellán leyó que el retratado había nacido en Provins, que había estudiado leyes en París y que arribó a Nantes en 1826, cuando tenía veintisiete años, tras comprar un bufete de procurador. Fue allí donde conoció a Sophie Allote de la Fuÿe, una mujer un año más joven que él y que aparecía igualmente retratada en las páginas de aquel libro en dos momentos de su vida: en su juventud y en su vejez.

A Capellán le pareció curioso que en ambos retratos la mujer posara de forma casi idéntica, apoyándose con el brazo izquierdo bien sobre un piano, bien sobre un mueble. En ambas ocasiones, aquella mujer que había nacido en Morlaix y que descendía de bretones y escoceses lucía un peinado similar compuesto por dos recogidos sobre las orejas que la emparentaban con la Dama de Elche. Al contemplar en el retrato que la

mostraba en la vejez los daños irreversibles que el paso del tiempo había provocado en el rostro de la joven Sophie, Miguel Capellán tragó saliva. Desde que había cumplido los cuarenta comenzaba a plantearse cada vez más a menudo que transitaba, si tenía mucha suerte, por la mitad de su vida. Cada vez quedaba menos…

Espantó aquella incómoda sensación y se obligó a mirar de nuevo aquellos retratos decimonónicos.

Más abajo aparecían los hermanos de Julio Verne. Pero Capellán se detuvo en la sucinta biografía de Paul, el único hermano varón del escritor y padre de Gaston, supuesto autor de aquella carta. La vida de Paul no interesó a Capellán. Lo único relevante para él fue descubrir que uno de los hijos de Paul, precisamente Gaston, había disparado dos tiros sobre su tío el día 9 de marzo de 1886, dejándolo cojo para siempre. Era el mismo atentado que la carta mencionaba.

En la biografía aparecía una fotografía de Gaston siendo niño junto a su padre. ¿Cómo imaginar que aquel niño regordete sería encerrado por disparar contra su tío años después? Igualmente, en el libro se mencionaba a Maurice, el destinatario de aquella carta supuestamente escrita por Gaston.

¿Qué decía el puñado de biografías que tenía sobre Verne a propósito de aquel incidente?

Tras rastrear entre las páginas de los diferentes volúmenes, Capellán no tardó en tener las versiones que ofrecían los cuatro autores cuyas obras había consultado. Todos se ponían de acuerdo en la fecha del atentado: 9 de marzo de 1886. Algunos incluso ofrecían reseñas periodísticas de la época en las que se mencionaba el suceso y las funestas consecuencias que tuvo para Verne, a pesar de que salvó milagrosamente la vida. Pero otros detalles del caso quedaban hundidos en la confusión.

¿Por qué disparó Gaston sobre su tío? En una de las versiones, el sobrino, a quien todos los autores presentaban como un enfermo mental, entraba en el despacho del escritor, le pedía dinero para emprender un viaje a Inglaterra y le disparaba cuando Julio se negó a darle el dinero solicitado. En otras versiones, dicho atentado tenía lugar en la puerta de su casa en Amiens, en el número 2 de la calle Charles Dubois, y se debió al intento de Gaston por poner en el candelero a su tío para que al fin lo tuvieran en consideración en la Academia Francesa de la Lengua. El sobrino, a quien Verne quería mucho según se decía en las biografías consultadas, pretendió desde su locura favorecer la carrera del escritor, que siempre se había sentido rechazado por sus colegas de profesión y anhelaba desde hacía años ingresar en la Academia[40]. Capellán encontró incluso la cita de una carta escrita por el propio Paul Verne a un cuñado suyo donde argumentaba esas razones para explicar el atentado cometido por su hijo[41].

En otro de los libros se incluía la declaración del propio Verne al periodista Robert H. Sherard. Verne recordaba el episodio: «Seguramente, usted conoce la triste historia de cómo un sobrino mío, que me adoraba y al cual también quería mucho, vino a verme un día a Amiens y después de murmurar algo, ferozmente, me apuntó con un revólver y

me disparó, hiriendo mi pierna izquierda. A consecuencia de este hecho nunca he vuelto a caminar como lo hacía antes».

Capellán se prometió que debía buscar más referencias sobre lo sucedido aquel 9 de marzo de 1886. En cuanto a la suerte que corrió Gaston, lo único que descubrió fue que lo declararon loco y lo internaron en un centro psiquiátrico que algunas versiones situaban en Luxemburgo. En la entrevista que concedió a Sherard, Verne aportaba apenas unas gotas más de información: «El pobre muchacho estaba fuera de sus cabales. Luego dijo que lo había hecho para atraer sobre mí la atención, de manera que se escucharan mis demandas por un puesto en la Academia Francesa. Ahora está en un asilo y temo que nunca se curará».

Y nada más, se lamentó Capellán. ¿Cómo era posible que un hombre al que todos parecían definir como enfermo mental llevara encima una pistola? ¿Acaso nadie lo controlaba? ¿Qué era lo que había dicho Gaston antes de disparar sobre su tío? Verne declaró a aquel periodista, Sherard, que su sobrino había «murmurado algo». Un siglo después, Miguel hubiera pagado el dinero que no tenía por haber escuchado las palabras de Gaston.

Verne había concedido aquella entrevista en otoño de 1893, aunque el artículo se publicara en enero del año siguiente. Es decir, que en el momento en el que el escritor respondía de ese modo habían pasado algo más de siete años desde el atentado, y Gaston seguía recluido. ¿Sería cierto que así acabó su vida?

¿Qué pensaba Ávalos de todo aquel asunto?

El periodista se ajustó de nuevo el pantalón del viejo chándal y dudó si leer la segunda entrega de la carta o llamar al maestro de escuela para conocer su opinión. ¿Habría descubierto Ávalos algo más sobre Gaston Verne y el inexplicable atentado que cometió?

Buscó en la agenda de su teléfono móvil el número del viejo maestro. Miró el reloj: las once y media de la noche. ¿Era prudente llamar? ¿Estaría aún despierto el maestro? ¿Cómo habría terminado la cena? ¿Dónde estaría Alexia? Finalmente marcó el número, y, mientras escuchaba los tonos de la llamada, la imagen del trasero de la hija de Ávalos pasó voluptuosa ante sus ojos.

—¿Dígame?

La voz de Ávalos sonó extraña, o eso le pareció a Miguel. ¿Acaso estaba dormido y lo había despertado? ¿O tal vez el temblor que percibió en la voz del maestro lo provocaba el miedo?

—Soy Miguel. ¿Está usted bien?

—Sí, sí —respondió Ávalos casi en un susurro—. Es solo que estaba ya en la cama y por un momento pensé que había escuchado algo. —Carraspeó—. ¿Qué sucede?

—Perdone que le haya despertado. —Capellán se sintió idiota. ¿Qué pretendía averiguar con aquella llamada?—. He leído las primeras páginas de la carta y… —Le pareció que Ávalos se levantaba de la cama—. ¿Oiga? ¿Sigue ahí?

—Aguarda un momento. —La voz de Ávalos era apenas un susurro.

El rostro de Capellán se tensó. Sus dedos eran hiedras alrededor de su teléfono, y escuchó entonces con inquietante claridad la voz de la soledad en su apartamento. Contuvo la respiración mientras escuchaba los pasos de Ávalos arrastrándose, presumiblemente dentro de sus gastadas zapatillas. Luchó por atornillar al suelo su imaginación. No podía permitirle volar. Necesitaba que se estuviera quieta, que toda su energía se concentrara en lo que le sucedía a su viejo amigo. ¿Adónde demonios había ido? ¿Estaría en lo cierto Alexia y tanto su padre como todos los que se dedicaban a perseguir misterios no eran más que un atajo de lunáticos cazadores de dragones de cuento?

El hilo de su reflexión se cortó abruptamente al escuchar un estrépito al otro lado del teléfono. ¿Qué había ocurrido? Por un momento, le pareció haber escuchado a alguien correr escalera abajo en casa de Ávalos. Dudó. Luego se convenció de que era así, pues estaba seguro de que su imaginación seguía bajo control, amarrada al muelle de su desaseado apartamento.

—¡Ávalos! —gritó—. ¡Ávalos!

7

El Volkswagen Golf de color rojo fue tan veloz como jamás lo había sido. Los kilómetros que separan Arganda del Rey de Cuenca pasaron en un suspiro, pero aun así significaron una tortura para Capellán, quien a esas alturas era incapaz de mantener bajo control su imaginación. No podía dejar de construir en su mente mil escenarios posibles para lo que encontraría al llegar a la casa de Ávalos, y en todos ellos el maestro interpretaba un papel cuyo guion estaba salpicado de sangre.

Las agujas del reloj rozaban la una de la madrugada cuando se pudo ver a Miguel Capellán corriendo por la calle Alfonso VIII hasta el portal de Ávalos. La puerta estaba entornada. Tragó saliva y miró arriba y abajo en la calle. Las aceras estaban desiertas. A través de los arcos que separaban el Ayuntamiento de la plaza Mayor pudo ver a un hombre y a una mujer que iban del brazo, muy juntos, ahuyentando en pareja al frío que barría la ciudad medieval. Cuenca, de pronto, lo asustó.

Entró en la casa de su amigo con más decisión de la que hasta unos momentos antes había creído que podría desplegar. Avanzó unos pasos hasta encontrar el interruptor de la luz.

—¡Ávalos! ¿Está usted bien?

No hubo respuesta. Pero no tardó mucho en descubrir el motivo, puesto que el maestro estaba a los pies de la estrecha escalera transformado en un títere sin varillas ni hilos.

Capellán se acercó con precaución y contempló la cabeza abierta, el charco de sangre, la expresión ausente… El diagnóstico era sencillo. Entonces la mente de Miguel se hizo mayor de edad y se independizó de su dueño ofreciéndole una reproducción de alta calidad de los sonidos que había percibido a través del teléfono una hora y media antes.

Ávalos parecía nervioso cuando respondió a su llamada. Confesó a Miguel que le había parecido escuchar algo, pero no especificó qué. Fuera lo que fuese, lo había alterado, tal y como delataba el tono de su voz. A continuación, Capellán sintió cómo alguien reproducía en su cabeza el sonido del cuerpo del maestro incorporándose en su lecho, lo escuchó murmurar: «Aguarda un momento». Y después los pies del jubilado se arrastraron seguramente dentro de sus zapatillas (una de ellas, comprobó el periodista, aún abrigaba el pie derecho del muerto, mientras que la otra había caído como una hoja de otoño dos metros más allá). Lo siguiente que escuchó fue un estrépito. Tal vez, pensó, fue la propia caída de Ávalos escalera abajo. Pero había

algo más. Quedaba por despejar una duda: Capellán había creído oír los pasos de alguien que corría por las escaleras.

¿Qué debía hacer a continuación? Lo lógico era llamar a la policía y explicar lo ocurrido. Esperaba que lo creyeran, pero supuso que iba a tener que dar muchas explicaciones sin comerlo ni beberlo.

Al caer en la cuenta de lo que se le avecinaba, se contuvo. Después de todo, ¿qué sacaba él de todo aquel asunto? ¿No podía simplemente marcharse y ya se descubriría al día siguiente lo que había ocurrido? Pero ¿quién lo descubriría? Ávalos vivía solo. La relación con su hija no era fluida, y no podía saber cuánto tardaría ella en volver a llamar a su padre. Unas horas antes había visto a ambos y la situación fue realmente tensa. ¿Le debía a su amigo al menos aquella llamada a la policía? ¿Cómo podía marcharse dejándolo allí como un muñeco descoyuntado? Pero, se repitió, ¿qué sacaba él avisando a la policía?

Y entonces fue cuando el brillo del oro lo deslumbró. Como aquellos hombres que no dudaron en atravesar un continente a caballo o en precarias carretas para llegar a California atraídos por las noticias que llegaban desde Sutter's Mill[42], así Miguel Capellán voló por las empinadas escaleras que conducían al estudio de Gerardo García Ávalos.

Cuando alcanzó su meta, su corazón palpitaba con tal intensidad que creyó posible que cualquier vecino pudiera escucharlo. Se obligó a respirar y a mirar de frente el armario donde el viejo maestro guardaba el manuscrito que estaba escribiendo y que se había convertido en la pepita de oro particular de Capellán. Ávalos lo ponía siempre a buen recaudo en aquel mueble, tras la mesa de nogal. Allí debían de estar también los sobres en los que Nemo le hacía llegar las sucesivas entregas de la carta de Gaston a su hermano Maurice.

Pero algo no marchaba bien. ¿Por qué estaba abierto aquel mueble? ¿Había olvidado Ávalos echar la llave aquella noche? ¿Qué había sucedido entre él y su hija una vez que él se marchó?

Sin perder un segundo, se precipitó hacia el armario temiéndose lo peor. Y sus presagios se cumplieron: alguien se había llevado todos y cada uno de aquellos sobres de color ocre remitidos por el confidente que embozaba su identidad tras el nombre de Nemo. Tampoco estaban en su sitio las fotocopias que Ávalos había hecho de aquellos documentos. La puerta del armario estaba forzada. Y, cuando su respiración se calmó, Capellán advirtió que todo lo demás estaba patas arriba: los cajones de la mesa abiertos, las estanterías volcadas, las puertas de los otros armarios violentadas, los libros alfombrando el suelo…

Sentado en el suelo, dejó deslizar su espalda sobre el armario sintiéndose derrotado una vez más en su vida. Tampoco él, como tantos miles de buscadores de oro, iba a conocer la fortuna.

¿Quién había robado a Ávalos? Porque era obvio que alguien había desvalijado el piso. ¿El ladrón había asesinado igualmente al maestro? ¿Cómo podía probar que

Ávalos no se cayó por su propio pie por aquellas escaleras? Era tanta su desesperación, que Miguel tardó más de lo creíble en descubrir que estaba llorando. Era un llanto silencioso. Las lágrimas caían imparables por su rostro y sorteaban como buenamente podían su barba sin afeitar desde hacía una semana. Maldijo su suerte y tuvo un amargo recuerdo para Laura y para toda su puñetera familia. Miguel no lloraba por Ávalos, sino por sí mismo y por su desgracia.

Permaneció sentado en el suelo del estudio aún varios minutos, rodeado de papeles desconocidos y libros destripados. Hasta que de pronto percibió un olor inconfundible: el olor a algo quemado recientemente. Su nariz lo guio hasta la papelera de metal que había bajo la mesa de nogal. Alguien había prendido fuego a un fajo de papeles, pero en alguno de ellos se leían aún palabras sueltas. Capellán abrió los ojos como platos al comprender que se trataba de fragmentos de la carta de Gaston.

De rodillas ante aquella papelera se sintió el más desafortunado de los hombres. Sus dedos acariciaron los minúsculos restos de papel que habían sobrevivido al incendio. Lo hizo con mimo, como si temiera hacerles daño. Y entonces advirtió que se trataba de fotocopias. Eran fotocopias de la carta, de las que él mismo tenía las dos primeras entregas. Pero ¿dónde estaban entonces los originales? ¿Quién había quemado aquellas copias? ¿Lo había hecho el mismo que había registrado a fondo el estudio y había matado a Ávalos?

Se levantó con mucho esfuerzo y tomó la decisión de telefonear a la policía y también a Alexia. Suponía que Ávalos tendría el número de su hija en una agenda de tapas sobadas que el difunto maestro guardaba en la mesilla de su habitación. Allí la había visto Capellán cuando visitaba a su amigo en los días posteriores al infarto que a punto estuvo de lograr lo que ahora el ladrón nocturno había conseguido. De modo que bajó del estudio y se dirigió al dormitorio. Desde lo alto de la escalera contempló el cadáver de Ávalos ejecutando una danza siniestra.

—¿Quién cojones te ha hecho esto?

Ávalos ni siquiera se volvió para responder.

Miguel entró en la habitación. Encendió el interruptor y miró hacia la mesilla de noche. Entonces sintió cómo su corazón brincaba, y esta vez lo hacía de alegría. Corrió hasta la mesilla de noche y acarició su pepita de oro.

Por alguna razón, Ávalos había estado corrigiendo su manuscrito en la cama. Al ladrón no se le había ocurrido mirar allí. Tal vez ni siquiera sabía que el maestro estaba escribiendo una novela sobre Julio Verne. Capellán supuso que lo único que le interesaba era la carta de Gaston. ¿Se la habría llevado después de quemar las fotocopias?

El periodista se pasó la mano por el cabello revuelto. Tan entusiasmado estaba que olvidó colocarlo con esmero para ocultar sus entradas, como acostumbraba.

¡Tenía la novela!

—¡Que le den por el culo a Laura! ¡Se va a enterar!

Miró hacia la luz de la lámpara y de repente comprendió su imprudencia. ¿Y si alguien lo veía allí? Ahora sí que tendría que dar explicaciones, y no quería ni podía darlas. Debía huir. Pero ¿y Ávalos? ¿Cómo podía dejarlo allí? ¿No había sido su amigo?

En efecto, se dijo Capellán: *había sido* su amigo. Pero aquel guiñapo ya no era Gerardo García Ávalos, sino una simple cáscara vacía.

—Estará viajando hacia la luz, seguro —dijo con el mayor de los cinismos mientras cerraba tras de sí la puerta.

La calle Alfonso VIII estaba tan desierta como media hora antes. O al menos eso le pareció a Capellán, que desconocía las malas noches que estaba dándole últimamente su estómago a Herminia Belmonte, una viuda que había atravesado hacía un puñado de años la frontera de los sesenta y que vivía justo en el edificio situado frente al de Ávalos.

En realidad, no era el estómago lo que provocaba las frecuentes visitas al baño de doña Herminia. Eso era lo que ella decía porque le parecía más elegante que confesar que desde hacía un par de días sufría unas violentas e impredecibles diarreas, y que aún estaba en pleno proceso de investigación de cuál era el motivo de aquel sonoro desastre. Le costaba admitir que le gustaba comer en exceso y de todo, y aún menos asentiría si se le hiciera ver que ya no tenía edad para cenas pantagruélicas. Para ella, aquello de que de grandes cenas están las tumbas llenas no tenía el menor sentido. De lo que la gente moría después de la guerra era de hambre, se defendía.

A eso de la una y pico de la madrugada sonaron trompetas en el vientre de doña Herminia. La viuda se levantó más velozmente de lo que nadie hubiera imaginado dada su edad y su peso, corrió hasta el cuarto de baño y se prometió a sí misma que al día siguiente debía darle una vuelta a esa teoría suya sobre el dolor de estómago. Eso sí, al médico ni palabra de sus cenas.

Regresaba a la cama cuando vio a un hombre salir de casa de aquel maestro del que tanto hablaban algunas comadres del vecindario. Aquel tan alto, delgado y que usaba sombrero. Ella, archivera de todos los chismes que se decían del prójimo, hizo un repaso mental de la ficha que conservaba en su adiestrada mollera: Ávalos había sido maestro de escuela, escribía libros raros, tenía una hija pero ella venía poco por Cuenca, a él le había dado un achuchón muy fuerte hacía unos meses, era hombre educado pero de pocas palabras y husmeaba mucho por la catedral porque se rumoreaba que andaba tras un tesoro.

Pero ¿quién era el hombre que salía a aquellas horas de casa del vecino?

Debido a las urgencias del vientre, doña Herminia había olvidado las lentes. Sin las gafas, no había modo de que pudiera reconocer al extraño. Así que fue corriendo hasta la habitación, cogió las gafas de ver de lejos y regresó a la ventana. Pero, para su infortunio, el desconocido ya no estaba. No obstante, las luces de la habitación de

arriba del maestro estaban encendidas. Miró el reloj: casi las dos de la madrugada.

—¡Qué raro! —se dijo la viuda.

Después se acostó y, gracias a Dios, sus tripas le dieron una larga tregua. Amanecía cuando se la vio correr de nuevo hacia el cuarto de baño. Y al regresar comprobó asombrada que las luces del maestro seguían encendidas.

—¿Le habrá pasado algo?

Su pregunta mezclaba la compasión por aquel hombre que, como ella, vivía solo, con la más ruin de las curiosidades. ¡Cuánto daría ella por ver si era cierto lo que decían del maestro! ¿Sería verdad que tenía la casa llena de objetos extraños y de libros en otros tiempos prohibidos? ¿Había algún fundamento en los rumores que aseguraban que era un rojo y un ateo? ¿Y si llamaba a la policía y aprovechando la ocasión asomaba la nariz dentro de la casa del vecino?

La idea le pareció a doña Herminia tan brillante como seductora. Y no tardó en sucumbir y caer en los brazos de su propia ocurrencia.

La carta

… No pretendo hacerte creer que esos hombres sin rostro son infalibles, pues nadie lo es. De hecho, cuando nuestro tío y su amigo Édouard Bonamy se instalaron en el número 24 de la calle l'Ancienne-Comédie, en el corazón del Barrio Latino de París, ya se murmuraba sobre la existencia de un poder oculto en Europa.

¿Quién podría imaginar que un joven estudiante de Derecho, cuyo padre, nuestro abuelo, le concedía la exigua asignación de dos francos diarios, podría verse involucrado en una trama como la que pretendo explicarte?

Ya sabes que el abuelo Pierre fue un católico convencido y, aunque amante de la música, desconfiaba de los artistas. Temía, y el tiempo le dio la razón, que su hijo se interesara más por la bohemia que por el derecho, y la escuálida asignación mensual obligó a Jules a pasar penurias, e incluso hambre. ¿Sabías que llegó a estar seis días comiendo solo pan y leche para poder comprar las obras completas de Shakespeare y Molière?

En las tertulias de taberna los hombres sin rostro captaban nuevas plumas y voluntades para sus propósitos. Fue en esos ambientes donde repararon por vez primera en nuestro tío, y poco después dispusieron lo necesario para hacerle llegar una invitación al salón de la señora Barrère, en la calle Fermes-des-Mathurins. Se valieron para ello de la mediación del pintor Francisque de Châteaubourg, pariente de nuestra abuela. Aquellos salones, como bien sabes, eran reuniones sociales donde las señoras de fortuna competían entre sí para captar como invitados a los más insignes autores.

Te preguntarás cómo sé esos detalles y otros muchos que ni tú ni nadie más conoce. Es lógico que lo hagas, y es justo que te responda antes de dar un paso más. La razón es simple: años después, la devoción por nuestro tío me hizo engrosar las filas de esos hombres sin rostro, aunque ocupando un escalafón bajo, propio de la infantería más modesta.

Fue en una de aquellas reuniones donde nuestro tío conoció, aparentemente de un modo casual, a Alexandre Dumas, aunque Jules haya declarado numerosas veces que si entró en contacto con Dumas padre fue gracias a Dumas hijo, que era cuatro años mayor que nuestro tío.

Seguramente tú mismo habrás leído diferentes versiones sobre cómo Jules conoció en 1849 al gran Dumas. Las hay de lo más variopintas, y siempre se

destacan las palabras de Jules sobre cuánto debía en su carrera literaria al joven Dumas. Y aunque eso es cierto, no lo es del todo.

Verás, en cierta ocasión, siendo yo un adolescente, nuestro tío me pidió algo insólito: quería ver mis manos. Extrañado, se las mostré, y él observó con atención la forma de mis dedos y de mis uñas. Y, tras un largo silencio, me preguntó si yo sabía que la forma de nuestras manos delata el tipo de hombres que somos.

Naturalmente, respondí que no lo sabía. Jamás había escuchado hasta aquel día hablar de la quiromancia, una palabra que él mismo utilizó para definir el estudio de la personalidad de un individuo a partir de la forma de sus manos. Aquel día le oí hablar por vez primera del capitán Casimir Stanislas d'Arpentigny[43] y del mismísimo Alexandre Dumas. Años más tarde, cuando conocí la existencia de los hombres sin rostro y su relación con Jules, fui atando cabos y presumí que aquel militar tuvo algo que ver, si no mucho, en el encuentro entre Jules y Dumas padre.

En realidad, en 1849 nuestro tío era a los ojos de Dumas, sin él saberlo, un postulante. Cuando Jules vio por primera vez en el salón de la señora Barrère a Dumas en compañía del caballero D'Arpentigny, no supo qué pensar. ¿De veras creía Dumas en lo que aquel hombre apuesto, peinado con raya a la derecha y aspecto marcial decía? ¿Realmente había ciencia en una práctica propia de los zíngaros como era leer las manos?

Con el paso del tiempo nuestro tío llegó a ver a Dumas fugazmente en compañía de otras personas que no conocía. Aquellos encuentros parecían totalmente casuales, inocentes, de modo que Jules nunca tuvo la sensación de estar siendo examinado ni de ir adentrándose en una trama de la que le iba a resultar imposible escapar.

¿Recuerdas que nuestro tío solía mencionar que un día Dumas lo invitó a compartir palco con él en el Teatro Histórico, que el propio dramaturgo había comprado en 1849? Pues verás, no sabes en realidad todo lo que sucedió aquel día. El teatro, como bien conoces, estaba en el bulevar Le Temple, y aquella noche se estrenó nada menos que una versión de Los tres mosqueteros.

Al término de la representación, Jules vio a Dumas en compañía de dos caballeros. Uno era un hombre de alrededor de cuarenta años, enorme, grueso, de aspecto terrible, calvo y provisto de una generosa barba. El otro, en cambio, era de edad indefinible, tenía unas facciones delicadas, parecía liviano y casi femenino.

Minutos después, en una de las pocas ocasiones en que Dumas no era agasajado por algún devoto lector, Jules se atrevió a preguntarle sobre la identidad de aquellos hombres. Y, según él mismo me contó, el afamado escritor se mostró parco en la respuesta, algo realmente insólito en él.

Dumas preguntó a nuestro tío si había oído hablar del escándalo de La

Biblia de la libertad*, a lo que Jules respondió negando con la cabeza. Entonces Dumas le dijo que más le valía saber de esa obra, y a no tardar. Aquel hombre, a quien llamó Alphonse-Louis Constant, era el autor de aquel libro. Igualmente, le dijo, había ilustrado varias ediciones de* El conde de Montecristo.

Semanas después, Jules entabló amistad en la Biblioteca Nacional con un profesor de teología. Una tarde, se atrevió a preguntarle si había oído hablar de aquella Biblia, y el profesor abrió desmesuradamente los ojos. Parecía espantado. Respondió en voz baja que aquel libro maldito había sido escrito diez años atrás por un diácono que no llegó a ser ordenado. El libro, una obra irreverente y anticlerical, fue secuestrado a las pocas horas de ver la luz, y su autor fue encarcelado. De él se decía que mantenía relaciones con socialistas y revolucionarios, pero también con escritores como Honoré de Balzac y Dumas.

En cuanto al otro caballero, al delicado y bello, Dumas se limitó a prometer que se lo presentaría cuando llegara el momento. A continuación, puso su brazo sobre el hombro de Jules, rio estruendosamente y le recomendó que se entregase sin demora a escribir opereta y vodevil, pues ahí le aguardaba el éxito, según auguró.

Y nuestro tío le hizo caso, sin saber que de ese modo eran probadas su fidelidad y su paciencia…

8

Y eso era todo. De un modo tan irritante como abrupto finalizaba la segunda entrega de la carta escrita por Gaston a su hermano Maurice y que Nemo había remitido a Ávalos.

—¡Joder! —exclamó Capellán.

Lo primero que había hecho al llegar de madrugada a su piso de Arganda del Rey fue leer la segunda parte de aquella carta. Devoró las fotocopias con la avidez de un náufrago, sin saborear su contenido. Después vino una segunda lectura más pausada y reflexiva. Pero al final su estado de ánimo no era mucho mejor. Ardía en deseos de conocer la continuación de aquella historia. Recordó los restos quemados de las copias que encontró en la papelera del estudio de Ávalos y se afirmó en su idea de que alguien había robado el original destruyendo previamente las copias.

Más allá del cristal sucio amanecía un día empapado de otoño. El cielo parecía más cerca que nunca de los hombres. Nubes del color de la ceniza se exhibían orondas y amenazantes. Eran casi las ocho de la mañana. ¿Cuánto tardarían en encontrar el cadáver de Ávalos?

Miguel Capellán apartó de la mente aquella incómoda cuestión y se esforzó en convencerse de que había hecho lo correcto cuando huyó de Cuenca con una novela robada bajo el brazo. ¿En qué hubieran cambiado las cosas de haber dado parte a la policía de la muerte del maestro? ¿Adónde hubiera conducido a ambos aquella decisión? Ávalos ya no podía ir a ningún sitio, mientras que él, Capellán, aún podía caminar hacia el éxito. Eso sí, para llegar a esa meta debía completar el rompecabezas que proponía la novela de su difunto amigo, cuyo manuscrito había leído sin darse respiro durante aquella noche llena de incertidumbres.

Tenía la cabeza a punto de estallar. La habían tomado al abordaje los «hombres sin rostro» que urdían revoluciones y cambios de gobierno. ¿Quiénes eran realmente? ¿Qué pretendieron de Julio Verne?

Al margen de Dumas padre e hijo, nada de cuanto se mencionaba en aquella carta resultaba familiar a Capellán, salvo la presencia en la trama de dos hombres de quienes sí sabía alguna cosa: Casimir Stanislas d'Arpentigny y Alphonse-Louis Constant.

Sobre el primero, Miguel tenía un conocimiento muy superficial, basado en algún artículo sobre la quiromancia que había leído en las revistas en las que habitualmente publicaba sus reportajes. En cambio, el segundo hombre, aquel que en la carta se

describía como cuarentón, enorme y de aspecto terrible, sí le era más familiar. Su sola mención hizo que el periodista se estremeciera y se preguntara con mayor intriga en qué diablos estaba metido Dumas y en qué avispero iba a caer Verne. Porque aquel hombre, Alphonse-Louis Constant, no era otro que el mago y ocultista francés que adoptó el seudónimo de Éliphas Lévi[44].

El instinto periodístico de Miguel le decía que aquella carta era una bomba de relojería. Y comenzó a entrever el motivo por el cual alguien pudiera llegar a matar por poseerla o por evitar que su contenido se divulgara.

Pero ¿y la novela? ¿Y si Ávalos había vertido en el manuscrito la información que Nemo le había entregado? Tal vez allí encontraría las respuestas a los muchos interrogantes que bullían en su cabeza, reflexionó.

De modo que, tras haber preparado una generosa cantidad de café, había pasado la noche en compañía del manuscrito que había encontrado en la habitación del difunto maestro.

La novela no tenía título aún. O, al menos, no estaba escrito.

Cuando horas antes comenzó la lectura, Miguel lo hizo con la esperanza de desvelar para siempre el misterio que parecía envolver a Julio Verne, pero todas sus ilusiones se esfumaron a la vuelta de los primeros capítulos. Allí no iba a encontrar el resto de la carta de Gaston por el mero hecho de que Ávalos había estructurado su obra de forma que cada una de las entregas del escrito del sobrino de Verne se incorporaba íntegramente a la novela más tarde, situándolas entre determinados capítulos cuidadosamente seleccionados. Es decir, que la carta servía de hilo conductor, pero el novelista tenía pensado añadirla después de que hubiera terminado la parte que él estaba escribiendo.

La muerte había sorprendido al maestro con mucho trabajo por delante, para desgracia de Capellán. La novela estaba lejos de estar concluida. Había planteamiento y parte del nudo, pero no se adivinaba el desenlace. En cuanto a la carta, el escritor aún no había añadido a su obra ni uno solo de los fragmentos que Nemo le había remitido a lo largo de varias semanas. De este modo, los planes de plagio que Capellán había concebido desde el mismo instante en que robó el manuscrito se veían gravemente lesionados, aunque no totalmente.

A pesar de todo, su olfato le decía que tenía entre las manos una idea brillante, original. Una idea propia de un hombre con la imaginación de Ávalos. La imaginación que se le supone a un escritor, y de la que él, Capellán, carecía.

Si tuviera que hacerse un resumen de lo ideado por Ávalos y que se reflejaba en aquel manuscrito, podría valernos el siguiente:

Imagínense a dos hombres de alrededor de cuarenta años de edad, de profesiones liberales (abogado y profesor de instituto). Añadan a la descripción que ambos eran vecinos de la misma ciudad, ciertamente antagónicos en sus ideas (conservador y

racional el abogado; libertario y extravagante el profesor) y, a pesar de todo, casi amigos.

Aquella impensable amistad, dado el carácter opuesto de los dos protagonistas, había nacido mucho tiempo atrás, en sus años de compañeros de instituto. Fue entonces cuando se fraguó una complicidad sustentada en la pasión que ambos compartían por los *Viajes extraordinarios* escritos por Julio Verne.

La primera piedra de su relación se dispuso de un modo casual, en el transcurso de una conversación en la que solo uno de ellos participaba (el futuro profesor) y el otro acertaba simplemente a pasar por allí.

—¿A tu edad leyendo a Julio Verne?

Un chico con el rostro salpicado de granos, de aspecto poco inteligente y gesto de suficiencia se burlaba de un muchacho de dieciséis años, alto y enclenque que vestía un abrigo azul marino. El interpelado estaba sentado en el suelo, en un rincón del patio del instituto. El escuálido lector apenas levantó la cabeza de entre las páginas de una edición de bolsillo de *El rayo verde*[45].

—¿Es que no me has oído? —insistió el bravucón de los granos, a quien secundaban dos esbirros cuyas carpetas estudiantiles aparecían adornadas con esvásticas nazis.

El lector se volvió al fin hacia quienes lo increpaban. Su mirada miope se posó durante una fracción de segundo en las esvásticas antes de atreverse a encarar al muchacho de los granos.

—Si quieres te presto el libro cuando lo acabe —dijo con más aplomo del imaginado—. Lástima que no sepas leer, porque aquí encontrarías datos de interés para entender el poder que le atribuyes a tu puta esvástica.

Lo que sobrevino a continuación fue un puñetazo tremendo en el rostro del lector que tuvo varias consecuencias y todas ellas desagradables para él: un diente roto, las gafas de pasta quebradas y el libro pisoteado.

Caído en combate, hecho un ovillo, el lector se dispuso a recibir cuantos puntapiés estimaran suficientes sus agresores. Pero entonces fue cuando intervino el futuro abogado. Sus gritos alertaron a otros estudiantes y a uno de los bedeles del instituto.

Los neonazis huyeron.

Minutos más tarde, en la enfermería del centro escolar, el futuro abogado, que había escuchado la extraña respuesta que el lector había dado a sus agresores, preguntó:

—¿A qué vino eso?

—A qué vino ¿qué? —respondió el lector colocando sus gafas, ahora unidas precariamente por cinta aislante, sobre su nariz.

—Lo que dijiste a esos animales a propósito de que en ese libro de Verne encontrarían respuestas sobre la esvástica.

—Ah, ¿eso? —El chico hizo un gesto de dolor al levantarse de la silla donde lo habían curado—. ¿Qué importa? Seguro que a ti también te parece una estupidez leer a Verne a mi edad, ¿no?

—Todo lo contrario —El futuro abogado bajó la voz, barrió con sus ojos negros la sala, y se cercioró de que nadie lo escuchara—. Tengo más de treinta novelas de Verne. Y sigo comprándolas.

—¿Y las lees? —se mofó el muchacho enclenque.

—Y las leo.

El lector agredido contempló con curiosidad a aquel joven que debía de tener su misma edad. Era moreno, bien parecido y de manos grandes. Por alguna razón, le creyó.

—Está bien —dijo—. ¿Has oído hablar de la Sociedad Vril?

—La Sociedad ¿qué?

—¡Vril! ¿No has oído hablar de ella? ¡Por todos los cielos! ¿Y dices que lees a Verne?

El chico moreno intentó recordar si en alguna de las novelas del escritor francés se hablaba de aquella sociedad, pero no recordó que hubiera leído jamás ese nombre.

—Pues eso les pasa a esos cafres, los que me pegaron antes. —Hizo una pausa, miró a su nuevo amigo y dijo—: Si tienes cinco minutos, te lo cuento.

Y resultó que el chico moreno, que se llamaba Ciro Caviedes, tenía cinco minutos libres. Pero Jesús Sinclair, nombre al que respondía el agredido lector, necesitó algo más de cinco minutos para desahogarse.

Sinclair, hijo de un inglés que era dueño de una academia de idiomas en la ciudad, resumió cuanto pudo una extravagante teoría medio leída en alguna parte y medio aliñada por él mismo con sal y pimienta propias.

En su opinión, Verne no escogió el tema de *El rayo verde* por pura casualidad. El color del dragón, el color de la savia nueva, de la inmortalidad, fue cuidadosamente elegido por el bretón, aseguró apasionadamente. ¿Y por qué? Pues muy sencillo: porque era una tapadera para hablar de algo más importante. Porque, vamos a ver, enfatizó, ¿a quién iba a interesarle construir una novela sobre algo tan poco sugerente como un fenómeno óptico que se produce bajo rarísimas condiciones atmosféricas?

—Hombre, visto así… —concedió Caviedes.

—¿Lo ves? —dijo Sinclair.

Se dice que cuando el sol se esconde tras una superficie plana, como puede ser el océano, sus últimos rayos quedan muy refractados por la baja atmósfera y entonces tiene lugar un hecho singular: se aprecia un destello verde. Pero Verne le da un matiz especial al considerar aquel tono verde como misterioso, imposible de arrancar de su paleta por ningún pintor. Verne añadía el dato romántico de que si dos personas veían juntas ese fenómeno quedaban automáticamente enamoradas, y ese es el pretexto que lleva a Sam y Sib Melville, protagonistas del relato, a viajar en pos del rayo verde con su sobrina Elena Campbell, a quien pretenden casar con Aristobulus Ursiclos.

—¿Y eso qué tiene que ver con los nazis? —quiso saber Ciro Caviedes—. ¿Te has dejado aporrear por esa historia? Yo también he leído *El rayo verde* y no veo nada que tenga que ver con los nazis.

—Porque te has quedado con la primera lectura de Verne, como casi todo el mundo —respondió con desdén Sinclair—. ¿De verdad quieres que te hable de la Sociedad Vril?

Ciro asintió, y Sinclair debió de escuchar entonces un pistoletazo de salida que solo él pudo advertir y se embaló contando una historia que hizo que Caviedes llegara a dudar del buen juicio de aquel muchacho desgarbado y miope.

Para empezar, Sinclair hizo mención a una novela publicada en 1871, antes de que saliera a la luz *El rayo verde*, y escrita por el novelista y político británico Edgard Bulwer-Lytton, titulada *The Coming Race*. En ella se mencionaba la existencia de una raza que vivía bajo la tierra, algo muy del agrado de Verne, quien ya en *Viaje al centro de la Tierra* escribió sobre un ser de casi cuatro metros de altura que fue visto por sus protagonistas en las tripas del planeta. Aquellos seres, decía la novela del inglés, controlaban una energía extraordinaria denominada *vril*,que algunos identifican con el color verde o con el rayo verde.

—¿Algunos? ¿De qué diablos hablas? —Caviedes estaba cada vez más cerca de creer que su nuevo amigo estaba completamente loco.

—De las sociedades secretas con las que Bulwer-Lytton estuvo vinculado, como la Societas Rosicruciana in Anglia —respondió Sinclair sin perder la compostura.

El joven magullado prosiguió imperturbable su relato añadiendo que mediado el siglo XX hubo autores que comenzaron a explorar la posibilidad de que hubiera existido, o tal vez siguiera existiendo, un grupo esotérico que respondía a ese nombre, Sociedad Vril, durante el periodo nazi. Estaban convencidos de la existencia de una raza superior que vivía bajo la tierra y que era poseedora de una fuerza energética extraordinaria, el *vril*,o el rayo verde, por decirlo de otro modo. Los nazis pretendían construir unas armas extraordinarias con esa energía, aseguró. Y al ver la cara de escepticismo de su amigo introdujo en la narración los nombres de dos escritores que Caviedes creía haber escuchado alguna vez: Jacques Bergier y Louis Pauwels. ¿Había leído *La rebelión de los brujos?*, preguntó Sinclair. No, admitió su amigo. Pues ahí estaba la clave de todo, respondió plenamente convencido Sinclair. Bien claro lo decían aquellos autores en ese libro: no se podía entender el nazismo sin el ocultismo.

La Sociedad Vril era algo así como el núcleo esotérico de la Sociedad Thule[46]. Hitler había estado vinculado a ella, y recogía una corriente ocultista muy antigua, siniestra, una especie de luz negra que atravesaba la historia de la humanidad.

—¿Y qué tienen que ver los nazis con Julio Verne? —Ciro Caviedes miró con detenimiento a Sinclair—. Oye, ¿tú estás en tus cabales o te has escapado de algún centro de salud mental?

Sinclair sonrió con amargura.

—Eso es lo que les sucede a todos los que olfatean la verdad, que les toman por locos.

—Pero, hombre, ¿qué quieres que piense si me hablas de que Julio Verne escribió

una novela que parece un guiño o una advertencia del futuro poder nazi?

—¿Te has fijado alguna vez en los nombres de los personajes de las novelas de Verne?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¿Has leído *Los quinientos millones de la Begún?*[47]

Sí, había leído esa novela, respondió Ciro, pero no veía qué podía tener que ver en aquel asunto. El argumento era bien sencillo, recordó: un francés, el doctor Sarrasin, y un alemán, el doctor Schultze, son los únicos herederos de la fortuna de una begún[48] hindú. La fortuna en juego asciende a quinientos veintisiete millones de francos y va a parar a cada uno de los herederos a partes iguales. No obstante, el uso que cada cual hizo de aquella fortuna fue bien diferente.

El doctor Sarrasin logró dar vida en Estados Unidos y en tan solo dos años (1872-1874) a una ciudad maravillosa de cien mil habitantes llamada France-Ville. La ubicación elegida era envidiable, pues estaba al amparo de los vientos gracias al resguardo de una cadena montañosa y se abría al Pacífico, recibiendo sus bondades. Se trataba de una ciudad ordenada, limpia y en la que la higiene regía tanto la arquitectura como la vida de sus vecinos. No había hospitales, dado que se veía en ellos focos de infección. A cambio, disfrutaba de un avanzado sistema sanitario de atención a domicilio.

En oposición a ese proyecto, el doctor Schultze creó Stahlstadt, que podría ser considerada la ciudad del acero. Situada al sur del estado norteamericano de Oregón, se alzó en un terreno devastado por la explotación de la hulla. La agresión ecológica había sido tan brutal que ni los pájaros volaban por allí. Los treinta mil habitantes vivían por y para la fábrica de acero, que era su lugar de trabajo y su casa.

En medio de aquel entramado siniestro se alzaba la Torre del Toro, el búnker privado de Schultze, donde custodiaba su gran secreto: un arma capaz de conceder a Alemania el poder sobre el mundo.

—Excelente resumen —admitió Sinclair—. Pero una vez más te has quedado en la lectura superficial, en la de aquellos que creen que Verne era un escritor para niños y jovencitos.

Ciro Caviedes alzó una ceja dibujando su escepticismo, guardó silencio y esperó a que Sinclair rellenara el vacío que aún planeaba sobre aquella teoría que relacionaba una novela de Verne con los nazis.

—¿Es posible que no te hayas dado cuenta de que Verne está anticipando los regímenes totalitarios en esa novela? ¿No ves en ese doctor alemán, Schultze, un bosquejo de Hitler, y en su deseo de lograr la supremacía alemana, la misma locura nazi? ¿No tenía un búnker como el propio líder nazi?

—Eso es echarle mucha imaginación, ¿no crees? Admito que podría llegar a verse así, pero creo que debes situar la novela más bien en la pugna entre Alemania y Francia en la época de Verne. Y no veo nada extraordinario en crear una ciudad industrial agobiante en una época como aquella, en la que el industrialismo mostraba su

cara más antipática.

—¡Ja! —exclamó Sinclair—. Te repito lo que te dije antes: ¿te has fijado en los nombres de los personajes de Verne? ¿Qué me dices de eso?

—¿A qué te refieres?

—Vamos, hombre, no me digas que no te has dado cuenta de cómo juega con el lector en casi todas las novelas. ¡Por Dios! —Sinclair se rascó la cabeza nerviosamente, estupefacto ante lo que consideraba una torpeza imperdonable de su amigo—. Verne gasta bromas a veces, como en el apellido de Tom Turner en el contramaestre del *Albatros*, donde hay un montón de hélices girando a la vez. O en aquel personaje llamado Gil Braltar. Otras veces emplea la sutileza para recordarnos mitos, o para hacer guiños más herméticos, como sucede con Orfanix, personaje de *El castillo de los Cárpatos*, que evoca al mito de Orfeo. Y fíjate en lo que hace en el caso de Schultze.

Caviedes se encogió de hombros. No entendía qué quería decir Jesús Sinclair.

—Pues está bien claro —prosiguió el joven enclenque—. El editor de Verne, Jules Hetzel, le había obligado a trabajar a destajo durante toda su vida, y Verne se vengó incluyendo las letras del apellido de su editor dentro del apellido del personaje oscuro de esa novela. Fíjate. —Deletreó el apellido del doctor alemán subrayando las letras relevantes de aquel juego—: scHuLTZE.

—Un poco forzada esa relación, ¿no te parece?

—¿De veras? —Sinclair sonrió—. ¿Sabes cuál era el seudónimo con el que firmaba Hetzel en ocasiones? Pues yo te lo diré: P. J. Stahl. ¿Y cómo se llamaba la ciudad del tirano de marras?: ¡Stahlstadt!

Después de aquel día Ciro Caviedes y Jesús Sinclair se reunieron muchas veces, casi siempre para intercambiar puntos de vista sobre las novelas de su escritor favorito. Caviedes seguía creyendo que las ideas de su amigo a propósito de un Verne visionario, capaz de predecir el futuro como si fuera un augur, eran tan divertidas como estrafalarias. El propio Verne había declarado una y mil veces que sus supuestas predicciones no eran sino el producto de una laboriosa y meticulosa búsqueda de información científica en las revistas de la época. Pero, a pesar de sus puntos de vista antagónicos, los dos muchachos se las arreglaron para mantener viva su amistad hasta que los días de bachillerato tocaron a su fin. Después, los estudios universitarios de ambos y la vida los alejaron abriendo entre ellos una distancia insalvable.

Mas sucedió que mucho tiempo después, cuando ambos acababan de estrenar los cuarenta años, coincidieron en el funeral de un conocido común. A ambos les costó reconocerse, pero tras la ceremonia se les pudo ver tomando un café y poniendo sobre la mesa las experiencias vividas en los veinte años anteriores.

Uno se había convertido en un abogado de cierto renombre en Madrid; el otro, en un

anónimo profesor de lengua y literatura en un instituto de provincias. Y, cuando aquellas historias no dieron más de sí, emergió furibundo el viejo debate sobre si existía una cara oculta en la literatura de Verne.

—Hay un Verne oscuro, te lo digo yo —afirmó Sinclair.

Su cabello era más escaso y lacio. Ya no era aquel chico enclenque al que unos intolerantes extremistas habían golpeado un lejano día, pero en sus ojos mostraba la misma ingenuidad juvenil de entonces.

—¿Todavía sigues con eso? —repuso Caviedes. Sus ojos negros se entornaron mientras sus dedos grandes y fuertes jugaban distraídos con una servilleta de papel.

—Deberíamos apostar algo —propuso inesperadamente Sinclair.

—¿Apostar? Apostar ¿qué?

—Más bien apostar a qué.

—Bueno, pues apostar a qué.

—Escribamos una novela cada uno —dijo Sinclair—. Yo plantearé mis alocadas tesis sobre el más incomprendido de los hombres, y tú lo retratarás defendiendo las tuyas. Quien primero consiga una editorial, ganará. El que pierda, además, deberá entregar los beneficios de su novela al otro.

—¿Una novela? ¿Una apuesta? —Caviedes comprendió de pronto que su amigo no solo no había sanado de su locura, sino que el paso de los años había empeorado aún más su salud mental.

—Es lo más apropiado si hablamos de Verne, ¿no crees? ¿Conoces acaso a un escritor que usara más el juego en sus novelas? —El rostro de Sinclair, habitualmente pálido, había adquirido una tonalidad sonrosada provocada por la excitación que su propia idea le había producido—. Seremos como Impey Barbicane y el capitán Nicholl[49]. Apostemos como ellos. Juguémonos una fortuna, como Phileas Fogg[50]. ¡El juego, amigo mío! ¿A quién sino a Verne se le ocurriría escribir una novela sobre un billete de lotería?[51] ¡El juego es una prueba obligada para el hombre de conocimiento!

Ciro Caviedes barrió con la mirada la cafetería, como si tratara de aferrarse a lo cotidiano para no dejarse arrastrar por el impulso irracional de su amigo. El camarero servía unos cafés con tostadas en la mesa vecina. Una señora que ya había vivido hacía tiempo su sesenta cumpleaños sorbía con placer el contenido de una taza. Una chica rubia que en cambio no sabía aún lo que era tener veinte años besaba con descaro a un joven moreno que lucía un piercing en su ceja. El mundo seguía en su sitio, y eso tranquilizó a Caviedes. Pero cuando miró de nuevo a Sinclair supo que iba a aceptar la apuesta.

—¡Hecho! —Extendió su mano para sellar el pacto—. Nos concederemos dos años, ¿de acuerdo? Estamos a 2 de octubre —recordó—. Nos encontraremos aquí, en este mismo café, dentro de dos años. No hay marcha atrás ni arrepentimiento que valga —añadió con expresión sombría.

—Un inglés no bromea nunca cuando se está tratando de algo tan serio como una

apuesta[52] —replicó Sinclair.

Ambos estallaron en una sonora carcajada al escuchar la ocurrente respuesta del profesor. La señora que saboreaba el contenido de su taza los miró con desagrado. Las lenguas de los dos jóvenes seguían jugueteando ajenas al resto del mundo.

A partir de aquel planteamiento, que a Miguel Capellán le pareció brillante, original y seductor desde la primera línea, Ávalos jugaba con el lector a lo largo del centenar de páginas que había escrito. Se le proponía un continuo viaje de ida y vuelta desde un Verne por descubrir a un Verne descrito por sí mismo. Un capítulo era para Sinclair; otro, para Caviedes. Un capítulo era para el Verne oscuro; el otro, para el afamado novelista juvenil mundialmente conocido. En unas páginas la razón soltaba amarras y se elevaba en busca de misterios por desvelar, y en otras Caviedes ataba al lector a la razón científica.

La novela de Ávalos no se limitaba a transcribir las ideas que bullían en la cabeza de los dos contendientes, sino que además ofrecía unas inmejorables vistas del febril proceso que ambos siguieron para construir sus manuscritos. El duelo estaba servido desde el mismo momento en que aceptaron la apuesta, y a partir de ese instante, como verdaderos héroes de las aventuras de Verne, se entregaron con pasión a la defensa de sus posiciones.

El lector asistía al proceso de documentación de uno y otro antes de comenzar a escribir la primera línea. Mientras Sinclair rastreaba en las propias novelas del escritor francés elementos que pudieran servir como argumentos para fortalecer su tesis de que existe un lado sombrío tras la propia persona de Verne y se apoyaba igualmente en autores de su misma cuerda, Caviedes hacía lo propio buceando en libros de ciencia que desmontaran las absurdas ideas que, presumía, plantearía Sinclair a propósito de un Verne profeta. Todo se podía explicar, si es que era ese el camino que pretendía seguir Sinclair.

Mi viaje más extraordinario, la obra de Ciro Caviedes, estaba escrita en primera persona, como si el propio bretón tomara de la mano al lector y lo condujese a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, asistiendo en primera fila a las transformaciones científicas, a las innovaciones tecnológicas y a los grandes descubrimientos geográficos. Verne compartía con el lector sus temores durante las agitaciones políticas del momento, o se podía escuchar el ruido de las olas del mar golpeando el casco de uno de los tres yates, todos ellos bautizados como *Saint-Michel,* de los que el novelista fue propietario a lo largo de su vida. Tan magníficamente estaban recreados los escenarios propuestos por Caviedes que era sencillo imaginarse en el número 2 de la calle Charles Dubois de Amiens, donde vivía Verne en otoño de 1894. En aquella casa, el novelista recibió a la periodista Marie Belloc.

¿Dónde quedaba el esoterismo en las novelas de Julio Verne? ¿Dónde el lado

profético si el propio novelista lo negó públicamente en aquella entrevista y en numerosas declaraciones más?

Caviedes protegía su propuesta haciendo que el propio lector escuchase las palabras de Verne a aquella periodista, cuando confesaba que nunca se consideró un científico, y que simplemente había tenido la enorme fortuna de nacer en una época de grandes descubrimientos y algunas maravillosas invenciones. Y cuando Caviedes hacía hablar a Sophie, la esposa del autor, vanagloriándose de los aciertos de su marido, tal y como hizo en presencia de la periodista Belloc, de inmediato respondía el escritor afirmando que todo era una mera coincidencia.

—En cuanto a la exactitud de mis descripciones, debo eso en gran medida al hecho de que, incluso antes de que yo comience a escribir una novela, siempre hago numerosos apuntes de cada libro, periódico, revista o informe científico a los que tengo acceso. Estas notas eran y son clasificadas según el tema al que pertenecen. No tengo ni que decirle cuán valiosas han sido para mí muchas de ellas. Estoy suscrito a más de veinte periódicos —confesaba Verne en la obra de Caviedes con las mismas palabras que empleó en aquella lejana entrevista—, y soy un asiduo lector de cada publicación científica. Incluso, además de mi trabajo, una de las cosas de las que más disfruto es leer u oír cualquier reseña sobre un nuevo descubrimiento o experimento en los mundos de la ciencia, la astronomía, la meteorología, o la fisiología[53].

Lejos de los esfuerzos de Caviedes, Jesús Sinclair buceaba en aguas más turbias en la novela que tituló *El último Verne*. No era el primero que pretendía demostrar que Verne ocultó algo durante su vida. Simone Vierne[54] ya había advertido que los *Viajes extraordinarios* contienen los ingredientes básicos de un ritual de iniciación. Por un lado, los protagonistas encarnan a la perfección los papeles herméticos del novicio o aprendiz, del oficial y del maestro. Todos ellos se ven envueltos en un viaje de transmutación en el que deberán sortear diferentes pruebas y regresarán transformados al punto de partida describiendo un círculo mágico.

Ahí estaba el caso de Axel, el joven protagonista de *Viaje al centro de la Tierra*. Cuando regreses, le había dicho su novia, lo harás convertido en un hombre. Una idea siempre asociada a los ritos de tránsito, recordaba Sinclair. Esa novela era un libro de caballería camuflado[55], mostrando a Axel como un metal pobre que será forjado en el fuego del volcán dentro de la tierra.

Para Sinclair era imposible obviar que el tío de Axel, que interpreta el papel de maestro en la iniciación, se apellidara Lidenbrock. Si ponemos sobre ese apellido el foco esclarecedor del gusto de Verne por los juegos de palabras nos encontramos con las palabras *lid*, «párpado» en inglés, y *broken*, «roto». De modo que el tío de Axel es aquel que abre sus párpados; es decir, el maestro que le abre los ojos a un nuevo mundo.

Y allá va Axel, al centro de la Tierra, dispuesto a superar las pruebas del hambre, la sed, el miedo a la oscuridad y la incertidumbre de los laberintos para, al fin, renacer a una nueva vida emergiendo entre el fuego del volcán Stromboli.

¿Quién podría obviar ahora que Verne era un iniciado y que en sus novelas ocultaba información cifrada?, proponía Sinclair convencido de que su novela era infinitamente más comercial y encontraría acomodo editorial más pronto que la de su adversario.

Suponía que Caviedes se aferraría a las declaraciones que el propio Verne hizo negando cualquier virtud profética; sin embargo, él tenía muchas cartas para jugar en esa partida. Cartas marcadas.

En efecto, Sinclair poseía una información privilegiada que desde hacía varias semanas una mano anónima le hacía llegar sin remite alguno y en la que se perfilaba un retrato inquietante de Julio Verne y de su vida. ¡Alguien le había hecho llegar por entregas, como si fuera una novela de folletín decimonónica, una carta de Gaston Verne a su hermano Maurice!

Sinclair había tratado infructuosamente de localizar al informador, y, cuando había dado por perdida la partida, un día recibió junto a la última entrega del relato el folleto de una residencia geriátrica llamada La Isla. Se trataba de un antiguo pazo enclavado en un pueblecito perdido de la provincia de Pontevedra, no lejos de Vigo.

Sonó el teléfono.

El sonido despabiló a Capellán, a quien la noche en vela leyendo el manuscrito de Ávalos estaba comenzando a pasar factura. En la bruma de la antesala del sueño lo habían asaltado de nuevo los «hombres sin rostro» de los que el sobrino de Verne había escrito. Le pareció escuchar el sonido seco de los disparos de la pistola de Gaston apuntando a su tío en Amiens mientras era detenido por Jesús Sinclair y Ciro Caviedes. Y al mirar al herido se descubrió a sí mismo tirado en la acera de la calle Charles Dubois sintiendo el dolor agudo de la bala alojada en su pie. En la siguiente imagen se había convertido en un anciano amargado encerrado en una residencia geriátrica gallega.

La estridente melodía lo arrancó de la modorra. Se incorporó de un salto y buscó el teléfono entre los papeles. La luz entraba en la sala sin que la suciedad de los cristales pudiera evitarlo. La mañana estaba bien entrada, de modo que supuso que ya habrían encontrado el cadáver de Ávalos. Pero al mirar la pantalla del móvil descubrió que era su exmujer quien llamaba. Antes de responder tomó aire y murmuró su habitual letanía cada vez que el recuerdo de su antigua esposa se cruzaba en su camino: «¡Que le den por el culo a Laura! ¡Se va a enterar!».

A continuación pulsó la tecla donde aparecía un pequeño teléfono de color verde y dijo:

—¿Qué coño quieres ahora?

9

Aquella noche Alexia soñó con *Moro*. Hacía tiempo que el viejo perro negro con una pupila blanca muerta no aparecía en sus sueños. Hacía tanto como años hacía que Alexia había dejado de ser una niña a la que su padre contaba historias que ningún otro padre contaría a su hija. Pero el caso es que*Moro*le salió al encuentro. Lo vio vivo y bien vivo, muy diferente de la estatua que lo inmortaliza en Fernán Núñez, el pueblo cordobés donde aquel extraño animal hizo historia, según le tenía dicho su padre.

Ávalos había escuchado los primeros rumores sobre aquel perro abandonado en los años setenta del pasado siglo. Unos decían que fue un camionero quien lo abandonó; otros juraban que lo vieron junto al cadáver de un mendigo que, presumieron, había sido su dueño. Fuese como fuese, el caso es que *Moro* se quedó a vivir en el pueblo y no tardó en demostrar su capacidad para presagiar la muerte.

Los vecinos advirtieron que cuando *Moro* se apostaba junto a la puerta de una vivienda un miembro de aquella familia moría poco después. Y, no contento con su diagnóstico, el perro acompañaba posteriormente al séquito fúnebre hasta el camposanto con expresión doliente. En ocasiones, dejaba incluso de comer súbitamente porque «sentía» que alguien había muerto en el otro extremo del pueblo y corría para cumplir la misión de plañidera que se había impuesto a sí mismo.

Ávalos mostraba a veces a su hija fotografías del periódico *El Caso* para que ella creyera su increíble narración. Allí aparecía el extraordinario perro, y allí se resumían sus increíbles andanzas. Mientras tanto, *Moro* seguía a lo suyo, anunciando muertes y acompañando en los sepelios. Y lo hizo nada menos que en seiscientas ocasiones con la fidelidad perruna que se le suponía hasta un maldito día de 1983, en que un grupo de animales humanos lo apalearon hasta matarlo. Doce años más tarde, el pueblo lo inmortalizó con una estatua que para sí la quisieran los salvajes que lo asesinaron.

El caso era que aquella noche, la noche en la que Alexia visitó a su padre en Cuenca y supo que él cenaba en compañía del recuerdo de su difunta madre, ella soñó con *Moro*. El perro estaba igual a como lo había visto en sueños siempre; ella, en cambio, ya no era una niña vestida con falda y calcetines. Ahora era una mujer sofisticada, discretamente maquillada y con los labios y los ojos perfectamente pintados. El perro la miraba con su único ojo; ella lucía aquella profunda mirada que la noche anterior había turbado a *Tapioca*.

A las ocho de la mañana sonó el teléfono. Era la policía de Cuenca, y Alexia comprendió el motivo del regreso de *Moro* a sus sueños.

Un par de horas más tarde Alexia supo cómo había ocurrido todo.

A eso de las siete de la mañana, doña Herminia se desmayó en casa del maestro de escuela. Había sucedido nada más ver el cadáver de Gerardo García Ávalos. Pero, en realidad, el vahído no era auténtico, sino una estratagema para que la policía no la sacara de la casa de inmediato y la sentara en una silla de la cocina. Desde allí, mientras fingía que le costaba sorber el agua del vaso que una agente le había puesto entre las manos, doña Herminia entreabría uno de sus dos ojos, ahora sí provistos de las lentes adecuadas para no perder ripio, y fisgaba en la casa.

Había llamado a la policía más o menos a las seis de la mañana, tras su última visita al baño. La luz de la habitación de arriba de su vecino seguía encendida, y luego estaba aquel hombre que había visto salir de la casa por la noche.

¿Había visto a alguien más?, le había preguntado un policía de mirada severa y labios finos. Ella dijo que no. Salvo a aquel hombre y las luces encendidas, no había visto nada más.

—¿Y cómo fue que se le ocurrió telefonear a la policía?

—Pues porque no era costumbre del maestro eso de tener la luz encendida toda la noche.

—Podría habérsele olvidado simplemente, ¿no cree? —le dijo el policía con un tonillo que a doña Herminia no le gustó nada.

—El caso es que yo estaba en lo cierto, ¿no? —se defendió.

Y estaba en lo cierto. Algo le había ocurrido al maestro de escuela: nada menos que la muerte.

Desde su fingido soponcio, doña Herminia vio a los policías ir y venir, fotografiar, apuntar, escudriñarlo todo con guantes de látex… Les oyó hablar del juez, al que habían telefoneado. Y, en un momento de descuido, doña Herminia se escabulló de la cocina para ver cómo era el resto de la casa y salir de dudas sobre lo que se decía de aquel hombre que lucía sombrero en sus paseos y que era de tan pocas palabras. Pero, cuando estaba a punto de entrar en el salón, escuchó la voz del policía de marras a su espalda.

—¿Adónde cree que va? —El tipo la miró con más severidad aún. A continuación, gritó—: Que se lleven a esta mujer a su casa, no vaya coger frío, que hace relente.

Fue así como terminó la aventura de doña Herminia, a quien con tanto trajín de policías y misterios se le había cortado al fin la diarrea.

Una policía muy mona, con los ojos bien pintados y un buen pecho disimulado por el uniforme, se la llevó. Pero una vez más la voz del policía sieso sonó a su espalda:

—¿Sabe usted si este hombre tenía familia?

—Una hija, que yo sepa —respondió doña Herminia. Era la última frase que tenía asignada en aquella historia.

Localizaron a Alexia sin dificultad. La policía demostró su eficacia y también su delicadeza al explicarle lo sucedido: que una vecina había visto luces en casa de su padre, que le pareció extraño, que avisó a la policía y que, en fin, habían encontrado a don Gerardo desnucado a los pies de la escalera.

Alexia se quedó muda. Ella, la abogada elocuente y hábil, no sabía qué decir. Escuchó el resto del relato envuelta en una bruma de desolación. El policía dijo algo del juez y de la causa de la muerte. Creyó escuchar también las palabras «accidente», «desgracia» y «autopsia». Y, al final, el detective dijo que lo sentía profundamente.

Media hora más tarde, vestida con un traje oscuro de pantalón diseñado por Giorgio Armani, Alexia se acomodó en el asiento de cuero de su Volvo C30 D4 Summum. Sus manos hicieron todo lo necesario para que el vehículo se pusiera en marcha rumbo a Cuenca, pero su mente estaba muy lejos de allí. La imagen de su padre, vestido con aquellos sombreros suyos, parecía reflejarse en el cristal del coche continuamente.

El cielo manchego era una masa gris mientras el Volvo de Alexia devoraba los kilómetros que la separaban del cadáver de su padre. Durante cada minuto del trayecto sus pensamientos la torturaban. Se reprochaba las palabras de la noche anterior, su gesto agrio y su ira al ver las fotografías de Julio Verne. No debía haber sacado a relucir aquel viejo asunto por el que su padre y ella discutieron muchos años atrás. Pero ya no podía hacer nada al respecto, y ahora se preguntaba qué razón había tenido para defender el recuerdo de un hombre con quien compartió dos años de su vida y hacia tiempo que no había vuelto a ver.

Cuando la silueta de Cuenca se recortó al fin sobre el fondo ceniciento del cielo, Alexia advirtió que estaba llorando en silencio. ¿Cómo había podido reprocharle la noche anterior a su padre que, de haber estado junto a su esposa aquel lejano día, ella no habría muerto? ¿Qué podría haber hecho Ávalos si en lugar de estar en Francia aquel día hubiera estado en casa?

Al llegar a Cuenca, Alexia creyó haber agotado sus lágrimas, pero descubrió que no era así inmediatamente después de pisar con sus zapatos de tacón en la calle Alfonso VIII y ver el ajetreo que había en la casa de su padre.

—¿La señora Alexia García?

La abogada miró al hombre que había salido a su encuentro. Calculó que tendría unos cuarenta y cinco años de edad. Mostraba una expresión seria, severa. No era demasiado alto, y tal vez le sobraba algo de peso, pero no mucho. Parecía un hombre meticuloso.

—Sí, soy yo.

—Inspector Carmona. —El policía alargó su mano en forma de saludo—. Soy yo quien la telefoneó. —Carraspeó un poco antes de añadir—: Lamento mucho lo de su padre.

—¿Qué ha sucedido? —Alexia se dio cuenta de que le temblaba la voz.

El inspector Carmona se lo explicó de nuevo: la llamada de doña Herminia, una vecina del edificio de enfrente; la llegada de una patrulla; el hallazgo del cuerpo de don Gerardo ahí —indicó el policía—, a los pies de la escalera… El resto lo escuchó Alexia a través de un visillo de dolor que apenas le permitía ver más allá del inspector Carmona.

—¿Cuándo vio usted a su padre por última vez?

—Anoche —respondió ella con dificultad—. ¿Dónde está mi padre?

—Su cuerpo ha sido trasladado al depósito forense —explicó el funcionario—. Comprenda que dadas las circunstancias, y aunque puede haber sido simplemente un desgraciado accidente, haya que comprobar lo ocurrido.

«Le harán la autopsia», pensó Alexia. Le parecía imposible que un día le hicieran la autopsia a su padre. El mundo que pisaba se tambaleaba de nuevo, como cuando con quince años su madre se fue de su lado.

—Le ruego que me disculpe, pero me gustaría hacerle algunas preguntas más.

Ella asintió maquinalmente y a instancias del inspector recordó el último encuentro con su padre. Era el día del aniversario de su boda, explicó, e iba a celebrar la efeméride con una cena en compañía del recuerdo de su difunta esposa. El policía arqueó una ceja y Alexia supuso que tal vez ya había oído hablar de lo peculiar que era el difunto. Con esfuerzo, pasó por alto la incredulidad del policía y prosiguió confesando la discusión que había mantenido con su padre. Con la voz entrecortada completó su relato admitiendo cuánto lamentaba ahora haberle levantado la voz. El policía movió la cabeza comprensivamente.

—¿Sabe si su padre vio ayer a alguien más?

—Sí, a *Tapioca* —respondió ella sin pensar.

—Perdón, ¿a quién ha dicho? —El policía había detenido la punta de su bolígrafo sobre la hoja de un bloc de notas.

—Disculpe, no sé lo que me digo —se excusó Alexia—. Ayer estuvo en casa un amigo de mi padre, un periodista.

—¿Cómo se llama ese periodista?

Alexia no recordaba el nombre de pila de *Tapioca*, aunque estaba segura de que su padre se lo había dicho. Tardó unos segundos en recordar al menos el apellido.

—Capellán. Se apellida Capellán, pero no recuerdo el nombre.

—¿Cómo es ese hombre?

—Unos cuarenta años, con barba de varios días.—Alexia cerró los ojos esforzándose en recordar todos los detalles posibles—. Tiene el cabello corto, rubio, con entradas. Lleva gafas. —Abrió los ojos y miró al policía—. Es un poco más bajo que yo. —Observó que el inspector Carmona dirigía la mirada a los tacones que ella lucía—. Escribe sobre misterios.

—¿Misterios?

—Sí, ya sabe: el grial, los templarios, parapsicología y todo eso. —Alexia estaba tan incómoda como siempre cuando tenía que mencionar en público las aficiones de su

padre.

—Ya he advertido que a su padre también le gustaban esas cosas, visto lo visto en su biblioteca.

Alexia se sintió aún más incómoda y temió enrojecer, algo que no le ocurría hacía muchos años.

—Y, dígame, ¿ese hombre estaba aún aquí cuando usted se marchó?

—No. Yo me quedé más tiempo. Cuando me fui mi padre se quedó solo.

—Es bastante extraño —comentó Carmona.

—¿A qué se refiere?

—La vecina que nos avisó dijo haber visto a un hombre saliendo de casa de su padre de madrugada.

Alexia tragó saliva y miró involuntariamente al lugar donde, según le había dicho el inspector, habían encontrado el cuerpo sin vida de su padre.

—¿Creen que fue un asesinato?

—¿Su padre era un hombre ordenado? —preguntó Carmona escurriendo el bulto.

—¿Qué quiere decir?

—Me refiero con sus cosas, con sus libros y papeles.

—Estoy segura de que sabía dónde tenía hasta la última de sus notas, si se refiere a eso. En cuanto a los libros, los tenía en más estima que… —Se interrumpió al darse cuenta de que estaba a punto de decir que su padre cuidaba más a sus libros que a su familia—. Quiero decir que para él eran su vida.

—¿Puede acompañarme un momento arriba?

Alexia asintió y siguió al policía evitando pisar el lugar donde su padre había muerto. Al llegar al último piso del inmueble, allí donde Ávalos tenía su guarida, se quedó muda de asombro.

—¿Esto estaba así anoche?

La abogada puso sus manos en la boca ahogando un grito. Los armarios estaban abiertos, cientos de papeles alfombraban el piso, los libros yacían maltrechos: un campo de batalla sembrado con los cadáveres de miles de palabras sin dueño.

—No —respondió Alexia—. Anoche todo estaba en orden y clasificado.

Recordó cuando ella misma, involuntariamente, había tirado al suelo las novelas *Drácula* y *La historiadora*. Una profunda vergüenza se unió a su dolor.

—¿Su padre tenía enemigos? ¿Guardaba algo de valor en casa que justifique un robo?

—Mi padre era un maestro de escuela jubilado —explicó Alexia—. No tenía otros ingresos que los de su pensión. Le gustaba escribir, era un apasionado de los misterios, como ve por los títulos de estos libros, pero no se metía con nadie. Aunque…

De pronto, una imagen se cruzó en la mente de Alexia. Vio a su padre abriendo el armario. Ávalos cogía un puñado de sobres de color ocre. La imagen era tan clara como el sonido de las palabras del difunto: «Supongo que me parece más seguro que

custodies tú este tesoro. Nadie sospechará de una abogada con la cabeza tan bien amueblada como tú. Es importante. Y peligroso».

—¿Aunque…? —preguntó el policía.

Alexia reflexionó durante unos segundos. Podía repetir al policía las últimas palabras que su padre le había dicho, pero ¿y si todo era una de aquellas teorías absurdas? ¿No era mejor que la gente recordara al difunto como un maestro de escuela, como un hombre que dedicó su vida a la enseñanza, en lugar de subrayar aún más sus excentricidades hablando de los peligros imaginarios que creía que lo acechaban? Ya era suficiente riesgo que algún día alguien recuperase los artículos que su padre había escrito a propósito del incidente de Roswell[56], o sobre los supuestos experimentos realizados por la CIA en los años cincuenta y sesenta para controlar el pensamiento de asesinos cuyas mentes activaba después a voluntad para matar a quien quisiera. ¿Qué dirían si salieran a la luz sus reportajes sobre la muerte del cantante John Lennon en los cuales su padre proponía que las más oscuras agencias de inteligencia americanas habían diseñado un plan al que Ávalos denominaba «Operación Caos» para acabar con figuras incómodas de la cultura norteamericana? ¿Cómo evitaría ella la vergüenza si se recordaba que su padre cuestionó que los astronautas americanos hubieran llegado a la Luna, y que toda aquella historia del Apolo XI podía ser un maldito fraude?[57]

Alexia se dijo que no, que ya era suficiente. Estaba harta de ser objeto de las chanzas de los demás por culpa de las ideas extravagantes de su padre. Si alguien había robado en su casa, si alguien lo había asesinado, la policía lo descubriría sin necesidad de que ella colaborara en engordar los chismes que circulaban sobre G. G. Ávalos.

—Quería decir que, aunque no tenía un duro, nadie está a salvo de que los demás piensen que sí que lo tienes.

El inspector Carmona la atravesó con la mirada. Alexia no bajó los ojos y se empleó a fondo para ofrecer la imagen de credibilidad que tantas veces le había servido para ganar casos comprometidos.

—Comprendo —dijo lacónicamente el policía. Después sacó del bolsillo interior de su chaqueta una tarjeta—. Este es mi número, por si recuerda alguna otra cosa. No la molesto más. Supongo que tendrá mucho de lo que ocuparse ahora.

Alexia procuró respirar con calma. El policía bajó por las escaleras y ella descubrió que un abismo se abría a sus pies. El inspector Carmona estaba en lo cierto: tenía mucho de lo que ocuparse. A su padre le harían la autopsia y se determinaría qué pudo sucederle. Ella era la única familia que el difunto tenía, de modo que convenía arreglar los papeles para el sepelio. Y entonces cayó en la cuenta de que no sabía qué debía hacer. Su padre jamás le había dicho si prefería ser incinerado o no. Tras reflexionar unos instantes, decidió que lo enterraría junto a los restos de su madre, si es que tal cosa era posible. Debería preguntar en el Ayuntamiento del pueblo donde ella descansaba si se permitía ese tipo de enterramientos.

Mientras en las habitaciones de abajo aún se escuchaba el ir y venir de la policía,

Alexia se dejó caer en el suelo del estudio y contempló desolada en qué había acabado todo: los libros destripados, los papeles aventados, las ideas esparcidas… Al cabo de unos minutos se dio cuenta de que estaba recogiendo papeles y que los estaba apilando sin ningún criterio sobre la mesa de nogal. Advirtió entonces que la maleta en la que Ávalos guardaba la máquina de escribir Olivetti estaba junto a la mesa, y se preguntó si acaso su padre tenía pensado ir a alguna parte.

En el instante mismo en que se interrogó de ese modo, sus dedos tropezaron con varios papeles entre los cuales descubrió un folleto propagandístico de una residencia geriátrica llamada La Isla. El prospecto ofrecía una idílica fotografía de lo que parecía un pazo gallego en medio de una colina esmeralda rodeado por hermosos ejemplares de lo que a Alexia le parecieron robles y castaños. En el interior del tríptico aparecían fotografías de las habitaciones, salones, gimnasio y otras dependencias del centro. La publicidad afirmaba que en ninguna otra residencia se podía encontrar el servicio, la atención personalizada y las bondades de aquel grupo de profesionales. Alexia comprobó atónita que la residencia estaba en un pueblo de la provincia de Pontevedra, no lejos de la ciudad de Vigo.

—¡La Isla! —exclamó—. ¿Qué pensabas hacer, papá?

10

Eran las tres de la tarde. Hacía mucho tiempo que la policía se había marchado. El inspector Carmona le había ofrecido su ayuda. La llamaría cuando pudiera hacerse cargo del cadáver de su padre, dijo. Igualmente, añadió, la tendría al tanto de la investigación en la medida en que eso fuera posible sin saltarse a la torera ningún procedimiento.

Alexia compuso una sonrisa forzada en señal de agradecimiento y estudió con sus enormes ojos verdes al meticuloso funcionario. Él no se inmutó. Hizo un leve movimiento con la cabeza y, sin devolver la sonrisa que Alexia le había dedicado, se marchó.

Cuando se quedó sola, se sentó en una silla del salón, tal vez la misma que unas horas antes iba a ocupar el recuerdo de su madre en la cena de aniversario. Reparó en ese momento en el vinilo que permanecía sobre el viejo tocadiscos de su padre. Se levantó y se acercó a él: Mercedes Sosa. Maquinalmente, puso la aguja sobre los primeros surcos y escuchó la estremecedora voz de la cantante argentina:

«Cambia lo superficial / Cambia también lo profundo / Cambia el modo de pensar / Cambia todo en este mundo…».

Sin poder evitarlo, sus ojos se fueron empañando al escuchar aquellos versos. El mundo tal vez cambiaba, y no era extraño, como decía la canción, que ella también lo hubiera hecho. Pero su padre no. El viejo soñador no había cambiado.

«Pero no cambia mi amor / por más lejos que me encuentre…».

Tampoco había cambiado el amor que su padre había sentido por su esposa. Y en los charcos de sus ojos Alexia quedó varada mientras Mercedes Sosa descosía su corazón.

Nunca supo el tiempo que permaneció allí sentada, contemplando los viejos muebles y aquel cuadro al óleo titulado *Carpe Diem*. Nunca había entendido qué le veía su padre a aquel lienzo. A ella le parecía triste y frío. Pero siempre que esgrimía ante su difunto padre aquellos argumentos, él se mostraba inflexible. Junto al reloj de bolsillo, aquel cuadro era lo único que el tío Tomás había dejado en la casa, recordaba. Bueno, el reloj, el cuadro y aquella historia sobre cómo se hizo rico el tío Tomás y que Alexia nunca quiso aceptar por inverosímil.

Ahora la historia del tío Tomás era lo de menos. Ahora, pensaba Alexia, la historia que había que esclarecer era la de su padre.

Sus ojos regresaron de nuevo al folleto propagandístico de la residencia geriátrica, y

se preguntó si su padre había tomado la decisión de ingresar en ese establecimiento.

Y luego estaba lo del robo, porque Alexia no tenía duda alguna de que su padre no había organizado el caos que reinaba en el estudio. Era evidente que alguien había entrado en el piso y había buscado algo que creía poder encontrar entre los libros y los archivos de Ávalos. Los armarios estaban abiertos, y la novela que su padre estaba escribiendo y de la que le había hablado la otra noche había desaparecido. ¿Era eso lo que buscaba el asaltante? Alexia presentía que no, que aquel manuscrito no era motivo suficiente como para entrar a robar y, ¡Dios mío!, se lamentó, tal vez haberlo asesinado.

Fue entonces cuando aquellas enigmáticas palabras de su padre volvieron a sonar en su cabeza: «Supongo que me parece más seguro que custodies tú este tesoro. Nadie sospechará de una abogada con la cabeza tan bien amueblada como tú. Es importante. Y peligroso».

Ávalos le había entregado un puñado de sobres que ella consideró otra de las muchas excentricidades de su padre, de modo que cuando llegó a su coche arrojó el hatillo de sobres unidos por unas gomas en el asiento de atrás, y allí seguirían.

Anotó mentalmente la tarea de echar un vistazo a aquellos papeles, pero pronto el dolor de la soledad que reinaba en la casa la anegó.

Aún necesitó media hora para recomponer su ánimo y marcar el número del inspector Carmona.

—¡Dígame! —La voz del policía era grave y muy masculina.

—Inspector, soy Alexia García, la hija de…

—Sí, desde luego —dijo Carmona sin dejar que ella terminara la frase—. ¿Ha recordado algo que nos pueda ayudar?

Alexia dudó. La imagen de los sobres ocres que había dejado en el asiento trasero de su coche cruzó fugazmente por su mente, pero finalmente se escuchó a sí misma decir:

—En realidad, me preguntaba si podría ir al Instituto Forense.

El policía le dijo que sí, que desde luego. Le explicó qué debía hacer y ante quién presentarse.

—Si necesita algo más, no dude en llamarme —dijo Carmona.

Ella le dio las gracias.

Le resultaba difícil centrar su mente. Las ideas iban y venían sin control. Miró la porción de atardecer que le ofrecía el ventanal del estudio. Finalmente, tomó la decisión de ir al Instituto Forense para tratar de agilizar los trámites necesarios. Antes de que la policía la hubiera dejado sola había telefoneado a su bufete para que movieran los resortes precisos para organizar el sepelio.

—Quiero enterrarlo junto a mi madre, en la misma tumba —indicó—. Haced lo necesario.

Los restos de su madre descansaban en un discreto sepulcro del camposanto de un pequeño pueblo conquense donde vivían no más de cincuenta vecinos. Alejandra había

nacido allí, y allí deseaba ser enterrada, tal y como le tenía dicho a su marido.

Alexia se sintió pequeña de pronto. Ni siquiera su elevada estatura, sus intimidadores tacones o su traje de ejecutiva de la mejor calidad impedían advertir su desamparo. Paseó su mirada por aquel desorden. ¿Cuántos miles de libros había acumulado su padre? Le pareció escuchar a lo lejos la voz de su madre cuando lo reñía por aquella pasión suya por coleccionar más y más libros. Alejandra decía que un día tendrían que irse todos de la casa para permitir que siguieran entrando más volúmenes. Pero su padre no dejó de sumar títulos a su voluminosa biblioteca. Ávalos nunca se rendía. No le importaban las críticas de aquellos que se burlaban de sus locas teorías. Él siempre decía que no había escuchado aún una crítica solvente sobre sus libros, que sus enemigos no tenían más argumento que el insulto, pero que el insulto no enriquece a nadie, añadía. En lugar de venirse abajo ante el escarnio y las chanzas que algunos de sus adversarios le dedicaban en diferentes foros, más estimulado se sentía. Cuanto más bajos y zafios eran los insultos que recibía, más calidad había en los escritos que salían de su Olivetti.

Eso fue lo que sucedió durante su disputa con el hombre con quien Alexia compartió su vida durante casi dos años. El hombre del cual habían hablado vagamente la noche anterior, cuando el nombre de Julio Verne se cruzó entre padre e hija. También entonces se cruzó en su camino Julio Verne…

G. G. Ávalos había firmado un reportaje sobre las extraordinarias anticipaciones científicas que, en su opinión, el novelista francés desplegó en su novela *De la Tierra a la Luna* y, años más tarde, en la obra titulada *Alrededor de la Luna*[*[58]*]. El artículo comenzaba recordando una anécdota recogida por Jean-Jules Verne en una biografía que publicó sobre su abuelo. Al parecer, la esposa del astronauta Frank Borman, uno de los miembros de la tripulación del Apolo VIII, la primera nave tripulada que realizó una expedición alrededor de la Luna en diciembre de 1968, había leído la primera de las dos novelas de Verne dedicadas al vuelo espacial y tenía miedo por la suerte que pudiera aguardar a su marido. Borman sugirió a su esposa que leyera la segunda parte de aquella aventura, y entonces ella quedó más tranquila[59].

A continuación, Ávalos se hacía eco de los extraordinarios aciertos de Verne en materia espacial, que, a su juicio, no podían ser considerados como meras casualidades.

La novela *De la Tierra a la Luna* arrancaba en los años posteriores a la guerra de Secesión norteamericana. Los miembros del Gun Club, fundado en Baltimore, ciudad del estado de Maryland, habían apostado a que era posible enviar una gigantesca bala a la Luna y, además, propusieron que el proyectil pudiera ser tan grande como para acoger en su interior a varios expedicionarios. La voz cantante de aquel proyecto la llevó Impey Barbicane, presidente del mencionado club y persona adinerada, a quien

Verne describe como «un hombre de cuarenta años, sereno, frío, austero, de un carácter esencialmente formal y reconcentrado; exacto como un cronómetro, con un temperamento a toda prueba, de resolución inquebrantable». En definitiva, el perfil habitual de los fríos héroes vernianos.

No obstante, la posibilidad de que aquella aventura se saldara con éxito fue cuestionada agriamente por el capitán Nicholl, adversario habitual de Barbicane. La pugna entre ambos queda en suspenso al aparecer un tercer e inesperado personaje, un francés que propone viajar en el interior del proyectil e invita a los dos contendientes a unirse a él en aquella empresa. Aquel aventurero se llamaba Miguel Ardan.

Pero lo realmente singular de aquel proyecto, a decir del articulista, eran las anticipaciones científicas del novelista bretón. Mencionaba el hecho de que los personajes de la obra ubicaran un enorme telescopio en las Montañas Rocosas, no lejos de donde muchos años después estaría el telescopio norteamericano de Monte Palomar. Igualmente, le parecía notable que Verne se hubiera decantado por Estados Unidos como país pionero en la conquista del espacio en una época en la que Francia, Gran Bretaña y Rusia eran las potencias principales del mundo. Al igual que resultaba sospechosa la puntería en bautizar al cohete como *Columbiad*, nombre que recuerda inevitablemente al módulo de mando del Apolo XI.

¿Podían considerarse meras casualidades todos esos detalles de la novela de Julio Verne?, se preguntaba Ávalos. De igual modo, ¿no resultaba desconcertante que el número de tripulantes fuera tres, exactamente igual que la misión del Apolo XI que llevó por vez primera al hombre a la Luna en 1969? ¿Y qué pensar del hecho de que en la novela se incluya como miembros de la expedición a dos perros? En efecto, junto a los tres hombres viajaban una perra de caza llamada *Diana*,propiedad del capitán Nicholl, y un terranova llamado *Satélite*. ¿No anticipaba Verne así el vuelo de la famosa perra *Laika,* el primer animal que orbitó alrededor de la Tierra a bordo de la nave soviética Sputnik 2 en 1957?

Pero Ávalos no se detenía ahí. Recordaba que los personajes de Verne tenían como provisiones «conservas de carnes y legumbres reducidas a su menor volumen posible bajo la acción de la prensa hidráulica», lo que le parecía una predicción sobre el modo en que los astronautas llevan sus alimentos al espacio. Y eso por no hablar del sorprendente acierto que supone el hecho de que se eligiera un lugar próximo a Cabo Cañaveral o Cabo Kennedy, en Florida, como lugar de lanzamiento del Columbiad. ¿Sabía Verne que en el futuro se enviarían desde allí naves al espacio?, se interrogaba Ávalos. Para colmo, recordaba, en la segunda parte de la historia, *Alrededor de la Luna,* la nave regresa a la Tierra y cae en un punto del océano Pacífico distante apenas cuatro kilómetros del lugar al que fue a caer el mismísimo Frank Borman, el astronauta que recomendó a su esposa leer esa novela, cuando amerizó el 27 de diciembre de 1968 junto a los astronautas Jim Novell y Bill Anders, tras haber orbitado alrededor de la Luna a bordo del Apolo VIII.

El artículo concluía con un apunte realmente sugerente para los seguidores de ese

tipo de literatura: ¿se podía considerar una casualidad que la última palabra del capítulo número 11, precisamente el 11, de *Alrededor de la Luna* fuera justamente*Apolo?*[60]

De manera que una vez expuestas las pruebas, Ávalos se lanzaba a la especulación sosteniendo que tal vez Julio Verne, quien en otras muchas de sus obras ofrecía desconcertantes anticipaciones científicas, poseía algún tipo de información privilegiada con la que construía el armazón de sus novelas.

Aquel artículo de su padre hubiera pasado sin pena ni gloria, como tantos otros que había escrito, si Alexia hubiera arrojado a la basura la revista en la que estaba publicado. Un compañero de trabajo le había mostrado la publicación con una sonrisa de suficiencia. Alexia sintió que aquel tipo le decía: mira las idioteces que anda escribiendo por ahí tu padre. Y el recuerdo de las risas que tantas veces había escuchado a espaldas de ella cuando era niña regresó, aunque el hombre que le entregó la revista abierta por las páginas que contenían el reportaje no se hubiera carcajeado de forma expresa.

El caso es que no tiró la revista, sino que, por alguna razón inexplicable, la guardó en el bolso. Y en el bolso llegó a su casa. Después, la arrojó sobre la mesa del salón, y fue allí donde la encontró el profesor de francés con quien ella vivía. El tipo no podía sospechar que el autor del artículo, un tal G. G. Ávalos, fuera el padre de la mujer con quien se acostaba, pues ella jamás le había mencionado nada sobre las excentricidades de su padre.

Tras leer el reportaje, el profesor creyó necesario rebatir al articulista.

La publicación era mensual, por lo que la disputa entre ambos contendientes se demoró hasta que en las cartas al director del siguiente número de la revista apareció una firmada por el profesor de francés.

En su réplica al artículo de Ávalos señalaba que no había nada de extraordinario en todos aquellos datos y desmentía las facultades proféticas de Julio Verne. Recordaba que otros «pseudoeruditos» vernianos también incluían entre esas presuntas anticipaciones el hecho de que Verne acertase a emplear el aluminio en la construcción del cohete de marras, como si aquello fuera un descubrimiento del novelista. El aluminio ya se usaba en el siglo XIX antes de que a Verne se le ocurriera emplearlo en la construcción de su cohete, recordaba. El uso industrial de ese material había sido concebido en 1854 por el químico francés Henri Saint-Clair Deville.

En cuanto al resto de supuestas anticipaciones científicas, la carta al director las cuestionaba todas. No hacía falta ser especialmente avezado, decía, como para imaginar que era conveniente lanzar el cohete en el momento en el que la distancia que este tuviera que recorrer fuera la menor posible, lo que se conseguiría si se hacía de forma vertical, es decir, cuando a la Luna le restasen cuatro días, una hora, diecisiete minutos y veinte segundos para llegar al cénit. En ese momento, el punto idóneo para el lanzamiento debía situarse, tal y como mencionaba el observatorio de Cambridge en la

novela de Verne, entre 28º de latitud norte y 28º de latitud sur. Como el eje de rotación de la Tierra está inclinado 23º 27’ respecto al plano de la eclíptica y la órbita de la Luna ofrece un ángulo de 5º con ese plano, únicamente el área de latitudes antes indicado ofrecía la posibilidad de hacer un disparo como el requerido. O lo que es lo mismo: podía escogerse Texas o Florida. Pero como el primero de esos estados tenía más ciudades próximas, lo cual podría provocar peligros a la hora del lanzamiento, se opta por Florida, donde únicamente Tampa aparecía como ciudad destacada. Por tanto, concluía la carta, no es que Verne anticipe Cabo Kennedy, sino que la NASA, muchos años después, siguió el mismo razonamiento simplemente porque es el más lógico.

Pero aún había más: la carta al director señalaba algunos sonoros errores de Julio Verne en sus novelas. Para empezar, el informe de Cambridge que Verne cita en su obra considera necesaria una velocidad de 12 000 yardas por segundo (aproximadamente, 11,2 kilómetros por segundo) para lograr que el proyectil escapara del campo de atracción de nuestro planeta. Pero olvida el rozamiento. Barbicane estima que la resistencia del medio será insignificante al calcular que el proyectil atravesará la atmósfera en cinco segundos. Obviamente, Verne y Barbicane se equivocan estrepitosamente. Eso, por no mencionar la metedura de pata de Verne cuando los expedicionarios deciden lanzar al espacio el cadáver de uno de los perros, que había muerto como consecuencia de un golpe en la cabeza en el momento del disparo del cohete.

Los protagonistas abren la puerta del cohete y, escribió Verne: «… el cadáver de *Satélite* fue proyectado al exterior. Apenas se escaparon unas moléculas de aire y la operación funcionó tan bien que, más tarde, Barbicane no tuvo miedo de deshacerse de esta manera de los residuos inútiles que molestaban dentro del proyectil».

En la carta al director su autor se burlaba de ese párrafo. ¿Cómo podía concebirse siquiera que pudieran abrir una puerta del cohete y lanzar el cadáver del perro sin ninguna consecuencia? Por otro lado, ¿así pensaba deshacerse Barbicane de la orina y de las heces de los expedicionarios? Si Verne era un visionario con información privilegiada, se preguntaba el autor de la carta, ¿cómo no se le ocurrió vestir de otro modo a sus héroes y no hacerlos viajar ataviados con levita y chistera? ¿No vio en sus visiones que los futuros astronautas llevarían un complejo sistema para recuperar la orina y el sudor para obtener agua y que los residuos sólidos se almacenarían y no se arrojarían al exterior de la nave?

¿Y qué decir del momento en el que, en la segunda de las novelas, Ardan propone un brindis en el espacio?

En efecto, el novelista cometía un error de bulto, según el criterio del profesor de francés, a la hora de describir el fenómeno de la ingravidez. Planteaba que a medida que el proyectil se alejara de la Tierra y se aproximara a la Luna experimentaría la disminución de la atracción gravitatoria terrestre, pero aumentaría la lunar. Y anticipa que habría un punto en que ambas atracciones se equilibrarían, y entonces los tripulantes experimentarían una insólita ingravidez.

En la novela se recoge un episodio que ilustra bien el error de Verne al respecto, añadía el autor de la carta. Se trata del instante en el que Miguel Ardan, para celebrar que han llegado a ese imaginario punto del espacio en el que las atracciones de la Tierra y de la Luna se equilibran, coge una botella y tres vasos y propone un brindis. Verne no explica cómo pudo conseguir echar el líquido en el interior de los vasos.

Si Verne era un profeta, concluía, lo disimuló muy bien. Su gran mérito había consistido, como el novelista había declarado en numerosas ocasiones, en trabajar como una mula. Recuérdese lo que él mismo declaró al periodista Robert H. Sherard: «Me despierto todas las mañanas antes de las cinco —quizá un poco más tarde en invierno—, y a las cinco ya me encuentro en mi escritorio y permanezco trabajando hasta las once […]. Soy un gran lector, y en cada ocasión que leo lo hago con un lápiz en la mano. Siempre llevo un cuaderno conmigo e inmediatamente apunto […] algo que me interese o que pueda ser de posible uso en mis libros…».

Ahí residía, a juicio del redactor de la carta al director, el verdadero andamiaje de las novelas de Verne, y no en ninguna virtud profética.

Alexia no leía jamás aquellas publicaciones, de manera que desconocía que su compañero de cama hubiera remitido una demoledora respuesta al reportaje firmado por su padre, del cual no había mencionado una sola palabra a su pareja. Del mismo modo, estuvo al margen del feroz intercambio de argumentos que ambos contendientes mantuvieron en los números sucesivos de aquella revista. Por ello, la bomba le estalló en la cara de la manera más inesperada, precisamente en una de las escasas ocasiones en que su padre aceptó su invitación de cenar junto a ella en Nochebuena.

La velada transcurrió bajo los parámetros esperados si se mezclan en una coctelera a un padre excéntrico cuyas aficiones siempre habían encontrado el reproche en su hija, a una hija que muy rara vez veía a su padre y del que se avergonzaba profundamente por escribir libros absurdos, y a un novio de ideas fijas y mente cuadriculada que ve por primera vez al padre de su pareja.

El inestable equilibrio en el que toda la cena se desarrollaba se quebró en el segundo plato. Alexia había encargado el menú a un exclusivo servicio de catering, puesto que la cocina no era precisamente su fuerte. Varias personas de su entorno habían puesto por las nubes la calidad del besugo que cocinaban en aquella empresa, y ella había pensado que podía ser una excelente elección como plato fuerte de la cena.

Años después, en la soledad del piso de su difunto padre, Alexia no conseguía recordar cómo se prendió la mecha que hizo que el frágil espíritu navideño de aquella velada saltara por los aires. Alguien debió de mencionar algo sobre Julio Verne. Tal vez ocurrió cuando su padre preguntó al novio de su hija a qué se dedicaba exactamente y el otro respondió con su habitual engolamiento que era profesor de francés, que había hecho su tesis sobre la influencia de la ciencia y el industrialismo en

las novelas de Julio Verne y que, precisamente, hacía un tiempo que cruzaba cartas con un lunático en una revista de tres al cuarto a propósito de si Verne era o no un visionario.

Ávalos empalideció. Eso sí lo recordaba Alexia. Al fin había identificado a su adversario, y el otro hizo lo propio al reconocer en el padre de su novia al lunático que acababa de mencionar. Pero lejos de hacer las paces, los dos contendientes olvidaron el besugo y se emplearon con saña durante toda la noche.

A eso de las once y media, Ávalos expresó su deseo de irse a un hotel a dormir. Por supuesto, anunció, no podía permanecer bajo el mismo techo que ocupaba aquel petimetre que se burlaba de él y de sus ideas. En cuanto a ti, le dijo a su hija, tú verás si este imbécil cuadriculado es el hombre que más te conviene. A continuación, firmó su frase con un portazo.

Alexia rompió con su pareja tres meses después. Ambos sabían que su relación había quedado herida de muerte en Nochebuena, con un besugo como mudo testigo.

Desde entonces, habían transcurrido una docena de Navidades. Desde su ruptura con él, no había vuelto a ver al envarado profesor de francés. Sí, era cierto que alguna vez había pensado en él y se había preguntado qué habría sido de su vida, pero más por curiosidad que porque realmente añorara su compañía o sus besos. Y, ahora, ahí estaba ella, sentada en el suelo del estudio de su padre, rodeada de libros despanzurrados y papeles aventados. Ella, la abogada de prestigio, la mujer fría y poco dada a la ensoñación, se sentía atrapada irremediablemente por uno de aquellos misterios que tanto apasionaban a su padre.

¿Qué maldita ironía traía a Julio Verne de nuevo a su vida? Precisamente habían sido aquellas fotografías que adornaban las paredes del estudio las que habían exhumado el recuerdo de aquel antiguo amor y… En ese instante, Alexia recorrió las paredes con su mirada. ¿Cómo no lo había advertido antes?, se reprochó. ¿Dónde estaban las fotografías de la tumba de Julio Verne? ¿Quién se las había llevado?

—¡Dios mío! —exclamó.

No quedaba rastro alguno de la sepultura del escritor. No le había preguntado a su padre quién había hecho aquellas fotografías. ¿Eran obra suya? ¿Dónde estaba aquella tumba y qué significaba en todo aquel enrevesado asunto?

Alexia lamentó una vez más no haber hablado sobre todo aquello con su padre la noche anterior. Ahora, todas sus preguntas quedarían sin respuesta. Nadie más que Gerardo García Ávalos tenía la solución.

—A no ser que… —El brillo de la esperanza cruzó por sus ojos fugazmente—. A no ser que *Tapioca* tenga algo que decir sobre todo esto.

La idea de que Miguel Capellán, rebautizado sin saberlo como *Tapioca*, pudiera arrojar luz sobre aquel misterio tuvo la virtud de insuflar una inesperada energía a Alexia. No obstante, se preguntó si realmente podía confiar en *Tapioca*. En realidad,

no sabía nada de él. Tan solo que era amigo de su padre y que se trataba de un periodista que escribía sobre los mismos temas que Ávalos tan bien conocía. Los mismos temas que provocaban en ella urticaria con solo oír hablar de ellos.

¿Y si había sido Capellán el hombre que doña Herminia, la vecina de la calle Alfonso VIII, vio salir de madrugada de casa de su padre? ¿Sería acaso *Tapioca* el posible ladrón y el presunto asesino? ¿No le había confesado su padre que le había prestado copias de los dos primeros documentos recibidos en aquellos sobres ocres firmados por un tal Nemo? Bien podía haber sucedido, pensó, que Capellán hubiera regresado al domicilio de Ávalos exigiendo el resto de la información y, al no acceder el maestro de escuela a entregársela, lo hubiera asesinado.

Alexia dudó sobre qué hacer durante unos segundos, infinitamente más tiempo del que una mujer como ella hubiera dedicado a semejantes cuestiones en cualquier otra circunstancia. Pero, tras aquella brevísima reflexión, se entregó a la búsqueda de la vieja agenda telefónica de su padre, donde sabía que él tenía anotados cientos de números de teléfono. Como ella bien conocía, Ávalos mostraba una resistencia numantina a las nuevas tecnologías. No tenía ordenador personal, teléfono móvil o blackberry.

—Al menos habías dejado atrás la escritura cuneiforme sobre barro —rutó Alexia.

La última vez que Alexia lo había visitado pudo ver la ajada agenda telefónica en su dormitorio, sobre una de las mesillas de noche, la más próxima al lado de la cama que tradicionalmente su padre ocupaba. De modo que bajó los escalones todo lo deprisa que sus tacones se lo permitieron y segundos después marcó el número del teléfono móvil de Miguel Capellán.

La conversación fue breve: le informó de la muerte de su padre sin añadir más detalles de los necesarios y le preguntó a continuación si tendría la amabilidad de venir por Cuenca para ayudarla en ciertas cuestiones. *Tapioca* dijo que sí, que no habría problema, y que de hecho estaba en la ciudad en aquel momento. Pero, aclaró, se encontraba reunido con un inspector de policía, un tal Carmona, y no sabía cuánto tardaría. Se acababa de enterar de la muerte de Ávalos, mintió, y agregó que no tenía palabras para expresar su conmoción. La acompaño en el sentimiento, dijo. Ella le dio las gracias y admiró en silencio la diligencia del funcionario Carmona. Luego trató de mostrarse encantadora en su justa medida.

—Le quedaría muy agradecida si, cuando termine su reunión, pudiéramos vernos —dijo en el tono más neutro de cuantos encontró en su repertorio.

Él prometió acudir en cuanto le fuera posible. Alexia colgó el teléfono y se obligó a ir al Instituto Forense.

La carta

… Seguramente recordarás, querido Maurice, las historias que nuestro padre nos contó a propósito de las tormentosas relaciones que el abuelo y el tío Jules mantuvieron una vez que terminó sus estudios de Derecho en agosto de 1850. El abuelo exigía su inmediato regreso a Nantes para ayudarlo en el bufete familiar, pero el tío se negaba a abandonar París para no perder los contactos que se había procurado. No quería renunciar a la amistad con Dumas y con los extraños amigos que el famoso novelista tenía.

Nuestro padre nos confesó que el abuelo se negó a dar dinero a Jules, lo que provocó que pasara penurias, e incluso hambre. Supimos que malvivió para poder escribir mediocres aventuras teatrales junto a su amigo Aristide Hignard, pero desconocíamos que Aristide había ingresado en la masonería. Y mucho menos podíamos imaginar que la sabiduría de los masones era similiar a la de un niño si se la compara con los conocimientos de los hombres sin rostro.

Imagina mi sorpresa cuando tiempo después supe que esos hombres misteriosos infiltraban peones entre masones, rosacruces o illuminati para influir en esas sociedades con sus ideales.

Pero más desconcertado quedó nuestro tío uno de aquellos días en que frecuentaba la Biblioteca Nacional para ahuyentar el hambre y reconoció entre los lectores presentes al amigo delicado y hermoso de Dumas. Jules me confesó que, cuando lo vio acercarse a él y lo saludó, enrojeció. Pero las sorpresas no habían hecho sino empezar, pues resultó que aquel muchacho era George Sand[61], la famosa novelista autora de Rosa y blanco, Lelia *y* Consuelo.

Al parecer, aquella misteriosa dama acostumbraba a vestir esas prendas, y no era la única de sus costumbres que provocaba el escándalo, pues todo el mundo comentaba que tras haber contraído matrimonio con apenas dieciocho años con Jules Sandeau, con quien escribió su primera novela y del cual tomó prestado parte del apellido para su seudónimo, había tenido innumerables amantes, entre ellos el mismísimo Frédéric Chopin.

A pesar de rondar los cincuenta años de edad, seguía siendo una mujer fascinante y, como Jules comprobó, guardaba muchos secretos.

Nuestro tío quedó perplejo al observar el descaro con que le habló. Le preguntó si sabía cuál era su verdadero apellido. A lo que Jules respondió negativamente. Ella se lo dijo: Dupin. Al parecer, esperaba que aquel apellido le resultara familiar a nuestro tío, pero Jules no entendía adónde pretendía ir a

parar la escritora. Entonces, ella le habló de un personaje creado por un escritor norteamericano apenas conocido en Europa: Edgar Allan Poe. Le dijo que Auguste Dupin era un detective protagonista de algunos relatos de misterio escritos por Poe, y le recomendó encarecidamente que leyera a ese americano, pues su lectura lo ayudaría en el futuro.

Jules iba a preguntar en qué podía ayudarlo el tal Poe, pero la misteriosa dama se levantó y se alejó sin responder. Jules no podía sospechar que aquel encuentro no había tenido nada de casual. Como tampoco lo tuvo su amistad con Pitre-Chevalier, seudónimo bajo el cual se escondía Pierre Chevalier, bretón como nuestra familia, y que dirigía la revista Musée des familles.*Fue en aquella publicación, como bien sabes, donde nuestro tío comenzó a demostrar su valía como escritor, pero desconocía que estaba siendo examinado por los hombres sin rostro para una empresa mucho más importante.*

Mientras tanto, ocasionalmente Jules era invitado a casa de Alexandre Dumas, y allí escuchaba las conversaciones que sobre política y sobre los más variados temas entablaban sus misteriosos invitados. Ya conocía a George Sand y al orondo Alphonse-Louis Constant, a quien algunos de los presentes llamaban Éliphas Lévi. Y en una de aquellas veladas le presentaron a un hombre de unos cuarenta años, provisto de un bigote oscuro, amplias entradas y mirada perdida. Era Gérard de Nerval, el famoso y excéntrico escritor que había abrazado doctrinas esotéricas en Oriente.

A Jules le fascinaba la autoridad con la que allí se hablaba de política, como si aquellos enigmáticos personajes fueran capaces de deponer y nombrar gobiernos. Pero aún más le sorprendió la crítica feroz que todos hacían a la Iglesia, cuyo poder, sostenían, se apoya en el miedo. Si el pueblo tuviera formación, no tendría miedo y la Iglesia perdería sus prebendas, decían.

Una de aquellas noches Dumas dejó caer una idea que, a la larga, cambiaría la vida de nuestro tío. El novelista expuso en voz alta su convicción de que si alguien fuera capaz de construir novelas de aventuras divulgando los descubrimientos científicos de la época tendría un éxito rotundo. A lo que George Sand apostilló, mirando a nuestro tío, que una novela es un escondite perfecto para enseñar más cosas a quien sepa descubrirlas. Y preguntó a Jules si ya había leído a Edgar Allan Poe, como ella le había recomendado.

Resultó que sí, que Jules había leído a Poe. Aquel americano le había seducido de inmediato, especialmente sus relatos de viajes en globo, que permitieron a nuestro tío escribir su segundo reportaje en la revista Musée des familles*y que tituló* Un viaje en globo.

¿Te das cuenta, Maurice? Nuestro tío estaba siendo seducido por un poder cuya fuerza y origen aún desconocía. Alguien activaba en su favor los resortes necesarios para conducirlo a donde los hombres sin rostro deseaban.

Aunque no puedo afirmarlo, no me sorprendería que fueran ellos quienes

facilitaron el encuentro de nuestro tío con el explorador y escritor Jacques Arago[62]. Como sabes, Arago había dado la vuelta al mundo, y había tenido la genial ocurrencia de narrar sus experiencias.

Así, mientras Jules combatía el hambre trabajando precariamente como secretario del Teatro Lírico, discutía con nuestro abuelo y lo martirizaban los problemas estomacales y las parálisis faciales, alguien movía los hilos para que el joven Verne se convirtiera en la pluma al servicio de una idea que pretendía cambiar el mundo…

11

La oscuridad fue adueñándose de la tarde de otoño de un modo implacable. Alexia había caído en profundas cavilaciones después de leer las tres primeras entregas de aquella carta que, supuestamente, un sobrino de Verne escribió a un hermano suyo llamado Maurice. Nunca había oído hablar de ellos, y desconocía igualmente que el redactor de la carta hubiera disparado sobre el popular novelista.

Estaba sentada de nuevo en el estudio de su padre, aguardando la llegada de *Tapioca.*

Había regresado del Instituto Forense tras experimentar la peor sensación de su vida. Los muertos no solo se quedan solos, como dejó escrito Bécquer en sus rimas. Los muertos, además, no se parecen a las personas que fueron en vida. No era solo el color de la piel, los ojos cerrados y los labios fríos e insensibles lo que diferenciaba el cuerpo que vio en el depósito con respecto al hombre que había sido su padre. No bastaba con mencionar su rigidez ni su nula conversación para describir lo que Alexia había percibido y que tanto malestar le produjo.

Afortunadamente, veinte minutos después de su llegada se presentaron en el siniestro edificio su secretaria y amiga, Nati Varela, y Juan Ignacio Sampedro, compañero y socio del bufete en el que Alexia trabajaba. Nati era una joven delgada, bajita y de cabello corto. Sampedro era alto, corpulento y lucía una barba entrecana.

—¿Por qué no te vas a descansar? —preguntó Nati—. Nosotros nos quedamos aquí para lo que haga falta. Si te necesitamos para algo, te llamaremos.

Ella quiso decir que no. Creía que su sitio estaba allí, no lejos del cuerpo de su padre, al cual aún no sabía si le habrían practicado la autopsia.

Nati iba a decir algo. Conocía a Alexia desde hacía cinco años. Ambas habían dejado atrás la mera relación de una jefa y su secretaria para convertirse en amigas. Pero, antes de que pudiera abrir la boca, Sampedro se adelantó.

—Lo del entierro lo tenemos ya medio arreglado —anunció el abogado.

Ella lo miró con agradecimiento.

—Venga, márchate —insistió Nati—. Ten el teléfono conectado, y ya está.

Cuando finalmente aceptó, Alexia sintió una mezcla de alivio y culpabilidad. Le parecía estar traicionando a su padre dejándolo allí, solo, como los muertos de Bécquer.

Salió del edificio y respiró el aire limpio, vivo, de la calle. Pensó que no estaba bien marcharse, y decidió regresar. En ese momento, el sonido de su teléfono móvil la sobresaltó.

—¿Alexia?

Reconoció la voz de Capellán sin dificultad.

—Oiga, ya terminé aquí, en la comisaría —dijo el periodista—. ¿Quiere que nos veamos?

Alexia miró su reloj antes de responder.

—En una hora en casa de mi padre. ¿Le parece bien?

Tapioca dijo que sí, que en una hora estaba bien. Después, colgó.

Alexia se sentó ante el volante de su coche y respiró profundamente. Le parecía increíble que la gente fuera y viniera como si nada. Que el día caminara hacia su final como si fuera uno más. ¿Nadie reparaba en que su padre ya no estaba allí para verlo? El mundo ignoraba a Ávalos, y su pesar le traía sin cuidado. Toda aquella gente tenía cosas que hacer. Cosas que creían importantes. En ellas se entretendrían a lo largo de su vida hasta que un día les tocara a ellos quedarse solos, solos como los muertos de la rima LXXIII.

Alexia condujo maquinalmente. Aparcó su Volvo y, cuando estaba a punto de cerrar el vehículo para ir a casa de su padre, reparó en los sobres atados con gomas que aún dormitaban en el asiento trasero. Allí estaba el «peligroso» legado que Ávalos le había confiado horas antes de morir.

Dudó sobre qué hacer con aquellos papeles. Por costumbre, todo lo que a su padre le parecía de interés a ella le resultaba irritante. Ni siquiera había leído alguno de los libros que él había escrito. Era una venganza por lo de su madre.

—¡Maldita sea! —exclamó, y luego cogió los sobres y los guardó en su bolso.

Minutos después, sentada en el suelo del estudio y rodeada de papeles y libros que la miraban con recelo, se había atrevido a abrir los primeros sobres y a leer su contenido.

La carta

… Y ahora que ya sabes todo esto, debo confiarte la verdadera historia de Nemo. Sí, Nemo. Aunque no el personaje de las novelas de nuestro tío, sino el hombre en quien se inspiró para crearlo.

Sucedió en los años previos a la publicación de Cinco semanas en globo, *la primera novela de Jules. En esa época, si te fijas bien, Maurice, la vida de nuestro tío está envuelta en una neblina. Al margen de que pasó verdaderas miserias y que publicó algunos relatos[63], apenas hay cartas entre nuestro abuelo y Jules, algo insólito, pues ambos sabemos que los dos se cartearon con mucha frecuencia hasta ese momento.*

En 1858, Jules escribió al abuelo diciendo que su salud mejoraba gracias a las corrientes eléctricas con las que combatía la parálisis facial que había padecido. Pero, al margen de esa carta insulsa, no hay mención alguna a lo que escribía o sobre lo que estudiaba.

Hubo, no obstante, una carta anterior, fechada en abril de 1854, que te recomiendo que revises. Parece una carta más, en la que Jules volvía a pedir dinero y se inventaba excusas para permanecer en París, pero añadía, aún lo recuerdo: «Estudio más que escribo, porque tengo a la vista sistemas nuevos»[64].

¿De qué sistemas hablaba el tío?

Supongo que la gente se limitará a recordar que por entonces, con veintiséis años, comenzó a leer con pasión la prensa científica y a conversar con estudiosos de los más variados ámbitos. Pero hubo otras fuentes de inspiración.

En aquellos años escuchó hablar mil veces a los amigos de Dumas sobre la necesidad de transformar el mundo. El hombre debía ser libre, y la ciencia ayudaría a lograr esa aspiración, decían. Ni Dios podría evitarlo. Le recomendaron que olvidase a Dios y creyera únicamente en la ciencia.

De hecho, ¿cuántas veces se menciona a Dios en las novelas de nuestro tío? ¿Cuántos sacerdotes aparecen en ellas?

Aprendió que los portadores del verdadero conocimiento se reunían desde los más remotos tiempos en círculos de iniciados. Que en el rito de iniciación el postulante se prepara, se adentra después en la aventura que lo conduce más allá de sí mismo y de la muerte, y finalmente renace transformado. En esencia, querido hermano, ahí está el esquema de todas las novelas de nuestro tío.

Te preguntarás de quién aprendió todo eso. Pues bien, te diré el nombre del

informante: Nemo.

Habrás oído, sin duda, que en julio de 1858 Jules se embarcó junto a su amigo masón Aristide Hignard y el hermano de este, Alfred, y otras personas próximas a su círculo de amistades en un barco que los condujo a Escocia, la patria espiritual de los francmasones[65].

Un día, paseando por los muelles de Glasgow, un desconocido se acercó a nuestro tío y lo abordó sin mayores preámbulos. Era un hombre de tez clara, ojos negros, mirada enérgica y apostura arrogante. Era alto, fuerte, con la frente ancha y la nariz recta.

Afirmó haber oído hablar de nuestro tío a amigos comunes, como Alexandre Dumas y George Sand. Sabía que Jules escribía, e incluso dijo conocer el proyecto que tenía de novelar la ciencia. Asombrado, nuestro tío preguntó al desconocido quién era y cómo conocía aquella idea que Dumas había planteado en voz alta. A lo que aquel hombre respondió que lo correcto era decir que había sido él quien le había insinuado a Dumas ese nuevo género literario.

Imagina el asombro de Jules.

Cuando nuestro tío quiso saber su nombre, el desconocido se limitó a decir que su nombre era lo de menos, que no era nadie. Y pidió que Jules lo llamara así: Nemo (la palabra latina que significa «nadie»).

Aquel hombre le habló de las bondades de un gobierno mundial en manos de un rey del mundo capaz de establecer una sociedad justa, igual, formada por hombres inteligentes, que no temieran a nada pues todo lo podrían explicar gracias a la ciencia. Preguntó a Jules si le gustaría vivir en un mundo así. Y nuestro tío, aturdido, asintió.

Jules quiso saber si Nemo era ese rey del mundo, a lo que el desconocido respondió con una sonrisa. Aclaró que era un simple embajador, uno de tantos de los que, a lo largo de la historia, ese rey del mundo ha enviado para transformar a la humanidad. Jules, naturalmente, creyó imposible tales embajadas, pero Nemo no se inmutó. Afirmó que precisamente en el hecho de que pocas personas hubieran oído hablar de ese mundo y de su rey residía la base de su poder.

Jules advirtió que Nemo llevaba en la solapa una enseña negra en cuyo centro había dos letras doradas: R *y* M*. Y, al fin, se atrevió a preguntar qué era lo que Nemo quería de él. La respuesta fue tajante: quería que Jules escribiera, nada más.*

Debieron pasar varios años para que ambos se volvieran a encontrar, algo que sucedió precisamente antes de que el tío comenzara a escribir su primera novela. Ocurrió cuando Jules ya estaba casado con la tía Honorine.

En el verano de 1861, Jules, Hignard y otros amigos se embarcaron rumbo a Escandinavia. Seguramente habrás escuchado muchas veces que aquel viaje provocó una fuerte discusión entre Jules y Honorine, pues ella estaba a punto

de dar a luz a nuestro primo Michel.

Durante una visita al monte Gausta, en la región de Telemark[66], de la manera más inesperada, Jules se encontró con Nemo. Sorprendido, el tío quiso saber qué hacía allí, a lo que Nemo respondió que había llegado el momento de que Jules levantara el vuelo. Deseaba saber, añadió, hasta dónde podía serles de utilidad.

Enojado por tanto misterio y medias palabras, Jules le recordó que, si lo que se pretendía de él era que escribiera, ya lo hacía con regularidad y sin el menor éxito. Nemo le dijo que su intención era, justamente, quebrar esa tendencia. No se trataba de escribir cualquier cosa, sino algo que tuviera éxito. Jules tenía que levantar el vuelo, insistió, y añadió que un buen modo de lograrlo era utilizar un globo. Haga que sus personajes embarquen en un globo, propuso, y condúzcalos a regiones que seduzcan al lector. Busque las fuentes del Nilo, dijo. Pocas cosas apasionan hoy tanto a los lectores como esas exploraciones geográficas.

Nuestro tío estaba perplejo. La idea era excelente, aunque no carente de dificultades técnicas. ¿Cómo gobernar un globo en un viaje de esas características?, preguntó. Nemo, sin inmutarse, anunció que, en adelante, se ocuparían de que alguien resolviera sus dudas.

En realidad, Maurice, los hombres sin rostro hicieron mucho más que eso en muchas de las novelas de nuestro tío…

12

Aquella era una de las historias propias de su padre, pensó Alexia. Tenía todo lo que a él le podía fascinar: sociedades secretas, misteriosos individuos, crípticas conversaciones… En definitiva, todo lo que a ella le traía sin cuidado. No obstante, había algo siniestro y a la vez seductor. Alexia no podía olvidar aquella repetida invocación a la ciencia como herramienta libertadora del ser humano. «Olvídese de Dios y crea únicamente en la ciencia», le habían dicho a Verne.

¿En qué lío se había metido su padre?

Miró el reloj. Suponía que Capellán no tardaría en llegar, pero el recuerdo de su padre la hizo pensar en la posibilidad de telefonear al inspector Carmona, cuya tarjeta conservaba. Sacó el móvil de su bolso y marcó los números necesarios. Pero, finalmente, no llamó al policía.

Era pronto, se dijo. ¿Qué íban a descubrir? Tuvo que ser un accidente, pensó. No podía permitirse pensar en conspiraciones ni en asesinatos. Pero, entonces, ¿quién había registrado el estudio de su padre? En todo caso, la autopsia lo diría. Si se sabía algo, Sampedro y Nati la llamarían, o lo haría el propio Carmona.

Había oscurecido. Estaba sentada en el suelo, con los sobres ocres rodeándola. Cuando trató de moverse descubrió que su cuerpo estaba dolorido por la postura. Las vértebras cervicales gimieron como goznes enmohecidos al intentar enderezar el cuello, y las piernas estaban entumecidas.

Tras estirar su cuerpo, paseó la mirada por el estudio. Desde las estanterías, los libros la contemplaban como la extraña que era. Estaba segura de que no la reconocían como su legítima dueña, y hasta creyó escuchar las preguntas de algunos de aquellos autores exigiendo una explicación. ¿Quién era ella? ¿Dónde estaba el viejo maestro de escuela que tanto los mimaba?

Aquellos autores habían conocido mucho mejor que ella a su padre, se lamentó Alexia. Acarició los lomos de algunos volúmenes implorando el perdón de autores que no conocía, con los que nunca había tenido ocasión de pasar las horas muertas. Le hubiera gustado preguntar a su padre sobre algunos de ellos. ¿Quiénes eran Jacques Vallée, Elisabeth Kübler-Ross, Michel Lamy, Jacques Bergier y otros muchos cuyos nombres jamás había escuchado?

Y luego había otros más conocidos, pero que la miraban igualmente recelosos: Dickens, Conan Doyle, Mary Shelley, Bram Stoker, Robert Louis Stevenson, Gustavo Adolfo Bécquer… y Poe. ¡Allí estaba Edgar Allan Poe!

Entonces escuchó el timbre de la puerta.

Antes de abrir se apresuró a ocultar todos los sobres en el armario donde su padre los guardaba hasta que se los confió a ella horas antes de morir. Buscó en la parte posterior del mueble y, tal y como él le había indicado, encontró la llave sujeta con cinta adhesiva. Comprobó que la cerradura aún funcionaba, a pesar de que el asaltante o asaltantes habían logrado forzarla, como todas las demás del estudio. A continuación, colocó de nuevo la llave con la cinta en su lugar de costumbre.

—Disculpe que me haya retrasado —dijo Capellán bajo el umbral de la puerta.

Alexia lo miró con recelo, preguntándose si había hecho lo correcto invitándolo. Después de todo, ¿qué sabía de él? ¿Y si estaba ante el mismo hombre que doña Herminia había visto salir a altas horas de la madrugada de aquel mismo piso? ¿Y si Capellán era el asesino de Ávalos?

—¿Puedo pasar? —preguntó el periodista al ver que ella no le franqueaba el paso.

Alexia lo permitió, pero su cuerpo se tensó y pareció aún más alta. Desde su atalaya sus enormes ojos exploraron al recién llegado.

*Tapioca*no se había afeitado. Tenía el cabello ordenado estratégicamente, como de costumbre. Vestía el mismo chaquetón de la tarde anterior, pero había sustituido el pantalón de pana por uno vaquero. Las botas, en cambio, eran las mismas.

Cuando terminó su inspección se tropezó con la mirada de Capellán, que parecía estar atontado después de enredarse en los ojos verdes de Alexia. ¿Qué estaría pensando aquel tipo?, se preguntó la abogada. Y lo que era más importante: ¿cómo debía comenzar la conversación?

En efecto, ahí radicaba la dificultad, pues no sabía qué convenía decir ni qué resultaba razonable preguntar. ¿Qué sabía Capellán de su padre? ¿Qué pintaba aquel cuarentón con entradas en aquel asunto?

Pero fue el periodista quien rompió el hielo y comenzó a hablar como de costumbre: mucho y dándose más importancia de la debida.

—Me ha sido imposible venir antes —explicó mientras se quitaba el chaquetón raído—. Ese inspector, Carmona, es un tocapelotas de primera. Me ha interrogado hasta que le han dolido las muelas de tanto preguntar. Por quitármelo de encima, hubiera admitido haber matado a Kennedy. —Se rascó el cuello, y a continuación los ojos de Alexia reclamaron toda su atención, como si se preguntara dónde los había visto él antes—. Discúlpeme, lo primero que debía haber hecho era expresarle cuánto lamento la pérdida de su padre. Él ha sido para mí…

—Estaría bien que empezáramos por ahí —le interrumpió Alexia—. ¿Me podría decir qué relación tenían usted y mi padre?

—Claro, claro. —Capellán se dio un golpecito en la frente, reprochándose su falta de tacto—. Olvidé que usted me conoció ayer y…

—Sí, ayer —corroboró Alexia, y tras unos segundos de silencio añadió—: Justamente unas horas antes de que mi padre muriera.

—Oiga, ¿no pensará usted que yo tengo algo que ver? —Capellán arrojó el chaquetón sobre una silla del salón. Alexia descubrió que llevaba un suéter diferente al negro del día anterior. Este era marrón—. Llevo toda la tarde explicándoselo a ese policía. ¡Joder!

Se sentaron uno frente al otro en las viejas sillas del salón. La mesa en la que Ávalos había disfrutado de su última cena servía de barrera de protección para ambos.

Alexia escuchó decir al periodista que había conocido a Gerardo García Ávalos veinte años antes. Él estudiaba entonces periodismo, y ya le apasionaban los misterios. Ella guardó silencio. Él prosiguió.

Había leído todos los libros de aquel hombre que firmaba sus obras como G. G. Ávalos. De hecho, por aquel entonces había escrito él mismo un ensayo inspirado en las investigaciones de Ávalos, comentó, omitiendo la copia casi literal de muchas de las ideas del viejo maestro. De modo que cuando lo conoció en un simposio celebrado en el sur de España, Capellán se sintió el más feliz de los hombres.

—Hablamos hasta el amanecer en el hotel donde ambos nos hospedábamos —recordó—. Desde entonces, he pasado más tiempo con su difunto padre que con ninguna otra persona. Gracias a él publiqué hace unos años una novela que tuvo un enorme éxito. Seguramente habrá oído hablar de ella —se vanaglorió.

Pero cuando citó el título de su gran obra, Alexia negó con la cabeza. No, no lo había leído, dijo.

—No pierdo el tiempo con ese tipo de literatura.

El ego de Capellán debió de sentirse herido, pero se recompuso lo mejor que pudo, se retrepó en su silla y avanzó en su relato imperturbable.

Reconstruyó para Alexia la misma historia que horas antes había desgranado para el inspector Carmona: su relación de estrecha amistad con el maestro de escuela, sus frecuentes visitas a Cuenca por razones que iban mucho más allá del trabajo, su preocupación por el estado de salud de Ávalos desde que sufrió aquel achuchón en el corazón, su visita la tarde anterior a su muerte y su marcha dejándolo en compañía de su hija, a quien no había tenido el gusto de conocer hasta aquel día. Y no, mintió, no volvió a casa de Ávalos. Y no, aseguró, no tenía ni idea de que el viejo escritor tuviera enemigos. En cuanto al posible robo, del que también el funcionario Carmona le había comentado alguna cosa, Capellán respondió que no tenía ni la más mínima sospecha de que Ávalos guardara en su casa nada de valor.

—¿Por qué cree usted entonces que el estudio de mi padre estaba patas arriba? —Alexia lo miró como ella sabía hacerlo. Aquella mirada suya intimidaba a todos desde que era una niña.

Capellán se revolvió en su silla. ¿Dónde había visto él aquellos ojos o unos muy parecidos?

—No tengo ni idea —respondió—. Su padre siempre tenía sus cosas ordenadas. Le faltaba espacio para tanto libro, eso sí —comentó mirando los numerosos libros que

estaban dispuestos formando columnas en el salón.

Alexia estudió a aquel cuarentón sin saber qué pensar. Capellán observaba en ese momento con cierto interés el óleo titulado*Carpe Diem,*aquel que representaba un atardecer sobre un camposanto anónimo. Se preguntó si su padre le habría contado algo a Miguel sobre la singular herencia del tío Tomás.

—¿Sabía que ese cuadro lo dejó el tío Tomás en esta casa? —dijo Capellán.

—¿El tío Tomás? —Alexia se quedó de una pieza. De modo que aquel tipo sabía hasta quién fue el tío Tomás.

—Sí, ya sabe —respondió Miguel—, el tío de su padre, el que le dio en herencia esta casa.

—Ya sé quién fue el tío Tomás —replicó Alexia sin disimular su enojo. Le molestaba que su padre hubiera tenido tanta confianza en aquel desconocido—. Pero lo que yo quiero saber es quién pudo querer robar a mi padre.

—Como le dije, no tengo ni idea.

Alexia dudó. No sabía qué pasos dar a continuación. ¿Debía mencionar la carta del sobrino de Verne? Capellán conocía su existencia, puesto que su padre le había confiado que había prestado al periodista las fotocopias de las dos primeras entregas. No obstante, *Tapioca* no había dicho ni media palabra sobre las cartas enviadas por Nemo. Alexia dedujo que si él no mencionaba aquel dato era porque tenía algo que ocultar. De todos modos, hizo un intento.

—Dígame, ¿le habló mi padre de que estuviera trabajando en algo que pudiera ser incómodo para alguien? ¿Había descubierto alguna cosa comprometida?

—Que yo sepa, no —respondió Miguel.

A Alexia le pareció que Capellán también estaba estudiándola, pero no podía imaginar por dónde discurrían los pensamientos de su adversario.

Mientras la miraba, Miguel se preguntaba si sabría ella algo de la carta de Gaston o de la novela. ¿Sabía Alexia que su padre estaba escribiendo una novela? ¿Se había dado cuenta de que el manuscrito había sido robado?

—¿Y de qué hablaron ayer?

Capellán acusó el golpe, pero trató de recomponerse.

—De la catedral de Cuenca y del grial —respondió.

Alexia no tardó en arrepentirse por no haberlo interrumpido de inmediato, puesto que el periodista se lanzó por el tobogán de los mitos y comenzó uno de aquellos extravagantes relatos propios de tipos como su padre. Pero Ávalos era un hombre humilde, nada dado a los protagonismos, mientras que a Capellán, como no tardó en descubrir Alexia, le gustaba darse importancia. Nada le provocaba mayor placer que tener un auditorio entregado que alabara su erudición.

Para empezar, aseguró Capellán, había que diferenciar el objeto (el vaso supuestamente utilizado por Jesús de Nazaret en la Última Cena), el símbolo (la búsqueda de la perfección) y la sangre real o descendencia de Jesús con María Magdalena.

Ella estuvo a punto de cortar allí mismo la exposición de Capellán, quien parecía a sus anchas interpretando el papel de erudito, pero fue incapaz de meter baza, pues Miguel ni siquiera la miraba. Ya no hablaba para ella. Capellán hablaba para sí mismo, y parecía complacido con lo que escuchaba, sin pararse a pensar que nadie en su sano juicio daría crédito a la historia de los amores entre Jesús y Magdalena. Para empezar, Alexia tenía dudas sobre la propia realidad histórica de ambos personajes.

La segunda parte del relato tenía que ver con el escudo de Cuenca. ¿Se había fijado Alexia en cómo era el escudo de la ciudad? ¿No? Bueno, pues sobre un campo de gules, y con la corona real encima, aparece un cáliz de oro, y sobre este, una estrella de plata de ocho puntas. A decir de Capellán, la historia que se cuenta sobre el significado de esos símbolos es una milonga, y así lo creía también Ávalos, que fue quien le abrió los ojos al respecto.

—¿Sabes cómo explican lo del cáliz en el escudo? —preguntó Capellán. Pero, una vez más, no aguardó la respuesta de Alexia—. Pues nos quieren hacer creer que como el asedio de Cuenca, que estaba bajo el poder de los árabes en 1177, comenzó el 6 de enero, la estrella simboliza a la que guio a los Reyes Magos. Y como el rey Alfonso VIII tomó la ciudad finalmente el 21 de septiembre, festividad de San Mateo, el cáliz representa al santo. Pero ¿quién coño se puede creer esa historia? —Se pasó la mano por la barba rasposa—. Te diré lo que pensaba tu padre, que es lo que yo mismo pienso.

Alexia descubrió a continuación que su padre estaba convencido de que existía una línea de descendientes de la Sangre Real en Europa. Es decir, que algunas personas procedían de la, para ella, imaginaria relación entre María Magdalena y Jesús. Escuchó a Capellán mencionar a la dinastía Plantagenet, señores de Anjou, como uno de esos linajes. Otro sería el de los Plantavelu, que ocuparían el ducado de Aquitania. Ambas líneas se encontraron tiempo después, cuando Enrique II Plantagenet, duque de Anjou, contrajo matrimonio con Leonor de Aquitania. Y justamente de la saga de Aquitania procedía Alfonso VIII, el rey que expulsó a los musulmanes de Cuenca.

¿Y qué hizo ese monarca? Pues según la teoría de Ávalos y de otros estudiosos del asunto, dejó constancia de ser descendiente directo de la Sangre Real exhibiendo el grial en el escudo de la ciudad recién tomada.

—Tu padre creía que las pistas para localizar el grial están en esa catedral —concluyó Capellán señalando con la barbilla hacia la plaza Mayor.

Alexia no salía de su asombro. ¿Realmente su padre podía dar crédito a semejante historia? Unos segundos después, se respondió afirmativamente en silencio. Claro que sí. ¿Por qué la sorprendía? Su padre podía creer todo aquello a pies juntillas, pero lo que ahora importaba no era eso.

—¿Y de eso estuvieron hablando ayer?

—Por favor, no me sigas tratando de usted —respondió Capellán. Al mirar de nuevo a Alexia no pudo sostener la mirada—. Bueno, de eso y de temas parecidos.

—¿Tal vez sobre Julio Verne?

Capellán se encogió sobre la silla.

—¿Verne?

—Sí, Verne. —Alexia percibió el efecto que el nombre del escritor había provocado en Capellán—. ¿Dónde están las fotografías de la tumba de Verne que mi padre tenía en su estudio?

—¿Cómo dices?

—Me has oído perfectamente —respondió Alexia, aceptando el tuteo que Miguel le proponía. Estaba dispuesta a apretar las tuercas a *Tapioca*—. Mi padre tenía ayer fotografías de la tumba de Verne en las paredes de su estudio, pero hoy no hay ninguna. Alguien registró de arriba abajo sus cosas, y no creo que fuera buscando el grial, precisamente. De modo que no me cuentes más historias de las suyas. Guárdatelas para tu próximo *bestseller*.

Alexia no supo nunca el doloroso efecto que aquel comentario tuvo en el malherido ego del periodista. ¿Un *bestseller?* ¡Sabía Dios si volvería a ser capaz siquiera de escribir una novela!

Con los ojos verdes hundidos hasta el tuétano del periodista, la abogada le escuchó narrar una historia que, esta vez sí, le pareció creíble, aunque no estaba segura de que Capellán estuviera revelando todo lo que realmente sabía sobre aquel enredo.

—Verás, todo lo que sé es que hace unos meses tu padre me enseñó en el puente de San Pablo un mensaje remitido por alguien que firmaba como Nemo. —Capellán buscó la incredulidad en el rostro de Alexia al escuchar aquel nombre, pero ella no se inmutó —. Ya sabes, como el protagonista de dos de las novelas de Verne. En su carta, el tal Nemo remitía un galimatías de letras unidas entre sí, sin signos ortográficos ni nada. Era una retahíla absurda que no parecía significar nada de nada.

Alexia disimuló un escalofrío al saber de aquel jeroglífico. Las recomendaciones de George Sand a Verne que había leído en la carta de Gaston cruzaron por su mente sin poder evitarlo.

—¿Y por qué le enviaron ese mensaje a mi padre?

—Tu padre había escrito varios artículos sobre la vida de Verne. De hecho, había publicado uno poco antes de morir.

—¿Qué contaba mi padre en ese artículo?

—En el fondo, nada especialmente relevante, pero tu padre tenía una forma maravillosa de narrar las cosas. —Capellán estuvo a punto de decir que ya le hubiera gustado a él tener ese don, pero no lo hizo—. Hablaba de los amores de juventud de Verne, de su aversión al matrimonio, que finalmente venció casándose él mismo, de las presuntas amantes que se le atribuyen, e incluso mencionaba las teorías que lo tildan de homosexual. Supongo que son cosas que podrán encontrarse en cualquier biografía que exista sobre Julio Verne.

—Y, sin embargo, alguien eligió a mi padre para mandarle un mensaje sin sentido.

—Así fue, aunque yo no estoy tan seguro de que no tuviera sentido.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, tu padre no me lo confesó, pero a mí no me costó mucho imaginar que había resuelto el acertijo de alguna manera cuando al mes siguiente publicó en la misma revista otro reportaje. Esta vez se centraba en la costumbre que Verne tenía de encerrar información cifrada en sus novelas empleando acertijos, o jugando con los nombres de sus protagonistas. Tu padre hacía hincapié en aquel artículo en la influencia que Edgar Allan Poe tuvo en Verne, con relatos como *El escarabajo de oro*.

Al escuchar el nombre de Poe, Alexia dio un respingo involuntario. Capellán debió de darse cuenta, supuso. No obstante, se recompuso y animó al periodista a proseguir con su explicación.

—Creo que tu padre escribió aquel segundo artículo porque había descifrado el acertijo de Nemo, y al publicar el reportaje se ponía de alguna forma en contacto con su informante.

¿Por qué su padre no le había comentado nada de aquella adivinanza?, se preguntó Alexia. Pero no le resultó muy difícil imaginar el motivo: ella no le hubiera prestado atención o, simplemente, no le hubiera creído. ¿De qué se lamentaba ahora si jamás había prestado atención al mundo en el que su padre vivía?

—Yo creo que tu padre aplicó una cifra a aquel mensaje y resolvió el enigma que planteaba —apuntó Capellán—. Pero nunca me confesó tal cosa. —Se inclinó sobre la mesa del comedor y añadió con mucha pompa—: Es más, creo que utilizó para resolverlo la cifra que se emplea en *La jangada,* una novela de Verne. Un día aventuré esa posibilidad, y él no lo negó.

—Pero ¿lo afirmó?

—No —admitió el periodista—. Pero creí leer algo en sus ojos, no sé cómo explicártelo. De todos modos, da igual, porque no sé dónde está ese mensaje ni qué podía contener.

—Si mi padre, como dices, descifró la clave de la carta de Nemo y escribió el segundo artículo para que su informante supiera que lo había logrado, ¿por qué lo haría? ¿Crees que se metió en un lío en ese momento?

Alexia vio la indecisión en los movimientos de Capellán. Estaba claro que él sabía algo más, y supuso que tenía que ver con la carta. ¿Por qué Capellán no admitía que conocía al menos parte del escrito de Gaston? ¿Tal vez desconfiaba de ella?

Al llegar a esa encrucijada Alexia se dio cuenta de que a ojos del periodista ella también podía ser sospechosa. Después de todo, había sido la última persona que había visto con vida a Ávalos. Y aunque estaba la declaración de Herminia, la vecina, que aseguraba haber visto a un hombre saliendo de madrugada de casa del maestro, no se podía olvidar el hecho de que doña Herminia admitió que no tenía las gafas puestas en ese momento. ¿No podía haber confundido a Alexia, que era más alta que muchos hombres y lucía un abrigo que cubría sus piernas, con un misterioso caballero?

De manera que sí, que tal vez Capellán temía estar hablando con la asesina de

Ávalos, caviló Alexia. Aunque también podía ocurrir que fuera él quien estuviera involucrado hasta las trancas en todo aquello. No se podía obviar el hecho de que la carta de marras, ya fuera obra de Gaston Verne o de otra persona, era un bocado apetitoso para un escritor de historias extravagantes, como Capellán.

—¿Y las fotografías? —Alexia intentó atacar el problema desde otro ángulo—. ¿Quién hizo todas esas fotografías de la tumba de Verne? ¿Las hizo mi padre? Y ¿para qué?

—Sobre eso no te puedo decir nada, porque no lo sé —confesó Capellán—. Hace un mes, más o menos, estuve de viaje en Italia por razones de trabajo. Durante quince días no hablé con tu padre, y cuando volví aquí de visita me encontré el estudio con todas aquellas fotos. Nunca me dijo si las había hecho él. Tal vez las hizo cuando yo estuve fuera.

—¿Dónde está esa tumba?

—En Amiens. Verne murió en Amiens. Pero te confieso que no tengo ni idea de qué buscaba tu padre en ellas.

Esta vez Alexia creyó que Miguel Capellán le decía la verdad.

—Estamos en un callejón sin salida, por lo que parece —pensó Alexia en voz alta —. Alguien ha entrado en esta casa de madrugada buscando algo que no sabemos qué es, y tal vez ha asesinado a mi padre. Pero no tenemos ni la más ligera idea de lo que vino a buscar. ¿Qué podía ser tan importante como para matar? ¿Por qué arrancaron las fotografías?

Capellán guardó silencio. Alexia lo miró. ¿Admitiría al fin que conocía la existencia de la carta?

—¿La policía cree que ha sido un asesinato? —preguntó Miguel al cabo de unos segundos.

Alexia comprendió que *Tapioca* no iba a soltar prenda, y decidió que ella tampoco lo haría.

—Habrá que ver qué dice la autopsia —respondió Alexia—. Ese policía, Carmona, dijo que me avisaría en cuanto pudiera hacerme cargo del cuerpo. —Ella también se inclinó sobre la mesa y situó sus enormes ojos a un palmo del rostro de Capellán—. ¿Sabes si mi padre tenía planeado irse de viaje?

Capellán se irguió sobre la silla.

—No me dijo nada, pero ahora que lo dices… —Cerró los ojos tras las gafas, como si buscara atrapar un dato que revoloteaba en su memoria—. Me sorprendió ayer ver que tenía junto a la mesa del escritorio la maleta en la que guardaba la Olivetti. Nunca la había visto allí. Supuse que a lo mejor pensaba ir a alguna parte e iba a llevarse la máquina. Incluso estuve a punto de recriminarle una vez más por esa manía suya de no tener ordenador ni teléfono móvil.

—¡Es cierto! Yo también la vi, y me pareció extraño —admitió Alexia, y a continuación se levantó de la silla y subió por las estrechas escaleras hasta el estudio. Supuso, y supuso bien, que Capellán le iba a la zaga dejando la distancia de seguridad

necesaria para tener la mejor de las perspectivas.

Cuando llegaron a la guarida de Ávalos la abogada miró debajo de la mesa de nogal y comprobó que, en efecto, allí estaba el maletín de la máquina de escribir. A continuación, rebuscó entre unos papeles que había sobre la mesa mientras Miguel deambulaba por la estancia. A Alexia le pareció que el periodista miraba de reojo el armario donde su padre guardaba la carta de Gaston Verne. Como la puerta era maciza, Miguel no podía ver qué había dentro. De inmediato, pensó en ocultarla en otra parte en cuanto tuviera ocasión. Tal vez Miguel había visto a su padre guardarla allí.

Capellán se acercó a una de las dos ventanas del estudio que daban a la calle Alfonso VIII. Un puñado de personas iban y venían abriéndose paso entre las sombras. La luz de los focos de algún automóvil arañaba el asfalto e iluminaba la antesala de la plaza Mayor.

—¡Aquí está! —exclamó Alexia. Tenía en su mano el folleto del centro geriátrico de Galicia que había encontrado al ordenar la biblioteca y los archivos—. ¿Te había hablado mi padre sobre un lugar llamado La Isla?

Capellán estaba mirando en dirección a la calle cuando Alexia hizo la pregunta, por lo que la abogada no pudo apreciar el modo en que se abrieron los ojos miopes de Miguel, ni tampoco le vio tragar saliva con dificultad. Pero sí le pareció que los hombros de *Tapioca* se enderezaban y que su espalda se envaraba.

Alexia no podía imaginar que aquel hombre sí había robado algo a su padre, ni más ni menos que el manuscrito de su novela. Y aquel hombre había sentido cómo saltaban todas las alarmas en su interior al escuchar el nombre de aquella residencia para ancianos: ¡la misma que Ávalos mencionaba en su obra!

En el manuscrito que había hurtado la noche anterior, Capellán había leído con asombro cómo en *El último Verne,* la novela que Jesús Sinclair, personaje creado por Ávalos y que tanto se parecía al propio maestro de escuela, se mencionaba que un misterioso informador le había hecho llegar una insólita documentación que desvelaba un lado desconocido de Julio Verne. En la última entrega remitida, el anónimo confidente citaba a Jesús Sinclair en una residencia geriátrica llamada La Isla, enclavada en un pueblo perdido de la provincia de Pontevedra, no lejos de Vigo.

Evidentemente, pensó Capellán, aquello no era, no podía ser, una casualidad. Aunque, por otro lado, se dijo, podía ocurrir que Ávalos hubiera encontrado aquel prospecto propagandístico en alguna parte y se le hubiera ocurrido utilizarlo en su historia de ficción. Pero ¿qué sucedería si no era así? ¿Y si realmente Sinclair era Ávalos disfrazado? ¿Y si Nemo había citado en la realidad a Ávalos en ese geriátrico y por eso el maestro estaba preparándose para salir de viaje?

Alexia aguardaba la respuesta de Capellán. Y, cuando pareció que él se iba a girar para decir algo, le oyó exclamar:

—¡Joder! ¡Está ahí! ¡Está ahí otra vez!

Y, diciendo eso, Miguel Capellán se abalanzó hacia la escalera y bajó los escalones

de tres en tres echándose a la calle.

Alexia estaba perpleja. Tardó unos segundos en reaccionar, pero finalmente se aproximó a la ventana y miró hacia la calle. La noche era espesa. En un primer momento, no divisó a nadie. Pero instantes después vio a Capellán correr como un poseso en dirección a la plaza Mayor. Y entonces ella también lo vio: ¡el hombre del sombrero!

13

Cuando puso los pies en la acera Miguel Capellán sintió los latidos de su corazón con una intensidad preocupante. La presencia de aquel hombre tocado con un sombrero al que había visto la tarde anterior, cuando visitó a Ávalos por última vez, rondando la vivienda del maestro había provocado un latigazo en su interior. ¿Quién era aquel desconocido?

Al mirar por la ventana desde el estudio de Ávalos, volvió a verlo. A Miguel le pareció que aquel hombre miraba hacia el domicilio del maestro, y sin dudarlo corrió hacia la calle para exigir una explicación.

Al mirar hacia donde la calle Alfonso VIII desembocaba en la plaza Mayor, Capellán lo localizó. La noche se estaba envolviendo en una neblina pegajosa. El hombre del sombrero pareció observar por un instante a Capellán. Cincuenta metros los separaban. Miguel gritó, pero el desconocido no se dio por aludido y se adentró por la calle Fuero. Miguel corrió tras él.

Con el corazón desbocado, a la mente de Capellán acudieron sin haberlas reclamado las alusiones que Gaston Verne hacía en su carta a unos «hombres sin rostro». ¿Se estaba volviendo loco?, se preguntaba mientras corría todo lo rápido que podía.

Al doblar la esquina se zambulló en la angosta calle Fuero, que se ofrecía en una envenenada cuesta para los pulmones y las piernas de Capellán. Miguel escuchó su propia respiración y el sonido de las botas Coronel Tapioca tamborileando sobre las piedras húmedas de la calle. En su vida había corrido de una manera tan veloz, y por un momento creyó posible recortar la distancia que lo separaba del hombre del sombrero, al cual vio acceder a la plaza de La Merced.

La plaza de La Merced, sin duda uno de los rincones más bellos del casco antiguo de Cuenca, estaba abrigada a esa hora de la noche por el silencio y la neblina. No se veía un alma, y Capellán pensó que el hombre del sombrero se había volatilizado. La iglesia de la Merced, que da nombre a la plaza, lo contempló con indiferencia. El escudo heráldico de los marqueses de Cañete lo observó con altivez mientras él tomaba aire. ¿Dónde estaba el desconocido?

Entonces lo vio.

Miguel descubrió que la plaza no tenía un único acceso, como había llegado a pensar. En realidad, una calle angosta se abría junto al edificio del Museo de las Ciencias de Castilla-La Mancha. El hombre del sombrero se adentró en ella, y Capellán lo imitó.

La calle Alcázar, que así se llamaba la estrecha callejuela por donde ambos pasaron como rayos, desembocaba en la plaza Mangana, el corazón del antiguo barrio musulmán y judío de Cuenca.

La gigantesca silueta de la torre Mangana hendía la niebla como una espada espectral. El viejo reloj que la coronaba era invisible, como lo era buena parte de la plaza, a los ojos de Miguel. Más allá de cinco metros, no se veía nada, y el periodista estaba desorientado. No había rastro alguno del hombre del sombrero.

Sin saber qué hacer, Capellán optó para su desgracia por correr hacia el imponente mirador que cuelga sobre la hoz del Júcar, aunque el río, embozado por la bruma, parecía no existir aquella noche.

Tampoco allí estaba el desconocido.

Miguel aguzó el oído. Reinaba tal silencio en la plaza que Capellán se asustó al escucharse respirar. La sangre golpeaba en sus sienes, y por un instante sintió un intenso miedo. Después de todo, no sabía a quién perseguía. Si aquel hombre había tenido algo que ver con la muerte de Ávalos, ¿quién podía impedir que lo asesinara a él allí mismo, al amparo de la niebla?

Unos pasos sonaron entonces apresurados a la espalda de Miguel. Alguien corría hacia el levante de la plaza.

Aún con el sabor del terror entre los dientes, se apresuró a seguir a quien corría. Y una vez más desembocó en un punto que le hizo pensar que no había salida. Era imposible que el tipo se le hubiera escurrido entre los dedos. Pero, de pronto, descubrió una empinada y estrecha escalera que descendía en dirección a la calle Zapaterías. Por ella bajaba el hombre del sombrero.

La distancia entre uno y otro se había reducido, pero no lo suficiente como para que Capellán pudiera distinguir en el desconocido nada que no fuera su abrigo oscuro y aquel sombrero que no perdía ni en mitad de tan frenética carrera.

Cuando el hombre alcanzó la calle Alfonso VIII, Capellán comprendió que tenía la partida casi perdida, pero aun así trató de sacar fuerzas de flaqueza.

Al llegar a la iglesia de San Felipe Neri el hombre del abrigo oscuro descendió por unas escalinatas en dirección a las calles Madre de Dios y del Peso. Una irritante soledad asistió al fracaso de Miguel Capellán en su empresa de dar caza al desconocido, pues precisamente su pista se perdió en la última de esas calles, allí donde en tiempos medievales estuvo el Almotacén musulmán: la aduana donde se pagaban los impuestos en función del peso de las mercancías con las que se comerciaba en la ciudad.

Miguel estaba sin resuello. Dobló el tronco e hizo descansar sus manos sobre las rodillas. La cabeza le daba vueltas imaginando historias de «hombres sin rostro». Pero una idea incómoda le vino a la cabeza: tal vez aquel hombre se había limitado a huir de un loco que lo perseguía. ¿Y si era el hombre del sombrero quien se había sentido la víctima de un posible agresor?

—¡Maldita sea! —se lamentó.

Aún tardó varios minutos en recomponer su respiración. Sintió la boca seca, la frente y la espalda sudorosas, y las piernas le temblaban por tan inusual esfuerzo. Hacía mucho tiempo que Miguel no corría de ese modo, ni de ningún otro.

Cuando alcanzó de nuevo la calle Alfonso VIII y reemprendió el regreso hasta el domicilio de Ávalos las dudas sobre si había obrado como un idiota persiguiendo a un inocente se habían acentuado. No obstante, estaba convencido de que había algo turbio en la muerte de Ávalos. ¿No le había parecido a él escuchar los pasos apresurados de alguien que bajaba las escaleras de la casa del maestro cuando oyó por teléfono la caída del escritor? Además, era evidente que alguien había puesto patas arriba el estudio buscando seguramente la carta de Gaston Verne. Pero, si las cosas ocurrieron de ese modo, ¿qué razón tendría el posible ladrón para rondar de nuevo aquella casa?

—Solo hay una explicación —se dijo—: que la otra noche no encontró lo que buscaba y cree que aún sigue allí.

Ahora bien, ¿cómo podía averiguar si la carta estaba aún en aquel armario donde sabía que Ávalos la guardaba si había observado que la puerta del mismo estaba cerrada con llave? No le pareció prudente confesar a Alexia que él mismo conocía parte de aquella carta, dado que era la documentación básica para la novela que Ávalos estaba escribiendo y cuyo manuscrito él había robado.

Y luego estaba lo de aquella residencia geriátrica: ¡La Isla!

Tenía guasa aquel nombre. En todo aquel enrevesado asunto uno se tropezaba con la figura de Julio Verne a cada rato.

Después de que Ávalos publicara aquel artículo sobre los mensajes cifrados en las novelas del genial bretón, Capellán había comprado un puñado de biografías sobre el novelista y algún ensayo sobre el perfil menos conocido de Verne. Aunque no había tenido tiempo de leerlos todos, recordó que en alguna de aquellas obras se subrayaba la obsesión de Verne por las islas.

En las novelas de Julio Verne sucedía con las islas lo mismo que con el juego y con los mensajes disimulados tras los más variopintos jeroglíficos: que aparecían por doquier. El mito de Robinson era recurrente en él. El lector se tropezaba una y otra vez con náufragos que debían sobrevivir en una isla incógnita. Así sucede en *Escuela de Robinsones*[67] o en *La isla misteriosa*. Pero había muchas más aventuras en las que los protagonistas se ven constreñidos por un espacio físico aislado, ya fuera sobre un río, como sucedía en *La jangada*, o sobre el mar, como en *Una ciudad flotante*[68]. Verne empleó el mismo patrón en *Dos años de vacaciones*[69]. Le apasionaba enfrentar a sus personajes ante un mundo por roturar, en el que ellos mismos podían construir la utopía a la que el propio novelista aspiraba. Capellán había leído en alguna parte que, a pesar del conservadurismo político que siempre se atribuyó a Verne, parecían correr por sus venas gotas de sangre anarquista. Era como si se sintiera ahogado por la vida que le correspondía vivir y hubiera decidido permitir a su mente volar allá donde su cuerpo no podía porque sus obligaciones burguesas lo

ataban. Y así emergían aquellos héroes suyos, capaces de construir un nuevo mundo, ya fuera en una isla o en parajes subterráneos desconocidos.

—¡Un nuevo mundo! —murmuró Capellán. De pronto aquellas palabras aparecían ante él ofreciendo una perspectiva inédita, desabrigando un ángulo de la realidad que hasta entonces había estado cubierto por el musgo de la ortodoxia—. ¡Un nuevo mundo!

Recordó al hombre del sombrero a quien no pudo alcanzar, y también a los «hombres sin rostro» que, si daba crédito a Gaston, urdían revoluciones, ponían y deponían gobiernos buscando… un mundo nuevo.

—Pero ¿qué clase de mundo?

Las voces procedentes de un bar lo sacaron de sus cavilaciones. La puerta estaba abierta. Los clientes hablaban en voz alta para hacerse oír mientras en la pantalla del televisor aparecía la imagen en blanco y negro de Humphrey Bogart medio oculta tras el humo de un cigarrillo. Una mujer preciosa acababa de cerrar la puerta de la habitación diciéndole que, si la necesitaba, solo tenía que silbar. Y al ver aquella escena inolvidable de *Tener o no tener* [70] fue cuando Capellán cayó en la cuenta de por qué le parecía haber visto antes unos ojos exactamente iguales a los de Alexia.

—¡La Bacall! —dijo, rompiendo a reír antes de silbar igual que Bogart cuando ella cerró la puerta de aquella habitación.

Los ojos de Lauren Bacall se enredaron en sus pensamientos sin poder evitarlo, y se preguntó, como un idiota, si algún día Alexia le diría que, si un día la necesitaba, solo tenía que silbar.

Antes de llamar a la puerta del domicilio de Ávalos, Capellán tomó aire y lo exhaló con fuerza, en un intento de alejar aquella fantasía de su cabeza. A continuación, se esforzó en recuperar el hilo de sus pensamientos antes de haber descubierto a quién se parecía tanto la hija del maestro: los «hombres sin rostro», un mundo nuevo, las islas utópicas de Verne, el geriátrico de Galicia… ¿Adónde pensabas ir, maldito viejo?, se preguntó en silencio.

Solo entonces, cuando creyó haber recuperado el norte, llamó a la puerta.

Cuando la puerta se abrió, Capellán se topó con la turbadora mirada de Alexia *Bacall*. Los ojos de aquella mujer intimidaban de veras, y él comprendió su pequeñez, pues no se veía capaz de silbar como hacía Bogart después de que Lauren Bacall lo hubiera besado y le prometiera que estaría allí cuando él la necesitara.

—¿Se puede saber qué pretendías? —preguntó Alexia, ajena a la dirección por la cual discurrían los pensamientos de Miguel. En su tono se mezclaban la sorpresa y el enojo—. ¿Quién era ese hombre? ¿Pudiste alcanzarlo?

—¿Tú también lo viste?

—Sí, claro que lo vi. Ayer también andaba por esta calle. De hecho, al ver su sombrero llegué a pensar que era mi padre. ¿Lo conoces? ¿Qué te ha dicho?

—No, no lo conozco. Y no, no le alcancé —repuso Capellán. Esta vez no aguardó a que Alexia le tomara la delantera para subir al estudio. Necesitaba descubrir si la carta seguía en el armario donde sabía que el maestro la guardaba. Mientras subía los

escalones se preguntaba cómo podría comprobarlo sin llamar la atención de Alexia—. Pero te aseguro que antes, cuando me acerqué a la ventana, tuve la sensación de que ese tipo estaba mirando hacia aquí y, como ayer también yo me tropecé con él en la calle, tuve una corazonada.

Cuando llegaron a la guarida de Ávalos, Miguel se aproximó de nuevo a la ventana, no sin antes echar un vistazo al armario situado tras el escritorio. La calle estaba desierta. La niebla se había espesado y, naturalmente, no había rastro alguno del hombre del sombrero.

—¿Crees que puede ser él quien registró las cosas de mi padre? ¿Crees que puede ser…?

Alexia no se atrevió a terminar la frase. ¿Quién y por qué iba a matar a su padre? Era absurdo.

—No lo sé —admitió Capellán—. Pero tampoco sé si corrió al verme porque se asustó o porque tenía algo que ocultar. —Se acercó al sillón de lectura de Ávalos y se dejó caer en él pesadamente. Desde allí tenía una magnífica perspectiva del armario. Alexia se había sentado en el sillón del escritorio—. Lo que sí te puedo asegurar es que corría como el mismísimo diablo.

—O tú lo hiciste mucho más despacio —replicó Alexia con ironía. A Capellán le pareció que ella se había dado cuenta de que él había mirado en varias ocasiones hacia el armario.

Miguel llegó a pensar que tal vez ella sabía más de lo que había admitido. Aquella mujer alta, cuarentona como él, de enormes e inquisidores ojos y sofisticadas maneras no era ninguna estúpida, de eso estaba seguro. El hecho de que no sintiese la menor simpatía por las investigaciones a las que su padre había dedicado su vida no impedía que hubiera comprendido el valor que podía tener aquella carta, si es que la había descubierto cuando reordenó los papeles y los libros. Si estaba en lo cierto, se dijo Miguel, estaba jugando al póquer con una temible adversaria. Y decidió poner una carta boca arriba.

—Imaginemos que sí —dijo, obviando el comentario burlón de la abogada—, que ese hombre fue quien registró esta habitación y la desmanteló buscando algo. Si fue así —añadió paseando la mirada por el estudio procurando no detenerse en el armario—, ¿por qué iba a estar rondando esta casa? La única razón que se me ocurre es…

—Que no encontró lo que buscaba. —Alexia completó la frase, y se ganó aún más la admiración de Capellán.

Desde luego que aquella mujer no era imbécil, se dijo el periodista. Había llegado la hora de pedir carta.

—¿Y si buscamos de nuevo para ver si encontramos algo que ese hombre, o quienes sean, pudiera considerar tan valioso como para llegar a matar?

Alexia entornó los ojos y un haz verde taladró a Capellán. Miguel creyó percibir un leve movimiento en los labios de la abogada, como si una sonrisa hubiera estado a

punto de florecer en ellos pero ella la hubiera sabido controlar.

—De acuerdo —respondió Alexia—. ¿Por dónde empezamos?

¿Era una trampa? Eso le pareció a Miguel aquella pregunta. De tanto darle vueltas a la idea de qué tipo de jugada ocultaba Alexia, estaba a punto de volverse loco. Pensó que podía ser un ardid para que él dejara ver su juego. Si él proponía comenzar por aquel armario, podía mostrar su impaciencia.

—No lo sé. ¿Tú qué dices?

La pelota estaba ahora en el campo de Alexia. ¿Cuánto duraría la partida?

—Cuando subí aquí con el inspector Carmona todos los libros estaban en el suelo, como si el asaltante hubiera pensado que lo que mi padre ocultaba pudiera estar entre las páginas de alguno de ellos, de modo que quizá buscase algún papel o un documento —dijo Alexia, mirando fijamente a Capellán.

Miguel tembló imperceptiblemente. Ella debía saber algo, pensó. ¿O era un comentario casual nada más? Decidió mostrar otra carta.

—¿Y los cajones y puertas de los armarios? ¿Estaban cerrados como ahora?

—No me fijé bien —mintió Alexia. A Capellán no le pasó inadvertido el hecho de que esta vez ella no le miró—. Pero creo que sí, porque no hay ninguna puerta ni cajón que se cierre con llave, creo.

«Lo sabe. Seguro que lo sabe». Capellán vio claramente cómo ella trataba de encerrarlo en su propia trampa. Ambos sabían que solo había una puerta que Ávalos cerraba con llave. La misma tras la cual Miguel había visto la carta y el manuscrito de la novela en alguna de sus visitas. Estaba seguro de que aquella puerta estaba abierta cuando él llegó a casa de Ávalos y encontró muerto al maestro. No podía olvidar su decepción al ver que la carta y el manuscrito de la novela habían desaparecido. Pero, ahora, aquella puerta estaba cerrada. Debía haberla cerrado Alexia, no había otra explicación.

«A tomar por el culo», se dijo. «Enseñaré todas las cartas».

—Sí, sí que hay una puerta que tu padre cerraba siempre con llave, porque yo mismo le vi hacerlo en varias ocasiones. —Señaló con la barbilla el armario situado tras el escritorio—. Es esa de ahí.

Alexia se acercó hasta el mueble.

—¿Esta?

Capellán dijo que sí, y de nuevo creyó adivinar un brillo burlón en los ojos de la *Bacall*. Pero ya no importaba lo que ella pensara. Se trataba de salir de dudas de una maldita vez sobre dónde estaba la carta de Gaston Verne a su hermano.

Alexia se agachó y mostró una fingida desolación al decir:

—Está cerrada, pero no sé dónde está la llave.

«¡Qué hija de puta! ¡Lo sabe!», exclamó en silencio Capellán. Pero no fue eso lo que dijo en voz alta.

—Tu padre la escondía detrás del armario, pegada con cinta adhesiva.

—¡Ah! —exclamó Alexia mientras tanteaba con su mano derecha detrás del mueble

—. ¡Es cierto! ¡Mira! —Su mano exhibía una llave, y sus ojos una expresión a la vez triunfal y socarrona.

Capellán procuró mirar la llave con indiferencia. No quería dejar entrever cuánto sabía más de lo que ya lo había hecho. Pero cuando Alexia metió la llave en la cerradura y la hizo girar, dejó de respirar durante unos eternos segundos.

¡Nada! ¡Nada de nada!

En el puñetero armario no había nada: ni la carta de Gaston Verne ni nada.

—Está bien —dijo Capellán en el tono más neutro que pudo conseguir para ocultar su decepción—, busquemos por otro sitio.

Cuando se dio la vuelta para hurtar su rostro descompuesto al escrutinio de Alexia, se perdió la expresión de triunfo de la abogada. Y es que Miguel no podía saber que los sobres ocres remitidos por Nemo estaban ahora en el bolso de la hija de Ávalos.

Durante algo más de media hora ambos fingieron buscar el supuesto tesoro del que el difunto maestro podía ser propietario, aunque sabían que no iban a encontrar nada. Capellán lo creía porque, tras ver aquel estante del armario vacío, dedujo que Ávalos había ocultado la carta en otra parte, o bien que, en efecto, el ladrón la había descubierto. Pero, si era así, ¿por qué rondaría el tipo del sombrero nuevamente aquella calle? Claro que, se dijo, también podía ocurrir que, como había aventurado, quizá aquel hombre no fuera ningún ladrón, sino un inocente que huyó al ver que un loco lo perseguía.

Alexia, por su parte, estaba más que segura de que no encontrarían nada, y seguía felicitándose por su intuición. Nunca hubiera imaginado cuánto le alegraría esconder unos papeles de su padre. Le parecía evidente que el periodista conocía lo que los asaltantes ansiaban, aunque dudaba de la autenticidad de aquella carta. ¿Se podía llegar a matar por poseerla? Entonces recordó la advertencia que su padre le había hecho sobre el peligro que entrañaban aquellos papeles.

Mientras removía libros y más libros, Miguel no podía imaginar que Alexia se estaba preguntando en aquel instante si no era él el asesino de Ávalos, si no era él el ladrón que, tras no poder encontrar de madrugada lo que perseguía, se las había ingeniado para proseguir al día siguiente la búsqueda.

Como si hubiera sentido la dentellada de los ojos de Alexia clavándose en su espalda, Capellán se volvió hacia ella. Aquella partida de póquer podía durar eternamente, y ambos seguirían dudando el uno del otro aun cuando hubiera finalizado.

—Oye, no sé qué piensas de mí —las palabras brotaron de la boca del periodista como un chorro incontrolado—, pero te aseguro que yo no tengo nada que ver con la muerte de tu padre. Yo jamás le hubiera hecho daño. Le debía mucho.

Ella lo estudió. Capellán tuvo la sensación de estar siendo cacheado sin que Alexia le pusiera la mano encima. La sensación no lo incomodó, como hubiera podido suponerse. Había decidido acabar con aquel recelo que ella no conseguía ocultar.

—¿Quién era ese hombre, el del sombrero?

—Te juro que no lo sé.

—Pero sí sabes qué buscaban en la casa, ¿no es así?

Capellán dudó antes de responder. No perdía nada mencionando la carta, y sí perdía mucho si hablaba de la novela. La decisión fue sencilla.

—Es posible que buscasen unos documentos que le enviaron a tu padre después de que resolviera el acertijo que le hizo llegar la persona que firmaba como Nemo. Se trata de una carta que se supone que escribió un sobrino de Verne, Gaston, hijo de su hermano Paul. El mismo que le disparó un día y lo dejó cojo.

—¿Por qué crees que buscaban esa carta?

—No tengo ni idea —respondió Capellán con total sinceridad—. El tal Nemo envió la carta en varias entregas. Tu padre me dejó leer una copia de las dos primeras, pero no sé qué podía contener el resto.

—¿Y qué dice lo que has podido leer?

—Gaston… —Capellán hizo un alto antes de añadir—: Quiero decir, el autor del relato, porque vete tú a saber si lo escribió el sobrino de Verne o quién, confiesa a un hermano suyo llamado Maurice aspectos inéditos de la vida de su famoso tío, de cómo empezó a escribir y de cómo esa pasión lo colocó años después en manos de gente a quienes llama «hombres sin rostro». De ellos dice también que están entre las bambalinas de la historia, y de hecho da a entender que movieron los hilos de las revoluciones europeas de 1830 y 1848.

—¿Y qué tiene de interés todo eso?

—La verdad es que no estoy seguro —admitió Capellán.

Por primera vez, Miguel tuvo la sensación de que Alexia le creía. Y estaba en lo cierto, porque lo que no podía suponer era que ella misma había leído parte de la misteriosa carta.

—De modo que mi padre te dejó copia de fragmentos de ese relato. —Mientras Alexia decía esas palabras, Miguel la vio agacharse y hurgar en la papelera que estaba bajo el escritorio. Instantes después, mostró los restos de unos papeles quemados—. Pues me temo que el resto de las copias terminó así.

Capellán estudió los restos fingiendo interés. Recordaba perfectamente aquellos papeles quemados, pues él mismo los había visto durante su registro la noche del posible asesinato.

—Entonces, ¿el ladrón se llevó el original y también las fotografías de la tumba?

Alexia no respondió.

—Tú sabes algo sobre esa carta, ¿no es cierto? —Esta vez fue él quien miró con dureza a la abogada.

—Lo que tú me acabas de decir —respondió ella sin pestañear—. Y, para que lo sepas, todas vuestras historias sobre conspiraciones, tesoros y demás bobadas nunca me han interesado, y siguen sin interesarme.

—Pues es posible que tu padre muriera por una de esas bobadas, como tú las llamas

—replicó con dureza Capellán.

Alexia se mordió el labio inferior y se contuvo.

Durante unos segundos ambos permanecieron en un incómodo silencio, como si no supiesen adónde conducía el cruce de caminos al que acababan de llegar.

Miguel había sido casi sincero. No había mencionado la novela, pero sí había confesado cuanto sabía de la carta de Gaston. En cambio, ¿había sido del todo sincera ella? Observó que Alexia tenía entre los dedos el folleto de propaganda del centro geriátrico. Entonces se percató de que junto a la Olivetti había un par de biografías sobre Julio Verne. Conocía una de ellas, puesto que era uno de los libros que él mismo había comprado.

—¡Lo había olvidado! —exclamó.

—¿Qué habías olvidado? —preguntó Alexia sobresaltada. Capellán había quebrado el silencio inesperadamente.

—Lo de ese geriátrico, La Isla. —Miguel se levantó del sillón—. Déjame verlo un momento.

Las fotografías del pazo, el color verde, los árboles, la sonrisa de los residentes, el aspecto eficaz de los cuidadores… La propaganda era excelente. Y lo bueno del caso era que estaba cerca de Vigo.

—¿Qué pasa con esa residencia?

—Puede que nada, pero me resulta curioso que tu padre tuviera este folleto de una residencia en Vigo. —Capellán dudó si decir algo más, porque no podía confesar que ese mismo lugar se mencionaba en la novela que había robado.

—Reconozco que no sé qué había visto mi padre en un centro de ese tipo en un sitio tan lejano, la verdad —comentó Alexia. El cansancio estaba haciendo mella en su rostro, y las arrugas que la edad iba insinuando en su cara se acentuaban a medida que pasaban las horas de aquel día tan largo—. Pero de ahí a ver otro enigma en eso…

—Lo digo por Julio Verne.

—¿Qué tiene que ver Verne con Vigo?

Miguel cogió la biografía que había visto sobre la mesa, y mientras buscaba en el índice comentó:

—Cuando tu padre escribió el segundo de los artículos de los que te hablé, me picó la curiosidad y compré varios libros sobre Julio Verne. —Hablaba sin levantar la vista del índice del libro—. Me llamó la atención el hecho de que algunas biografías desmienten mitos que siempre había oído sobre Verne, como que no había viajado nada más que con la imaginación.

—¿Y? —Alexia no sabía adónde quería ir a parar *Tapioca*.

Capellán había encontrado la página que buscaba.

—Pues que sí que viajó, y mucho. De hecho, tuvo tres barcos a lo largo de su vida, y a todos les puso el nombre de *Saint Michel*. Pero lo que te quería decir es esto. —Dio un golpe con el dedo sobre la página del libro—. En la primavera de 1878, Verne

emprendió una larga travesía a bordo del *Saint Michel III*. Lo acompañaba su hermano Paul y al menos uno de los hijos de este, Maurice, al que Gaston escribe en su carta. Puede que también viajara con él el propio Gaston. En este libro se menciona asimismo como pasajero a Jules Hetzel, el hijo de su editor, y alguna otra personalidad más. En aquel viaje hicieron escala precisamente en Vigo. Atracaron en el puerto al tiempo que un buque de guerra francés. Verne fue acogido en la ciudad como un héroe, asistió a fiestas y conciertos antes de proseguir rumbo hacia Lisboa, Cádiz, Gibraltar, Tánger y Argel, entre otras ciudades.

Alexia lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué tiene de extraño? Estuvo en Vigo, ¿y qué? ¿No me dirás que ves una relación entre una simple escala durante una travesía y el hecho de que mi padre tuviera ese folleto de un geriátrico gallego?

Capellán no podía mencionar que aquel mismo lugar era citado por Ávalos en su novela. En ella, el personaje de ficción Jesús Sinclair recibía una invitación para encontrarse con su Nemo particular en una residencia de ancianos llamada La Isla. Para Capellán no había duda de que Ávalos se había inspirado en su propia historia para construir aquel relato y dar vida a Sinclair. O lo que era lo mismo: también a él lo había citado Nemo en ese lugar, y por eso estaba pensando salir de viaje. Pero no podía decírselo a Alexia, de modo que buscó otro argumento.

—Sería una simple casualidad de no ser porque Verne parecía tener una debilidad por la ciudad de Vigo. —Buscó nuevamente en las páginas del libro—. Verás, en 1884 hizo su último crucero. Lo acompañaban de nuevo su hermano Paul y uno de sus hijos, seguramente Gaston, que tenía entonces veinticuatro años. Se trató de un viaje largo, que lo llevó por el Mediterráneo. Pero, antes, hizo escala nuevamente en Vigo.

Alexia dudó. ¿De nuevo una casualidad?

Sin darle tiempo a reaccionar, Capellán golpeó de nuevo.

—¿Has leído *Veinte mil leguas de viaje submarino?*

Ella movió negativamente la cabeza. El periodista llegó a advertir cierto rubor en el rostro de la abogada por aquella confesión.

—Pues deberías —dijo Miguel—. Y más ahora que andamos dándole vueltas a quién es ese Nemo que escribía a tu padre. Pero lo que te quería decir es otra cosa: en esa novela, el dueño del Nautilus ofrece un extraordinario viaje bajo las aguas a un profesor del Museo de Historia Natural de París llamado Pierre Aronnax. Durante ese viaje, no solo contemplan maravillas naturales, sino también cosas aún más extraordinarias, como las ruinas de la Atlántida. Y, ahí está lo bueno del caso, Nemo muestra también al profesor uno de los lugares de donde obtiene buena parte de su fortuna: ¡unos galeones hundidos en la bahía de Vigo!

Alexia guardó silencio. A Capellán le pareció que la coraza de la *Bacall* se había resquebrajado, pero, si eso era así, las palabras de la hija de Ávalos no lo demostraron.

—Admito que tienes capacidad para hilvanar tres datos aislados y convertirlos en

una teoría delirante, pero te advierto que a mí no me impresionas. —La expresión del rostro de Alexia se había endurecido—. No olvides que pasé media vida escuchando historias mucho mejores que esa. Además, ¿qué importa todo eso? ¿Qué importa que Verne estuviera en Vigo hace más de cien años? ¿Qué tiene eso que ver conmigo y con mi padre?

—Hay una frase de Nemo en esa novela que siempre me ha parecido magnífica, y creo que te viene de perlas a ti. Te la regalo, y haz con ella lo que te parezca: «No rechace las cosas con tanta ligereza bajo el simple pretexto de que no ha oído hablar nunca de ellas».

La carta

… Nuestro tío se vio obligado a regresar a Francia precipitadamente al recibir un telegrama que le anunciaba el inminente nacimiento de nuestro primo. El parto y las obligaciones que del nacimiento de Michel se derivaron no alejaron de su mente las recomendaciones de Nemo. Jules ardía en deseos de interrogar a Dumas o Sand sobre aquel extraño individuo. ¿Lo conocían ellos?

De un modo que nuestro tío comprendió que no era nada casual, semanas después recibió una invitación de la duquesa para visitarla en su casa de Nohart. Y fue allí, en aquella imponente mansión donde Balzac, Flaubert, Delacroix y, por supuesto, Chopin habían compartido conversación y momentos más íntimos con Amandine, donde Jules escuchó hablar por vez primera de los Superiores Desconocidos, de la sociedad literaria a la que Sand, Dumas y otros artistas pertenecían, y de un libro extraordinario titulado El sueño de Polifilo[71].

Reconozco, querido hermano, que el tío nunca me reveló qué sucedió exactamente aquel fin de semana en compañía de la duquesa. Sí te puedo decir, en cambio, pues yo mismo he leído ese misterioso libro, que la obra no trata, como podría pensarse, de los amores del autor y una mujer llamada Polia. En realidad, oculta información cifrada en sus ilustraciones y a lo largo de unas páginas escritas en latín, griego, toscano, francés, hebreo, caldeo e incluso árabe. Aquella obra, descubrió Jules, era el libro de cabecera de la sociedad literaria a la que fue invitado a incorporarse aquel mismo día.

Jules habló en confianza con la duquesa sobre sus encuentros con el misterioso Nemo, y ella le reveló que aquel hombre era uno de los Superiores Desconocidos de los que le habían hablado. No obstante, le solicitó paciencia. El conocimiento llegaría, como establecía el ritual, de un modo gradual. Lo que debía hacer, le dijo, era ser dócil y escribir, que era lo que de él se esperaba.

Y así fue como nuestro tío se enfrascó en la redacción de aquella novela a la que pensó titular Viaje por los aires, *cuya génesis jamás reveló[72]. No obstante, se puede percibir claramente la influencia de Edgar Allan Poe. Poe había escrito* El infundio del globo, *donde se narra la aventura de unos ingleses que se ven en la tesitura de sobrevolar el canal de la Mancha de ese modo y llegar hasta París, y* La aventura sin par de un tal Hans Pfaall, *un cuento singular en el que el protagonista, usando una composición secreta de gases, es capaz de llegar a la Luna en globo.*

Sé que el tío le habló a todo el mundo de su pasión por la lectura de Le tour du monde, *de revistas como* La nature de Tissandier, Revue Bleue, Revue des deux mondes, *o las obras de Arago. Igualmente, declaró que había tenido la fortuna de nacer en una época en la que existen unos diccionarios maravillosos capaces de ofrecer los datos que un investigador precise. Y lo cierto es que todo eso es verdad, pero verdad a medias.*

Lo verdaderamente cierto es que Nemo fue quien orientó la dirección de aquella novela hacia los descubrimientos geográficos. Fue él quien supo ver el filón comercial que tenía aquella temática dada la pasión con la que el público seguía las andanzas de exploradores como Speke y Burton[73], que en 1858 habían descubierto el lago Tanganica partiendo desde Zanzíbar, el mismo punto desde el cual comenzarán su aventura los personajes que nuestro tío ideó.

En cuanto al viaje en globo, la expectación por los avances en ese campo no era menor. Los hombres sin rostro pusieron en el camino de nuestro tío a Nadar.Nadar fue una pieza más de aquel plan, aunque él siempre negó haber tenido nada que ver con aquella novela. Se ha dicho que su encuentro con Jules fue posterior a la redacción del manuscrito, o que Jules conoció a Nadar por mediación de su editor, lo que me parece de una candidez increíble, pues desconocen qué papel jugó realmente Hetzel en los planes de los hombres sin rostro.

Nadar poseía la experiencia suficiente como para asesorar a Jules sobre el gran problema que planteaba su novela: cómo dirigir a voluntad un globo para que atravesara África siguiendo un itinerario previamente diseñado.

Todo estaba perfectamente orquestado. No puede ser considerado como mero azar que Nadar se lanzara a la aventura de elevarse sobre el Campo de Marte en un espectacular globo al que bautizó Le Géant *el mismo año en que se publicó la novela de Jules. Como se comprenderá, aquella audacia congregó a miles de personas alrededor de la barquilla del artefacto, y semejante episodio no hizo sino conceder una publicidad añadida a la obra de Jules.*

Desde la primera novela, nuestro tío fue fiel a lo que de él se esperaba. El protagonista, Samuel Fergusson, era inglés, como tantos otros héroes salidos de su pluma. Y tenía las características que desde la sociedad literaria en la que Jules ingresó se estimaron las más idóneas para sus objetivos: debían ser hombres apasionados por la ciencia, íntegros, de constitución robusta y capaces de ejercer la pedagogía en el lector. Porque, en el fondo, la misión de Jules era aportar un grano más de arena que favoreciese la transformación de la sociedad. La ciencia construiría un mundo nuevo gobernado de forma racional y equilibrada por un Rey del Mundo.

Los otros héroes de la aventura cumplían el rol que tantos otros como ellos tendrían en novelas venideras: Dick Kennedy sería el hombre de acción, el

cazador; y Joe Wilson el abnegado criado de fidelidad inquebrantable. El objetivo de todos ellos, tal y como Nemo sugirió a Jules, era encontrar las fuentes del Nilo.

Planteado el argumento y puestas a su disposición las ayudas pertinentes, todo quedaba en manos del ingenio del autor. Si él demostraba capacidad suficiente, aún quedaría por sortear una nueva y, aparentemente, no pequeña dificultad: encontrar editor…

14

Llovía sobre el camposanto de aquel pueblo manchego anónimo. Y lo hacía con saña, como si no hubiera llovido jamás o como si fuera el último día en que lo haría.

Los pies de quienes formaban el cortejo fúnebre chapoteaban al caminar sobre la tierra parda empapada. La tarde tenía el color del ánimo de Alexia, a quien acompañaba un puñado de compañeros de trabajo de su bufete. A su derecha caminaba Nati Varela, su secretaria. A su izquierda, Juan Ignacio Sampedro.

Recuerdos que creía enterrados para siempre bajo la tumba frente a la cual ahora se encontraba brotaron incontrolables. Miró sus pies y los descubrió abrigados por unos lujosos zapatos negros de tacón. Ya no era la adolescente que en otro tiempo lloró en aquel mismo lugar durante el sepelio de su madre. Pero, si no era aquella chica de quince años, ¿por qué no lograba detener las lágrimas?

Aquel día lejano su padre estaba a su lado mirando aquella misma tumba. Él intentó coger su mano en varias ocasiones, pero ella lo rechazó con firmeza. Estaba decidida a no perdonarle jamás su ausencia durante la muerte de Alejandra. En cambio ahora, tantos años después, Alexia daría lo que fuera por sentir el calor de la mano de su padre.

Las gotas de lluvia resbalaban por el paraguas. La voz del sacerdote sonaba lejana, y la mente de Alexia logró una extraña independencia. De pronto, no tenía control alguno sobre ella. Los pensamientos nacían y volaban a su antojo formando fugaces imágenes de hombres enigmáticos que conspiraban en la trastienda de la historia, capaces de unir a su causa mediante una misteriosa sociedad literaria a intelectuales y escritores de prestigio que aspiraban a transformar la sociedad en base a principios alejados de los postulados católicos.

Por más que se esforzaba en ahuyentar los recuerdos de cuanto había leído en la carta supuestamente escrita por Gaston Verne, Alexia no lo lograba. Se preguntaba quién era el misterioso Rey del Mundo, dónde estaba escondido y quiénes eran en realidad los Superiores Desconocidos.

En la biblioteca de su padre había descubierto un ejemplar del libro de cabecera de la sociedad literaria que mencionaba la carta, *El sueño de Polifilo*. Lo había hojeado, se había esforzado por buscarle los tres pies al gato que, al parecer, se ocultaba en aquella obra, pero no tardó en sentirse ridícula en aquel empeño. Sin poder evitarlo, se vio a sí misma tan parecida a su padre, buscando una quimera estúpida, que cerró el libro con enojo.

¿Escucharía su padre el silencioso lenguaje de los pensamientos de su hija?

¡Papá estaba muerto! Y los muertos no pueden oírnos.

—¿De veras crees que no pueden oírnos? —le había preguntado su padre hacía mucho tiempo, cuando era una niña.

Ella se encogió de hombros y, sin saber por qué, apretó más fuerte contra su pecho aquel peluche blanco y marrón con el que compartió tantas cosas. Luego, negó con la cabeza.

—Pues no debes estar tan segura de eso —dijo Ávalos—. A veces, incluso pueden hablar con nosotros.

—No es cierto —se atrevió a decir ella.

—Ah, ¿no? —Ávalos rozó con su nariz la de su hija—. ¿Te he contado la historia del soldado Mena Vicario?

Ella dijo que no.

Y entonces él le contó la historia del legionario Antonio Mena Vicario, enterrado el primer día de febrero de 1942 en un nicho en la crujía número uno del cementerio viejo de Algeciras.

—Murió a los veintiún años de edad en el Hospital de la Caridad como consecuencia de una terrible paliza —explicó el maestro de escuela—. Había nacido en Ceuta, y cuando lo enterraron nadie podía imaginar que volvería de la tumba para hablar con algunas personas.

Los ojos de Alexia se abrieron de par en par cuando la narración llegó al momento en el que su padre relató la increíble historia de una mujer que un día lloraba ante la tumba de su hija, recientemente fallecida, cuando de pronto un joven se acercó a ella y le pidió si podía limpiar la lápida de un nicho próximo, que se encontraba desangelado y descuidado.

La mujer se sacudió la sorpresa de encima y, tras rezar por su hija, se aproximó al nicho que el apuesto joven le indicaba. La suciedad se había adueñado de él y se dispuso a limpiarlo. Fue entonces cuando reparó en la fotografía que aparecía en la lápida.

—¡Imagínate su sorpresa cuando vio que se trataba de una foto del mismo joven que había hablado con ella!

Alexia abrió la boca y ahogó un grito.

—Entonces, la mujer se volvió para ver al misterioso joven, pero él había desaparecido. Y desde entonces son muchas las personas que dicen haber visto al fantasma del soldado Mena Vicario. Hasta lo toman por un santo. ¿Qué te parece?

¿Dónde estás ahora, papá?, gritó en silencio Alexia. ¿Por qué no vienes para que pueda decirte que lo siento, que te quiero y que nunca te olvidaré? ¿Estás junto a

mamá?

Alexia sintió la mano de Nati apretando su brazo. La muchacha trató de componer una sonrisa, y Alexia se esforzó en hacer lo mismo. El sacerdote guardó silencio. Había finalizado su cometido.

A continuación, lo que quedaba de Gerardo García Ávalos tras el trámite de la incineración fue acomodado en la tumba.

La autopsia había dictaminado que el maestro falleció como consecuencia de un golpe mortal en la cabeza al caer por las escaleras de su domicilio. Resultaba imposible determinar si las heridas se habían producido por una caída fortuita o porque hubiera sido empujado. No se advirtieron signos de pelea ni ninguna otra señal en su cuerpo que pudiera hacer pensar en un asesinato.

Cuando le confirmaron que podía hacerse cargo del cadáver de su padre, Nati y Sampedro habían movido los resortes necesarios para llevar a cabo la incineración y conseguir los permisos precisos para enterrar los restos de Ávalos en la tumba donde reposaba Alejandra.

Y, ahora, allí estaban, escuchando el sonido del trabajo del albañil que sellaba para siempre la puerta que separaría a Alexia de sus padres.

Durante el tiempo que el cura primero y el albañil después emplearon en realizar las tareas propias de sus respectivos ministerios, toda la atención de la abogada había estado centrada en aquella tumba y en los recuerdos que los inquilinos de la misma prendieron en su mente. Pero, cuando todo hubo acabado, Alexia regresó de su mundo para escuchar con claridad el repiqueteo de la lluvia sobre los paraguas, el sonido de las pisadas de los asistentes al sepelio sobre los charcos y los murmullos que nacían a su espalda.

Fue entonces cuando los vio.

Ocupando la última fila del cortejo fúnebre, había un grupo de hombres. Tres de ellos hablaban entre sí, mientras que otros dos se abrazaban efusivamente. ¿Quiénes eran?

Por un instante, el recuerdo de los «hombres sin rostro» de los que hablaba aquella carta atravesó veloz la mente de Alexia. Pero cuando el abrazo que fundía a dos de aquellos desconocidos se deshizo, comprendió su error. Al menos uno de aquellos hombres tenía un rostro conocido por ella: Miguel *Tapioca* Capellán. Pero ¿y los demás? ¿Qué pintaban allí? ¿Por qué abrazaban a Capellán?

Alexia susurró al oído de su secretaria unas palabras rápidas:

—Estoy con vosotros enseguida. Espérame en el coche.

Después, se acercó con paso decidido hasta donde se encontraba Capellán. Al verla, el periodista se separó del resto y salió al encuentro de la abogada.

—¿Se puede saber quiénes son esos? —Alexia miró a los desconocidos por encima

del hombro de Miguel.

Él se giró y miró al grupo durante unos segundos.

—Todos le debíamos mucho a tu padre —comentó.

—¿Le debíais? ¿Quiénes? —Alexia mantenía fija su mirada en el grupo situado junto al ciprés.

—Todos nosotros —respondió Capellán—. Especialmente yo. Pero ellos también. Todos.

—¿Me quieres decir de una vez quiénes son esos?

—Escritores, investigadores, periodistas como yo.

—¿Un puñado de lunáticos? ¿Me estás diciendo que un puñado de chiflados ha tenido el cuajo de venir al entierro de mi padre y meter sus narices en mi dolor?

—¡Por favor! Te aseguro que ninguno ha pretendido molestarte —replicó Capellán empleando aquel tono empalagoso y diplomático que a ella tan poco gustaba—. ¡Por Dios! Respetábamos a tu padre como lo hacen los alumnos agradecidos con su maestro.

Alexia los estudió con la mirada. Todos habían superado ampliamente la treintena, y alguno tal vez la cuarentena. Era cierto que se los veía afectados, aunque no podía sospechar cuántas rencillas tenían pendientes entre sí ni con qué saña se criticaban unos a otros por la espalda. El éxito de uno de ellos, siempre fugaz, originaba con prontitud tertulias al respecto en las que las pullas brillaban como dagas. De haberlo sabido, habría podido calcular en su justa medida los rumores que se propagaron a espaldas de Capellán cuando siete años antes *Tapioca* había rozado el cielo con los dedos gracias a su novela.

—¿Su maestro? —En los labios de Alexia se pintó una expresión de sorna.

—Creo que jamás comprendiste la magnitud del trabajo de tu padre —se atrevió a decir Capellán.

—El trabajo de mi padre tuvo por escenario la escuela, las aulas —replicó con dureza Alexia—. Hubiera sido infinitamente más emotivo que algunos de los cientos de niños a los que enseñó literatura y lengua estuvieran hoy aquí en lugar de ese grupo de…

—¿Chiflados? ¿Lunáticos? —La voz de Capellán había perdido el tono engolado—. Siempre nos califica así, pero deberías saber que todos nos hemos mirado en el espejo de tu padre.

—Espero que si tenéis esposa e hijos os preocupéis por ellos más que por perseguir quimeras.

Alexia dio la espalda a Capellán dejándolo con la réplica en los labios. La lluvia golpeaba más fuerte la tela del paraguas y formaba sinuosos meandros en la tierra manchega.

—¿Has pensado en lo que te dije? —gritó Miguel.

Alexia se encontraba a unos pasos del vehículo en el que aguardaba su secretaria. El resto del séquito fúnebre había desaparecido. Cerró los ojos, respiró hondo y tomó la decisión de no volverse para mirar a Capellán. Pero eso no pareció importar a

Tapioca, que gritó:

—No rechaces las cosas con tanta ligereza bajo el simple pretexto de que no has oído hablar nunca de ellas.

Alexia apretó el paso. Estaba cerca del coche donde la aguardaba Nati cuando alguien la llamó:

—Señorita García.

Se giró y descubrió al inspector Carmona. Vestía pantalón vaquero, camisa blanca y una americana marrón sobre la que lucía una gabardina. En la mano, llevaba un paraguas.

—¡Inspector!

—Espero no haberla molestado viniendo al entierro —se disculpó el policía.

—No, en absoluto. —Alexia miró de reojo a Capellán y a su grupo de amigos—. Es solo que no lo esperaba. ¿Sabe algo nuevo sobre…?

—Desgraciadamente, no —atajó Carmona—. Como ya le dije, la autopsia no ha revelado signos de lucha, ni tampoco en la escalera hemos podido encontrar nada revelador. Pero… no sé. Hay algo raro en todo esto.

—¿A qué se refiere?

—Usted misma lo vio. Alguien había registrado de cabo a rabo el estudio de su padre. Buscaban algo.

Alexia asintió en silencio.

—¿Tiene idea de lo que podrían estar buscando? —Carmona la miró a los ojos.

Ella negó con la cabeza. No estaba dispuesta a que se recordara a su padre como el maestro de los amigos de Capellán. No hablaría de la carta, decidió. Inconscientemente, sus ojos se dirigieron hacia el grupo de escritores.

—¿Los conoce? —preguntó Carmona.

—A Capellán creo que ya lo conoce usted.

—A ese sí, pero ¿y los otros?

—Periodistas, escritores como él, creo —respondió Alexia sin ganas.

—¿Se fía usted de él?

La pregunta la cogió por sorpresa.

—¿A qué se refiere?

—¿Cree que dijo la verdad sobre lo de su padre?

—No lo sé —admitió Alexia.

Carmona estrechó la mano de Alexia antes de que ella entrara en el coche. Nati estaba al volante. La abogada hizo un gesto de saludo con la cabeza al policía. Él asintió. Alexia no pudo escuchar lo que el inspector Carmona mascullaba entre dientes:

—Hay algo raro en todo esto.

LA TUMBA DE VERNE

PARTE

2

«Parto, pues, y llevo mi secreto conmigo».
(Robur en *Robur el Conquistador)*

«La muerte no destruye, solo nos hace invisibles».
(Matías Sandorf)

1

Galicia (España), diciembre de 2011

C*hove en Santiago / meu doce amor / camelia branca do ar / brila entebrecida ao sol*. —Estrela cantaba bajito, casi al oído de su abuelo.

Al abuelo Xoan le gustaba aquella preciosa y melancólica canción. Federico García Lorca había escrito el poema cuando Xoan era un niño, y el grupo gallego Luar na Lubre lo había popularizado y convertido en una caricia para sus oídos[74]. Estrela lamentaba no tener la extraordinaria voz de las solistas que han formado parte de aquel grupo de música celta para hacer aún más agradable la tarde de otoño a su abuelo.

Xoan y Estrela estaban sentados muy juntos, contemplando la lluvia fina que empapaba el amplio jardín que rodeaba el centro geriátrico. Más allá del cristal, el mundo era verde y gris. Lejos, entre la bruma, se adivinaba el espejo de plata del estuario del río Miñor.

—*Chove en Santiago / na noite escura. / Herbas de prata e de sono / cobren a valeira lúa.*

Una lágrima se desprendió de los ojos enrojecidos del abuelo Xoan, y la voz de Estrela se quebró.

—¿Quieres que hablemos? —preguntó la joven, aunque sabía que su abuelo a lo sumo lograría asentir con la cabeza si es que lograba entenderla. Ella forzó una sonrisa. Sus dientes eran blancos y grandes—. Les he dicho a los chicos de mi compañía que tenemos que hacer una función aquí, para todos vosotros. Ya tengo medio convencido a Marino, el director, para que nos permita actuar. Creo que os gustará, y yo me sentiré muy orgullosa de que me veas volar entre las telas, abuelo.

Xoan sonrió y movió la cabeza.

—Si todo va bien, actuaremos antes de Navidad, y yo vendré a pasar la Nochebuena contigo, ¿de acuerdo?

El abuelo intentó abrir la boca y se propuso decir algo, pero no lo logró. Sí pudo, en cambio, apretar con sus dedos el brazo de Estrela. Ella pareció comprenderle.

—No vas a lograr que me vuelva atrás. Vendré a cenar contigo, como todos los años. ¿Con quién lo iba yo a pasar mejor esa noche? —Su sonrisa alumbró la tarde de otoño, pero en sus ojos azules había un velo de dolor y tal vez de rabia contenida.

Estrela miró la mano de su abuelo moteada por los años. Las suyas, por el contrario,

eran blancas, con dedos largos y muy fuertes, al igual que sus piernas. Una vida entera de ejercicio físico tenía consecuencias, y unas eran mejores que otras. Entre las buenas, sin duda, su aspecto atlético y flexible tallado durante horas de entrenamiento. Entre las malas, las frecuentes quemaduras que las telas aéreas provocaban en sus manos, caderas y pies.

El salón estaba muy concurrido. Todos habían acabado la merienda, y algunos de los residentes más capacitados se ejercitaban en el socorrido deporte de la baraja, que normalmente conducía a terribles disputas entre aquellos que perdían y quienes ganaban. Estrela los conocía a todos. Quince mujeres y diez hombres componían la población residente. Todos ellos ancianos. Sabía sus nombres y parte de sus historias personales. A más de uno lo tenía atrapado un monstruo invisible que devoraba sus recuerdos. A Xoan, el abuelo de Estrela, apenas le quedaba nada que recordar, o eso decían los médicos. Pero ella se esforzaba todos los domingos en evitar el triunfo del devorador de memoria.

—¿Cómo tú por aquí un sábado, Estrela? —preguntó Rosa, una de las cuidadoras.

—No podía pasar más tiempo sin ver a mi chico —bromeó la joven abrazando a su abuelo.

Rosa sonrió y se dirigió hacia Rodrigo.

—¿Le gustó la merienda, don Rodrigo?

Era una pregunta de compromiso, porque Rosa sabía que Rodrigo, un hombre encorvado por la edad pero que en sus años jóvenes tal vez fue buen mozo, no diría nada. Incluso Estrela sabía que don Rodrigo no respondería. En realidad, nadie lo había escuchado decir una palabra jamás, y eso que era el más veterano de los residentes.

Al verlo, Estrela se preguntó cuánto tiempo le quedaría a su abuelo para transformarse definitivamente en don Rodrigo. Xoan era mayor, o al menos eso le parecía a ella. ¿Qué vida habría vivido aquel hombre de cabello cano y despeinado que la miraba sin verla? ¿Dónde estaría su familia? Hasta donde ella sabía, Rodrigo no recibía la visita de nadie. Ni siquiera en Navidad. Aunque, bien pensado, ¿qué tenía de extraño? Salvo ella, nadie visitaba tampoco a Xoan.

Xoan Andrada había sido un gris empleado de banca que había pasado casi toda su vida atendiendo tras un mostrador a buena parte de la ciudad de Vigo, la misma que lo vio nacer, crecer, casarse y enterrar a su esposa, Remedios, poco antes de que a él lo atrapara el monstruo que devoraba los recuerdos.

Estrela había construido una teoría sobre aquella enfermedad, llegándose a imaginar que cuando una persona sufría un episodio tan doloroso como la muerte de su ser más querido abría las puertas al devorador de memoria de un modo inconsciente, con la esperanza de ahogar su dolor borrando por completo el disco duro alojado en su cerebro. Así explicaba el hecho de que, poco después del entierro de la abuela, Xoan comenzara a responder de forma desatinada, incongruente, cuando ella lo iba a visitar. En ocasiones, su discurso era por completo coherente. Parecía saber en qué día estaba

y con quién dialogaba. Pero, de pronto, alguien apagaba el interruptor de la luz en alguna de las habitaciones de su mente y las frases comenzaban a carecer de sentido.

En los meses que siguieron al entierro de la abuela, ni Estrela ni Xoan podían imaginar que lo peor para ambos estaba por llegar. En aquellos días ella tenía quince años. Habían pasado diez desde entonces.

Xoan y Remedios habían tenido un solo hijo, Xurxo. Solo uno, pero resultó ser un niño ejemplar, y no tanto porque fuera guapo, que también lo era, sino porque a lo largo de su vida no hizo otra cosa que esforzarse para que sus padres estuvieran orgullosos de él.

Xurxo fue un estudiante intachable. Con el paso del tiempo, se convirtió en el primero de su familia en acceder a la universidad. Con mucho sacrificio, Xoan y Remedios rascaron su sueldo todo lo necesario para que Xurxo estudiara en Santiago de Compostela, la misma ciudad que la lluvia mojaba en la canción de Luar na Lubre.

Sus padres respetaron la decisión del muchacho de estudiar Filosofía, aunque no les parecía la opción más sensata. Creían que el potencial de Xurxo le permitía acceder a una titulación de mayor prestigio. Pero él se mostró inflexible y confiado en sus posibilidades. Y el paso del tiempo le dio la razón.

Xurxo Andrada ganó una plaza de catedrático de Filosofía en un instituto de enseñanza secundaria de Vigo. Unos años después, fue nombrado director del centro. Para entonces, Xurxo ya estaba casado con Sabela y tenía una hija, a la que dieron el nombre de Estrela.

Nada malo podía decir Xoan de su hijo, salvo que no le había escuchado cuando de bien joven le dijo que nunca, nunca, se le ocurriera entrar en política. Pero Xurxo desobedeció al poco de pisar la universidad.

En los estertores del franquismo Xurxo tomó parte activa en toda revuelta estudiantil que se gestara. Se le pudo ver en primera fila, y eso tenía sus riesgos: golpes, detenciones… Pero, a pesar de todo, aprobó la carrera limpiamente y con unas calificaciones estupendas.

La llegada de la democracia, su matrimonio, el nacimiento de Estrela y la transformación del mundo no lograron que Xurxo dejara de ser Xurxo, ni siquiera cuando accedió al puesto de director en aquel instituto.

Estrela aprendió mucho de él hasta los diecisiete años. Hasta los diecisiete años su padre le inculcó la pasión por la lectura, cultivó su sensibilidad con música y poesía, le hizo amar el poder de la palabra, le habló de la libertad, sembró en su corazón la semilla del humanismo, y aquella semilla germinó.

Estrela estudió desde niña danza clásica y contemporánea. Amaba el arte, la literatura, la pintura… Y decidió que, de mayor, estudiaría Bellas Artes.

Hasta los diecisiete años, la vida de Estrela había sido maravillosa, aunque su abuelo cada vez olvidaba más cosas. Ella lo visitaba al menos dos días entre semana y cada domingo, sin perder ni uno solo. Y precisamente fue un domingo, un mes después

de que Estrela cumpliera los diecisiete años, cuando su vida cambió.

Aquella tarde maldita llovía, y el coche de su padre derrapó en una curva. Sabela salió con vida del lance, pero Xurxo la perdió.

La noticia de la muerte de su hijo golpeó al abuelo y lo noqueó. Jamás se levantó de la lona, y el devorador de recuerdos avanzó implacable arrasando su ya estropeada memoria.

El deterioro físico no tardó en acompañar al desmoronamiento psíquico. Al menos, solía pensar Estrela, no tuvo que ver la vergüenza que siguió a tan tristes episodios.

Y es que Sabela se apresuró mucho más de lo esperado a meter a un hombre en su cama. El elegido se llamó Rodolfo Quesada. Aquel hombre jamás fue del agrado de Estrela, que estaba segura de que aquel tipo estirado, cuya única conversación era el dinero, no habría corrido jamás delante de la policía en una de aquellas manifestaciones de las que tanto le habló su padre, ni habría leído a Neruda, ni a Lorca, ni sonreiría como su padre hacía cuando veía*Tiempos modernos*, de Chaplin. Para Rodolfo Quesada no había otro horizonte que el dibujado por sus promociones inmobiliarias.

—*Smile, though your heart is aching / Smile, even though it's breaking / When there are clouds in the sky / You'll get by…* —Estrela no se dio cuenta de que había empezado a cantar*Smile*, la canción cuya música Chaplin compuso para aquella película que tanto le gustaba a su padre. Miró a su abuelo y lo vio sonreír. Por un instante, incluso don Rodrigo pareció revivir y sus ojos se cruzaron con la mirada azul de Estrela—. *If you smile / with your fear and sorrow / Smile and maybe tomorrow / You'll see the sun come shining through for you…*

Desde luego que Rodolfo Quesada no se parecía en nada a su padre, y para Estrela resultaba un misterio que su madre pudiera haberse enamorado de alguien tan diferente de quien había sido su primer marido. Estrela se sentía decepcionada con Sabela. Y ella no supo jamás explicar sus razones a la adolescente, tal vez porque no tenía otras que la búsqueda de un porvenir asegurado. Y en eso sí que Quesada ganaba ampliamente al difunto profesor de Filosofía, porque Quesada únicamente tenía dinero. Mucho dinero. Tenía tanto dinero que podía permitirse pagar el ingreso inmediato del suegro de su mujer, aquel viejo chocho que no reconocía a nadie y que no sabía ni atarse un zapato, en el más exclusivo geriátrico de Galicia. Además, para mayor comodidad, el puñetero centro de vejetes estaba a un paso de Vigo, entre las verdes colinas de Gondomar.

Fue así como Xoan Andrada llegó a formar parte del limitado grupo de residentes de aquel geriátrico llamado La Isla. De eso hacía ya siete años, un periodo de tiempo que cualquiera podría considerar suficientemente holgado como para que su nuera lo hubiera visitado alguna vez, pero eso no había ocurrido. De hecho, con la excepción de su nieta, nadie visitaba jamás a Xoan. Pero al menos él tenía a Estrela, que cada

domingo acudía a su cita sin faltar jamás. No importaba que tuviera examen al día siguiente, o que dejara de ganar un dinero por perderse una actuación con su compañía de teatro. Nada había más importante para ella que las horas que pasaba junto a su abuelo. Incluso, si le era posible, alguna tarde de sábado se la podía ver en compañía de Xoan, como había ocurrido aquel día.

—That's the time you must keep on trying / Smile, what's the use of crying / You'll find that life is still worthwhile / If you just smile.

Xoan miraba embelesado a su nieta, y a Estrela le pareció de nuevo que una chispa de vida brotaba de las siempre inexpresivas pupilas de don Rodrigo. Pero fue tan fugaz la magia de aquel instante que bastó el aire levantado por un suspiro para apagarla.

La lluvia había cesado y el atardecer había avanzado tanto que en el salón se habían encendido las luces. La partida de cartas estaba en su momento álgido a juzgar por las voces de los jugadores y de aquellos que se arremolinaban a su alrededor. Estrela hubiera querido sonreír, tal y como recomendaba la canción, pero no podía. El cristal arrojó su reflejo y se contempló a sí misma mientras cantaba: el pelo rubio ordenado en rastas, el piercing en la nariz, un único pendiente en la oreja izquierda, unos largos calcetines multicolores, un chaquetón negro y una falda del mismo color. Una chica de veinticinco años, de piernas largas y delgada, algo imprescindible para bailar enrollada en unas telas a más de seis metros de altura.

—¿Cantas conmigo, abuelo? —preguntó.

Xoan sonrió.

La carta

… ¡El editor! ¿Recuerdas a Hetzel, Maurice? Claro que lo recordarás. Pero lo que no sabes es que también él formaba parte de aquella sociedad literaria en la que nuestro tío recibió la iniciación.

La última prueba a la que sometieron a Jules fue la paciencia. Una docena de editoriales rechazaron el manuscrito, y él a punto estuvo de perder toda esperanza. Pero fue entonces, como por arte de magia, cuando un editor de prestigio, que había editado a Balzac y a Victor Hugo, aceptó recibir en su casa del número 18 de la calle Jacob de París a un autor novel que le presentaba un manuscrito aún sin pulir. ¿Nunca te pareció extraño?

¿Cómo fue que Jules se encontró con Pierre-Jules Hetzel?

Tal vez tú también hayas oído que sucedió gracias a la mediación de Alfred de Bréhat[75], o que nuestro tío se presentó sin previo aviso en casa de su futuro editor, donde Hetzel lo recibió como acostumbraba a hacerlo hasta bien entrada la mañana, pues lo suyo era la noche. Es decir, en camisón y gorro de dormir.

La realidad, querido Maurice, es que Hetzel editaba igualmente a George Sand, ¿comprendes adónde quiero ir a parar? Recuerda que Hetzel, que era catorce años mayor que nuestro tío, participó en la revolución de 1848, que formó parte del gabinete de Alphonse de Lamartine y que, cuando Luis Napoleón Bonaparte subió al poder, hubo de exiliarse en Bruselas durante ocho años. ¿Te das cuenta? Hetzel fue pieza clave de las conspiraciones políticas alentadas por los hombres sin rostro.

Con su barba veteada de gris, su larga y afilada nariz y sus ojos pequeños e inquisidores, observó a Jules y, tras leer el manuscrito, le dio consejos para pulir los defectos de la novela: hacía falta más acción, más aventura, le sugirió.

El 23 de octubre de 1862 ambos firmaron el primero de los numerosos contratos que les unieron, fijándose siempre unas leoninas condiciones para nuestro tío, como bien sabes. Ante sí tenía la hercúlea tarea de escribir tres novelas al año, y solo mucho tiempo después se suavizó esa exigencia limitando a dos los manuscritos que debía entregar anualmente.

Hetzel, que también escribía ocasionalmente bajo el seudónimo de P. J. Sthal, tituló aquella primera novela Cinco semanas en globo. *El siguiente paso, previsto de antemano por la orden, fue crear una plataforma desde la cual*

divulgar aquel nuevo género literario para que la fe en la ciencia llegara al mayor número posible de familias. Cuando Verne supo que su editor era un alto iniciado en la orden se puso a su servicio.

Hetzel había formado junto a Jean Macé, a quien todo el mundo identifica como masón sin saber que era algo más que eso, la empresa Hetzel & Cie. Ambos defendían, como era de suponer, la enseñanza pública y laica, oponiéndose de forma beligerante a la Iglesia.

Ahora que tenían a Verne junto a ellos, dieron un paso más. Así nació Magasin d'éducation et de récréation*, una publicación en la que Macé se ocuparía del área educativa, Hetzel haría lo propio en el ámbito literario y nuestro tío aportaría el trabajo titánico necesario para que hubiera material novelado con el que transformar a la sociedad [76].*

Desde aquel instante, como el iniciado que reconoce al maestro en la orden, Jules fue dócil ante Hetzel. Nuestro tío escribía sus novelas ocupando únicamente la parte izquierda de cada página, utilizando siempre el lápiz. Solo empleaba la tinta para repasar las frases que formarían parte de la versión definitiva tras la corrección oportuna. Y en esa corrección jugaba un papel decisivo lo que Hetzel anotaba en la parte derecha de cada página. Allí era donde el astuto y severo editor matizaba, pulía, amonestaba o aplaudía a su autor.

Es cierto que discutían con frecuencia, pero casi siempre ganaba Hetzel. ¿Sabías que durante la redacción de las Aventuras del capitán Hatteras[77] *Hetzel exigió la presencia de un francés en la historia y Jules se negó? ¿O que Hetzel impidió que Hatteras se arrojara al fondo de un volcán al final de la obra, tal y como Jules había previsto, por lo que nuestro tío hizo que el capitán regresara a Inglaterra, aunque loco?*

Esas discusiones fueron frecuentes, pero debería pasar mucho tiempo para que nuestro tío comenzara a distanciarse de la orden. En aquellos primeros años, acató la voluntad del editor hasta extremos increíbles[78].

Jules estaba al servicio de los hombres sin rostro, y ellos, como el misterioso Nemo había anticipado, ayudaron a nuestro tío en aquel proyecto poniendo periódicamente en sus manos una información extraordinaria facilitada por los Superiores Desconocidos. Estos eran depositarios de capacidades maravillosas, y sus prospecciones en la mente de los individuos eran tan certeras como las aventuras psíquicas que emprendían adentrándose en el tiempo por venir. Era así como descubrían retazos del futuro que, más tarde, confiaban a Jules, quien, con sus miles de notas científicas, construía aquellas novelas donde se dibujaba el porvenir de inventos que por entonces tenían carácter embrionario.

Solo una vez Jules osó abandonar la ortodoxia, y ocurrió en su segunda y nunca publicada novela: París en el siglo XX*. En base a aquellas informaciones,*

nuestro tío advirtió por vez primera que los adelantos científicos no traían a los hombres la felicidad. No importaban las calles iluminadas, los ferrocarriles subterráneos e innumerables adelantos que los Superiores Desconocidos le habían revelado. ¿Cómo se podía vivir en un mundo en el que los estudios de música o la poesía se consideraran actividades casi clandestinas?

Al leer aquel manuscrito, Hetzel estalló. Calificó el argumento como desmedido y de mal gusto, lo situó en un nivel muy inferior a las otras novelas de nuestro tío, y añadió numerosos reproches más en la parte derecha de las páginas. Naturalmente, París en el siglo XX *no vio la luz…*

2

El mes de diciembre había llegado mostrando una cara hosca, nada hospitalaria. El viento no cesaba y arrastraba hojas secas caídas del puñado de árboles que había en un parque minúsculo situado frente al apartamento de Miguel Capellán.

Había pasado más de un mes desde que los restos de Ávalos fueran enterrados junto a los de su esposa en el camposanto de aquel olvidado pueblo manchego. Más de un mes desde que Miguel viera por última vez a Alexia *Bacall*. Desde entonces, en varias ocasiones, había tenido la tentación de llamarla por teléfono. Había hecho averiguaciones sobre ella. Sabía que era socia de un famoso bufete de abogados del madrileño barrio de Salamanca, y que ella misma era vecina de la calle Velázquez. No estaba casada ni se le conocía relación sentimental alguna. Decían de ella que era una mujer firme, enérgica, infatigable en su trabajo y dura como el acero en su oficio.

Aunque hubo días en que estuvo a punto de marcar el teléfono de aquel bufete y preguntar por ella, Miguel nunca lo hizo. Después de todo, ¿qué podía decirle? ¿Acaso le iba a confesar que tenía el manuscrito de la novela de su padre y que lo había robado la misma noche en que él murió? ¿Cómo podría explicar que no dio aviso a la policía cuando encontró al viejo maestro a los pies de la escalera con el cuerpo descoyuntado como si fuera un muñeco de trapo?

En cuanto a ella, estaba claro que no tenía la menor simpatía por Miguel. El periodista intuía que Alexia sabía algo sobre la carta que había desaparecido, pero nunca lo admitiría.

El corolario de sus dudas había conducido a Capellán a encerrarse en su guarida y leer la novela inacabada de Ávalos haciendo anotaciones al margen y comprobando los datos que se citaban sobre la vida de Julio Verne en las diferentes biografías del escritor francés que se había procurado.

Y en eso estaba. Vestido con el viejo chándal de andar por casa, con la barba rasposa como una lija y maldiciendo a Laura una vez más porque aquella misma mañana había vuelto a llamar exigiendo el pago de la pensión por la niña. ¿Acaso no recordaba que tenía una hija?, le había reprochado. ¿Acaso puedo ver a Carla siempre que quiero?, respondió él.

Fue el inicio de un fuego cruzado de reproches que concluyó con la amenaza de Laura: llevaría el caso ante el juez, si era preciso. Añadió que sus padres estaban enterados de todo, lo que tuvo el efecto de provocar la ira de Miguel.

El padre de Laura dirigía una empresa de altas finanzas, aunque Miguel nunca prestó

atención a nada de lo que hacía su suegro, un tipo estirado y de carácter agrio que se llamaba Esteban. Por su parte Berta, la madre de Laura, regentaba una joyería de prestigio en Madrid.

Capellán respondió a la amenaza con una maldición que extendió a toda la familia.

—Y para tu padre, ración doble —añadió antes de colgar el teléfono.

Miró el vaso. Estaba medio vacío, como las demás cosas de su vida. Y, para colmo, el güisqui se estaba acabando.

—Ni güisqui, ni ideas para la novela, ni hostias —exclamó.

¿Cómo iba a dar a Laura y a su puñetera familia la lección que merecían si era incapaz de entrever por dónde podría haber seguido el rumbo de la novela que había robado a Ávalos y en la que había cifrado todas sus esperanzas para alcanzar el éxito?

El manuscrito sin título tenía toda la pinta de ser un filón, un éxito editorial, tal y como lo veía Capellán. La idea era estupenda: dos antiguos amigos amantes de la literatura de Julio Verne se reencuentran tras veinte años sin verse, y durante una conversación en la que repasan lo que han dado de sí sus vidas apuestan para ver quién de los dos es capaz de escribir una novela sobre su admirado Verne y encontrar editor antes que el adversario.

Los dos amigos son muy diferentes. Ciro Caviedes es un abogado moreno, de ojos oscuros, nada dado a las ensoñaciones y que sostiene que las extraordinarias novelas del narrador bretón fueron fruto de un hercúleo trabajo de documentación científica. Por todo ello, su apuesta fue la de escribir una novela en la que el propio Verne, en primera persona, explicara los detalles de su vida, las pasiones que lo zarandearon, el marco político en que le tocó vivir y la manera en la que escribió su ingente obra. Caviedes tenía claro el comienzo y el final de una novela cuyo título sería *Mi viaje más extraordinario*.

Jesús Sinclair, profesor e hijo de un londinense propietario de una academia de inglés, era la antítesis de Caviedes. Así había sido desde los viejos tiempos del bachillerato, cuando ambos se conocieron. El encuentro tuvo lugar el día en que unos estudiantes admiradores de Hitler golpearon al delgaducho y miope Sinclair cuando leía una edición de *El rayo verde*.

A diferencia de Caviedes, Sinclair creía que la obra de Verne estaba trufada de misterio y pretendía con su novela, a la que tituló *El último Verne*, desvelar los pliegues más oscuros de la biografía del reconocido escritor francés.

Lo que Caviedes no sabía era que Sinclair guardaba un as en la manga. Se trataba de una carta que un enigmático confidente, que firmaba como Nemo, le había hecho llegar a lo largo de varias semanas por entregas. Aquella carta, afirmaba Nemo, había sido escrita por Gaston Verne a un hermano suyo llamado Maurice. En ella se revelaba la relación de Julio Verne con una misteriosa sociedad literaria que servía de instrumento para una orden secreta que aspiraba a transformar la sociedad y que era capaz de urdir tramas políticas y revoluciones.

Era obvio que la versión que Sinclair proponía sobre Verne era la que el propio

Ávalos defendía, pues él había recibido en la vida real una extraordinaria documentación sobre el escritor francés remitida precisamente por alguien que se hacía llamar Nemo.

Ávalos, no obstante, había sido creativo y hábil contraponiendo dos versiones diferentes de la vida de Verne que, juntas, enriquecían con mil matices la biografía del escritor.

Capellán había sustraído de la casa del difunto profesor aquel manuscrito con la esperanza de poner su firma en él y entregarlo sin más a su agente literario. Pero resultó que el manuscrito estaba inacabado, y no sabía cómo finalizar la historia, pues no disponía ni de la imaginación suficiente ni de la famosa carta de Gaston, que alguien había robado del domicilio del viejo maestro de escuela.

—¡Me cago en la puta! —maldijo—. ¡Me cago en la puta Laura y en todos ellos!

Miguel tenía buenas razones para mostrarse de tan pésimo humor. No en vano, al fin tenía ante sí una historia de las buenas, digna de hacerlo regresar a la primera división de los escritores, de la cual había desaparecido hacía ya siete años y a la que se sentía incapaz de retornar por sus propios medios. La historia estaba allí, al alcance de su mano, pero no sabía cómo concluirla.

En su descargo habría que decir que seguramente él no habría sido el único escritor incapaz de afrontar aquel reto. Era cierto que no estaba tan dotado para la novela como había presumido, pero también era muy posible que la empresa que suponía finalizar aquel manuscrito hubiera resultado tarea inasequible incluso para el escritor dotado de la más fértil de las imaginaciones.

Si alguien hubiera podido leer por encima del hombro de Capellán aquel manuscrito, habría comprendido la extrema dificultad de aquella empresa.

La propuesta de Ciro Caviedes en *Mi viaje más extraordinario* era tan sensata que hacía que las teorías de Sinclair tuvieran un colorido aún más chillón y extravagante. Ávalos había sabido sostener magistralmente la tensión entre las propuestas racionales sobre el modo en que Verne construyó sus novelas y las hipótesis más delirantes sobre el origen de sus conocimientos.

Caviedes hacía un maravilloso retrato del siglo XIX europeo, un mundo en el que la expansión colonial estaba en pleno auge. El público suspiraba por nuevas informaciones que desvelaran el misterio del nacimiento del río Nilo, y exploradores como Speke, Livingstone o Burton eran considerados héroes de su época.

No había misterio alguno, en opinión de Caviedes, en la descripción tan certera que Verne hacía de la geografía de todos aquellos lugares. El mérito nacía de una minuciosa lectura de las publicaciones científicas. Julio Verne viajaba sentado en su estudio a bordo de atlas y diccionarios. Nada más.

En aquellos días, la burguesía dominante mostraba una fe absoluta en la capacidad

de la ciencia y la técnica. Con ellas como brújula, auguraban, el hombre dominaría la naturaleza. Y aquella convicción movió los resortes necesarios para organizar pomposas exposiciones universales donde se exaltaban los valores científicos.

Verne no era sino un hijo de su tiempo. Un hombre apasionado por la ciencia, que intentaba hacer con ella literatura. Algunos investigadores consultados por Caviedes ponían de manifiesto la preferencia de Verne por los números antes que por las letras, incluso en los títulos de sus novelas (cinco semanas, 80 días, 500 millones, veinte mil leguas, un capitán de quince años…)[79]. La técnica, la ciencia y los números se tornaban literatura gracias a un estilo adaptado a un público infantil, que jamás gozó del aplauso unánime de sus colegas escritores, algo que amargó a Verne durante toda su vida, pues pretendió sin éxito que se le abrieran las puertas de la Academia Francesa.

En definitiva, no había misterio alguno, únicamente un descomunal trabajo de investigación y redacción.

En cambio, Sinclair decía cosas muy diferentes en *El último Verne*. El personaje creado por Ávalos hundía al lector en las misteriosas sociedades secretas decimonónicas, de las que, para su desgracia, Capellán no era precisamente un experto. Por ese motivo había telefoneado a un escritor amigo suyo, a quien los colegas amantes de los enigmas llamaban *Fígaro*, pero cuyo nombre real era Javier Sandoval.

Miguel miró su reloj. Se suponía que *Fígaro* no tardaría en llegar. Contempló con melancolía el vaso de güisqui medio vacío y calculó si tendría tiempo de ponerse un pantalón, calzarse y bajar al establecimiento regentado por una familia extremeña que estaba a la vuelta de la esquina para comprar provisiones. Capellán era fiel al güisqui, y sabía que *Fígaro* era un apasionado bebedor de cerveza.

Instantes después caminaba por la acera repasando mentalmente las ideas principales de *El último Verne*, la novela de Jesús Sinclair que servía a Ávalos para ofrecer un semblante inédito del novelista bretón, un lado oscuro realmente desconcertante. Una pareja de cuervos sobrevoló la calle y se posó sobre las ramas despobladas de un árbol enclenque.

Gracias a aquella novela dentro de otra novela Miguel había tenido noticia de la existencia de una sociedad literaria secreta sobre la cual, al parecer, el ensayista francés Michel Lamy[80] había realizado un completo estudio. Fue entonces cuando tuvo la idea de consultar a *Fígaro* sobre lo que sabía de aquella cofradía misteriosa. Sinclair aseguraba que en su ensayo Lamy sostenía que Verne había formado parte de aquella hermandad, y las cartas que le enviaba Nemo confirmaban ese extremo, hasta cierto punto.

La sociedad secreta se llamaba La Niebla, o también Sociedad Angélica, y estaba integrada por escritores y artistas de la talla de Alexandre Dumas, George Sand, Gérard de Nerval o el pintor Delacroix. Lamy proponía que en la obra de todos ellos

se advertían ideas que los emparentaban con la francmasonería, los rosacruces o los illuminati.

Miguel llegó a la tienda donde solía avituallarse enfrascado aún en aquellas ideas. El matrimonio que regentaba el local lo recibió con mucha ceremonia, pues era cliente habitual del sector de licorería. Él respondió con dos gruñidos y abandonó el establecimiento con viento fresco. En sus manos, una bolsa con dos botellas de güisqui escocés y una docena de cervezas alemanas e irlandesas. Se había dejado una pasta, pensó, pero esperaba que el esfuerzo sirviera para aligerar la lengua de *Fígaro*.

Minutos más tarde, Capellán guardó en el frigorífico las botellas de cerveza, miró nuevamente el reloj y se dispuso a esperar a su amigo, en quien tenía depositadas sus esperanzas de adentrarse sin perderse en los entresijos de las sociedades herméticas decimonónicas.

Se puso de nuevo el viejo chándal de color gris, apartó algunos libros que habían conquistado por su cuenta el incómodo sofá de aquel salón convertido en estudio y se dejó caer sobre los almohadones. Fue entonces cuando sintió un estremecimiento que recorrió todo su cuerpo.

—¿Quién coño ha tocado mi vaso?

El vaso medio vacío de güisqui estaba en el otro extremo de la mesa. La distancia que había recorrido por su cuenta no era superior a un metro, pero hasta donde Miguel sabía los vasos no caminan solos, y él estaba convencido de que lo había dejado en el sitio de costumbre, como quedaba probado por la huella redonda y húmeda que había sobre la mesa. Él siempre dejaba sus vasos allí, y lo hacía con precisión. Por lo tanto, repitió:

—¿Quién coño ha tocado mi vaso?

Concluyó sin esfuerzo que durante su ausencia alguien había entrado en su apartamento. Fuera quien fuera, había mostrado audacia y diligencia, puesto que solo se había ausentado unos minutos. Nadie tenía llaves de su casa. Y, sin poder evitarlo, la imagen del cuerpo descoyuntado de Ávalos vino a su encuentro haciendo que se incorporara como impulsado por un resorte. Instintivamente, miró a su espalda, pero no vio a nadie.

Miguel asió por el cuello la botella de güisqui vacía y se dispuso a emplearla como arma contra el intruso, si es que el asaltante aún se hallaba en el piso. Con sigilo, recorrió el apartamento, descubriendo con alivio que estaba solo. Entonces, sintió un pellizco en el corazón. ¡La novela!

Si el intruso tenía que ver con lo que le había sucedido a Ávalos, solo había una cosa de valor que no encontró en el piso de Cuenca, y ese tesoro era el manuscrito inacabado. Miguel comprendió la tragedia y regresó al salón con el alma prendida de una tela de araña.

No obstante, sus temores se disiparon de inmediato. La novela estaba allí, y también los libros y los demás papeles. Nadie parecía haber tocado nada, ni nada parecía fuera

de su sitio con la excepción del vaso de güisqui. ¿Acaso se estaba volviendo loco?, pensó. ¿Y si había sido él mismo quien había movido el vaso? ¿O tal vez alguien le había enviado un sutil mensaje?

El sonido del timbre lo sacó de sus elucubraciones. Era *Fígaro*.

Javier Sandoval, alias *Fígaro,* era un hombre corpulento, calvo, con barba, que hablaba con mucha parsimonia y acostumbraba a lucir pañuelos de colores alrededor de su poderoso cuello. Tenía una voz melodiosa, que parecía inapropiada para un hombre de más de noventa kilos de peso. Miguel no sabía si estaba casado o no. Suponía que no, aunque no tenía argumentos para defender su presunción. Lo que sí sabía era que Sandoval llevaba toda una vida fisgoneando en la trastienda de la historia, explorando los pliegues donde se oculta la mugre y los trapos sucios. Y fruto de sus averiguaciones habían nacido tres o cuatro libros que se vendieron muy bien y en los que *Fígaro* aireaba las miserias del régimen de Franco, de las agencias de inteligencia de varios países y del mismísimo Vaticano.

Miguel desconocía la razón por la cual a Sandoval lo llamaban *Fígaro*. Cuando lo conoció, diez años antes, todo el mundo llamaba así al gordinflón que acostumbraba a mirar cada poco hacia atrás por encima de su hombro, pues estaba convencido de que lo seguían. Sandoval no tenía ordenador personal ni teléfono móvil. Creía que poseer esos adelantos técnicos facilitaba la vigilancia a la que los poderes más siniestros someten a los ciudadanos. Y tal vez guardase sus ahorros en un calcetín, al amparo de incómodos controles gubernamentales.

—¡Hombre, una irlandesa! —exclamó *Fígaro* alborozado minutos después, cuando Capellán trajo las bebidas.

—Me temo que no estará muy fría —se disculpó Miguel, quien aún sentía húmeda su espalda por el sudor. Sus dedos todavía temblaban por el miedo que le había producido el vaso inquieto que creía que había cambiado de lugar.

—Bueno, cuéntame, ¿a qué viene ese interés por La Niebla? —preguntó el orondo erudito.

Capellán abordó la cuestión obviando toda mención a Ávalos, a la novela que había sustraído y a la carta supuestamente escrita por Gaston Verne. Lo que quería era que él, *Fígaro,* le explicase en pocas palabras qué sabía sobre La Niebla y qué lazos tuvo con los francmasones, rosacruces y otras órdenes secretas.

—El que mejor ha explicado el asunto ha sido un francés, Michel Lamy —contestó *Fígaro* tras echarse al coleto media botella de cerveza de un solo trago— ¡Excelente, sí señor! —dijo limpiándose los labios con el dorso de la mano. Capellán lo miró con impaciencia—. Según Lamy, esa sociedad había sido fundada en el siglo XVI por un impresor de Lyon apodado Gryphe, seudónimo que le fue inspirado por una antigua sociedad griega llamada Nephes, o Niebla, y que tenía por símbolo un grifo, el animal mitológico.

»Aquel grupo de iniciados tenía un libro de cabecera. Se trataba de una obra críptica, indescifrable, que empleaba diferentes alfabetos y que estaba repleta de simbólicas ilustraciones. Se titula *El sueño de Polifilo*. Lamy sostiene que escritores como Dumas, George Sand, Gérard de Nerval o Julio Verne formaron parte de esa sociedad de iniciados, y también pintores como Delacroix, entre otros intelectuales.

—¿Tenía que ver con la francmasonería?

—En cierta medida, sí —contestó *Fígaro*—. O al menos se pueden rastrear influencias, como el empleo de lenguajes cifrados con los que transmitir informaciones ocultas solo comprensibles para los iniciados. Recuerdo que Lamy creía advertir muchas semejanzas entre novelas de Verne, como *Las Indias negras*[81], y *La flauta mágica*, de Mozart, que, como sabes, era masón.

—Me interesa sobre todo Verne —dijo Capellán—. ¿Qué más sabes sobre su relación con La Niebla?

—No más que lo que dice Lamy, la verdad —admitió *Fígaro*—. No he estudiado mucho su caso, pero sí recuerdo que también Simone Vierne sostuvo que había evidentes rasgos masónicos en los escritos de Julio Verne, algo que no parece demasiado extraño, porque Jean Macé, que dirigía junto a Hetzel la publicación donde aparecían las novelas de Verne, era un declarado masón. Y también otros amigos de Verne lo eran, como un músico llamado Hignard. — *Fígaro* inclinó su corpachón sobre la mesa del salón que lo separaba de Capellán y añadió con mucha ceremonia—: Si te fijas bien, las obras de Verne están construidas como si se tratase de viajes de iniciación, de transformación.

Miguel asintió en silencio. Recordaba los nombres de Macé y de Hignard, puesto que Sinclair los citaba en su novela, y también Caviedes, aunque este último no tuviera en cuenta las relaciones de todos ellos con la masonería. Sinclair señalaba incluso que en alguna novela de Verne, por ejemplo en *Robur el conquistador*[82], se mencionaban explícitamente los templos masónicos.

—Entonces, ¿la sociedad de La Niebla era masónica? ¿Verne era masón?

—No exactamente —puntualizó *Fígaro*—. Pero sí parece que tuvieran relación con la francmasonería, o que hubiera puntos en común con ella.

—¿Y con los rosacruces?

—En cierto modo, parece que también, aunque la historia de los rosacruces es muy confusa.

Fígaro explicó a Capellán que los orígenes de aquella hermandad eran turbios. Se creía que fue fundada en el siglo XIV en Alemania por un personaje llamado Christian Rosenkreuz, al que algunos consideran simplemente un mito, no un hombre de carne y hueso. Su historia se divulgó tres siglos después gracias a un libro titulado *Fama Fraternitatis*, y se decía que sus conocimientos herméticos procedían de Egipto, Oriente y el norte de África.

Sandoval explicó que no faltan opiniones que aseguran que quien se ocultaba tras el

seudónimo de Rosenkreuz era Francis Bacon, a quien se atribuía la redacción de una obra básica para ese grupo hermético titulada *Las bodas químicas de Christian Rosenkreuz*.

—Pero se supone que estamos hablando del siglo XIX, no de la Edad Media —recordó Capellán.

—Es que en el siglo XIX los rosacruces reaparecieron con fuerza, creándose diferentes organizaciones, como la Societas Rosicruciana in Anglia, fundada en 1865 por Robert Wentworth Little, o la Orden Cabalística de la Rosa + Cruz de Stanislas de Guaita, o la Orden de la Rosa + Cruz del Temple y del Grial, que abanderó Joséphin Péladan. —*Fígaro* miró la botella de cerveza vacía con ojos tristes. Capellán captó el mensaje, se levantó, fue a la cocina y regresó con dos botellas más. Solo entonces, *Fígaro* regresó a su relato—. Muchos literatos de la época quedaron seducidos por las ideas rosacruces. Por ejemplo, Edward Bulwer-Lytton publicó una novela titulada *Zanoni* cuyo protagonista es un rosacruz, y en ella se habla de la posibilidad de alcanzar la inmortalidad.

Al escuchar el nombre de aquel escritor, Capellán recordó el modo en el que en el manuscrito de Ávalos se conocían sus dos personajes, Caviedes y Sinclair. A Sinclair lo golperaron unos neonazis mientras leía *El rayo verde,* y más tarde habló a Caviedes sobre conocimientos ocultos, sobre la relación de los nazis con una misteriosa sociedad llamada Vril, y mencionó una novela de Bulwer-Lytton titulada *La raza que vendrá*. Lentamente, muy lentamente, las piezas parecían ir encajando.

—De modo que La Niebla estaba integrada por francmasones y rosacruces —comentó Miguel.

—Estaban influidos por ellos —matizó *Fígaro*—. Lo que dice Lamy es que en las novelas de Verne se puede rastrear ese influjo de forma evidente. Por ejemplo, la idea de que es posible alcanzar la inmortalidad está claramente dibujada en personajes como Nemo, Robur o Phileas Fogg, de los cuales dice que era imposible saber su edad[83]. El club donde Fogg juega habitualmente su partida de whist es el Reform Club, que, si te fijas, tiene las iniciales R y C de los rosacruces. Lo mismo que Robur el Conquistador. Y, por si no diera suficientes pistas, te recuerdo que el apellido Fogg suena como la palabra inglesa que significa «niebla». Y Phileas recuerda indudablemente a Polifilo.

Miguel se quedó atónito. Y no porque desconociera aquellos datos, puesto que Sinclair los mencionaba en su novela, sino porque al escucharlos en boca de su amigo *Fígaro* parecían más reales y desconcertantes. Además, le vino a la cabeza el comentario que el propio Verne hiciera al periodista Robert Sherard en 1903 sobre la importancia que concedía a los nombres de sus personajes, y en concreto citaba el caso de Phileas Fogg[84].

¿Qué poderes ocultaban los miembros de aquellas sociedades herméticas?, se preguntó Capellán. ¿Estarían dispuestos a matar por mantener oculta su identidad y sus conocimientos? Sin poder evitarlo, su mirada regresó al vaso de güisqui que, estaba

seguro, no podía haberse movido por su cuenta.

—Y luego estaba la Golden Down —dijo *Fígaro* tras apurar su segunda cerveza—. Esa orden integraba a lo más selecto de los rosacruces, y Lamy cree ver influencias de su pensamiento en La Niebla. Al igual que los rosacruces, los miembros de la Golden Down se estructuraban en círculos, algo muy del agrado de Verne, que los emplea bien en forma de círculos de juego o bien al dar la vuelta al mundo o al crear universos cerrados en islas. Se cuenta que la Golden Down estaba bajo la dirección de unos seres a los que llamaban Superiores Desconocidos.

—¿Superiores desconocidos?

—Curiosamente, George Sand, que era amiga de Verne, habla en alguna de sus novelas de unos Superiores Desconocidos. —Miró a su amigo mientras abría la tercera cerveza y sus ojillos sonrieron satisfechos. Era evidente que estaba disfrutando dándole una buena lección al famoso Miguel Capellán—. Como ves, el siglo XIX fue un avispero de órdenes herméticas. Pero volviendo a Julio Verne, que es lo que te interesa, lo que Lamy dice es que La Niebla estaba vinculada a los Iluminados de Baviera, los cuales habían establecido estrechos lazos con sociedades literarias ya en el siglo anterior con la pretensión de influir políticamente en la sociedad.

»Los illuminati constituían una orden fundada en 1776 por Adam Weishaupt, a los cuales se persiguió y prohibió, pero lograron sobrevivir y tuvieron una influencia decisiva en la Revolución francesa y en otros movimientos políticos de especial trascendencia. Se mostraban opuestos a la autoridad de la Iglesia y ansiaban la conquista del poder político para su transformación. También en sus filas se encuentran menciones a unos Superiores Desconocidos, con los cuales Weishaupt dijo haber mantenido relaciones.

»Se supone que miembros destacados de la orden se infiltraron en los más importantes estamentos, que bebieron de la francmasonería y en ella se inspiraron para su organización interna. Pero, sinceramente, creo que hay más mito y leyenda que realidad en todo el poder que se les atribuye. Lo que sí es cierto es que desde su origen mostraron predilección por la creación de sociedades literarias y que la transmisión de conocimiento se hacía en un estricto secreto, exigiéndose a los miembros la destrucción de documentos antes de morir.

—¿Crees que siguen existiendo?

—¿Los illuminati? No lo sé. Lo que sí sé es que todos los que nos dedicamos a meter las narices en asuntos de este tipo tenemos que andarnos con mucho ojo. De manera que aplícate el cuento. —El rostro de *Fígaro* se convirtió en una máscara impenetrable.

—Crees que existen hoy en día, ¿no es así? —insistió Capellán.

—Ya te digo que no lo sé —admitió el escritor—. A lo mejor con ellos pasa como con esos Superiores Desconocidos de los que tanto hablaban las sociedades decimonónicas y las novelas de George Sand: que no se les veía, pero que estaban en

todas partes.

Tres cervezas más tarde, *Fígaro* se disculpó. Se le hacía tarde, dijo. No explicó para qué se le hacía tarde, ni si tenía otra cita o si le esperaban en casa. Miguel no se atrevió a preguntar, pero sí observó desde su ventana a Sandoval cuando el obeso escritor salió a la calle. *Fígaro* caminaba mirando con recelo a su espalda, describiendo una singular trayectoria en zigzag y volviendo sobre sus pasos hasta que finalmente desapareció del campo visual de Miguel. Capellán se preguntó si aquel maldito asunto de Julio Verne lo convertiría en un paranoico como *Fígaro*.

Ahora tenía una idea un poco más clara del ambiente esotérico que rodeaba a los escritores decimonónicos, pero si cuanto Sandoval le había dicho era interesante, y si la teoría de Lamy sobre los vínculos de la sociedad de La Niebla eran inquietantes, aún más lo era lo que Sinclair, el personaje creado por Ávalos, afirmaba.

En efecto, en *El último Verne* Sinclair mencionaba a La Niebla, pero no la relacionaba con ninguna de aquellas órdenes de iniciados. No eran francmasones ni rosacruces ni illuminati. La Niebla, según la información de Nemo, no era más que un apéndice de una orden oscura, de nombre desconocido, cuyos hilos movía desde un remoto lugar perdido llamado Agartha alguien a quien los iniciados llamaban Rey del Mundo.

La carta

…Como ves, querido Maurice, existía un lado oscuro en el mundo al que nuestro tío y yo mismo fuimos a parar. De sobra conoces mi admiración por el tío y cómo desde niño leí con pasión aquellas historias suyas. Lo que desconoces, como es lógico, es que yo también puse mi vida al servicio de los hombres sin rostro sin saber adónde me conduciría semejante decisión.

Obediencia ciega. Jules comprendió que debía obedecer. Estaba al servicio de un proyecto más grande que todos nosotros, de manera que claudicó en el asunto de París en el siglo XX *y trabajó en la dirección que de él se esperaba, apoyándose en la privilegiada información que depositaban en sus manos.*

En numerosas ocasiones se esforzó en restar méritos a la puntería de sus predicciones científicas. ¿Cómo iba a confesar las fuentes de las que bebía para tales augurios? Pero si lees con atención el texto de presentación que escribió para la edición que Hetzel hizo de Viajes y aventuras del capitán Hatteras *descubrirás que tu hermano no está loco[85].*

Es cierto que se rodeó de publicaciones científicas y de expertos asesores, tal y como ocurrió en la redacción de Viaje al centro de la Tierra, *donde contó con la ayuda del vulcanólogo Charles Joseph Saint-Claire Deville, pero ¿cómo se le ocurrió entonces la idea de que era posible descender al centro de la Tierra y tropezarse con un hombre de casi cuatro metros de altura? Eso era inaudito.*

La razón, Maurice, la entenderás si lees la novela como una obra de iniciación en la que el joven Axel debe superar diferentes pruebas (la oscuridad, la sed, el hambre, el tránsito por el laberinto de las galerías e incluso la muerte simbólica) para renacer como un hombre nuevo en un parto alquímico, rodeado del fuego del volcán Stromboli, por cuyo cráter regresan los protagonistas al mundo exterior.

En realidad, nuestro tío hacía un guiño al lector insinuando la posibilidad de que exista un mundo oculto, perdido. El mundo al que algunos llaman Agartha y del cual proceden los Superiores Desconocidos.

En el verano de 1865, Jules recibió nuevas órdenes. Supongo que para muchas personas la carta que le envió George Sand sugiriendo que escribiera una aventura que condujese al lector a las profundidades del mar pasará desapercibida[86]. Confío, Maurice, en que tú sepas interpretar la orden que se oculta en aquellos renglones.

Aquella carta fue la primera llamada de atención a Jules para que trabajara en un nuevo proyecto. El empujón definitivo se lo dieron los hombres sin rostro en 1867, cuando regresaba del viaje a América que realizó con nuestro padre a bordo del Great Eastern. *¿Recuerdas que nuestro padre nos contó que aquel viaje inspiró a Jules para escribir* Una ciudad flotante*? ¿Y que ambos se hospedaron en un hotel de la Quinta Avenida de Nueva York en el que después Jules hizo que se hospedara Pierre Aronnax, el personaje de* Veinte mil leguas de viaje submarino*?*

Lo que nuestro padre desconocía es que durante el viaje de regreso el misterioso Nemo se presentó ante Jules un atardecer, mientras contemplaba el mar desde la barandilla del barco. En aquella conversación Nemo le dijo que debería viajar bajo las aguas, en lugar de sobre ellas. Le habló de un nuevo personaje, un hombre libre, sin ataduras sociales ni personales, capaz de haber roto con el mundo, que careciera de patria y Dios.

Cuando nuestro tío le hizo ver que un hombre así no podría ser un personaje creíble en una novela, pues en el mundo habitado por los hombres resulta imposible semejante bendición, Nemo le dijo que, precisamente por eso, se le había sugerido situar a aquella criatura bajo el mar. Viviría lejos de las miserias humanas. No precisaría del mundo exterior comida, agua ni ropa, pues todo lo conseguiría bajo el mar.

Cuando nuestro tío me habló de aquel encuentro, años después, confesó que la intensidad de la mirada de aquel hombre lo asustó. Aquella criatura literaria, al margen de los hombres y de Dios, sería inmortal, afirmó Nemo. Jules creyó entender que aquel hombre auguraba que su novela sería inmortal, pero no tardó en comprender que su confidente no se refería a eso exactamente.

Algo en el corazón de nuestro tío se estremeció, y tal vez por ello se cuidó de que en las ilustraciones de la futura novela Nemo se pareciera físicamente a Hetzel, y que Aronnax, el intrépido naturalista que trata de desvelar el secreto del Nautilus y al que Nemo hace prisionero, se pareciera físicamente a él.

En la biblioteca del Nautilus, si lees la obra con atención, descubrirás que hay libros de Victor Hugo y de George Sand. Que hay cuadros de Delacroix y música del masón Mozart. Igualmente, se describe la presencia de retratos de otros iniciados que los hombres creen que fueron simplemente masones, como Washington y Lincoln.

Al mirar la enseña que Nemo lucía en la solapa de su abrigo, aquella bandera negra con las iniciales R *y* M*, nuestro tío supo bajo qué única bandera podría navegar el siniestro personaje que su confidente le había animado a crear: una bandera negra y una letra* N *dorada en su centro. Y, por supuesto, tenía claro cómo bautizaría a su nueva criatura.*

Igualmente, comprendió que lo mismo que Aronnax jamás podría abandonar el Nautilus, él nunca podría salir de la sociedad secreta a la que había jurado

fidelidad…

3

Miguel se había afeitado, había dispuesto el cabello estratégicamente para ocultar la inevitable calvicie cuya invasión había agrandado su frente y se había vestido lo mejor que había podido con la ropa menos arrugada de su vestidor, cuando se apeó del taxi en la madrileña calle Príncipe de Vergara.

Le había costado mucho dar aquel paso, pero ahora ya no había marcha atrás. El día anterior había telefoneado al bufete de abogados del que Alexia era socia, había logrado hablar con ella y le había pedido una entrevista. Alexia, tras unos segundos de silencio, había aceptado.

—Véngase mañana a las doce —había dicho la abogada. Después, había colgado.

Miguel apretó el paso por la calle Goya. No estaba seguro de cómo reaccionaría ella ante el discurso que había preparado, pero se creía en la obligación moral de enfrentarse a aquel reto. Alexia podía estar en un serio peligro si, como él suponía, sabía más de la carta de Gaston Verne de lo que había admitido tras la muerte de su padre. En cuanto a él, a Miguel, le roía la conciencia el no haber telefoneado a la policía cuando se encontró el cadáver de Ávalos. Si no había podido hacer nada por el padre, se había dicho, al menos se sentiría mejor si advertía a su hija sobre los peligros de aquel juego en el que ella tal vez no sabía que estaba participando.

A Miguel le parecía mentira que todas aquellas personas con las que se cruzaba por la calle vivieran sus vidas de un modo ingenuo, descuidado, sin sospechar siquiera que el libre albedrío del que creían disfrutar era falso. La realidad era bien diferente. Grupos secretos, de los que jamás oirían hablar, manejaban la política, las finanzas, las ideas y la historia entera de la humanidad mientras la gente acudía a sus trabajos, vivía su anodina vida, se lamentaba por las desgracias o festejaba sus míseros instantes de felicidad. Todos ellos, imaginó Capellán, se sentirían más cómodos leyendo la versión de Verne que proporcionaba Ciro Caviedes que la que ofrecía al lector Jesús Sinclair.

Para Caviedes, el trabajo diario, la disciplina prusiana, un extraordinario olfato para servirse de invenciones que ya existían, aunque fuera en estado embrionario, y percibir con la imaginación hasta dónde podían cambiar la vida de las personas eran la clave del éxito de las novelas de Verne.

Al cabo de unos minutos, Miguel se detuvo ante el lujoso portal de un inmueble de la calle Goya. El portero lo miró con severidad mientras él observaba el letrero que indicaba el número del piso del bufete de abogados. Con idéntico recelo, Capellán miró de reojo al portero, y en ese instante creyó ver el reflejo de un hombre en el

cristal del portal.

Miguel se giró para ver con claridad al hombre que, le pareció, lo espiaba desde la calle. Pero no vio a nadie. Entonces, sin dudarlo, corrió hasta alcanzar la acera. Miró a derecha e izquierda, pero lo único que encontró fue gente desconocida que iba y venía, ignorándolo. Madrid vivía su vida, la vida real, no la fantasiosa historia a la que Capellán había ido a parar.

—Oiga, ¿ha visto usted a ese hombre en el portal? —preguntó al portero, un hombrecillo sesentón, vestido con un viejo traje azul, camisa blanca impoluta y corbata gris.

—No he visto a nadie que no fuera usted, señor —respondió con desgana el interpelado.

—¿Está seguro? —insistió Capellán.

El portero se limitó a asentir con la cabeza. Estaba cansado de aquellos señoritingos que se dejaban caer por allí y lo trataban como si fuera un mueble, ignorándolo o, como era el caso, tomándolo por imbécil. Si él decía que no había visto a nadie, era que no lo había visto. Y punto.

Alexia lo recibió en un despacho decorado con muebles de diseño, paredes de cristal, cuadros de arte abstracto —un estilo cuyo mensaje Capellán no había logrado entender jamás—, y vestida con un severo traje gris de ejecutiva. Le pareció que estaba discretamente maquillada, y los enormes ojos lucían más grandes gracias a la pintura que ribeteaba sus bordes. A Miguel le sorprendió que ella detuviese su mirada durante unos instantes en sus zapatos, e incluso creyó advertir cierta sorpresa al ver su calzado negro y brillante. No podía imaginar que ella echara de menos las botas Coronel Tapioca.

Alexia lo contemplaba desde la espectacular altura de sus tacones. ¿Cuánto mediría sin ellos? Miguel estimó que Alexia *Bacall* rondaba los ciento setenta y cinco centímetros, y aquellos tacones la aupaban, como mínimo, diez centímetros más arriba.

—Siéntese —dijo Alexia señalando un moderno sillón de color hueso. Ella se acomodó en otro. En medio, una mesita de color negro.

Miguel miró con recelo el extraño sillón. Prefería que ella se hubiera acomodado en el enorme butacón que tenía en el escritorio, y él habría tomado asiento en una de las sillas situadas enfrente, de cara a la enorme cristalera que daba a la calle Goya. No obstante, se dejó caer sobre el sillón que se le ofrecía, y resultó mucho más confortable de lo esperado.

—Puedes tutearme, ¿recuerdas? —dijo Miguel.

—Está bien, ¿qué quieres?

Miguel dudó sobre cómo empezar el discurso que tenía preparado y al final decidió iniciarlo de un modo tan áspero como adecuado para captar la atención de cualquiera.

—Creo que estás en peligro, y yo también.

Alexia alzó una ceja y lo perforó con aquella mirada suya. Sin poder evitarlo, Miguel recordó la escena de *Tener y no tener*. Seguramente ella se levantaría y le diría: si me necesitas, silba. Y a continuación saldría del despacho dejándolo con la boca abierta, como un imbécil, pues él no era Bogart. Pero no fue eso lo que sucedió.

—¿En peligro? Pero ¿de qué hablas?

—Creo que a tu padre lo mataron. —La frase salió de los labios de Miguel como un disparo—. Lo mataron porque poseía unos documentos valiosos. Me refiero a aquellos papeles que un desconocido le envió y que contenían datos sobre Verne. Hay personas que no están dispuestas a que divulgara esa información.

Alexia tardó unos segundos en reaccionar. Miguel creyó percibir cierta desazón, aunque la abogada no tardó en rehacerse.

—Oye, mira, mi padre ha muerto, ¿de acuerdo? La policía no ha encontrado nada que permita hablar de un asesinato. La autopsia no pudo revelar si él se había caído accidentalmente por la escalera o si alguien lo había tirado. No encontraron señales de lucha ni en su cuerpo ni en la propia escalera. Además, yo ya estoy muy mayorcita para las historias de miedo que me contaban de niña. De manera que, si no tienes nada mejor que decirme, te agradecería que me dejaras vivir mi vida, que, por si no lo sabes, es la vida real, la de toda esa gente. —Señaló la cristalera, en dirección a la calle—. Gente que no vive en medio de fantasías, ni busca el grial ni nada parecido.

—¿Y qué me dices del estado en que estaba su estudio? ¿No demuestra que alguien entró en su casa buscando algo?

Ella guardó silencio. Sabía que Miguel tenía razón. De hecho, el inspector Carmona le había expresado su convicción de que había algo turbio en la muerte de Ávalos, aunque la autopsia no hubiera podido aclarar sus dudas. Alguien había buscado algo en casa de su padre la misma noche en que él murió.

—Escúchame, por favor —insistió Capellán sin levantarse del sillón—. Creo que han entrado en mi casa.

Alexia, que se había levantado, volvió a sentarse.

—¿En tu casa? ¿Y por qué?

Miguel no estaba dispuesto a hablar del manuscrito que había robado y tenía preparado otro argumento.

—Tal vez buscaban esa carta, la que escribió Gaston a su hermano Maurice. Debieron de creer que la tengo yo. Como sabes, leí una parte de la misma que tu padre me fotocopió, pero sé también algunas otras cosas que contenía, porque él me habló de ellas en alguna ocasión —mintió. Pero era el único modo que tenía para añadir más información, la que había descubierto en la novela inacabada y que suponía que se debía recoger también en la carta desaparecida.

—¿Y qué sabía el tal Gaston? ¿Quién se siente amenazado por esa carta?

—Habla de una sociedad secreta —respondió Miguel—. La Sociedad Angélica, o de La Niebla, a la que pertenecían Verne y otros artistas de la época. Un francés,

Michel Lamy, ha estudiado la obra de Verne y cree advertir señales inequívocas de que era un iniciado, aunque tu padre, tras leer la carta, discrepaba sobre qué tipo de relaciones tenía La Niebla con órdenes esotéricas de aquellos tiempos. Lamy cree percibir huellas masónicas, rosacruces y de los Iluminados de Baviera en los libros de Verne, pero la información que tu padre manejaba decía que La Niebla era un instrumento manejado por una orden de la que nadie ha oído hablar jamás. Masones, rosacruces e illuminati no serían más que meros aprendices entre cuyas filas se infiltraron miembros de esa organización para crear confusión y manejarlas a su antojo.

Alexia guardó silencio. Y Miguel creyó tener permiso para proseguir.

—Esa orden poseía conocimientos extraordinarios —dijo reclinándose sobre la pequeña mesa negra. Descubrió entonces un minijardín zen, con su pequeño rastrillo y sus piedrecitas, en el que no había reparado—. Unos individuos, a quienes llamaban Superiores Desconocidos, tenían capacidades psíquicas asombrosas, hasta el punto de percibir el futuro, o algo parecido, y proporcionaban a Verne información que luego le permitía construir sus novelas.

Alexia entornó los ojos. A Miguel le pareció que todo lo que le estaba contando no le resultaba extraño, y eso no era posible salvo que… ¡Por todos los demonios! ¡Alexia tenía la carta de Gaston y la había leído!, pensó.

—No pareces muy asombrada.

—Olvidas que me eduqué escuchando historias como esa —respondió la abogada sin perder la calma. Cruzó sus largas piernas y añadió—: ¿Y qué más? ¿Cómo acaba todo?

Miguel contempló la posibilidad de presionarla, de exigirle una respuesta a propósito de si había leído la carta de marras. Era preciso que ella supiera que podía estar en peligro, aunque aquel mensaje ya se lo había dejado suficientemente claro. Si insistía, tal vez ella lo despidiera sin contemplaciones. Estaba claro que Alexia confiaría en él cuando tomase esa decisión por sí misma, y no la adoptaría antes por mucho que él intentara acorralarla.

—No sé cómo acaba la historia —dijo Miguel—, porque me temo que es una historia que atraviesa los siglos, que no se detiene, y que ahora mismo es posible que nos lleve por delante a nosotros también.

Alexia lo escrutó con la mirada de Lauren Bacall y guardó silencio. Miguel prosiguió:

—Puedes burlarte si quieres, pero no puedes poner en duda que Verne tuvo aciertos espectaculares en las predicciones científicas que realizó. ¿Cómo explicas eso? Para mí, está claro que alguien le facilitó esa información, y ese alguien podrían ser esos individuos de los que tu padre me habló.

—¿Los Superiores Desconocidos? —Una sonrisa burlona nació en los labios de Alexia. Las arrugas de sus cuarenta años se marcaron en la comisura.

Capellán no se arredró por la actitud de Alexia. Antes al contrario, se empleó con más pasión en la defensa de sus ideas. No le hablaría, anunció, de las predicciones que

todo el mundo solía citar cuando se hablaba de Verne. Dejaría de lado, al menos por el momento, la cuestión de las fuentes en las que el francés bebió para escribir sobre el submarino, sobre detalles insólitos de un viaje a la Luna y otras muchas anticipaciones. Se centraría únicamente en la novela que el editor de Verne, Hetzel, no quiso publicar, aunque fue escrita en 1863, inmediatamente después de su primer éxito, *Cinco semanas en globo*.

—Mira. —Capellán sacó de un bolsillo del abrigo un pequeño cuaderno de notas. Pasó las páginas con urgencia, buscando el dato que precisaba—. Dime, ¿cómo puedes explicar que un hombre fuera capaz de hacer una descripción tan exacta de cómo sería la vida en París en 1960 apoyándose únicamente en la imaginación y en los diccionarios de la época? —A continuación, leyó en voz alta frases extraídas de *París en el siglo XX*— «Los ferrocarriles pasarán de las manos de los particulares a las del Estado», «Aunque ya nadie leía, todo el mundo sabía leer», «No había hijo de artesano ambicioso, de campesino desplazado, que no pretendiera un puesto en la Administración».—Levantó la vista y comprobó el efecto que aquellas frases habían producido en Alexia. Ella mantenía su expresión severa, pero Miguel creyó percibir el brillo de la sorpresa en los enormes ojos verdes—. ¿Te das cuenta? No es solo que predijera inventos, sino que fue capaz de dibujar la evolución de la cultura, del pensamiento. —Consultó de nuevo las páginas del cuaderno—. Fíjate: «El latín y el griego no solo eran lenguas muertas, sino enterradas», «Serás mayor de edad a los dieciocho», «Se comprende que en esa época de negocios el consumo de papel aumentase en proporciones inesperadas […]; los bosques ya no servían para calefacción, sino para la impresión». —Miró de nuevo a Alexia antes de añadir—: Escucha esta última frase, que es muy buena: «Ya no hay mujeres […], se han pasado al género masculino y ya no merecen la mirada de un artista ni la atención de un amante».

Alexia admitió que, en efecto, había algo de cierto en lo que Verne había escrito.

—¿Algo de cierto? ¡Joder! ¡Si ha dado en el clavo en todo!

—¿Y por qué no le quiso editar la novela Hetzel si, como tú dices, él también formaba parte de la misma sociedad secreta?

Capellán miró a Alexia a los ojos y logró sostener su mirada. La abogada no parecía consciente de lo que acababa de decir.

—Yo no he dicho que Hetzel formara parte de La Niebla —dijo Miguel arrastrando las palabras—. Solo te dije que en ella había artistas de la época, según Michel Lamy. ¿Cómo sabes tú que era miembro de esa sociedad?

—Debí de entenderlo mal —se disculpó Alexia visiblemente incómoda.

—Te diré lo que yo creo —dijo Miguel—, y no tienes por qué aclararme nada de nada. Te diré lo que creo porque se lo debo a tu padre. En primer lugar, y respondiendo a tu pregunta, creo que Hetzel no publicó aquella novela, que finalmente se editó en 1994 después de que el manuscrito fuera descubierto por un descendiente

de Verne, porque en ella se dibuja un panorama demasiado triste, demasiado gris, en el que la ciencia no quedaba bien parada, y aquellas ideas no concordaban con lo que la orden secreta que manejaba La Niebla proponía. Para ellos, la ciencia, la técnica, liberaría al hombre. En cambio, Verne dibujaba un futuro nada halagüeño. Hetzel dijo que el mundo no le creería[87].

»Y en segundo lugar, y eso es lo que le debo a tu padre, creo que tengo la obligación de advertirte de que puedes estar en peligro. —Alexia quiso decir algo, pero Miguel la interrumpió—. No digas nada, y así no tendrás que mentir. Déjame que termine. —Carraspeó y buscó el sendero más adecuado para las siguientes palabras que tenía que pronunciar—. Imaginemos por un momento que tú estuvieras en posesión de esa carta que, según yo creo, alguien buscó en casa de tu padre y en la mía. —Alexia no dijo nada cuando él la miró—. Si fuera así, y no digo que lo sea, es posible que no tarden en hacerte una visita, y creo que debes tener mucho cuidado.

Capellán guardó silencio, y Alexia lo imitió. Unos segundos después, ella sacó del bolsillo de su americana el viejo reloj de su padre y consultó la hora.

—Lo llevo siempre encima —explicó mirando el reloj. Sonrió levemente y a continuación se puso de pie, estiró su chaqueta y recompuso la imagen de la abogada de éxito—. Debes disculparme, pero se me hace tarde.

—¿Tendrás en cuenta lo que te he dicho?

Ella dudó antes de limitarse a sonreír.

Miguel abrió la puerta del despacho y antes de abandonarlo echó un último vistazo a los muebles de diseño hasta posarse en el rostro de la mujer alta, cuarentona y sofisticada que tenía delante.

—Por cierto, mañana me voy a Galicia —anunció—. Voy a encontrar ese centro geriátrico.

—¿La Isla?

—La Isla.

Ella no dijo nada, y Miguel cerró la puerta tras de sí.

¿Y si estaba equivocado? ¿Y si se estaba dejando llevar por la imaginación? ¿Realmente habían asesinado a Ávalos? La investigación policial no había logrado probar tal cosa. En cuanto al vaso de güisqui desplazado del lugar donde lo había dejado, cualquier persona sensata podría esgrimir una explicación más creíble que la de atribuir lo ocurrido a un misterioso intruso que hubiera querido hacerle una advertencia.

Miguel se había preparado un sándwich de queso y daba el último trago a una de las pocas botellas de cerveza que *Fígaro* no había bebido. Estaba sentado ante una estrecha mesita en la cocina. Frente a él, el blanco de los azulejos. A su lado, la soledad y la incertidumbre. Como una mancha de aceite, el temor a estar equivocado iba creciendo en su interior.

A lo mejor quien estaba en lo cierto era Caviedes, el personaje creado por Ávalos para su novela y que encarnaba la ortodoxia. A lo mejor, quienes llevaban las de ganar eran todos los «Caviedes» del mundo. Tipos que caerían sobre él si se le ocurriera publicar una historia repleta de sociedades secretas, individuos con capacidades psíquicas que les permitían explorar el futuro y tramas urdidas entre las bambalinas de la historia. Sujetos para los cuales no había nada turbio en el rechazo del manuscrito de *París en el siglo XX* por parte de Hetzel. Simplemente, el editor lo consideró sin vida, de una calidad inferior a las otras novelas de Verne.

Mientras masticaba en silencio su sándwich, Miguel imaginó el estruendo de la artillería de la ortodoxia ante la idea de un Verne visionario. Que si las baterías de sodio que el Nautilus de Nemo utilizaba no significaban profecía alguna puesto que ya en 1841 se habían inventado las pilas Bausen[88], que se basaban en la reducción del ácido nítrico en el cátodo y en la oxidación del zinc en el ánodo. Que Verne se debió de basar en las aportaciones realizadas por el químico francés Antoine-Henri Becquerel para mejorar las prestaciones de esas pilas. Que el uso de las escafandras que se mencionaba en *Veinte mil leguas de viaje submarino* no entrañaba misterio alguno pues con anterioridad el ingeniero francés Benoît Rouquayrol había inventado un dispositivo similar que permitía la respiración a los miembros de los servicios de rescate que acudían en auxilio de los mineros cuando se producía una explosión en el interior de los pozos. E incluso añadirían que el propio Nemo cita a Rouquayrol, además de a Auguste Denayrouze, el marino que en 1863 adaptó el aparato para usarlo bajo las aguas.

Capellán rumió en silencio el sándwich y su previsible derrota. La opinión pública creería con más comodidad la explicación de los «Caviedes» que la suya propia. Ni siquiera podría poner sobre la mesa en una discusión la idea de que Verne hubiera anticipado el uso del submarino. Nadie con una mínima información podría obviar el hecho de que mucho antes que Verne diferentes inventores habían manoseado la idea. Incluso la publicación en la que el propio Verne había escrito, *Musée des familles,* recogió la noticia de la inmersión realizada en 1858 en el río Sena por un submarino llamado Nautilus, invención del americano Hallelt.

Malhumorado por el curso que seguían sus propios pensamientos, Capellán arrojó el sándwich sobre su plato. ¡Cómo coño iba a rebatir a los «Caviedes» del mundo si él mismo sabía que en el mes de octubre de 1867 el *Petit Journal* comenzó la publicación de un relato de aventuras en el que el protagonista era un sabio embarcado en un submarino, y Verne se vio obligado a publicar un anuncio que pudiera evitar pleitos futuros, dado que ya estaba escribiendo por entonces su novela![89]

Capellán era consciente del peso incuestionable de aquellos datos. Pero, a pesar de todo, seguía intuyendo algo oscuro en esa criatura supuestamente de ficción que es Nemo. El capitán de aquella maravillosa nave inquieta al lector, lo desasosiega y lo seduce con idéntica fuerza. ¿Por qué?

Se podría pensar que el hosco, solitario y rebelde capitán tiene mucho en común con Verne, siempre deseoso de romper con el mundo burgués en el que se veía obligado a vivir. Verne, amante del mar, escenario de una treintena de sus novelas, hubiera sido feliz en una isla olvidada, alejado de su esposa y reinventando el mundo, como el Robinson a quien tanto admiró. Tal vez por eso escribió a Hetzel sobre la necesidad de convertir a Nemo en un hombre que viviera exclusivamente del mar y que no precisara en absoluto el mundo de los hombres[90].

Miguel caminó hasta el salón con la botella de cerveza en la mano. No quería pensar en Alexia, pero sus ojos se le aparecían cuando menos lo esperaba. ¿Con quién se alinearía ella? ¿Con los «Caviedes» o con los «Sinclair»? Creía conocer la respuesta.

¿Y sobre Nemo? ¿Qué pensaría una mujer como ella sobre el capitán del Nautilus? Un tipo que ha roto con todo y con todos, que vive como un ermitaño a bordo de un submarino.

De pronto, Capellán tuvo una idea. ¿Y si esa ruptura con el mundo de los hombres fuera una metáfora para mencionar un mundo perdido que Verne disimula bajo el fondo del mar porque no puede situar en un mapa el lugar del cual proceden los Superiores Desconocidos?

¿Qué pensaría cualquier persona razonable, cualquier «Caviedes», de una idea semejante? ¿Se atrevería Capellán a defender su hipótesis de que Nemo no estaba ya en la tierra porque no era un hombre como los demás, sino que había trascendido a la mismísima muerte? Después de todo, al describir al capitán del Nautilus Verne subrayaba la imposibilidad de calcular su edad.

¿Tendría las agallas suficientes de mencionar el descubrimiento que había hecho días antes mientras consultaba biografías y ensayos sobre la obra de Verne?

Miguel sabía que el novelista había dado instrucciones a Riou, el ilustrador de sus obras, para que el rostro de Aronnax fuera el de Verne, mientras que Nemo debía parecerse a Hetzel. Un tipo como Sinclair hubiera dicho que ideó esa estrategia porque Nemo y Hetzel encarnaban a la sociedad secreta de marras.

El descubrimiento que Miguel había realizado días antes tenía que ver precisamente con aquellas ilustraciones. Lo que le había llamado la atención era una viñeta de una edición ilustrada de *Veinte mil leguas de viaje submarino* en la que se veía a Nemo solo, contemplando desde unas rocas un imponente paisaje. Más tarde tropezó con un ensayo[91] en el que se realizaba un estudio sobre las ilustraciones de las novelas de Verne y en el cual se establecía un paralelismo entre aquella viñeta y un cuadro obra del pintor Caspar David Friedrich fechado en 1818. Pero ¿qué había motivado el escalofrío que Capellán sintió?

La respuesta estaba en el título de aquella obra en la que el dibujante Riou parecía haberse inspirado para su viñeta. El cuadro de Friedrich se titula *Viajero ante el mar de niebla*. ¡Niebla! ¡El mar de niebla! No podía ser una casualidad, pensó Miguel, recordando lo que tantas veces había oído decir a Ávalos: lo que diferencia a un verdadero buscador del hombre común es que él sí sabe percibir las señales que

aparecen en su camino. Era preciso estar alerta para detectarlas. Y, una vez que se creía advertir una, había que seguirla, aunque para los demás fuera una simple coincidencia o una estúpida temeridad hacerlo.

Ahora tenía ante sí una señal clara, nítida, se dijo. Una baliza en medio del océano de la incertidumbre: La Isla.

La carta

… Jules concedía mucha importancia a los nombres de los protagonistas de sus novelas. Él mismo lo dijo en alguna entrevista que concedió. Nemo y Phileas Fogg son dos buenos ejemplos.

A pesar de que Hetzel ejerció un férreo control sobre las novelas de nuestro tío hasta que falleció en 1886, no logró doblegar a Jules en algunos aspectos de la figura de Nemo. Y cuando en 1873 se enfrascó en la redacción de La isla misteriosa *con el propósito de poner punto final a la biografía del misterioso capitán, Hetzel se vio obligado a transigir más de la cuenta. Si no le permitía dibujar a su héroe como quería, nuestro tío había amenazado a su editor con no desvelar el origen de Nemo.*

Como bien sabes, finalmente lo mostró al mundo como el príncipe indio Dakkar, que odiaba a los ingleses porque habían dado muerte a su familia años antes. Pero bajo esa historia se ocultan otras claves.

Jules quería advertir al mundo de la existencia de hombres extraordinarios. Nemo encarnaba a los Superiores Desconocidos, procedentes de un mundo oculto. Era, además, un ingeniero maravilloso, capaz de construir una vida utópica apoyándose en la ciencia. Era una especie de anarquista sobrenatural, que no creía ni en patria ni en Dios alguno. Pero, al mismo tiempo, había algo oscuro en él. Había caído de la luz a las tinieblas.

Nuestro tío quiso alertar al mundo de los peligros que corría la humanidad si perseguía el gran secreto de esos Superiores Desconocidos: la inmortalidad.

Verne decidió matar a aquel ángel negro. Y Hetzel no pudo tolerarlo. Un Superior Desconocido no podía morir, de manera que fue él quien añadió aquellas dos palabras absurdas al final de la novela, para que Nemo pareciera un hombre común, un hombre más[92].

Y luego está Phileas Fogg.

Nada en él es casual. Ni su nombre, ni su apellido, ni su edad imposible de calcular, ni su fortuna de origen desconocido, ni sus extraordinarios conocimientos sobre los más variados lugares del mundo, a pesar de no haber viajado a ellos.

Nuestro tío dio vida a su criatura cuando la familia se había trasladado a Amiens después de que ya no pudiera soportar más las quejas de la tía Honorine, que decía sentirse ahogada en Le Crotoy. Si no recuerdo mal, creo

que se mudaron en 1871. Jules no vio con malos ojos instalarse en Amiens, porque estaba a solo un par de horas de ferrocarril de París y podía viajar allí cómodamente para entrevistarse con Hetzel, para reunirse con la hermandad y para cultivar sus escarceos amorosos, de los cuales, como seguramente sepas, la tía siempre sospechó.

¿Sabes cómo surgió realmente la idea de escribir La vuelta al mundo en ochenta días?

Probablemente habrás escuchado que Jules declaró haber leído en el diario Le Siècle *un artículo donde se mencionaba que era posible hacer un viaje de esa duración dados los sistemas de transporte existentes. O que en 1870 leyó en* Le Magasin Pittoresque *una noticia que recogía un itinerario parecido al que Fogg siguió en su aventura. Pero hay algo más, algo que la gente no sabe y que tiene que ver de nuevo con ese escritor americano del que tanto habló George Sand a nuestro tío.*

Resulta, Maurice, que Poe había publicado una historia titulada La semana con tres domingos, *en la que planteaba el curioso caso que sucedería si una persona permaneciera en un lugar concreto mientras otras dos viajaban. Una lo haría en dirección este; la otra, en dirección oeste. Viajando hacia el este, el sol sale antes, y lo contrario sucede si se viaja hacia poniente. Si el explorador que se dirigía hacia el este completaba la vuelta al mundo habría ganado un día, mientras que quien se dirigía hacia el oeste lo habría perdido. De este modo, si los tres personajes se encontraran en el punto de partida un domingo, para uno de los viajeros ayer habría sido domingo, mientras que para el otro el domingo sería mañana.*

He ahí el meollo de la novela, pues Phileas Fogg ganará un día en su viaje alrededor del mundo debido a que viajó siempre en dirección este. Para él, los días disminuían tantas veces cuatro minutos como grados atravesaba en su periplo. Y comoquiera que la Tierra tiene 360 grados, al multiplicar 4 minutos por grado se consigue un total de 1440 minutos, los cuales, divididos entre 60 minutos que tiene una hora, se transforman en veinticuatro horas. De este modo, cuando Fogg regresó a su club, del cual había partido el día 2 de octubre de 1872, en el quincuagésimo séptimo segundo del último minuto antes de que expirase el plazo fijado para dar término a su viaje, ganó la apuesta.

Con el argumento en la mano, era preciso construir el héroe para la novela y, dado que en la historia se jugaría con el tiempo, nuestro tío quiso ofrecer nuevas pistas a quien supiera leerlas. Así nació Fogg, hijo de la orden secreta a la que La Niebla rendía pleitesía…

4

Era la primera vez en su vida que Miguel estaba tan cerca de un pazo gallego. Sus conocimientos sobre aquel tipo de vivienda solariega tradicional se limitaban a lo que había leído en un par de folletos turísticos que hojeó una hora antes en la pensión en la que había conseguido habitación. La propaganda afirmaba que aquel modelo de construcción en piedra había tenido una enorme importancia entre los siglos XVII y XIX. Aquellas imponentes edificaciones se constituían como el eje alrededor del cual se organizaba la vida rural. Eran el corazón de la comunidad, y en ellas vivía el señor de la comarca.

Un enorme muro de piedra cubierto de musgo en buena parte de su perímetro rodeaba el antiguo pazo ahora transformado en residencia para ancianos. Entre el muro y el edificio, un enorme jardín salpicado de robles y castaños alfombraba de verde el suelo. La estampa de aquellos árboles centenarios contrastaba con los bosquecillos de pinos y eucaliptos que Capellán había contemplado durante el trayecto desde la pensión hasta el pazo.

Frente a la fachada principal del edificio, el muro dejaba un espacio en el cual se había instalado una enorme puerta de hierro. A la derecha, sobre la piedra de la muralla, había un cartel: «La Isla. Residencia geriátrica».

En el mismo cartel se señalaban los horarios de visita. Capellán miró su reloj y comprendió que había llegado demasiado tarde. Era sábado, la tarde moría envuelta entre la lluvia y la neblina. Debería esperar al día siguiente para poder entrar. El agua lo estaba empapando, pues no había tenido la precaución de procurarse un paraguas, pero aun así decidió rodear el muro y estudiar el edificio.

El pazo conservaba el sabor medieval, y las cuatro torres que se erguían en los ángulos del cuadrilátero que dibujaba la muralla recordaban la función de defensa que en otro tiempo pudo haber tenido. Las torres no eran demasiado altas. Miguel calculó que podrían alcanzar los seis metros de altura, mientras que el robusto muro circundante se alzaba hasta los cuatro metros, aproximadamente.

Cifró en unos ochenta metros la distancia entre la puerta enrejada y el edificio principal, el cual se componía de dos alturas. Todo el conjunto se había construido con el mismo tipo de piedra gris y robusta.

Durante su paseo alrededor del muro, Miguel comprobó que, además de la puerta que ya conocía, únicamente había otra pequeña puerta de hierro en la parte trasera. Desde allí tuvo una nueva perspectiva del complejo.

Alejado del edificio descubrió lo que parecía un viejo palomar. Además, adosada al pazo, contempló una antigua capilla, o al menos eso imaginó al ver la cruz que coronaba aquella construcción de poco más de cien metros cuadrados.

Apenas había luz cuando completó el recorrido alrededor del edificio. Nada podía hacer ya allí, salvo dejarse empapar aún más por la fina y constante lluvia, de modo que decidió regresar al viejo Golf, aparcado en una zona reservada para vehículos frente a la entrada a la residencia de ancianos.

Al llegar al coche vio que la enorme puerta de hierro se abría. Un matrimonio salía en silencio. Se dirigieron a un coche familiar estacionado junto al de Capellán y se marcharon. Tras ellos, Miguel vio salir a una joven delgada, con cabello rubio peinado con rastas. La miró de reojo. La muchacha se subió a un coche y se marchó.

La habitación de la pensión era sencilla, pero limpia. Capellán había dormido en sitios peores y, además, no estaba en disposición de permitirse otro alojamiento. No ahora. No todavía. Pero cuando todo aquello acabase, cuando resolviese el misterio que encerraba aquella residencia de ancianos y pudiera poner punto final a la novela de Ávalos, entonces sí iba a tener dinero para celebrarlo. Y lo más importante: le enviaría un ejemplar a Laura restregándole en la cara su regreso al éxito.

Una cama sencilla, con dos mesillas a ambos lados, un armario barato, una ventana desde la cual podía ver un puñado de eucaliptos y la negrura de la noche, además de una pequeña televisión, componían el mobiliario del cuarto. La pensión tenía diez habitaciones y ofrecía la posibilidad de una cena casera a la que Miguel no pensaba faltar.

Sobre una de las mesillas, Capellán había dejado los folletos turísticos que encontró en el recibidor de la pensión. En cualquier otro momento de su vida no hubiera dejado de visitar el dolmen que en ellos se mencionaba como digno de ser visitado si uno pasaba por Gondomar. Y mucho menos habría dejado pasar la oportunidad de fotografiar los petroglifos que al parecer había en una sierra vecina llamada Galiñeiro. Pero aquel sábado del mes de diciembre la mente de Capellán no tenía espacio para nada que no fuera Julio Verne.

No importaba que Ciro Caviedes, el personaje creado por Ávalos, sacara a relucir en su novela la entrevista que la periodista Marie Belloc, del *Strand Magazine*, realizó al escritor durante el otoño de 1894[93], en la cual él negó una vez más cualquier misterio a propósito de sus supuestas predicciones científicas. Él, Miguel Capellán, intuía que había gato encerrado en todo aquel maldito asunto de las anticipaciones de Verne.

Se frotó los ojos. Al otro lado del cristal de la ventana la lluvia proseguía martilleando la posada y la oscuridad era total. Tumbado allí, sobre el colchón de la

habitación de una pensión perdida en un remoto municipio de la provincia de Pontevedra, Miguel se reafirmó en sus convicciones: había un Verne oscuro, y en la muerte de Ávalos había algo turbio.

La clave debía de estar en aquella residencia de ancianos. Miguel ratificó esa sospecha y se animó a sí mismo. Aquel viaje no sería en balde, aunque debía reconocer que no tenía un plan concreto sobre lo que debía hacer al día siguiente para poder descubrir a Nemo, el confidente que había enviado la carta de Gaston a Ávalos. Y, aunque llegara a averiguar quién se escondía tras ese seudónimo, ¿cómo lograría ganarse su confianza para poder terminar la novela que lo devolviera a la cumbre del éxito?

Después de la cena, Miguel regresó a su habitación. Se sentía cansado tras haber conducido desde Madrid hasta aquel rincón perdido de Galicia. Y, aunque no era la primera vez en su vida profesional que emprendía una aventura como aquella, sentía que aquel viaje podría conducirlo más lejos de lo que nunca había llegado, aunque quedaba por determinar si era lo más lejos que se había adentrado en la locura, o lo más lejos que había profundizado en la otra realidad en la que nadie repara.

Antes de que el sueño lo atrapara, pensó en Alexia. ¿Tanto daño le había hecho su padre? ¿Cómo había sido la niñez de aquella mujer con un padre como Ávalos?

Al parecer, ella le reprochaba que hubiera antepuesto sus investigaciones a su familia. La madre de Alexia había muerto mientras Ávalos estaba de viaje, pero cualquier persona razonable comprendería que Alexia era injusta con su padre, pues cuando él emprendió aquel viaje su esposa no sufría enfermedad alguna. Todo fue súbito e inesperado.

El recuerdo de los ojos de Alexia acompañó a Miguel hasta el mundo de los sueños, donde le salió al encuentro la versión de Phileas Fogg que Jesús Sinclair ofrecía en su novela. En su sueño, Miguel se vio a sí mismo siguiendo los pasos del enigmático Fogg por las calles de Londres…

Corría el año 1872. Era el día 2 de octubre, y Miguel estaba apostado frente al número 7 de Saville-Row, en Burlington Gardens, Londres. Allí vivía Phileas Fogg.

Eran las once y media de la mañana cuando se abrió la puerta de aquella mansión. Invariablemente, Fogg salía a esa hora todos los días después de haber tomado té y tostadas exactamente a las ocho y ventitrés minutos, haberse afeitado a las nueve y treinta y siete minutos, y haberse peinado a las nueve y cuarenta minutos.

Miguel lo acechaba con la esperanza de descubrir el secreto que, sin duda, ocultaba aquel caballero inglés, aunque no londinense, y al que jamás se le había visto en la Bolsa, ni en la City, pero que era rico, aunque resultaba imposible determinar el origen

de su fortuna. Miguel, sin duda inducido por las teorías que proponía Sinclair, presumía que el origen de aquella riqueza podía tener que ver con la alquimia. Eso explicaría igualmente que su edad fuera imposible de determinar y que el propio Verne dijera de él que parecía «capaz de vivir mil años sin envejecer».

Cuando un hombre se esfuerza tanto como Fogg por no hacer nada que permitiera a los demás señalarlo, es que tenía algo que ocultar, decía Sinclair. Por eso Miguel, en su sueño, aguardaba la salida de Fogg. Y, al llegar la hora habitual, lo vio salir de su casa.

Fogg podía pasar por tener cuarenta años, o menos, o más. Era alto, atractivo, ligeramente obeso, con patillas y cabellos rubios, piel clara, frente tersa, expresión hierática, y lucía una excelente dentadura. Miguel sabía que no tenía esposa ni hijos. Vivía solo, con la única compañía de un criado llamado James Forster, a quien había despedido aquel mismo día simplemente porque le había llevado el agua para afeitarse a 84 grados Fahrenheit, en lugar de a 86 grados. En su sustitución, Fogg acababa de contratar a un criado francés llamado Jean Passepartout, un muchacho que había ejercido a lo largo de su vida como cantor ambulante y artista de circo.

Una vez en la calle, Fogg caminó sin vacilación hacia el Reform Club, donde pasaba su vida. Allí comía y cenaba. Miguel Capellán lo siguió. Sabía que su hombre no regresaría a casa hasta las doce de la noche, como siempre. Miguel tenía que entrar en aquel Club a toda costa, pues las iniciales del mismo, *R* y *C*, le ofrecían una clara pista de la verdadera identidad de Fogg: un rosacruz.

En su sueño, Miguel se veía zarandeado por las ideas de Sinclair y por las del estudioso francés Michel Lamy, para quien el propio Verne había estado vinculado a una sociedad literaria relacionada con los rosacruces. Sin embargo, Sinclair proponía algo diferente: La Niebla era un instrumento de una orden mucho más poderosa que había infiltrado a lo largo de la historia a miembros suyos entre masones, rosacruces e illuminati.

Miguel siguió a Fogg de camino al Reform Club. Como siempre, como cada día, el misterioso caballero dio quinientos setenta y cinco pasos con el pie derecho y uno más con el pie izquierdo hasta llegar a su club, un caserón situado en Pall Mall.

Capellán entró en el Reform Club. A su mente vinieron de pronto aquellas ideas que Sinclair había tomado del ensayista francés Michel Lamy a propósito del placer que Verne sentía introduciendo en las tramas de su novela el juego, ya fuera un billete de lotería o una apuesta. En aquel club, donde los caballeros, como hacía Fogg, leían el *Times* o el *Morning Chronicle*, el juego estaba presente. En el caso de Fogg, adoptaba la forma de su acostumbrada partida de whist.

Miguel se sentó en un sillón próximo a la mesa que no tardaron en ocupar el ingeniero Andrew Stuart, los banqueros John Sullivan y Samuel Falletin, el administrador del Banco de Inglaterra Gauthier Ralph y un hombre de negocios llamado Thomas Flanagan, además del propio Fogg.

Escuchó su conversación, llena de tópicos y aderezada con la habitual cortesía

británica, hasta que alguien sacó a relucir el robo de 55 000 libras que había sufrido el Banco de Inglaterra tres días antes. Más tarde, uno de los caballeros mencionó una noticia ofrecida por el *Morning Chronicle* que aseguraba que era posible, con los medios de transporte existentes, dar la vuelta al mundo en ochenta días. La información acaloró el debate entre quienes veían posible aquella aventura y los que no lo estimaban factible.

Y ahí se desencadenó la tormenta. Fogg dijo que aquel viaje podía hacerse y que él mismo lo haría.

En ese momento, la imagen del sueño de Miguel Capellán se enturbió y se encontró mirando al propio Verne mientras escribía. No podía explicar cómo, pero lo cierto es que era capaz de leer el curso de los pensamientos del autor, los cuales no eran otros que los del propio Sinclair. Y así descubrió que Verne creó aquel personaje rico, de edad indescifrable, flemático y obsesionado con la puntualidad para dar pistas a quien en el futuro fuera capaz de leerlas.

Fogg era un iniciado. Verne lo dejaba bien claro si se sabía leer: «Enigmático personaje del que nada se sabía», «de dónde le venía su fortuna era algo que ni los mejor informados podían explicar», «… era muy poco comunicativo. Hablaba lo menos posible, y, cuanto más silencioso era, más misterioso parecía», «¿Había viajado? Probablemente, pues tenía un conocimiento muy profundo del mapamundi». Pero había algo extraordinario en aquellos conocimientos del señor Fogg. ¿Cómo era posible que conociera tantos lugares del mundo si, como el propio Verne decía, «desde hacía muchos años, Phileas Fogg nunca había abandonado Londres»?

¿Qué explicación podía darse a semejante contrasentido?

Tal vez Julio Verne había explicado en los conocimientos del señor Fogg la procedencia de los suyos propios al escribir a propósito del saber de su criatura literaria: «Sus palabras a menudo parecían inspiradas por una premonición, ya que los acontecimientos acababan siempre por darle la razón».

Fogg era tal vez uno de aquellos enigmáticos Superiores Desconocidos o alguien por ellos adoctrinado. Y Miguel estaba dispuesto a seguirlo alrededor del mundo en su sueño. Tenía que descubrir el gran secreto de la siniestra orden, y tembló al recordar lo que había leído sobre aquel viaje en ochenta días: Fogg viajó siempre hacia el este, en contra de la dirección del camino del sol. Fogg iba en contra de la luz. Era un sol negro. ¿Era un ángel negro?

La carta

… Ya sabes ahora, Maurice, qué tratos tenía nuestro tío con aquella hermandad literaria al servicio de una orden cuyo nombre no puedo pronunciar. Es hora de que cuente cuándo conocí yo mismo a Nemo, al verdadero Nemo.

¿Recuerdas aquel baile de disfraces que nuestro tío organizó el día 2 de abril de 1877? ¡Ha pasado tanto tiempo! Yo tenía diecisiete años y tú, querido hermano, dos años menos que yo.

Jules pretendía con aquella fiesta aupar a la cumbre social a la tía Honorine y a nuestras primas, de manera que olvidó por un día la austeridad que lo caracterizaba y gastó una verdadera fortuna en aquella fiesta que se celebraría en la sala Saint-Denis.

Por aquel entonces aún vivían en el número 44 del bulevar Longueville, adonde, como bien sabes, nuestro tío regresaría años después para morir. Desde su casa cursó nada menos que setecientas invitaciones para el baile, y respondieron afirmativamente trescientas cincuenta personas. No obstante, finalmente acudieron doscientos cincuenta invitados ataviados de personajes nacidos de la imaginación del anfitrión.

Recuerdo como si fuera hoy mismo la luz de las arañas suspendidas del techo, los invitados ataviados como Fogg, Strogoff, Aronnax o Ardan. Me parece escuchar las conversaciones y puedo recordar el rubor en las mejillas de las jóvenes que miraban a los apuestos galanes.

¿Recuerdas que me disfracé como Robert, el hijo varón del capitán Grant? Seguramente, no lo recuerdas. En realidad, pasé desapercibido para todo el mundo, y eso me permitió observarlo todo desde mi anonimato.

Aquella noche, querido hermano, vi a Jules hablar con un desconocido caracterizado como el capitán del Nautilus. Su disfraz no era el mejor de la fiesta, sin duda, pero había algo en él que lo hacía diferente al resto. Lo que más me llamó la atención fue la bandera negra que lucía en su solapa, puesto que no era la enseña de Nemo, dado que en lugar de una letra N *dorada llevaba las iniciales* R *y* M.

Aquel hombre arrastró a nuestro tío a un salón contiguo, y yo los seguí. Oculto tras unas pesadas cortinas, contemplé a ambos, aunque no alcanzaba a escuchar sus voces. Me sorprendió, no obstante, la actitud sumisa de Jules. Parecía un alumno ante su maestro. Era el desconocido quien más hablaba, y

nuestro tío asentía.

Por un instante, temí que aquel hombre me hubiera descubierto, pues se giró y miró en dirección al lugar donde yo me encontraba. Aterrorizado, corrí las cortinas. Cuando las volví a abrir, el hombre había desaparecido.

La segunda vez que lo vi fue un año después, en junio de 1878.

Por aquel entonces, Jules había comprado su tercer y último yate, el Saint-Michel III. *Oí decir que había invertido en aquel barco nada menos que 55 000 francos. No sé si lo hizo solo por el placer que le proporcionaba navegar a una velocidad de 9,5 nudos con la comodidad de disponer de un comedor, un dormitorio doble con cuarto de baño y magníficos camarotes para la tripulación, o para huir del recuerdo de su hijo. En aquel tiempo la relación de Jules con nuestro primo Michel atravesaba por uno de sus peores momentos. Si recuerdas, poco tiempo antes nuestro tío había embarcado a Michel a bordo de L'Assomption para que trabajara como un miembro más de la tripulación. Creía que trabajar de sol a sol serviría para que sentara la cabeza, algo que no había logrado ni siquiera encerrándolo en aquella penitenciaría para jóvenes donde hacían trabajos agrícolas. ¿Lo recuerdas?*

En cualquier caso, gracias a aquel yate yo pude ver de nuevo al hombre al que nuestro tío llamaba Nemo. Sucedió cuando en junio de aquel año, 1878, nuestro padre, el hijo de Hetzel y otros amigos del tío fueron invitados a realizar una travesía desde el canal de la Mancha rumbo a España, Portugal y África.

Yo supliqué a nuestro padre que me llevara con ellos, y finalmente lo logré. Y así fue como en junio arribamos a la ciudad de Vigo, donde Jules fue recibido como la celebridad que era. Hubo fiesta y cena en su honor.

Una noche, mientras permanecíamos en aquella ciudad, lo vi salir del barco y, por un impulso que no sé explicarte, lo seguí. Me sorprendió que se dirigiera a las afueras de la ciudad, pero no me detuve. Finalmente, lo vi dirigirse a una pequeña cala alejada de Vigo donde parecía aguardarlo un hombre.

Al principio, no reconocí al desconocido. Pero al acercarme más amparado por unas rocas descubrí en él al mismo hombre con quien Jules había hablado un año antes en el baile de disfraces. Fue allí donde escuché por vez primera el nombre de Nemo, y también oí hablar de la Sociedad de La Niebla…

5

Era un domingo luminoso, aunque frío. Alexia estaba sentada ante su ordenador personal, en el lujoso piso de la calle Velázquez donde residía. Muebles blancos y negros, alfombras gruesas de color crema, cuadros de arte abstracto… Un mundo limpio y aséptico, y seguramente muy caro. No muy diferente a su despacho profesional.

Tenía aún el cuerpo dolorido, y en su frente se advertía la huella morada que había dejado allí el accidente sufrido la tarde anterior. Lucía un vendaje en su muñeca izquierda, y al intentar teclear en su ordenador personal comprobó que le dolía más de lo que había presumido.

En la pantalla del ordenador apareció el nombre de su habitual buscador de Internet, y escribió: *Narración de Arthur Gordon Pym.*

De inmediato, la magia de la red obró el milagro y ante sus ojos verdes aparecieron más de cien mil entradas en las que se ofrecía información de muy diverso tipo a propósito de aquel relato escrito por Edgar Allan Poe y publicado en la revista *Southern Literary Messenger* en enero de 1837, aunque el final del mismo aparecería al año siguiente en otro formato, después de que Poe hubiera abandonado la citada publicación.

Viéndose desbordada, intentó acotar la búsqueda para adecuarla más a sus intereses. Para ello escribió algunas palabras más, hasta que se topó con un par de entradas que le parecieron de interés.

Aquella historia se podía calificar de novela negra de aventuras, aunque los críticos han visto en ella aspectos que tal vez nacieron de la propia experiencia personal del autor, cuyo apellido recuerda fonéticamente de un modo sospechoso al del propio protagonista.

Arthur Gordon Pym, pudo leer Alexia, se embarcó como polizón en el buque ballenero *Grampus*, ajeno por completo a lo que le depararía aquella aventura. Tras terribles penalidades, únicamente Gordon Pym, que narra la historia en primera persona, y tres miembros más de la tripulación quedaron con vida, aunque a la deriva y con remotas posibilidades de salvarse. La tensión que se vive entre los cuatro supervivientes se traslada al lector de forma magistral. Pym y sus acompañantes, Augustus, Peters y Parker, se verán obligados a decidir la muerte de uno de ellos para poder alimentarse. La suerte le fue esquiva a Parker, y los demás bebieron su sangre y se alimentaron de su carne.

Pero ¿qué razones había tenido la elegante y severa abogada Alexia García para buscar información sobre aquel relato?

Si pretendemos ser del todo precisos, habría que decir que fueron al menos dos los motivos de su búsqueda en Internet. En primer lugar, y aunque no quisiera admitirlo, aquella maldita carta que su padre le había entregado y que ella leía a ratos citaba una y otra vez a Edgar Allan Poe como fuente de inspiración para las novelas de Julio Verne. Y en segundo lugar, y este era el motor principal de su búsqueda en la red, su padre le había mencionado cuando era niña una historia que tenía que ver con aquel relato de terror.

—¿Crees en las casualidades? —le había preguntado Ávalos.

Una Alexia de catorce años de edad se encogió de hombros. No sabía qué decir.

—Las casualidades no existen —dijo su padre—. La casualidad es el seudónimo de Dios. —El maestro de escuela mostró un libro a su hija—. ¿Ves este libro? —Ella asintió—. *Narración de Arthur Gordon Pym* —leyó Ávalos enfatizando el título, y a continuación añadió—: Cuenta la historia del naufragio de cuatro marineros que, para sobrevivir, se vieron obligados a comer a uno de ellos.

Alexia hizo un gesto que expresaba su repugnancia por la escena.

—¿Te puedes creer que cuarenta y siete años después de que Edgar Allan Poe escribiera este relato un barco de verdad naufragó y quedaron cuatro supervivientes que, como en el libro, se vieron obligados a comer a uno de ellos?

—Me estás engañando —protestó Alexia.

—No —aseguró Ávalos—. Aquel barco se llamaba *Mignonette*, y naufragó frente a las costas de Cabo Verde. Y lo más extraordinario fue que el marinero al que se comieron se llamaba Richard Parker, igual que el hombre al que devoran los náufragos en el libro.

—¿Cómo pudo ocurrir algo así? Ese escritor, Poe, ¿veía el futuro?

—¿Quién sabe, cariño? —respondió Ávalos—. ¿Quién sabe?

Casi treinta años después, Alexia había recordado aquella historia que su padre le contó. Se preguntaba si era real, si su padre no mentía. Internet no tardó en ofrecerle informaciones escritas con desigual calidad en las que se narraba exactamente lo mismo que ella escuchó siendo una niña. No podía estar segura, no obstante, de si debía conceder o no credibilidad a lo que circulaba en la red. En todo caso, si era mentira, su padre no era el único embustero.

Aquel descubrimiento, el de que Poe hubiera escrito un relato que, parecía, se había convertido en realidad casi cincuenta años más tarde, ponía a Alexia ante la tesitura de creer o no otras muchas cosas que su padre le había contado. Tal vez, se dijo, papá no mentía. A lo mejor era real aquel mundo de fábulas, leyendas y quimeras que perseguía. ¿Y si estaba en lo cierto y el contenido de la carta que le confió el día en que murió era realmente peligroso? ¿Y si habían matado a su padre por aquel motivo y

ella había estado a punto de sufrir idéntica suerte el día anterior?

Porque, en efecto, las magulladuras, la muñeca vendada y el cuerpo dolorido eran el resultado de un aparatoso accidente de tráfico que había sufrido en una calle de Madrid no muy alejada del centro.

Todo fue muy confuso.

Alexia regresaba del gimnasio al que solía acudir los sábados por la mañana. Eran casi las dos de la tarde. No había demasiado tráfico en aquella calle. El semáforo cambió de color. Rojo. Alexia frenó.

No vio venir al otro coche, el que embistió como un rinoceronte a su Volvo C30. El impacto fue tremendo. A pesar del cinturón de seguridad, Alexia acusó el golpe, y su mirada se emborronó. Pero no perdió el sentido, y eso le permitió ver cómo alguien abría la otra puerta de su coche y robaba impunemente su bolso. El bolso en el que, además de su cartera, guardaba la carta de Gaston a su hermano Maurice.

La policía municipal no tardó en llegar. Ella, aún aturdida, explicó lo ocurrido. Se interrogó a varios viandantes que ratificaron la versión de Alexia. En efecto, dijeron, una berlina oscura —un Audi, según la mayoría— había colisionado contra el vehículo de Alexia. Algunos testigos vieron acercarse a un hombre y robar el bolso de la mujer herida. Los gritos y las imprecaciones de quienes estaban presentes no parecieron importarle. Huyó antes de que nadie pudiera reaccionar.

Alexia puso la correspondiente denuncia por el robo de su bolso, y los funcionarios prometieron tramitarla con celeridad y eficacia.

Eso era todo.

Y ahora, veinticuatro horas después, estaba sentada ante el ordenador buscando en Internet pruebas que demostraran que su padre no era un fabulador, porque bien podría haber ocurrido que el accidente no hubiera sido tal, sino que formara parte de un plan calculado, minucioso, para arrebatarle la carta de marras simulando los ladrones que su interés se centraba en el bolso en el que, se suponía, habría dinero. Sin embargo, el robo de un bolso en el que podía o no haber dinero suficiente se le antojaba a Alexia un magro botín para una puesta en escena que incluía una violenta colisión en una céntrica calle de Madrid.

¿De verdad su padre no mentía?

Entonces, en su mente escuchó claramente unas voces que creía desterradas. Las voces de los niños de la escuela que gritaban que el padre de Alexia estaba loco. ¿Lo estaba ella ahora?

Una persona sensata, por ejemplo ella misma un mes antes, no tendría la menor duda de que estaba perdiendo el juicio. ¿Cómo podía siquiera dedicar un minuto de su vida a reflexionar sobre misteriosos asaltantes y oscuras hermandades esotéricas? Esas cosas no existían.

No había prueba alguna que permitiera hablar de asesinato en las circunstancias que rodeaban la muerte de su padre, aunque era evidente que alguien había entrado en su

casa. En cuanto al hombre del sombrero, aquel a quien Capellán persiguió por las calles de Cuenca, podía ser un tipo cualquiera que corrió temeroso al ver que un hombre iba tras él. Y finalmente estaba lo que Capellán le había confesado: alguien había entrado en su casa.

Pero, a pesar de todo, algo se había removido en su interior. Alexia lo sabía, aunque luchaba por evitar que aquella incómoda sensación ganara espacio en sus entrañas.

Por un momento, decidió, se olvidaría de *Tapioca* y sus paranoias para centrarse exclusivamente en su padre. Le concedería a Ávalos el beneficio de la duda, al menos durante unos minutos.

Había una evidencia, y era el hecho de que alguien remitía a su padre aquella carta bajo el seudónimo de Nemo. Eso era verdad. Otra cosa bien diferente era determinar si aquella carta la había escrito o no Gaston Verne.

Admitiendo esa posibilidad, había que reconocer que allí se relataban aspectos insólitos de la vida de Julio Verne.

Era igualmente cierto que el estudio de su padre había sufrido un concienzudo registro. Y también lo era que Ávalos creía que aquella carta era peligrosa.

De acuerdo, se dijo: jugaría con aquella hipótesis. Tal vez las personas interesadas en mantener en secreto la carta habían imaginado que ella era la depositaria de la misma. Y, en ese caso, solo un seguimiento detallado de sus costumbres podía haberles hecho sospechar que llevaba en su bolso aquellos documentos cuando provocaron el accidente de tráfico.

Alexia se dejó llevar por la fantasía y sonrió satisfecha, porque, si las cosas habían ocurrido de aquella manera, quienes con tanta atención la habían vigilado desconocían un detalle de gran interés: había hecho una copia de la carta y la guardaba en la caja fuerte de su despacho.

Lo siguiente que hizo fue buscar en un cajón la tarjeta del inspector Carmona y marcar su número de teléfono móvil.

6

Cabeza abajo, piernas abiertas… El mundo de Estrela era diferente al de las demás personas. A cinco metros de altura y con el cuerpo del revés, todo era distinto, nada resultaba igual a como parecía cuando las cosas se veían con los pies en suelo. Era el inicio de una rutina más. Acababa de dar los primeros pasos de una danza compuesta por arrojes y nudos, agarres y presas. Suspendido del techo, el espectador podía admirar un cuerpo abrazado a unas telas, y unas telas que envolvían un cuerpo sin que se supiera bien si ambos bailaban o pugnaban por la libertad.

Una acrobacia daba paso a un movimiento de agarre. Un suspiro de alivio seguía a una desenrolada doble. Y siempre la sonrisa dibujada en el rostro de la audaz acróbata, transmitiendo alegría, serenidad a un público que no existía en aquella nave industrial en la que ensayaba la compañía de teatro de la que Estrela formaba parte.

Era maravilloso verla convertida en libélula, en hada voladora. El hada Campanilla de Peter Pan debía parecerse mucho a Estrela. Ambas volaban, y ambas provocaban el pasmo dejando a los humanos con la boca abierta.

Pero entre Estrela y Campanilla había algunas diferencias. Para empezar, Estrela era más alta que Campanilla. Sus piernas eran más largas, pesaba cincuenta y cinco kilos, y llevaba toda una vida puliendo aquel cuerpo fibroso en escuelas de danza y gimnasios.

La pasión que Xurxo, su padre, supo transmitirle por la cultura en general y por la danza en particular la convirtió en apasionada bailarina. Desde niña tomó clases de danza clásica y contemporánea, y unos años después decidió unir aquellos conocimientos a otra de sus pasiones: el deporte. Fue entonces cuando se inició en el disciplinado mundo de la gimnasia rítmica.

Aquellos años de formación pulieron su carácter perseverante y posibilitaron que controlara su cuerpo de un modo consciente. La constancia en los entrenamientos se trasladó después a muchos otros territorios de su vida. Por ejemplo, a los estudios.

Estrela siguió la senda humanista de su padre desde los años de bachillerato, y no la abandonó cuando dio el salto a la universidad para matricularse en Historia del Arte en Santiago de Compostela.

Fue precisamente en los días universitarios cuando salió a su encuentro el teatro físico y el circo. Ocurrió el día en que aceptó aquel café al que le invitó Bieito Nuñez. El mismo chico de pelo revuelto y negro como el tizón que aplaudía en aquel instante desde el suelo la última desenrolada doble que Estrela había ejecutado.

—¡Fantástico, niña! ¡Eres la mejor! —Bieito sonrió como él sabía hacerlo. Y su

sonrisa desarboló una vez más a Estrela.

Ella bajó de su mundo etéreo compuesto de seda y licra. Las telas con las que ejecutaba sus ejercicios eran elásticas, más amables que las fabricadas con otros materiales, pero ni siquiera eso impedía que se produjeran quemaduras en sus pies, en sus manos y en sus caderas durante las largas horas de ensayo.

—¡Eres un zalamero! —También ella sonrió al joven.

Aquel café, el que compartió con Bieito hacía ya cinco años, cambió su vida.

Estrela nunca había visto a Bieito hasta aquella noche de verano en Santiago de Compostela. Acompañada de otras dos amigas de la facultad, paseaba por el casco antiguo y en su vagabundeo fueron a parar a la plaza de Quintana.

Era una noche magnífica, de esas de estrellas en el cielo y chicos guapos en la tierra. Una noche de luna llena gallega. Una noche de circo en la plaza de Quintana, muy animada a pesar de estar en la zona reservada a los muertos[94].

En medio del corro que había formado el público alrededor de los titiriteros que actuaban en la plaza poniendo la gorra como única taquilla, Estrela vio al chico que hacía malabares con antorchas. No era demasiado alto, pero eso no la decepcionó. Lo que sedujo a Estrela fueron los ojos negros de aquel muchacho de cabello rebelde, ancho pecho y barba incipiente. Cuando aquellos ojos se detuvieron en los de ella durante unos brevísimos instantes, los precisos para que él lanzara una vez más las antorchas al aire y las recogiera sin que cayeran al suelo, Estrela se estremeció.

El espectáculo se prolongó aún durante media hora, pero Estrela no fue capaz de admirar ningún número más, y en sus recuerdos aquella función no tuvo más artista que el chico de las antorchas. Su memoria se detuvo en aquel momento mágico, como si anticipara la historia de amor que ambos vivirían durante los dos años siguientes. Y todo comenzó cuando, al finalizar la función, el chico de las antorchas se acercó a ella y se presentó:

—Me llamo Bieito, ¿y tú?

Ella sonrió antes de decir su nombre. Luego, él le propuso tomar un café, y ella aceptó.

La conversación que siguió a la excusa del café fue trascendental para ambos, aunque más para Estrela. Los dos comprendieron que estaban obligados a explorarse más, a conocerse, a reír, a caminar, a besarse. Pero ella, además, entrevió un mundo nuevo en el que poder expresarse con su cuerpo. No sería danza, ni tampoco gimnasia rítmica, pero necesitaría de esas disciplinas para avanzar.

Bieito y Estrela se fueron juntos aquel verano a la localidad francesa de Chambéry con el propósito de formarse en Arc en Cirque, un prestigioso centro de artes circenses.

Estrela nunca supo si Bieito tuvo problemas en su casa cuando anunció aquel viaje, pero ella sí que los tuvo. Sabela, su madre, montó en cólera y exigió de su nuevo

marido, el promotor urbanístico, una firme oposición que él intentó aplicar.

—¿Sabes lo que hubiera dicho papá? —Estrela gritó con los ojos húmedos mirando a su madre e ignorando a su padrastro—: Me llamaría niña, porque para él yo siempre era su niña, y diría que tengo derecho a volar, a formarme, acertar y equivocarme. El circo también es arte —recordó.

—¡¿El circo?! ¡¿El circo?! —El promotor estaba a medio camino entre la risa y la indignación—. ¿Qué tipo de futuro te espera en el circo?

—Dile a ese imbécil que no es mi padre, y que no lo será nunca —gritó Estrela dirigiéndose a su madre.

—Este imbécil es quien te paga los estudios —recordó el padrastro.

—Pues no es necesario que lo sigas haciendo —replicó Estrela—. A lo mejor me los pago con el circo.

Sabela acusó entonces a su difunto marido de ser un irresponsable, un anarquista trasnochado, un ridículo soñador que había echado a perder a su hija con tanto libro, tanta filosofía y tanta música. Y esa fue la gota que colmó el corazón de Estrela. Su única respuesta fue un silencio estruendoso. Se dirigió a su habitación, llenó un par de bolsos de viaje con ropa y enseres personales, y puso punto final a una etapa de su vida con un portazo formidable.

La pareja permaneció un año completo en la ciudad francesa, y cuando regresaron lo hicieron con dos proyectos en mente. El primero era compartir piso; el segundo, formar una compañía de teatro y circo. Actuarían preferentemente en la calle, aunque tenían un amplio catálogo de sueños en los que aparecían montajes para salas.

La historia de amor de Estrela y Bieito se prolongó, como ya se dijo, durante dos años. Pero su relación profesional seguía intacta aquella mañana de diciembre, cinco años después, cuando ella recibió aquellos elogios por su destreza en las telas de quien fuera su amante en otros tiempos.

—¿Te vas ya? —preguntó Bieito.

—Sí, voy a cambiarme —respondió Estrela.

Él asintió y ella percibió una mirada que le pareció que contenía algunas gotas de deseo. Ella se esforzó por apartar la idea de su mente. Ahora Bieito tenía una relación estable con Maribel, otra chica de la compañía de teatro. Además, un niño había nacido ocho meses antes apretando aún más el nudo que existía entre ambos.

—¿Cómo está tu abuelo? —Bieito sabía la importancia que tenía para ella el abuelo Xoan.

—Así, así —respondió Estrela—. Le he prometido que actuaremos en el centro para todos los abuelos.

Bieito sonrió.

—Eso está hecho.

—Antes de Navidad.

—Antes de Navidad.

Estrela se quedó enganchada en los ojos negros de él durante unos segundos más de lo debido.

7

El Golf conducido por Miguel se estremeció por culpa de un bache. La residencia geriátrica La Isla, se leía en la publicidad, era puntera entre los establecimientos de su género, pero nada se decía de los accesos a la misma. El limpiaparabrisas iba y venía apartando la cortina de lluvia con la que se había despertado la mañana. El mundo alrededor de Miguel era de color esmeralda.

Mientras conducía, Capellán iba limando mentalmente las aristas del plan que había urdido para entrevistarse con los responsables del geriátrico. La idea central era que su padre estaba mayor, con la salud delicada, y él no podía atenderlo. No obstante, quería lo mejor para la única familia que le quedaba. Alguien le había hablado de aquel centro como uno de los mejores.

Esa era la estrategia. Una estrategia que muchos juzgarían estúpida, pero qué importaba. No era la primera vez que sus aventuras ponían a Miguel en la diana de los críticos. En cierta medida, pensó, él también, como Verne, se sentía el más incomprendido de los hombres.

¿Por qué Verne se autocalificó así? ¿Simplemente, como proponían los sesudos «Caviedes» del mundo, porque anheló entrar en la Academia Francesa pero sus colegas ignoraron su obra, a pesar de haber vendido más ejemplares de sus novelas que la inmensa mayoría de ellos? ¿Tal vez porque ni siquiera su hijo Michel lo comprendió?

Verne creó personajes como Dick Sand, el protagonista de la novela *Un capitán de quince años*, y otros muchos héroes adolescentes en los cuales quería ver el hijo que no tuvo, pues el que Dios le concedió en nada se parecía a aquellos seres de ficción valientes, generosos y abnegados que brotaban de su imaginación.

¿O quizá la amargura de Verne nacía de la frialdad que reinaba en su matrimonio? ¡El matrimonio! La imagen de su exmujer pasó fugazmente y sin permiso por la mente de Capellán.

¡La familia como desgracia! ¡Qué ironía! El autor de tantas novelas aparentemente escritas para un público infantil y familiar resultaba haber sido un hombre atrapado en una familia burguesa que lo agobiaba.

Miguel estacionó su coche en el mismo lugar en que lo hiciera la noche anterior. El aparcamiento, no obstante, estaba mucho más concurrido en la mañana de aquel

domingo, según pudo advertir. Al parecer, los residentes gozaban de la visita de sus familias en mayor número ese día.

La puerta metálica estaba cerrada. A la derecha de la misma descubrió un interruptor en el que no había reparado. Pulsó el timbre y aguardó la respuesta. Miguel vio varias cámaras de seguridad, y se preguntó cuántas más estarían instaladas en el recinto.

—¿Dígame? —Una voz femenina interrumpió sus pensamientos.

—Hola, me llamo Miguel Capellán y desearía hablar con algún responsable del centro. Estoy interesado en solicitar plaza para un familiar.

La puerta se abrió de inmediato. Miguel se adentró al fin en la finca y caminó con paso decidido en dirección al edificio principal. A la luz del día, las piedras que le daban forma parecían menos siniestras, pero no menos señoriales.

Al llegar al edificio, una escalera igualmente de piedra salía al paso del visitante, obligándolo a subir por una media docena de anchos peldaños. A la derecha, había instalada una rampa y también un sistema que permitía subir sillas de ruedas.

Antes de que pudiera franquear la puerta, salió a su encuentro una amplia sonrisa dibujada en el rostro de una mujer de unos cincuenta años, de formas generosas y no carente de atractivo.

—Ana Otero —se presentó la mujer—. Asistente del director, don Marino Rey.

Miguel estrechó la mano que la mujer le ofrecía.

—Miguel Capellán.

La mujer le ofreció entrar. La lluvia había cesado, pero la temperatura era fría.

—¿Qué deseaba? —preguntó la mujer con el mismo tono amable y profesional.

—La verdad es que me gustaría hablar con el director —explicó Miguel—. Verá usted, tengo a mi padre bastante mayor, y, aunque es la única familia que me queda, debido a mi trabajo me veo obligado a viajar continuamente y no puedo atenderlo como me gustaría. Un amigo me habló de este centro y no escatimó elogios hacia ustedes, así que me decidí a preguntar si…

—Entiendo —lo interrumpió la secretaria—. Veré si don Marino le puede atender. —Giró sobre sus talones—. ¿Me acompaña?

Miguel caminó junto a ella atravesando un amplio vestíbulo. Capellán llegó a pensar que estaba en un edificio totalmente diferente del sólido pazo de piedra que había visto por fuera. El interior era moderno, cálido, confortable, casi lujoso. No tardó en ver a algunos de los ancianos acompañados por un cuidador o junto a personas más jóvenes que, supuso, serían sus familiares.

—¿Es tan amable de tomar asiento y esperar unos momentos? —preguntó la secretaria señalando unas butacas del color de la avellana que parecían muy confortables. A Miguel le pareció que la mujer lo había mirado con cierta coquetería.

Se dejó caer en uno de los sillones, que lo acogió cálidamente. Nada que ver con los muebles de diseño del despacho de Alexia, pensó.

Estaba en una sala de espera no demasiado amplia, con una decoración sobria, pero hospitalaria. Supuso que era la antesala del despacho del director. El suelo allí era de

madera, había cuadros de paisajes norteños en las paredes y una mesa repleta de revistas actuales, según comprobó al hojear alguna de ellas.

Apenas había podido leer un artículo en una de aquellas publicaciones cuando se abrió una puerta situada a la derecha del lugar donde Miguel estaba sentado. Por ella salió un hombre alto y delgado. Tenía el cabello ligeramente rizado y entrecano. La frente despejada, los pómulos afilados. No debía de haber cumplido aún los cuarenta años, según el apresurado peritaje que Capellán realizó.

—¿Señor Capellán? Me llamo Marino Rey. Soy el director del centro. Pase, por favor.

Miguel, que se había incorporado, obedeció. Entró en el despacho y unos segundos después estaba sentado frente al escritorio del director de La Isla. El despacho parecía una prolongación de la sala de espera, con idéntico suelo de madera, cuadros con paisajes decorando las paredes y un mobiliario bastante clásico.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó Marino Rey.

—Como le dije a su secretaria, un amigo me habló maravillas del centro que usted dirige, y se da la circunstancia de que busco algo así para mi padre.

Marino Rey respiraba con calma, como si paladease cada ración de aire. Parecía concentrado en Miguel, y no solo en lo que Miguel decía.

—¿Dónde viven ustedes?

—En La Coruña —mintió Capellán—. Yo trabajo en negocios de exportación e importación —explicó— y debo viajar con frecuencia. Le aseguro que no es una decisión fácil para mí separarme de mi padre, pero él se merece lo mejor, y yo no se lo puedo ofrecer en mi casa.

—¿Qué edad tiene su padre?

—Setenta y cinco años.

—¿Estado de salud?

—Normal —respondió Miguel—. Quiero decir que está bien, que tiene los achaques propios de la edad, pero nada más.

Marino volvió a paladear el aire. Su expresión era grave.

—Tenemos un protocolo muy estricto en La Isla —dijo tras guardar un breve silencio—. Deberíamos valorar al paciente, conocer más profundamente sus circunstancias y expediente médico, además de saber más de la familia. —Hizo una pausa y añadió—: En este caso, de usted. Me refiero a su situación económica y esas cosas.

—Comprendo, y no hay problema alguno. Dígame qué documentación debería enviarle, y lo haré.

—Mi secretaria le facilitará los impresos necesarios, aunque debo advertirle que no le garantizo una plaza, porque tenemos varias solicitudes más y, desgraciadamente, no hay habitaciones suficientes.

—No se preocupe, me hago cargo. Me gustaría, antes de irme, conocer el centro. ¿Es

eso posible?

—Por supuesto. —Marino Rey sonrió. Pulsó un botón del teléfono de su despacho y al instante apareció Ana Otero—. Ana —dijo Marino a su secretaria—, acompañe al señor Capellán y muéstrele nuestas instalaciones. Después, le entrega los impresos para una solicitud de ingreso.

Marino Rey se levantó de su sillón, y Capellán lo imitó. El apretón de manos fue cordial y enérgico.

La señora Otero (¿o sería señorita?) resultó ser una guía impecable. Y Miguel se ratificó en su idea: aquella mujer coqueteaba con él, lo que le hizo sentirse incómodo. No obstante, tuvo que admitir que aquello le benefició, pues Otero le proporcionó una exhaustiva información del centro geriátrico y de la historia de aquel edificio.

Se trataba de un pazo construido en el siglo XVI, dijo la secretaria. Desde su construcción, había pasado por varias manos hasta que fue transformado en centro geriátrico tras una fuerte inversión realizada por un consorcio de empresas que se dedicaban al sector servicios.

Miguel supo que en la actualidad había veinticinco residentes, de los cuales diez eran hombres. Las habitaciones para aquellos que tenían mayores dificultades de movilidad se encontraban situadas en el primer piso, y todas tenían acceso directo al jardín. En total, había diez habitaciones a nivel de suelo, quedando el resto para el piso superior. Dos amplios ascensores y las más avanzadas tecnologías favorecían el tránsito de los residentes entre uno y otro nivel.

—Nuestro problema es que tenemos más solicitudes que plazas disponibles —explicó Ana Otero—. Actualmente, solo hay dos habitaciones libres. ¿Quiere ver una de ellas? —preguntó la secretaria regalando una sonrisa blanca.

—Me encantaría —respondió Miguel, aún más incómodo.

Miguel caminó por un pasillo junto a la secretaria hasta que ella se detuvo ante una puerta. Del bolsillo de su inmaculada bata blanca, Ana Otero sacó un manojo de llaves. Todas estaban numeradas. Eligió la número 19, la introdujo en la cerradura, la hizo girar y la puerta se abrió.

La habitación resultó ser cómoda y limpia. Tenía un amplio ventanal que miraba hacia el jardín, y se podía acceder a él directamente, aunque Miguel advirtió en la puerta un sistema de seguridad que impedía que el paciente saliera por su cuenta a la calle. Supuso que solo era posible que paseara en el exterior en compañía de un cuidador.

Una cama, un armario empotrado, dos mesitas, un pequeño escritorio y dos sillas formaban el mobiliario. Todo mostraba un aspecto pulcro y aseado.

—¿Le gusta? —preguntó la mujer a Miguel.

—Me parece perfecta.

—Venga, le mostraré el resto de las instalaciones —dijo Ana Otero.

Además de las habitaciones, en el primer piso Miguel visitó una coqueta cafetería, las modernas instalaciones de la cocina, desde la cual se accedía directamente al comedor del centro, la imponente sala donde trabajaban los fisioterapeutas, un enorme salón de juegos con televisión y la zona destinada a terapias ocupacionales.

—En el piso de arriba, además de las habitaciones de algunos residentes, están los despachos de los doctores y…

—¿Hay varios doctores? —preguntó Miguel intrigado.

—Naturalmente —respondió Ana—. El cuerpo médico está integrado por cuatro doctores, una dietista, cuatro fisioterapeutas, varios monitores de terapias ocupacionales, y unos cincuenta enfermeros y enfermeras. Se trabaja por turnos, de manera que siempre haya suficiente personal de guardia. Tenga en cuenta que hay enfermos con deterioro cognitivo leve, pero otros muestran un deterioro severo, y algunos requieren una continua atención.

Miguel supo que en el piso superior los médicos de guardia tenían sus propias habitaciones, al igual que el director del centro.

—También disponemos de un servicio de peluquería. —Ana abrió una puerta y Miguel se sorprendió al encontrarse en una peluquería excelentemente equipada—. El servicio es semanal, al igual que la visita del podólogo.

Las instalaciones eran extraordinarias. Todo rezumaba limpieza y eficacia.

—El ejercicio es básico para ellos —comentó Ana al ver que Miguel observaba a un anciano caminando en compañía de un cuidador—. Cuando el tiempo es más amable pasean por el jardín. ¿Quiere que se lo enseñe? Ha dejado de llover.

Miguel dudó. Tenía la sensación de que no se iba a quitar de encima a aquella mujer, y él necesitaba quedarse a solas para echar un vistazo por su cuenta. No obstante, dijo que sí, que estaría encantado.

—La finca es amplia, como verá —dijo Ana mientras caminaban sobre la hierba mullida y húmeda como consecuencia de la lluvia reciente—. Aquel edificio era un antiguo palomar. —Señaló la construcción que Miguel había visto la noche anterior desde la puerta trasera de la finca.

—¿Eso es una capilla? —preguntó Miguel mirando la construcción que estaba adosada a una parte del edificio principal.

—En realidad, lo fue en su tiempo, hace siglos. El señor del pazo podía escuchar misa sin salir de casa. Pero en la actualidad no se utiliza. El edificio está pendiente de ser rehabilitado. Carece de uso. ¿Seguimos?

Una vez dentro del edificio principal, la mujer condujo a Miguel por diferentes pasillos hasta llegar al salón donde algunos residentes conversaban con varias personas.

—Los domingos esto siempre está muy animado —comentó Ana—. Día de visita para casi todos.

—Parece que no para todos, ¿no? —Miguel señaló a un hombre sentado en una silla

de ruedas.

—¡Ah, don Rodrigo! —exclamó la secretaria—. Una historia muy triste. En realidad, a don Rodrigo no lo visita nadie nunca. Su familia paga religiosamente, pero se han olvidado de él. Y, afortunadamente para él, él también se ha olvidado de ellos. Bueno, de ellos y de todo. Nadie le ha escuchado decir una sola palabra desde que llegó aquí.

Miguel contempló la triste expresión de aquel hombre que miraba el jardín a través de la cristalera, y le asaltó el recuerdo de Ávalos.

—¿Tienen ustedes biblioteca? —preguntó.

Ana Otero pareció sorprendida, como si fuera la primera vez en su vida que alguien le preguntaba algo así.

—Lo cierto es que sí —contestó—. En el piso de arriba. No es que tengamos muchos títulos, pero sí habrá unos dos mil, más o menos.

—¿Podría verla?

—¿A su padre le gusta la lectura?

—¿A mi padre? —Miguel había olvidado su propia mentira, aunque no tardó en recordarla—. Sí, claro, a mi padre le encanta leer.

Subieron en ascensor, y poco después Miguel se encontró ante una coqueta colección de libros. La sala de lectura no era muy grande, pero supuso que los residentes se llevarían los libros a sus habitaciones para leerlos más cómodamente. Paseó por las estanterías y ojeó los títulos. De pronto, encontró lo que podía ser una primera pista a seguir.

—¡La colección completa de los *Viajes extraordinarios* de Julio Verne! —exclamó.

Ana Otero alzó la ceja derecha.

—¿A su padre le gusta Verne?

—Ya lo creo —repuso Miguel—. Le apasiona. —Miró directamente a los ojos de la secretaria y probó suerte—: ¿Sabe si hay algún otro residente a quien le guste leer a Verne? Sería una magnífica noticia para mi padre.

—La verdad es que no lo sé —respondió Ana Otero—. Debería consultar las fichas de préstamos de libros. Pero se lo puedo decir en su próxima visita.

Miguel estuvo a punto de pedir a la secretaria si podía él mismo consultar ese dato, pero le pareció un exceso.

—Se lo agradecería mucho —dijo finalmente.

A continuación, regresaron al piso de abajo y la secretaria se disculpó. Tenía que ir a su despacho para buscar los impresos.

—Puede usted curiosear si lo desea mientras voy a buscar la documentación que deberá enviarnos.

Miguel se mostró encantado ante la posibilidad de quedarse solo durante unos minutos. Y, cuando Ana Otero se alejó, estuvo a punto de regresar a la biblioteca y consultar las fichas de préstamos de libros, pero imaginó que no disponía de tiempo suficiente. Resultaba más razonable intentarlo en otro momento, pero ¿cuándo?

Después de todo, se había quedado sin argumentos para poder regresar a la residencia y curiosear.

Tan ensimismado estaba imaginando excusas que le permitieran regresar al día siguiente para localizar a algún posible lector de Julio Verne que pudiera ser el misterioso Nemo que tropezó en su vagabundeo con un anciano a quien acompañaba una joven rubia peinada con rastas.

—Disculpe, lo siento mucho —dijo Miguel mirando a la muchacha. ¿Dónde había visto él a aquella chica *perroflauta?* Entonces la recordó: era la misma que había visto salir de la residencia la noche anterior.

—Tranquilo, no pasa nada. —La joven sonrió.

Si vistiera de otro modo, si al menos estuviera maquillada, si no llevara aquel piercing en la nariz y un solo pendiente en una oreja, si no llevara aquellas ropas de tantos colores como el arcoíris, Miguel hubiera dicho que estaba ante una belleza. Pero aquellas ropas y todo lo demás… A él no le gustaba aquel estilo.

Miguel se apartó y dejó pasar a la joven y al anciano a quien acompañaba.

Aún estaba dudando si debía regresar a la biblioteca o no cuando dos imágenes atrajeron su atención. Y una de ellas muchísimo más que la otra.

Al mirar hacia el fondo del salón reparó en la figura alta y delgada del director del centro. Marino Rey caminaba con las manos en los bolsillos de su pantalón, cabizbajo, ajeno a los pacientes y sus familiares. Pero lo que le pareció curioso a Miguel fue que se acercó hasta la silla de ruedas que ocupaba don Rodrigo, la cogió y la condujo hacia la otra puerta de acceso que tenía el salón. Le resultó sorprendente porque aquel anciano al que nadie, según Ana Otero, había escuchado decir una sola palabra jamás, pareció decir algo al oído del director cuando este se inclinó hacia él. Lamentablemente para Miguel, varias personas se cruzaron en su campo de visión y no pudo asegurarse de que tal conversación hubiera tenido lugar.

Mucho más extraordinaria fue la sorpresa que recibió al mirar hacia el jardín y ver caminar por él, con aquel aire resuelto y con su apabullante seguridad, a Alexia García.

La carta

… Tú nunca lo supiste, querido Maurice, pero desde aquella noche en la que Jules habló con el hombre a quien llamaba Nemo deseé con todas mis fuerzas adentrarme en los senderos de conocimiento que nuestro tío había frecuentado. Y, tras insistir, Jules aceptó mediar por mí.

Gracias a él llegué a las puertas de una casa en París donde se me acogió como postulante. ¿Cómo podría imaginar entonces que un día mi fidelidad a la orden se mediría con la devoción que sentía hacia nuestro tío?

Debo confesarte, sin embargo, que nunca vi a los Superiores Desconocidos, pues a quienes ocupábamos el más bajo escalafón de la iniciación la mayoría de los grandes secretos de la orden nos estaban vedados. Nos movíamos en el rumor, en la leyenda. Se murmuraba sobre la existencia de un lugar extraordinario, jamás cartografiado, donde habitaba el Rey del Mundo. Unos afirmaban que se podía localizar en el Tíbet, y otros, en cambio, se decantaban por el desierto de Gobi.

En aquellos días no sospechaba que mi entusiasmo por pertenecer a la orden coincidía con el desencanto de nuestro tío por haber ingresado en La Niebla. Y jamás se me pasó por la imaginación que la noticia publicada en un periódico inglés anunciando su muerte iba a activar su ingenio para poner en marcha un plan que, a la larga, podía poner en peligro el mayor de los secretos de la orden[95].

La idea de que se le hubiera dado por muerto para luego reaparecer con vida, al menos ante los lectores de aquel periódico inglés, sirvió de germen para los planes futuros de Jules, quien por aquel entonces mostraba con frecuencia un rictus amargo y se mostraba más proclive a escribir teatro que novelas. Incluso a finales de 1883 mostró su hartazgo a Hetzel [96], lo cual hizo que en la orden se encendieran las alarmas y se resolvió recordar a nuestro tío a quién debía en gran medida su éxito.

Meses después, se me encomendó la primera de las desagradables misiones que la orden tenía reservadas para mí. Ocurrió en la primavera de 1884. ¿Recuerdas el viaje en el Saint-Michel III *rumbo a África en el que nuestro padre y yo mismo acompañamos al tío? En aquella travesía volvimos a hacer escala en Vigo. Yo me encontraba a disgusto, pues se me había exigido no quitar ojo de encima a Jules. Debía espiarlo. La orden temía que se fuera de la lengua, que cometiera alguna indiscreción.*

Una noche, mientras el yate permanecía fondeado en Vigo, se presentó en mi camarote aquel hombre de ojos negros a quien Jules llamaba Nemo. No sé cómo llegó hasta allí sin que nadie lo advirtiera, pero te resultará fácil imaginar mi sorpresa. Sin preámbulo alguno, Nemo me exigió que condujera a Jules con engaños hasta la misma cala donde años antes los había espiado.

Te ahorraré los detalles de mi miserable actuación, pero lo cierto es que Nemo y Jules se volvieron a encontrar, y en esta ocasión la conversación entre ambos fue tensa. Nuestro tío alzó la voz en más de una ocasión, pero Nemo se mostró imperturbable.

Algo se quebró en el interior de Jules. Si observas sus novelas con atención, a partir de los años ochenta aparecen con frecuencia en ella científicos malvados, hombres que no dudan en poner sus conocimientos al servicio de sus propios intereses, no al de los de la humanidad. Algunos creen que la amargura de Jules nacía del hecho de no haber sido aún admitido en la Academia Francesa, pero la realidad era diferente: había dejado de creer en la ciencia como palanca de progreso para la liberación del hombre.

En cuanto a mi relación con él, te diré que quedó lesionada para siempre desde aquel viaje.

Jules había hecho caso omiso a las instrucciones de Nemo. Sus novelas lo expresaban mejor que ninguna otra cosa. Y La Niebla volvió a cruzar a Nemo en el camino de nuestro tío. Fue su último encuentro, al menos hasta donde yo sé.

En marzo de 1885, cuando nuestros tíos vivían en la calle Charles Dubois de Amiens, Jules tuvo la ocurrencia de volver a organizar un baile de disfraces. Seguramente recordarás que en la fiesta no faltó de nada, y que el tío contrató a una reputada casa de comidas para que se encargara de que los invitados se hartaran de beber y comer[97].

Supongo que todo el mundo estaba ocupado divirtiéndose y nadie reparó en la discusión que Jules sostuvo en el patio enlosado con un hombre ataviado como el capitán Nemo. Desde la cristalera que asoma al patio, vi cómo ambos se separaron sin estrecharse la mano…

8

Horas antes de atravesar con paso decidido la finca del centro geriátrico, Alexia había apartado las cortinas de la habitación de su hotel dejándose atrapar por la estampa de la bahía de Vigo: los barcos meciéndose sobre el mar plata y blanco, el cielo gris plomizo, charcos en la calle.

El yate de Julio Verne había echado amarras en dos ocasiones en aquella bahía. En algún lugar no lejano el escritor se había encontrado con el misterioso Nemo, si daba crédito a la carta. Y ahora era ella quien se había embarcado en la aventura de encontrar al misterioso Nemo.

Era una historia fantástica, y por ello difícil de creer. Una historia que se había negado a admitir hasta que un par de días antes el inspector Carmona había muerto en un trágico accidente de tráfico. Un accidente que, en opinión de Alexia, no fue tal.

Ocurrió al día siguiente de que ella lo llamara. Le contó lo que le había sucedido, que un coche había embestido al suyo a la luz del día, que aunque varios testigos presenciaron el suceso no pudieron aportar más que una descripción del vehículo ciertamente insuficiente como para ayudar en la investigación, y que le habían robado el bolso.

El inspector Carmona la había escuchado en silencio al otro lado del teléfono. No la interrumpió hasta que ella le dijo que lo llamaba precisamente por eso, por el robo del bolso. O, más bien, por lo que había en el bolso.

Cuando él quiso saber a qué se refería, ella le confesó que alguien había enviado durante varias semanas una serie de cartas a su padre, y que tenía razones para sospechar que era eso lo que habían querido robar en el piso de Cuenca.

—Y resultó que esas cartas las tenía usted —dijo lacónicamente el policía.

—Mi padre me las confió la misma noche en que lo mataron —admitió Alexia—. Él decía que eran peligrosas, pero yo, para serle sincera, nunca había tomado en serio la afición de mi padre por los enigmas.

—¿Y qué dicen esas cartas, si se puede saber?

—Si le parece, nos vemos mañana y se lo explico personalmente.

El policía aceptó. Se desplazaría a Madrid, dijo. Y se mostró dispuesto a reabrir el caso de la muerte de Ávalos si encontraba algo sólido a lo que agarrarse en aquellas cartas.

Pero Carmona nunca llegó a la cita. Alexia lo esperó impaciente, y cuando el retraso se hizo preocupante lo llamó al teléfono móvil, pero nadie contestó. Al día siguiente se

atrevió a marcar el teléfono de la comisaría de la policía nacional de Cuenca y supo lo ocurrido.

Los frenos del coche fallaron, dijeron. Una desgracia.

Tal vez se empezaba a parecer a su padre, pero a ella la muerte de Carmona no le pareció accidental. No sabía qué pasos había dado o pretendía dar el inspector para reabrir el caso del asesinato —ahora se atrevía a utilizar ese calificativo— de su padre.

¿Qué podía hacer? Tenía ante sí la alternativa más cómoda, que era no hacer absolutamente nada, o adentrarse en un terreno para ella totalmente desconocido. Muerto Carmona, fuera quien fuese la mano criminal que lo ejecutó, podía estar tranquila, pues seguramente ningún otro inspector de Cuenca reabriría el caso de Ávalos. Y muerto Ávalos, y con la carta de Gaston en su poder, solo Alexia podía incomodarlos.

Entonces, tomó una decisión: encomendó a Nati, su eficiente secretaria, que localizara aquel asilo, La Isla. Y que, cuando lo hubiera hecho, le reservase una habitación en Vigo, además de un billete de avión para el primer vuelo que partiera desde Madrid.

Así fue como llegó a aquella habitación, situada en una de las plantas más altas de aquel hotel con vistas a la bahía. Contemplando el mar y los barcos atracados, era imposible no recordar lo que había leído en la carta de Gaston a propósito de las travesías que Julio Verne emprendió a lo largo de su vida, en dos de las cuales hizo escala en aquella ciudad gallega.

La primera ocasión en que desembarcó en la ciudad fue en junio de 1878. Y allí regresó seis años después, en el que sería su último gran crucero.

Alexia había buscado información en alguna biografía publicada sobre Julio Verne y había podido comprobar que muchos de los datos que se ofrecían en la carta eran correctos, como por ejemplo las dos escalas que Verne hizo en Vigo a lo largo de su vida como navegante. Pero otras informaciones no aparecían en ninguna publicación. Por ejemplo, la identidad del hijo de Paul que formó parte del pasaje del último crucero de Verne provocaba la discrepancia entre los biógrafos. Algunos proponían que fue Gaston el sobrino embarcado en aquella ocasión, pero otros se decantaban por su hermano Maurice. Y, por supuesto, ningún biógrafo mencionaba que Verne hubiera formado parte de una hermandad secreta. Finalmente, en ninguna parte se mencionaba carta alguna escrita por Gaston a Maurice.

Alexia se duchó, se vistió de un modo mucho más informal que de costumbre —pantalón vaquero oscuro, suéter negro, anorak beig, y botas negras con generosos tacones— y se dispuso a cruzar el umbral de lo racional. Iría al geriátrico de marras dispuesta a salir de dudas. Minutos después, tomó un taxi.

—Necesito ir a un centro geriátrico llamado La Isla.

—Eso está en Gondomar —dijo el taxista.

—¿Queda lejos?

—Media hora, más o menos —respondió el conductor—. Todo el mundo dice que es un sitio de primera.

—¿De veras?

—Hay tortas por conseguir una plaza allí.

Alexia no hizo más comentarios. No tenía ganas de charla, y prefirió consumir el tiempo dejando que sus ojos se untaran del verde del paisaje y permitiendo que su mente deambulara de un lado para otro.

Un puñado de imágenes se fueron superponiendo en su mente sin ningún orden: la muerte de su padre, las pesquisas del inspector Carmona y la propia muerte del policía, la figura del capitán Nemo, la sociedad de La Niebla, el robo de su bolso y el irritante *Tapioca*.

¡Capellán!

¿Qué habría sido de Miguel Capellán?

El recuerdo de la visita de *Tapioca* a su despacho desplazó de pronto al resto de las imágenes. Alexia recordó la clara advertencia que el periodista le había formulado. Ella estaba en peligro, le aseguró. Él mismo, confesó, sospechaba que alguien había entrado en su piso y creía que los asaltantes buscaban la maldita carta.

Alexia imaginaba que Miguel había llegado a la conclusión de que era ella quien conservaba la dichosa carta. Y ella misma se había delatado cuando, sin darse cuenta, dijo en la última conversación que ambos tuvieron que Hetzel formaba parte de aquella hermandad llamada La Niebla. La metedura de pata no pasó inadvertida para el periodista, aunque ella trató de salir del trance lo mejor que pudo.

Miguel le había anunciado su intención de viajar hasta Vigo para esclarecer aquel misterio. Pretendía desenmascarar al misterioso Nemo. Alexia se preguntó si ya lo habría logrado. ¿Estaría Capellán aún en Galicia?

Según él, la lealtad que sentía por Ávalos le obligaba a descubrir la identidad de quienes lo habían asesinado. Miguel nunca había creído que la muerte de Ávalos fuera un accidente. Pero Alexia sospechaba que, al igual que ella, también *Tapioca* ocultaba algo.

—Estamos a un paso, señorita —anunció el taxista.

Alexia no hizo comentario alguno, pero sin poder evitarlo sintió un estremecimiento. Hasta aquel momento no había caído en la cuenta de que no tenía trazado ningún plan. ¿Qué haría cuando llegara a la residencia geriátrica? ¿Acaso podía preguntar directamente por Nemo?

Apresuradamente, intentó construir una estrategia, pero todas sus ideas le parecieron estúpidas y muy difíciles de defender. Por otra parte, no estaba segura de sus dotes como actriz. Seguro que *Tapioca* se las hubiera arreglado mucho mejor que ella.

De pronto, el taxi se detuvo ante una imponente puerta de hierro. Un sólido muro de

piedra repleto de musgo amparaba un edificio de aspecto medieval.

—Es un pazo formidable, ¿verdad, señorita? —comentó el taxista.

Ella asintió en silencio. Lo era. De verdad que era un edificio extraordinario.

Alexia pagó al taxista sin preocuparse sobre cómo regresaría a Vigo. Lo más urgente era diseñar una estrategia, porque ya no había vuelta atrás. El cartel que había junto a la puerta no admitía duda alguna: aquella era la residencia geriátrica que aparecía en el folleto propagandístico que estaba en el despacho de su padre.

Cuando pulsó el timbre, Alexia había tomado una decisión: sería ella misma. Sería una abogada que representaba los intereses de un cliente y le resultaba imprescindible encontrar a una persona en aquel geriátrico. Hablaría claramente al director sobre unas cartas remitidas desde allí y solicitaría su colaboración para localizar al remitente.

La puerta se abrió, y Alexia se adentró en el jardín. Un camino de grava conducía hasta los anchos escalones que daban acceso al pazo, ahora reconvertido en centro para ancianos. Vio una amplia cristalera y, tras ella, a alguien a quien no sabía si deseaba ver o no.

Allí estaba, mirándola como un idiota, Miguel *Tapioca* Capellán.

9

Miguel se abrió paso entre un grupo de familiares que charlaban animadamente con una anciana sin perder de vista el posible regreso de Marino Rey, el director del geriátrico. La aparición de Alexia podía echarlo todo a perder. No sabía qué excusa iba a utilizar la abogada para explicar su presencia allí, pero fuese la que fuese podía resultar sospechoso que dos personas deslizaran, aunque fuera de forma sutil como él había hecho, el nombre de Julio Verne. Además, Ana Otero, la eficaz secretaria de Marino, podía salir al encuentro de Alexia en cualquier instante.

Miguel se apresuró a llegar hasta la puerta al tiempo que Alexia la franqueaba.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —Capellán no se esforzó lo más mínimo en ocultar su enfado.

—¿Disculpa? —Alexia irguió su cuerpo. Los altos tacones le permitían ver por encima del hombro de Capellán—. ¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones de adónde voy o de dónde vengo? ¿Nos hemos casado y yo no me he enterado?

En ese instante, Ana Otero apareció entre un grupo de residentes. En su rostro resplandecía la sonrisa amable y la actitud eficaz que Miguel ya conocía.

—Puedes estropearlo todo —masculló Miguel, procurando no mover apenas los labios para que Otero no escuchara sus palabras.

—¿Ya has descubierto a Nemo? —preguntó Alexia en voz baja.

—Estoy en ello.

—¡No me digas!

Miguel no pudo responder. Ana Otero se presentó a Alexia ofreciendo su mano como saludo.

—Soy Ana Otero, secretaria del director del centro. ¿Usted es…?

—Mi esposa —respondió Miguel anticipándose a Alexia.

Ana miró a la esbelta mujer y luego sus ojos buscaron el rostro sin afeitar de Capellán. Aunque no dijo nada, su expresión denotaba cierta decepción.

Alexia encajó el golpe como pudo y trató de rehacerse.

—Alexia —se presentó, estrechando la mano de Otero—. Me aburría en el coche, ahí fuera. —Miró hacia el aparcamiento—. ¿Ya has visto el centro, cariño? —preguntó volviéndose hacia Miguel.

—Creo que sí —respondió Capellán—. La señora Otero me ha servido de guía.

—Señorita —puntualizó la secretaria con rapidez regalando una sonrisa más a Capellán. Alexia la miró con curiosidad, y Ana Otero no bajó la mirada.

—¿Y bien? —preguntó Alexia a su recién estrenado marido.

—Todo es tan extraordinario como me habían dicho. Incluso tienen un servicio de peluquería y una magnífica biblioteca que hará las delicias de papá. —Miró a Alexia antes de añadir—: Tienen la colección completa de los *Viajes extraordinarios* de Verne. ¡Imagínate! ¡Con lo que le gustan a mi padre esas novelas! Le había preguntado a la señorita Otero si hay algún lector en el centro que muestre preferencia por Verne.

Alexia pareció comprender la estrategia de Miguel. Al menos, eso esperaba él. Alexia debía deducir que él se había presentado allí con la excusa de pedir plaza en la residencia para alojar a su padre, a quien había retratado como un amante de las novelas de Verne.

—Sí, pero como ya le expliqué, tendría que comprobar en las fichas de préstamo si hay algún apasionado lector de esas aventuras —explicó Otero.

En ese momento, Miguel vio al fondo de un pasillo a Marino Rey. Por lo que recordaba de su visita guiada, aquel era uno de los dos pasillos a lo largo de los cuales se distribuían las habitaciones de los residentes situadas en el primer piso que contaban con salida directa al jardín. Miguel se preguntó si alguna de aquellas habitaciones sería la de don Rodrigo, cuya silla de ruedas Rey había conducido minutos antes.

—¿Sería tan amable de mostrar alguna de las habitaciones del primer piso a mi esposa? —preguntó Miguel a Ana Otero. La mujer pareció incómoda. Estaba claro que creía haber empleado ya tiempo suficiente con Capellán, pero finalmente aceptó.

Alexia miró con extrañeza a Miguel, pero no dijo nada. Imaginó que el periodista debía tener alguna razón para pedir una nueva visita a aquella zona del edificio.

Instantes después, los tres se detuvieron ante la misma puerta a la que la secretaria de Marino Rey había llevado a Miguel minutos antes. Una vez más, buscó entre las llaves que custodiaba la necesaria para abrir la habitación, y los tres entraron en ella.

Alexia percibió el olor a limpio y la sencilla comodidad con la que todo estaba dispuesto, de manera que cuando confesó sentirse gratamente sorprendida por lo que veía no mintió. Realmente, las instalaciones de La Isla parecían envidiables.

—¿Alguna de estas habitaciones está libre? —preguntó Miguel.

—Lo cierto es que no —respondió la secretaria—. Las de esta ala del edificio están ocupadas por residentes veteranos.

—Comprendo —comentó Capellán antes de añadir de un modo que pretendió que fuera casual lo siguiente—: Imagino que se refiere a don Rodrigo y a personas que, como él, llevan aquí mucho tiempo.

Ana Otero miró fijamente a Miguel.

—¿Don Rodrigo?

—Sí, ese anciano que usted me dijo que llevaba aquí desde el primer día, el que nunca habla.

—Sí —admitió Otero—, el pobre don Rodrigo es uno de los residentes de esta ala. Su habitación es aquella. —Señaló una puerta situada al fondo del corredor.

Miguel miró la puerta y luego a Alexia.

—Creo que este lugar supera todas mis expectativas. Es mucho mejor de lo que me habían contado. —Se giró hacia Otero y dijo—: Le enviaré la documentación que me ha solicitado esta misma semana. ¿Nos vamos, cariño? —Miró a Alexia y ella se esforzó en esbozar una sonrisa.

Miguel y Alexia atravesaron el jardín en dirección a la puerta de hierro de la finca sin cruzar una sola palabra. Caminaban juntos, como el matrimonio que se suponía que eran. Los dos sentían la mirada inquisidora de Ana Otero en sus espaldas. No era el momento de reproches ni preguntas. Pero, cuando llegaron al aparcamiento y se sintieron a salvo de miradas indiscretas, Alexia rompió el fuego.

—¿Tu mujer? Pero ¿quién coño te has creído que eres?

—Alguien que no está dispuesto a que una aficionada estropee sus planes.

—¿Tus planes? ¿Qué planes? ¿Lo único que se te ha ocurrido es hablar de un padre al que pretendes buscar asilo aquí? —Señaló el pazo con su dedo índice.

—¿Te parece que mis ideas no están a la altura de las tuyas? Pues cuéntame, ¿qué tenías pensado tú?

—Ser yo misma —respondió Alexia—, una abogada que vela por los intereses de su cliente, que en este caso es mi padre. Un padre real, no de ficción. Y, por si lo has olvidado, un padre que ha muerto.

—Yo no he olvidado a tu padre. Por eso estoy aquí.

—No me hagas llorar —se burló Alexia—. Tú estás aquí porque buscas una historia que escribir. No me vengas con que te preocupa saber qué le ocurrió en verdad a mi padre.

—Lo que le ocurrió a tu padre ya lo sé y ya te lo dije: lo asesinaron. Y te dije que tú y yo podíamos ser los siguientes.

Alexia respiró profundamente, obligándose a pensar lo que debía responder. No quería decirle aún a Miguel lo que le había sucedido al inspector Carmona. Le costaba admitir que Capellán hubiera estado en lo cierto sobre lo de su padre y, tal vez, sobre el peligro que ellos mismos corrían. Miró hacia el pazo y descubrió las cámaras de seguridad.

—Hay cámaras de seguridad. No deberíamos discutir aquí.

—Ya sé que hay cámaras de seguridad —replicó Miguel—. Recuerda que yo llegué antes. Y, además, te avisé que vendría. En cambio tú…

—He venido cuando me ha parecido. —Alexia observó de nuevo a las cámaras de vigilancia—. Oye, vámonos de aquí, ¿de acuerdo? ¿Tienes coche?

—Por supuesto —respondió Miguel—. ¿Cómo diablos has venido tú?

—En taxi.

—¡¿En taxi?! ¡Eso sí que es discreción!

Alexia *Bacall* lo taladró con la mirada.

—¿Nos vamos o no?

Miguel abrió el Golf con el mando a distancia y se obligó a ser cortés, de manera que ofreció el asiento del acompañante a Alexia. Ella se acomodó en el interior del vehículo.

Durante unos minutos, un espeso silencio se instaló entre ellos. Finalmente, Capellán escuchó decir a la abogada:

—Sufrí un accidente de tráfico, y creo que fue intencionado.

Miguel miró por el espejo retrovisor. Ningún vehículo circulaba en la misma dirección. Frenó y aparcó en el arcén.

—¿Un accidente? ¿Qué pasó?

Alexia ocultó su rostro entre las manos, se frotó los ojos y luego respondió:

—Y creo que han matado al inspector Carmona.

—¿Cómo que lo han matado?

Alexia tomó aire y buscó las palabras adecuadas.

—Como te dije, tuve un accidente de tráfico. Un coche se abalanzó sobre el mío hace unos días en Madrid. Alguien aprovechó que estaba medio inconsciente para robarme el bolso. —Hizo una pausa—. Fue entonces cuando llamé a Carmona, le conté lo sucedido y quedamos para el día siguiente. Se mostró dispuesto a reabrir el caso de la muerte de mi padre. Pero en el camino su coche se salió de la carretera. Dicen que fallaron los frenos.

—¿Reabrir el caso? ¿Y por qué? ¿Solo porque te habían robado el bolso? —Capellán sonrió con ironía.

—Eres irritante —replicó Alexia—. No fue por el bolso, sino por lo que tenía en él cuando me lo robaron.

Capellán alzó las cejas y aguardó a que ella aclarara adónde quería ir a parar.

—Está bien, confiaré en ti. Tengo la puñetera carta. Bueno, para ser más exacta, la tenía. Me la robaron.

—¡Joder! Podrías explicarte un poco mejor.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Para empezar, podrías decirme por qué no fuiste sincera conmigo. Yo tuve la certeza de que tenías esa carta el día en que fui a tu despacho y te hice ver que tal vez estabas en peligro. Te hablé de La Niebla, y tú mencionaste a Hetzel como miembro de esa sociedad cuando yo no lo había citado. Yo ya suponía que la tenías, pero en ese momento estuve totalmente seguro, y comprendí que la habías leído.

—Yo no podía confiar en nadie, y menos en ti —confesó Alexia—. Tú fuiste el último que vio a mi padre con vida.

—Disculpa, pero la última fuiste tú —precisó Miguel—. Yo me fui aquella noche dejándote con él, y tu padre estaba vivo.

—Quise decir que fuiste el último hombre que lo vio. Aquella vecina, la que avisó a la policía, declaró que había visto salir a un hombre de la casa de mi padre de

madrugada. Podías haber sido tú.

—¿Yo? ¿Y por qué yo? ¿Cuántos millones de hombres hay en el mundo? ¡No me jodas!

—Creía que me ocultabas algo. —Alexia miró a los ojos miopes de Capellán—. Y creo que aún me lo ocultas.

Miguel sostuvo la mirada de la abogada y trató de ofrecer una expresión serena. Ella no era idiota, se dijo.

—Escúchame, yo apreciaba a tu padre. Y sí, es cierto que busco una historia que escribir, pero si vine hasta aquí no fue solo por eso. —Miguel estaba tan acostumbrado a mentir, tan adiestrado en ese arte, que era frecuente que se creyera sus propios embustes—. Quiero saber quién mató a tu padre, porque ya te dije que estoy convencido de que lo mataron. Y, por lo que se ve, ahora tú también lo crees.

—Ya no sé lo que creo. Esto es una locura. ¿Quién puede matar a un jubilado y a un policía por una carta que nadie sabe si es auténtica o no? Y casi me matan a mí. Por eso vine a este geriátrico.

—Menuda putada —dijo Capellán—. Nos hemos quedado sin la carta. No sé cómo vamos a seguir adelante ahora.

Alexia lo miró de reojo.

—¿Vamos a seguir? ¿Quién te ha dicho que voy a ir contigo a ninguna parte?

Miguel la fulminó con la mirada.

—Bueno, ya está bien. Si no quieres saber nada de mí, puedes apearte ahora de mi coche. Busca tú sola las respuestas que persigues, que yo lo haré por mi cuenta. Ya veremos a quién se le da mejor.

Alexia se envaró, como hacía siempre que alguien se enfrentaba a ella abiertamente. Las aletas de su nariz se movían solas. Miguel no había percibido antes aquel tic en la abogada.

—A lo mejor no todo está perdido —dijo Alexia.

—¿Qué quieres decir?

—Que tengo una copia —respondió al tiempo que ofrecía su mano al periodista—. Tenemos una copia.

Miguel estrechó la mano blanca de Alexia y sonrió.

La carta

… Parecía que las amenazas habían surtido efecto. Aparentemente, Jules tendía un puente de reconciliación al publicar Mathias Sandorf. *No solo homenajeaba a Sand en el apellido del protagonista, sino que además escribió una calurosa dedicatoria a Alexandre Dumas hijo[98].*

Dumas hijo respondió visiblemente emocionado. Se mostraba encantado por la idea de nuestro tío de reconocer la memoria del gran Dumas, e incluso confesaba sentirse como un hermano de Verne[99].

Pero nuestro tío, lo sabes bien, Maurice, era terco. Y, lejos de mostrarse cómodo con el proyecto al que había consagrado su vida, ideó un nuevo personaje, Robur, que no era sino una evolución oscura del propio Nemo.

Aquel ingeniero arrogante, por quien no pasaban los años, tal y como era propio en los Superiores Desconocidos, encarnaba los peligros de la ciencia cuando el conocimiento cae en manos de personas que no dudarían en emplearlo en su propio beneficio y no en el bien común.

Sumido en la amargura, fue entonces cuando vendió el Saint-Michel III *a un precio ridículo. Algunos creen que lo acuciaban necesidades económicas, pero en realidad nuestro tío se estaba alejando de sí mismo y ultimaba un proyecto literario del cual, debo reconocer, no sé cómo tuvieron noticia los hombres sin rostro.*

Hasta ese momento, nadie sabía que Jules había comenzado a escribir Hacia la inmortalidad y la eterna juventud, *un relato en el que pretendía desvelar los más íntimos secretos de los Superiores Desconocidos. Para evitar que llevara a cabo aquel proyecto fui reclamado por la orden.*

Pusieron aquella pistola en mis manos. Me sorprendió su peso y su frialdad. Me explicaron lo que se esperaba de mí. Tu tío pretende traicionar a la orden, me dijeron. Es preciso un escarmiento. No se me exigía su muerte. Se trataba de una advertencia que no pudiera olvidar.

Pregunté el motivo por el cual se me elegía a mí para aquella misión. Y se me respondió que mi posición en la orden era la de aquellos que tienen obligaciones y no la de quienes están en disposición de hacer preguntas.

Dudé. Reconozco que dudé.

¿Qué consecuencias tendría para mí aquella misión? ¿Iría a la cárcel?

Me aseguraron que no. Ellos se encargarían de todo. Me declararían loco.

Me encerrarían. ¿Estaba dispuesto a pagar aquel peaje para alcanzar el mismo conocimiento que mi tío pretendía vulgarizar poniéndolo al alcance de personas sin preparación para comprenderlo?

Dije que sí.

El día 9 de marzo de 1886 era martes. Lo recuerdo perfectamente. Un día de invierno en Amiens. Una tarde más. Iba a ser una tarde cualquiera para todo el mundo, menos para mí y para nuestro tío.

Jules regresaba del Club de la Unión. Yo, nervioso y con el corazón dividido, lo había seguido por las calles aguardando mi momento.

Lo vi meter la llave en la cerradura del portón de su casa en la calle Charles Dubois. Le grité, y él se giró hacia mí. Las palabras salieron de mi boca nerviosas y entrecortadas. Le advertí. Ellos no iban a permitir que divulgara sus secretos, dije. También me vigilaban a mí, le confesé.

Nuestro tío me miró desconcertado.

Y disparé. Lo hice dos veces.

Lo vi doblarse de dolor. Una bala lo había alcanzado en el pie. Supe después que jamás lograron sacársela y aquella cojera lo acompañó durante el resto de su vida.

En cuanto a mí… Los hombres sin rostro hicieron correr la versión que todo el mundo ha creído: Gaston Verne sufría algún tipo de manía persecutoria. La familia ya sabía de mi enfermedad mental. La cárcel no era el lugar adecuado para mí. Me aguardaba un centro psiquiátrico en el cual encontrarían la cura para mi mente enferma.

Fui dócil y obediente. La orden, estaba seguro, no se olvidaría de mí y de mis servicios.

El tiempo pasó. Y yo aguardé.

La orden, en efecto, no se olvidó de mí. Por ellos supe de nuestro tío. Conocí su sorprendente decisión de iniciarse en el mundo de la política como concejal en una lista republicana, lo que provocó una polvareda de cuidado, pues muchos le reprocharon lo que se interpretó como una traición a los principios monárquicos que siempre se le habían atribuido.

Pero lo más desconcertante fue saber que mis disparos no lo habían intimidado de la forma en que la orden pretendía, pues en 1889 publicó Sans dessus dessous, *una novela que provocó la ira en la orden. ¡Cómo se le había ocurrido la idea de presentar como villanos a los héroes de su viaje a la luna![100]*

Estoy seguro de que aquellas páginas no se hubieran publicado en vida de Jules Hetzel, pues el editor se mantenía fiel a los principios de la orden. Pero Hetzel había fallecido poco después de que yo disparara sobre Jules, y el hijo

de Hetzel, que pasó a ser el nuevo editor, no formaba parte de La Niebla…

10

Miguel leía la carta de Gaston en la soledad de su habitación. Gracias a la copia que Alexia había hecho y que ella le había permitido leer, disfrutaba ahora de una visión más completa de la vida oculta de Julio Verne. Allí estaban los cabos sueltos que la lectura del manuscrito que había robado de casa de Ávalos no lograba anudar al haber quedado inacabado.

Cuando Alexia le confió aquella copia, Miguel tuvo la esperanza de poder resolver las incógnitas que la novela no despejaba. Sin embargo, cuando solo le restaba por leer la última entrega que Nemo había enviado a Ávalos, comprendió que, si bien era cierto que la carta disipaba buena parte de sus dudas, no lo era menos que abría otros interrogantes sobre la naturaleza de la misteriosa sociedad que movía los hilos de la hermandad literaria a la que Verne pertenecía. Después de todo, ¿a quién podía importarle en pleno siglo XXI que Verne hubiera pertenecido a una hermandad secreta? ¿Qué interés podía tener? ¿Quién se veía tan amenazado por que todo aquello saliera a la luz que era capaz de matar a un maestro de escuela jubilado y a un inspector de policía en activo?

Habían pasado tres horas desde que Alexia y Capellán se despidieron. Miguel la había llevado hasta su hotel, en Vigo, y él regresó a la posada donde se hospedaba. No podía permitirse pagar una habitación en aquel hotel, confesó Miguel con cierto rubor. Ella se ofreció a instalarse en su misma posada, pero él dijo que no era necesario. Se verían al día siguiente, una vez que él hubiera leído la copia de la carta, para diseñar una estrategia común. Debían averiguar quién era Nemo, y para ello tendrían que regresar a La Isla.

—Tengo una teoría —confesó Capellán a Alexia—. Pero déjame que lea esos papeles para poder ordenar mejor mis ideas.

Ella accedió. Miguel se comprometió a recogerla a las nueve de la mañana del día siguiente.

Tres horas después de aquella conversación, Capellán acarició las hojas del último capítulo de la carta. Una mezcla de impaciencia y de temor lo devoraba. Ansiaba saber cómo acababa el relato, pero temía igualmente el desenlace. Por otra parte, se sentía culpable por no haber sido tan sincero con Alexia como ella lo había sido finalmente con él. Debía haber confesado que estaba en posesión de la novela inacabada de

Ávalos, pero le asustaba la idea de que ella se sintiera engañada y no le permitiera leer la copia de la carta.

Miguel se sabía un traidor, pero no le importaba lo más mínimo. Después de todo, aquel sentimiento no era una novedad en su trabajo. Todo valía para conseguir la noticia. Así era él, y solía pensar que no era muy diferente a sus colegas de profesión.

—Déjate de hostias —se dijo en voz alta—. Lo importante eres tú.

Lo importante era su novela. Y si para tener una buena historia era imprescindible mentir, o al menos no decir toda la verdad, estaba dispuesto a hacerlo, como tantas otras veces.

Al fin el relato de la carta había desembocado en el atentado cometido por Gaston. Aquella versión, supuestamente escrita por el verdadero protagonista, despejaba todas las incógnitas. Aunque la ortodoxia había manejado una carta de Paul Verne para explicar lo ocurrido como un intento de Gaston de poner en el candelero a su tío, la realidad había sido bien distinta.

No se podía explicar lo sucedido hablando de la manía persecutoria que, decían, padecía Gaston. El propio Sinclair, el personaje inventado por Ávalos, hacía notar lo extraño que resultaba que un hombre a quien se tilda de desequilibrado mental trabajase para el Ministerio de Asuntos Exteriores, como era el caso de Gaston. E, igualmente, parecía anómalo que alguien con esa enfermedad pudiera viajar por Francia con una pistola con total impunidad. ¿Acaso nadie de su familia sabía que estaba en posesión de un arma?

Se trataba de una advertencia. Una seria advertencia de la orden.

Antes de los años ochenta del siglo XIX, Verne había ofrecido al mundo novelas de carácter geográfico y científico en las que la técnica y el progreso eran el norte al cual debía dirigirse el hombre. Sus protagonistas eran ingenieros, naturalistas y estudiosos dotados de una gran capacidad pedagógica y una moral intachable. Pero a partir de esa época aparecen en sus novelas criaturas literarias inquietantes, que no dudan en usar la ciencia en su propio y exclusivo beneficio. Robur, al que Gaston citaba en su carta, era un magnífico ejemplo.

Robur y Nemo se parecían demasiado como para no tenerse en cuenta semejante parecido. Ambos eran ingenieros y hombres alejados de toda norma social. Incluso sus banderas eran semejantes. Las dos eran negras, con la única diferencia de que la de Nemo presentaba una letra *N* dorada en el centro, mientras que la de Robur estaba sembrada de estrellas con un sol dorado en el centro. Y ambos son dueños de una máquina ingeniosa que provoca el pánico entre los hombres comunes. Al Nautilus de Nemo le sucede ahora el Albatros de Robur.

Desde su orgullo, Nemo y Robur contemplaban a los mortales con displicencia. Ambos parecían no sufrir el deterioro del paso del tiempo, como si se tratara de ángeles, de seres inmortales.

11

Estrela no podía imaginar el inesperado giro que su vida iba a experimentar aquel lunes de diciembre que había amanecido frío y húmedo. Había despertado como un día más, en el pequeño piso del extrarradio de Vigo que podía permitirse con el dinero que le reportaban las actuaciones en la compañía de teatro y, especialmente, los ingresos que obtenía por las clases de pintura que impartía todas las tardes en un local que tenía arrendado en una zona céntrica de Vigo.

Cuando acabó la carrera de Bellas Artes se planteó la posibilidad de preparar oposiciones, seguir una carrera docente igual que había hecho su padre, pero entonces su relación con Bieito era maravillosa y prefirió compartir horas de ensayo y actuación con él. Fue entonces cuando estableció la rutina de trabajo que aún mantenía: las mañanas las dedicaba a la preparación física y técnica necesaria para ejecutar los arriesgados y plásticos números de acrobacia aérea en los que se había especializado, mientras que las tardes las ocupaba impartiendo clases de pintura a un número de alumnos cada vez más grande.

Su doble vida laboral le reportaba lo suficiente para pagar el alquiler del piso y del local, además de poder sobrevivir sin tener que cruzar una sola palabra con su madre y, mucho menos, con su padrastro. Le bastaba con que siguieran pagando la estancia del abuelo Xoan en el geriátrico.

De manera que aquel lunes de diciembre Estrela caminaba por las calles mojadas de Vigo hacia el lugar de ensayo de la compañía para comenzar su habitual rutina de estiramientos, ejercicios físicos y acrobacias en tela cuando el sonido de su teléfono móvil la sacó violentamente de sus pensamientos.

—¿Sí?

—¿Señorita Andrada?

—Sí, soy yo.

—Soy Marino Rey, el director de La Isla. Se trata de su abuelo.

Estrela escuchó las palabras de Rey como si hubiera sido arrojada a un sueño. Los automóviles pasaban junto a ella, pero no los oía. La gente caminaba veloz, alguien tropezó incluso con ella, pero Estrela no parecía ver a nadie. Las palabras de Marino Rey absorbían toda su atención, aunque llegaban hasta ella débiles, lejanas, como si atravesaran un túnel extraordinariamente largo. Estrela se esforzaba, pero solo era capaz de retener algunas palabras sueltas: infarto, corazón demasiado débil, extrema gravedad, debía acudir cuanto antes, ¿había que avisar a alguien más?

—Señorita Andrada, ¿sigue ahí?

—Sí, sí, disculpe. —Estrela regresó al mundo ordinario. Alguien la había sacado de aquel sueño al que había ido a parar de forma inesperada—. Voy para allá ahora mismo.

Estrela había comprado unos meses antes un viejo Seat Ibiza que no estaba para muchos trotes. Tenía una enorme cantidad de kilómetros recorridos a lo largo de su vida y su motor respiraba con cierta dificultad, pero el aspecto exterior era impecable, y a ella le servía para sus escasas necesidades viajeras. Cuando la compañía de teatro salía de gira por Galicia o fuera de aquellas tierras, utilizaba un par de furgonetas en las que era posible llevar todos los aperos que necesitaban para las funciones.

De manera que la joven llegó al geriátrico a bordo de su anciano vehículo de color blanco, lo estacionó en el lugar en el que acostumbraba a hacerlo y se precipitó hacia el portero automático pulsando de inmediato el botón.

Instantes después se la vio correr por el sendero de grava que conducía desde el muro que perfilaba el perímetro de la finca hasta los escalones de acceso al pazo. Los subió de dos en dos y no tardó en encontrarse con Marino Rey.

—¿Cómo está mi abuelo? —preguntó sintiendo la angustia en la garganta.

—Estable, pero grave —respondió Rey. El rostro del director del centro expresaba la situación mucho mejor que sus palabras—. Le ruego que se tranquilice. Sabe que está en buenas manos.

Sí, lo sabía. Estrela sabía que el servicio médico del centro era realmente extraordinario. Su abuelo había sufrido un infarto que lo había llevado hasta la frontera de la muerte, según le explicó uno de los doctores de la residencia. No creían que fuera preciso trasladarlo a ningún centro sanitario, pues La Isla contaba con todo lo necesario.

—Necesita descansar —dijo el médico cuando Estrela pidió ver a su abuelo—. Verla a usted tal vez no le haga ningún bien en este momento.

Estrela tenía los ojos enrojecidos. Asintió en silencio.

—¿Qué puedo hacer?

—Esperar —respondió el médico—. Solo eso.

La conversación había tenido lugar en la antesala del despacho de Marino Rey.

Estrela caminó por el pasillo que conducía desde aquella estancia hasta el salón en el que solía compartir su tiempo con Xoan cuando lo visitaba. El día anterior, ambos habían estado sentados muy juntos, contemplando el jardín a través de la cristalera. Ella hablaba; él guardaba silencio. Estrela abrigaba la esperanza de que Xoan comprendiera sus palabras.

La lluvia fina desparramaba regueros de agua por la cristalera. Estrela se sentía más sola que nunca.

—¿Cuánto daría por estar eternamente junto a su abuelo?

La joven se sobresaltó al escuchar aquella pregunta. Creía estar sola en aquella esquina del salón, pero cuando miró a su derecha descubrió desconcertada al dueño de aquella voz grave.

—¡¿Don Rodrigo?! —Estrela miró perpleja al anciano, que al parecer había llegado a bordo de su silla de ruedas sin hacer el más mínimo ruido.

Don Rodrigo sonrió. Unas profundas arrugas enmarcaron su boca, de labios agrietados. Sus ojos eran grises, y su cabello lucía despeinado, como de costumbre. Pero algo había cambiado en él. Estrela observó que había desaparecido la expresión ausente que siempre había visto en aquel hombre. Por el contrario, el anciano exhibía en ese momento un gesto resuelto y enérgico.

—Discúlpeme —dijo don Rodrigo—. No pretendía asustarla.

—Pues lo ha logrado, se lo aseguro —respondió Estrela. Hizo una pausa y añadió —: Yo creía que usted no hablaba. En fin, suponía que…

—Lo sé —dijo el anciano—. Tengo mis razones para parecer mudo e idiota. Es mejor parecer inofensivo que estar muerto.

—¿Cómo dice?

—Me he enterado de lo de su abuelo, lo del infarto quiero decir. —Don Rodrigo miró a ambos lados, como si temiera ser descubierto cometiendo un delito—. No es seguro hablar aquí. ¿Sería tan amable de acompañarme a mi habitación?

—¿Cómo que no es seguro hablar aquí? ¿Qué quiere decir?

—Le pido que confíe en mí, al menos durante unos minutos. Tengo algo que contarle.

Estrela se incorporó y buscó con la mirada a quien pudiera provocar aquellos temores en un anciano al que, hasta ese instante, creía incapaz de hablar. El salón no ofreció señal alguna de peligro. Media docena de residentes estaban plácidamente sentados. Dos cuidadores se encontraban cerca de ellos, y la vida parecía exactamente igual que siempre. La única novedad podían representarla un hombre con escasos cabellos rubios, barba de varios días y gafas de diseño que atravesaba el jardín en aquel momento en compañía de una mujer más alta que él gracias a unos zapatos con enormes tacones. La mujer parecía muy segura de sí misma, como si estuviera acostumbrada a tomar decisiones, a mandar, según le pareció a Estrela. Vestía elegantemente, mientras que su acompañante lucía unos viejos pantalones vaqueros, chaquetón oscuro y calzaba unas botas marca Coronel Tapioca. Estrela creía haberlos visto alguna vez, pero no estaba segura.

—De acuerdo —respondió Estrela mirando al anciano.

—Empuje la silla hasta mi habitación —solicitó don Rodrigo.

La habitación de don Rodrigo estaba situada en la planta baja del pazo, al fondo del pasillo del ala este. Era la última de las cinco habitaciones que en aquel lado del edificio tenían acceso directo al jardín, según pudo descubrir Estrela una vez hubo

franqueado la puerta empujando la silla de ruedas del anciano.

Un rápido vistazo sirvió para que la joven comprobara que la habitación era exactamente igual que la que ocupaba su abuelo. Estaba amueblada con idéntico estilo, y el color de la pintura de la pared era similar al de la habitación de Xoan. La única diferencia que advirtió fue la existencia de una estantería repleta de libros situada frente a la cama. Eso le pareció extraño, pues sabía que el geriátrico tenía una coqueta biblioteca.

—¿Qué sabe usted de mí? —preguntó Rodrigo. El anciano miró con curiosidad a la joven rubia peinada con rastas—. ¿Qué ha oído contar por ahí de mí?

—La verdad es que no mucho —confesó Estrela. Don Rodrigo señaló una silla para que ella tomara asiento, y la muchacha aceptó—. Yo solo vengo aquí por mi abuelo y no hago caso de lo que la gente comenta.

—Debo deducir de sus palabras que al menos sí sabe que la gente murmura.

Estrela se sintió incómoda. No le gustaba aquella situación.

—Oiga, he aceptado acompañarlo hasta aquí porque quería decirme algo sobre mi abuelo. No sabía que la conversación iba a girar sobre usted y sobre lo que la gente murmura. A mí, eso me da igual.

—Tranquilícese, Estrela —dijo el anciano.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—No se imagina cuánto puede descubrir alguien a quien todos toman por mudo, tonto o loco. —Don Rodrigo volvió a sonreír. De pronto, pareció mucho más joven—. Y, por cierto, canta usted maravillosamente. Debería hacerlo más a menudo.

Estrela se sintió aún más incómoda. No le gustaba saber que aquel hombre había estado observándola y escuchando cuando cantaba a su abuelo.

—Le diré lo que dicen de mí —comentó don Rodrigo—; aparte de creer que el alzhéimer me ha dejado sin un solo recuerdo, algunos cuentan que alguien me abandonó a la puerta de esta residencia al poco de que se inaugurara, y que me recogieron por pura misericordia. Otros, en cambio, pregonan que tengo un hijo en América que costea mi estancia aquí, y todos se lamentan por el hecho de que nadie jamás me haya visitado ni se me escuchara hablar.

—¿Y qué hay de verdad en todo eso, aparte de que miente a todo el mundo haciéndose pasar por alguien que no puede hablar? —Estrela se arrepintió de inmediato por el tono que había empleado en la pregunta. A pesar de que intentaba contenerse, seguía sintiéndose engañada por aquel hombre.

—La verdad es que no me llamo Rodrigo —dijo el anciano—, sino Matías Novoa. Y no estoy tan enfermo como parece. —Ante la atónita mirada de Estrela, el hombre se levantó de su silla de ruedas y caminó hasta la cama con absoluta normalidad. A continuación, se sentó en el borde de la misma, cerca de la muchacha—. No soy un residente cualquiera, señorita, sino el dueño de este centro geriátrico. Nadie costea mi estancia. En realidad, tengo dinero suficiente como para vivir cómodamente en cualquier lugar del mundo que eligiera.

—Oiga, no sé qué pretende de mí, pero le advierto que se ha equivocado de persona. —La joven se levantó de la silla de un salto y se dispuso a marcharse.

—Creo que no me he equivocado contigo, Estrela. ¿Puedo tutearte? —El anciano no aguardó la respuesta de la muchacha—. Durante todo este tiempo he visto cómo cuidas a tu abuelo, he comprobado que jamás has dejado de venir a verlo cada domingo. Sé que lo amas tanto como parece haberlo ignorado el resto de tu familia. —Los ojos grises de Matías Novoa se clavaron en la mirada azul de la muchacha—. Sí, sé que tienes una madre y un padrastro, y también sé la historia de tu difunto padre.

—¿Quién se cree usted que es para vigilarme así? —preguntó Estrela con una mezcla de indignación y sorpresa—. ¿Por qué me preguntó antes qué estaría dispuesta a hacer por estar para siempre junto a mi abuelo?

—¿Qué sabes sobre Julio Verne? —Una chispa extraña destelló en las pupilas de Matías Novoa.

—¿Verne? ¿El escritor? —La pregunta era desconcertante, y Estrela comenzó a temer que aquel hombre no estuviera en sus cabales. De inmediato, se reprochó su ingenuidad por haber ido a aquella habitación. Aunque lo cierto era que no había nada en el comportamiento del anciano que permitiera verlo como un peligro, al menos todavía.

—La verdad es que envidio a tu abuelo. —Matías Novoa se levantó de la cama y caminó hasta la cristalera que daba acceso al jardín. El agua golpeaba con más furia. El anciano tenía los ojos fijos más allá de los cristales, más allá de la lluvia y del jardín—. Hubiera dado mi vida por tener una nieta como tú. —Se giró y posó de nuevo sus ojos en la joven—. ¿Tendrías la bondad de escucharme durante unos minutos?

Estrela contempló a aquel hombre que en nada se parecía al anciano que ella conocía. El tal Matías Novoa estaba ante ella erguido, resuelto, y la observaba con unos ojos penetrantes. Dudó sobre qué debía responder. Pensó en su abuelo. ¿Cómo estaría en aquellos momentos? El doctor le había dicho que no podía hacer otra cosa que esperar, de modo que finalmente decidió que no perdía nada por escuchar lo que Matías Novoa tuviera que contar.

Matías se presentó como un hombre de negocios tremendamente afortunado y rico. Su fortuna, explicó, se debía solo en parte a su propio trabajo y destreza, pues buena parte de la misma procedía de una herencia familiar.

La familia Novoa se había dedicado a la hostelería y la restauración desde el siglo XIX, explicó. El embrión de aquella fortuna había sido un modesto hospedaje en el que se servía la mejor comida tradicional de aquella tierra y que estaba situado en lo alto de una ladera que dominaba la bahía de Vigo. El negocio lo había fundado el bisabuelo de Matías, y, gracias a un duro esfuerzo y una no menor capacidad para imaginar el futuro, la familia fue haciendo dinero y consolidando su posición.

Pasaron los años, mudaron los siglos, y los Novoa abrieron una pequeña cadena hotelera y de restaurantes. Pero fue Matías quien fortaleció aquel emporio. Según

reveló a Estrela, su familia puso en sus manos dinero, posición y, también, una leyenda. La leyenda que, a la larga, le hizo recluirse en aquel geriátrico esforzándose por pasar inadvertido.

¿Sabía Estrela que Julio Verne amarró su yate en la bahía de Vigo en dos ocasiones? ¿No? Pues así fue. Ese era un dato que podía encontrar en cualquier biografía medianamente informada sobre la vida del prolífico novelista. Pero lo que no encontraría en aquellos libros eran los sucesos que se relataban en la leyenda familiar que, siendo niño, Matías escuchó por vez primera: la leyenda del encuentro de Julio Verne con el mismísimo capitán Nemo en una cala próxima a la bahía de Vigo.

Antes de que Estrela pudiera objetar nada, Matías Novoa relató cómo en 1878 el yate *Saint-Michel III* echó amarras en Vigo. Verne y los invitados que con él viajaban a bordo fueron agasajados en la ciudad. Las autoridades invitaron a cenar al insigne escritor, y el establecimiento elegido para la ocasión fue, precisamente, el que regentaba el antepasado de Matías.

Fue allí donde Francisco Novoa, el bisabuelo del relato, conoció al escritor francés. De no haber mediado aquel afortunado encuentro, posiblemente el viejo Novoa no hubiera prestado atención a lo que sucedió una noche después de aquella cena de gala.

Francisco había ido a pescar a la costa al atardecer, tal y como acostumbraba en los días de primavera más benignos. No le importaba tanto conseguir buenas piezas como disfrutar de la luz rosada del sol pintando la línea del horizonte y paladear la sensación de soledad. Como la pesca era una simple excusa, Francisco se durmió aquella tarde escuchando el murmullo de las olas. Cuando despertó, había anochecido y tenía el cuerpo entumecido por la humedad. Respiró con deleite el aroma del salitre y enderezó su cuerpo. Después, echó a andar de regreso al negocio que era su vida.

Al pasar por una pequeña cala apartada, Francisco vio a dos hombres que hablaban sentados sobre una roca. A uno de ellos no lo había visto jamás, pero en cambio reconoció de inmediato en el otro al famoso escritor al que había servido la cena la noche anterior.

Francisco no era hombre a quien le gustara meterse en la vida de nadie. Su negocio exigía tanto la profesionalidad como la discreción, pero aquella noche le picó la curiosidad y se aproximó a los dos hombres amparándose en las sombras y las rocas que emergían de la arena de la playa.

Verne hablaba animadamente con un sujeto de constitución fuerte, alto, y cuyas maneras tenían algo de aristocrático. Parecía no haber cumplido los cuarenta años.

Novoa no pudo escuchar claramente la conversación entre los dos hombres, pero sí se enteró de que Verne llamaba Nemo a su acompañante. Igualmente, gracias a un afortunado reflejo del farol con el que los dos hombres se alumbraban, Francisco advirtió que en la solapa del desconocido había una bandera negra con una *R* y una *M* bordadas en el centro.

Unos minutos después, con idéntico sigilo al empleado al acercarse, Novoa se alejó de la playa. El paso del tiempo convertiría aquella escena en leyenda de la familia,

pues de padres a hijos se relató que el bisabuelo de Matías había visto a Verne junto al mismísimo capitán Nemo.

Tal vez, admitió Matías mirando a Estrela, no todos en la familia dieron crédito a lo que su antepasado confesó. Sabía que algunos se habían burlado de aquella historia, pero él no.

—Para mí, todo lo que mi bisabuelo relató es cierto —dijo—. Y tan cierto lo he creído que desde niño devoré una y otra vez las novelas de Julio Verne. Lo único que no encajaba para mí en aquella historia eran las letras bordadas que mi bisabuelo dijo haber visto, pues, según la novela, en la bandera negra de Nemo hay una solitaria *N* dorada. Solo muchos años después comprendí que mi abuelo no se había equivocado.

»Yo nunca he tenido familia. No me casé, y fui hijo único. Hubo un momento en mi vida en que comprendí que solo tenía dinero y al mirar hacia atrás advertí que todo aquello por lo que había luchado lo había conseguido con creces. Pero aún tenía un sueño de mi infancia por cumplir: dar la vuelta al mundo en ochenta días exactamente igual que hizo Phileas Fogg, el personaje creado por Verne. Quise emular a Nelly Bly. —Novoa observó la cara de incredulidad de Estrela—. Por lo que veo, nunca habías escuchado ese nombre, ¿no es cierto?

Estrela admitió que no tenía la más remota idea de quién era Nelly Bly, y estaba a punto de añadir que no sabía qué podía tener que ver todo aquello con ella y con su abuelo, pero Matías alzó la mano pidiéndole un poco de paciencia.

—Pues estoy seguro de que la historia de Nelly Bly te entusiasmaría. En realidad, era el seudónimo de una audaz periodista norteamericana llamada Elisabeth Jane Cochran, que a finales del siglo XIX decidió realizar el mismo viaje que Verne diseñó para Phileas Fogg con el propósito de batir su récord. Pero esa es otra historia. No quiero que pienses que estás ante un viejo al que se le va la cabeza. Déjame que vaya a lo que a ti te interesa.

»El caso es que di la vuelta al mundo siguiendo paso a paso el itinerario de Fogg. Como ya te dije, dispongo de una holgada posición económica, y para muchos aquella aventura fue una excentricidad más de un millonario ocioso. Quienes creían conocerme sabían que Verne había sido una obsesión para mí durante toda mi vida. Empleé buena parte de mi fortuna en adquirir primeras ediciones de sus novelas, rastreé en anticuarios de media Europa y casas de subasta objetos que pertenecieron al escritor. —Novoa tosió y respiró con dificultad. Unos segundos después pareció recuperado y prosiguió su historia—: En cierta ocasión, recibí la información de que en una librería de viejo de Luxemburgo había un libro que me podía interesar. —Su mirada regresó al jardín. Había dejado de llover—. Se trataba de una primera edición de una novela de Verne poco conocida, *El testamento de un excéntrico*. —El hombre se volvió hacia Estrela—. ¿Sabías que un sobrino de Julio Verne llamado Gaston disparó sobre su tío un día y lo dejó cojo de por vida?

Estrela movió negativamente la cabeza.

—Pues eso fue lo que ocurrió. Y, de resultas del caso, a Gaston lo encerraron en un establecimiento psiquiátrico, pues se le tomó por loco. Imagínate mi sorpresa cuando descubrí en aquella librería, y dentro de la novela que te dije, una carta firmada por el mismísimo Gaston y dirigida a un hermano suyo llamado Maurice. En ella, el sobrino de Julio Verne descubría una cara insólita de la personalidad de su tío.

—Discúlpeme, señor Novoa, y perdone que le interrumpa. Pero ¿se puede saber qué tiene que ver la leyenda de su familia y esa carta que dice que encontró conmigo y con mi abuelo?

—Querida niña —respondió Matías Novoa—, me preguntas qué tiene ver mi historia contigo y con tu abuelo, y debo decirte que todo. Pero respóndeme antes a la pregunta que te formulé en el salón: ¿qué darías por estar eternamente junto a tu abuelo?

Estrela miró a aquel extraño hombre, convencida de que Matías no estaba en sus cabales. No obstante, algo en su interior la retenía en aquella habitación. Don Rodrigo, Matías o como quiera que se llamara aquel anciano, ejercía sobre ella una extraña fascinación. Por otra parte, responder a aquella pregunta era para ella bien sencillo.

—Por mi abuelo, haría cualquier cosa.

—No esperaba menos de ti —respondió Matías, y acto seguido se acercó a la estantería situada frente a su cama, apartó un libro de la misma, y accionó algún tipo de mecanismo que Estrela no pudo ver. Para su sorpresa, la estantería se desplazó dejando ver una puerta oculta. Matías la abrió y Estrela descubrió con asombro una estancia que nada tenía que ver con la austera habitación en la que se encontraba—. ¿Serías tan amable de acompañarme?

La carta

… Como te dije al comienzo de esta carta, Maurice, días antes de que me hicieras llegar la noticia de la muerte de nuestro tío, recibí la visita de un hombre a quien antes nunca había visto. Era un tipo de aspecto anodino. Nada en él era llamativo, ni su ropa ni su cara. El tono de su voz era monótono, y a veces parecía cansado.

En principio, supuse que me traería alguna nueva información sobre Jules. Tal vez, una nueva novela. Así había ocurrido durante todos los años que llevo aquí encerrado. Como ya te dije, por ellos tenía noticia de lo que Jules hacía o escribía. Así supe que en la primavera de 1894 nuestro tío había comenzado a cartearse con un joven estudiante italiano llamado Mario Turiello[101]. Como habrás imaginado, ELLOS controlaban la correspondencia de nuestro tío.

Pero no, aquella no era una visita más.

El desconocido me preguntó sin preámbulos dónde creía yo que Jules escondería algo si hubiera decidido tal cosa. Lo miré asombrado. No entendía el motivo de la pregunta. Por mi parte, exigí saber cuándo pensaban restablecer mi honor y sacarme de mi encierro. A lo que aquel hombre respondió con evasivas y exigió de mí un último servicio.

Monté en cólera. ¿Un último servicio? ¿Les parecía poco haber espiado a nuestro tío, haberle disparado incluso en la confianza de que servía a un proyecto honorable? Y ahora, casi veinte años después de haber iniciado mi encierro, aún se me exigía un nuevo servicio. En ese instante supe que jamás recuperaría mi libertad.

Ajeno a mi dolor, el visitante me dijo que Jules había pretendido engañarlos. De sus labios escuché por vez primera el nombre de Albert Roze, un escultor que, al parecer, era amigo de nuestro tío y con quien fraguaba un plan desde 1898. Me dijo que Jules había encargado a Roze el diseño de su mausoleo y que la decoración de esa tumba no se había elegido por casualidad.

Supe igualmente que Jules había quemado ese mismo año de 1898 una gran cantidad de documentos, criptogramas y todos aquellos papeles que lo vinculaban con La Niebla y con la orden. Lo hizo cumpliendo un precepto que la propia orden imponía a sus grandes iniciados. Al parecer, los hombres sin rostro creyeron que en aquella hoguera había desaparecido también el manuscrito del que antes te hablé, Hacia la inmortalidad y la eterna juventud. *Pero no fue así. Jules había pretendido engañarlos.*

En una de las cartas que había remitido a ese joven italiano, nuestro tío le hablaba de la existencia de ese relato. A él le había comentado también sus tratos con Roze, y anticipaba que su mausoleo sería muy especial. En aquella tumba, anunció, ocultaría parte de las claves necesarias para localizar el lugar donde pretendía ocultar Hacia la inmortalidad y la eterna juventud.

Yo escuchaba las palabras de aquel hombre sin el más mínimo interés. No había esperanza alguna para mí, pero el visitante proseguía imperturbable diciendo que el resto de las claves estaban sepultadas en las páginas de la novela que Jules escribió precisamente en el mismo año en que comenzó a diseñar su tumba y quemó todos aquellos papeles: El testamento de un excéntrico.

Sin duda, no había título más adecuado para lo que al parecer nuestro tío tramaba. Y todo, según parecía, se lo había confesado al tal Turiello, en quien parecía tener gran confianza.

Me repuse como buenamente pude y pregunté a aquel hombre qué era lo que quería de mí. ¿Acaso no había desvelado nuestro tío a Turiello dónde había ocultado el manuscrito?

Sonreí satisfecho cuando el visitante me confesó que esa carta, la carta clave, se había perdido. Estaban seguros de que Jules la había escrito, pero jamás llegó a manos de Turiello. Por eso yo les resultaba imprescindible. Creían que nadie mejor que yo conocía a Jules Verne, y de ahí que creyeran que sería capaz de decirles dónde había escondido nuestro tío el relato que tanto miedo les daba.

Iba a responder que no lo sabía. ¿Cómo iba a saberlo? ¿Quién conocía en verdad a Jules Verne si él mismo decía de sí que era el más desconocido de los hombres? Pero en ese instante recordé una conversación que mantuve con nuestro tío muchos años antes.

Estábamos sentados en la galería de su casa en la calle Charles Dubois. Desde aquel jardín de invierno acristalado contemplábamos cómo la tarde cenicienta se desplomaba sobre el patio adoquinado.

La gente mira sin ver, dijo él de pronto. Tenía la mirada ausente y el ceño fruncido. Con voz cansada comentó que durante toda su vida había ocultado ideas, secretos, entre las líneas de sus novelas, y nadie parecía advertirlo. De pronto, pareció reparar en mi presencia, me miró y me preguntó si creía que algún día alguien comprendería su obra. ¿Habrá valido la pena tanto disimulo?

No supe qué decir.

Jules desvió la mirada de nuevo hacia el patio y confesó que el mejor lugar para ocultar un verdadero secreto era ponerlo a la vista de todo el mundo. Admitió que no sabía si los libros eran la mejor opción. Si quisiera ocultar un árbol, dijo, lo plantaría en medio de un bosque. Si quisiera ocultar una piedra, elegiría una que estuviera rodeada por otras semejantes.

Ante mi silencio, el visitante volvió a preguntar si sabía dónde podría haber ocultado nuestro tío su último relato.

Por un instante, estuve a punto de decir lo que pensaba: que Jules no habría elegido un lugar recóndito para ocultar su legado. Estaba seguro de que el manuscrito reposaba allí donde nadie imaginaría, delante de las narices de todo el mundo. Pero no fue eso lo que dije. En realidad, no dije nada. Me encogí de hombros, sostuve la mirada del visitante y aguardé a que se fuera.

Supongo, querido Maurice, que la historia hablará de mí como el sobrino loco de Jules Verne que le disparó a bocajarro dejándolo cojo para siempre. Nadie mencionará nunca el tormento que para mí ha supuesto este encierro en el que me consumo, ni se interesarán por cuáles fueron mis verdaderas intenciones cuando cometí aquel terrible atentado del que hoy me arrepiento.

Confío en ti. Solo tú, y esta carta, podréis restablecer mi honor. Y, mientras ese día llega, mantengo la esperanza de que ELLOS nunca encuentren el último Verne…

12

Estrela comprendió que aquel apartamento confortable y no exento de cierto lujo se había construido en el espacio ocupado por la vieja capilla adosada al pazo. Jamás hubiera podido sospechar que ambos edificios estuvieran conectados de aquel modo.

—En otros tiempos, el señor del pazo accedía a la capilla a través de una entrada privada —explicó Matías Novoa—. Como ves, este acceso ha sido una excelente solución para mi proyecto. Me he esforzado en ocultar mi rastro hace mucho tiempo. —Señaló un sillón a Estrela. Él ocupó otro situado justo enfrente. Una mesa de cristal los separaba—. Matías Novoa murió en un incendio a todos los efectos, y digamos que su fortuna la heredó un amigo suyo llamado Rodrigo Castro, un viejecito a quien el alzhéimer ha apresado y que nunca habla. Mi fortuna está a salvo. Hasta ahora, dos personas conocían mi auténtica identidad. Uno es mi abogado y hombre de confianza. Otro es Marino Rey, el director de este establecimiento que yo mismo ordené construir. Ahora, también tú, Estrela, conoces mi secreto.

—¿Y por qué yo? ¿Por qué se ha escondido y ha cambiado de identidad?

—Ten un poco más de paciencia, solo un poco, y comprenderás mis razones. ¿Te apetece café o cualquier otra cosa? ¿No? Está bien. —El anciano miró a su alrededor y dijo—: Como ves, el hecho de que quisiera pasar inadvertido no ha impedido que viva con total comodidad, salvo que debo andar con cuidado cuando abro las ventanas. —Cogió un mando que se encontraba sobre la mesa de cristal alrededor de la cual ambos habían tomado asiento y se lo mostró a Estrela—. Tengo un sistema de seguridad magnífico, de lo mejor. —Pulsó un botón y se encendieron varias pantallas en las que Estrela no había reparado. En ellas se ofrecían diferentes perspectivas de la finca y del geriátrico. La joven descubrió que la estancia no estaba dividida, sino que se trataba de un gigantesco salón en el que sí se advertían diferentes rincones delimitados por muebles concretos. En la zona donde habían tomado asiento las paredes estaban forradas de madera y piedra. En un rincón alejado, Estrela descubrió un piano.

—Me gusta tocarlo de vez en cuando —confesó Matías adivinando los pensamientos de su invitada—. Pero debo ser cuidadoso para que nadie sospeche de dónde procede la música.

—¿Por qué se oculta? ¿Qué es lo que teme?

—La pregunta es a quién temo.

—¿A quién teme?

—A los hombres sin rostro. —Matías taladró con sus ojos grises a la joven—.

Déjame que te cuente toda la historia. Después, estará en tu mano decidir si quieres arriesgar tu vida para salvar la de tu abuelo.

Estrela no respondió. Después de todo, ¿qué respuesta era la adecuada para un comentario como aquel?

Entonces, Matías Novoa tomó la palabra…

¿Creía Estrela en los ángeles y en los demonios? ¿No? Pues hacía muy mal en no tenerlos en cuenta. Aunque, según se apresuró a explicar Matías Novoa, unos y otros no son tan diferentes. Pero no, no se estaba refiriendo, aclaró, a esos seres extraordinarios de los que hablan los libros religiosos.

—En el fondo —dijo—, el concepto de ángel y demonio es una manera de expresar las dos caras de una misma moneda. Ambos proceden del mismo lugar y fueron creados por idéntica mano. Al igual que sucede en la Biblia, los hombres de los que voy a hablarte proceden de un mundo remoto, un lugar perdido pero del que el inconsciente colectivo guarda un vago recuerdo. Se trata de un paraje maravilloso, como el Edén bíblico, la Atlántida de Platón o el Jardín de las Hespérides de la mitología griega. Lo esencial es que en todos aquellos mundos la vida era diferente a la nuestra, pues en ellos existían dioses o semidioses poseedores de enormes poderes y conocimientos. Y, además, muchos tenían un don extraordinario: eran inmortales.

»Todos fuimos inmortales un día lejano —aseguró Matías—. La Biblia viste la historia tras el mito de la expulsión del Edén, y tal vez por eso el hombre ha anhelado recuperar aquel don a lo largo de la historia, no dudando en hacer lo que fuera preciso para conseguirlo.

Estrela escuchaba atónita el relato de Matías Novoa, que en ese momento se acercó a un mueble, cogió una botella y dos vasos y regresó junto a ella.

—¿Te apetece? —Ofreció uno de los vasos a la joven. Estrela rechazó el Martini. A esas alturas de la historia no le cabía ya ninguna duda de que aquel hombre estaba totalmente loco—. ¿Has leído la novela *Horizontes perdidos*, de James Hilton[102]? ¿No? —Matías tomó un sorbo de su vaso—. Pues deberías. Hilton describe un lugar en medio del Tíbet que la gente ha creído imaginario y al que bautizó como Shangri-La. Se trataba de un paraíso, un edén donde vivía una comunidad religiosa extraordinaria. Pero Hilton no fabuló, sino que se apoyó en lo que muchos consideran un mito, el mundo perdido del que antes te hablaba. Son muchas las tradiciones orientales que hablan de su existencia.

»En 1927, René Guénon[103] publicó un libro desconcertante titulado *El Rey del Mundo*. En su obra se hacía eco de las informaciones que otros autores, como Alexandre Saint-Yves d'Alveydre o Ferdinand Ossendowski, habían aportado sobre la existencia de un mundo subterráneo que situaban en algún lugar impreciso de Asia. Hilton, en su novela, se decantaba por el Tíbet, pero otros se han inclinado por la India o por el desierto de Gobi como lugar donde se encuentra el centro de esa civilización,

a la que Guénon llama Agartha.

»Hace miles de años, Agartha, como Edén, ocupaba un lugar sobre la superficie de nuestro mundo. Pero, cuando comenzó entre los hombres el tiempo que los orientales denominan Kali-Yuga o época oscura, Agartha rompió sus lazos con la humanidad. Decir que se tornó en un reino subterráneo posiblemente sea una forma de hablar. Tal vez es más correcto decir que, simplemente, los ojos de los hombres no pueden verlo, aunque es cierto que en medio mundo existen leyendas que aseguran la existencia de puertas de acceso a través de grutas y galerías.

»Las leyendas dicen que en Agartha prevalece la justicia y la paz, administradas, según Guénon, por el Rey del Mundo, al que podemos considerar como la expresión del Supremo Legislador.

—Oiga, de veras que su historia es interesante —intervino Estrela—, pero se me está haciendo tarde. —Se levantó del sillón y estiró su falda larga y negra, por debajo de la cual veían la luz unos leotardos de varios colores—. Debo hablar con el doctor. No sé cómo estará mi abuelo y…

—Estrela, si prestas atención podrás salvar la vida de tu abuelo para siempre, y eso es algo que no está al alcance de ningún doctor.

La joven miró de reojo la puerta abierta que daba acceso al dormitorio que el anciano ocupaba en el geriátrico. ¿Y si él cerraba de alguna manera aquella salida y ella se veía atrapada en aquel lugar en compañía de un loco?

—No debes temer nada de mí —dijo Matías adivinando el curso de los pensamientos de Estrela. A continuación, sonrió antes de añadir—: No estoy loco, te lo aseguro. Y, desde luego, jamás le haría daño a una mujer.

—Le concedo solo unos minutos —dijo Estrela.

—No te arrepentirás —aseguró Matías—. De veras, ¿no quieres un trago?

Ella negó con la cabeza.

—¿Me puede decir al menos qué tiene que ver toda esa historia con Julio Verne? —preguntó.

Matías se levantó una vez más del sillón y se acercó a una estantería repleta de libros. A su regreso, dejó sobre la mesa tres volúmenes.

— *Dueño del mundo*, *Las Indias negras* y *Viaje al centro de la Tierra*—dijo en voz alta—. Tres novelas de Julio Verne, como seguramente sabrás. ¿Te parece casual que una de esas novelas lleve por título *Dueño del mundo?* ¿No evoca ese título al Rey del Mundo del que te he hablado? ¿Y por qué tenía tanto interés Verne en historias que hablaran de personas que vivían bajo tierra, como sucede en las otras dos novelas? En la primera, los protagonistas encuentran a una extraña muchacha llamada Nell en el interior de una mina. La joven jamás había visto el mundo exterior. En la segunda, los héroes de Verne no solo creen posible que la Tierra esté hueca, sino que incluso se topan con un gigantesco ser que habita en las profundidades. ¿Pura casualidad?

Estrela guardó silencio, pues no se le ocurría qué podía decir. La relación entre las

historias esotéricas que Matías había traído a colación y las novelas de Verne era, como poco, forzada. Pero había prometido conceder unos minutos más al anciano, de modo que aguardó.

—Una insigne novelista francesa contemporánea de Julio Verne que firmaba bajo el seudónimo de George Sand escribió una obra que lleva por título *Viaje a través del cristal*. Esa novela recuerda en cierta medida a *Viaje al centro de la Tierra*. ¿Y sabes por qué? Pues porque George Sand y Julio Verne pertenecían a una sociedad literaria secreta que estaba en posesión de conocimientos relacionados con ese mundo remoto del que te he hablado.

Estrela enarcó una ceja y trató de digerir lo que acababa de escuchar. ¿Verne era miembro de una sociedad secreta?

—¿Verne y esa novelista eran masones o algo así?

—No exactamente —respondió Novoa—. En la época en que ambos vivieron hubo una enorme actividad esotérica. Por media Europa brotaron masones, rosacruces e illuminati. Pero, según la carta del sobrino de Verne de la que te hablé, muchos de aquellos movimientos eran instrumentos manejados a su antojo por una orden mucho más poderosa que procedía del mundo perdido que antes mencioné.

—¿De Agartha?

—Llamémoslo así.

—¿Y qué pretendía esa orden?

—Desde aquel mundo han llegado en ocasiones enviados con la misión de intervenir en asuntos humanos. En el mundo ocultista en el que Verne se movía los llamaron Superiores Desconocidos. Agentes suyos se infiltraron en las hermandades esotéricas a lo largo de la historia, instrumentalizándolas. Gaston llama a esos infiltrados “hombres sin rostro”.

»Alexandre Saint-Yves d’Alveydre, uno de los autores que antes te mencioné, escribió un libro titulado *Misión de la India en Europa* en el que afirmaba haber recibido la visita de un príncipe afgano a quien acompañaban dos enigmáticos individuos que, según dijeron, eran enviados de un gobierno universal oculto. Ellos le hablaron de la existencia de Agartha. Cuando D’Alveydre decidió publicar un libro en el que daba cuenta de los secretos de ese gobierno en la sombra, recibió numerosas amenazas y decidió destruir el manuscrito. No obstante, un ejemplar sobrevivió y llegó a manos de uno de los esoteristas más famosos de la época, Papus[104]. A finales del siglo XIX, Papus fundó la Orden de los Superiores Desconocidos.

—¿Y Verne qué tiene que ver con todo eso?

—¿Es que no lo ves? —Matías apuró el contenido de su vaso y lo posó sobre la mesa de cristal con estrépito. Estrela dio un respingo—. Verne, Sand, Dumas y otros intelectuales de aquellos años formaron parte de una sociedad literaria manejada por esos Superiores Desconocidos. La Niebla: así se llamaba esa hermandad, y tenía como libro de cabecera una obra de lo más extravagante titulada *El sueño de Polifilo*. Verne, siempre dado a jugar con los nombres de sus personajes para ocultar información

relevante de lo que sabía, nos dejó una pista extraordinaria al crear a Phileas Fogg. Como sabrás, en inglés la palabra *fog* significa «niebla».

—¿Y qué interés podrían tener esos Superiores Desconocidos llegados de Agartha en Verne y en crear una sociedad literaria?

—Ese gobierno oculto ha orquestado cambios políticos en el mundo. Infiltrados en el seno de la masonería o de los illuminati, impulsaron la Revolución francesa o la creación de los Estados Unidos. Los grandes hombres de esos acontecimientos se movían dirigidos por esos poderes de los que la gente normal nunca ha oído hablar. Se supone que pretendían impulsar la evolución política y social, pero nunca estuvieron tan cerca los ángeles de ser como los demonios, pues los hombres llenaban las calles de sangre para poner en marcha esos proyectos.

»Con la hermandadad de La Niebla pretendían actuar en el ámbito educativo. Perseguían minar el enorme poder político y moral que la Iglesia ostentaba. Y posiblemente también ellos estuvieron tras el trabajo de pensadores de la época, como Henri de Saint-Simon o Charles Fourier, que propugnaron la idea de transformar la sociedad teniendo como motor de ese cambio el pensamiento científico y la educación. Hetzel, el editor de las obras de Verne, formaba parte de aquella trama. Los miembros de la orden dieron instrucciones a La Niebla. Vieron en Verne al autor ideal para acercar sus ideales reformadores a las familias y a los jóvenes a través de novelas en las que la ciencia fuera protagonista. Según ellos, la Iglesia representaba la corrupción del sentimiento religioso. A Dios se llegaba a través del conocimiento, del saber. Por eso no encontrará usted en las novelas de Verne sacerdotes que tengan papel protagonista alguno, y sí, en cambio, científicos, especialmente ingenieros y naturalistas.

—¿Me está diciendo que todas las novelas fueron escritas respondiendo a un plan diseñado por esos Superiores Desconocidos?

—En cierta medida, sí. Pero algo cambió en Verne, tal y como Gaston recoge en su carta. —Matías se levantó del sillón y se acercó a un cuadro que colgaba en la pared situada al fondo del apartamento. Se trataba de una reproducción de *Viajero ante el mar de niebla*, de Caspar David Friedrich. Lo descolgó, y Estrela vio que tras el cuadro se ocultaba una caja fuerte. Matías la abrió, sacó un libro y unos papeles, y regresó junto a la joven—. Esta es la carta que encontré en Luxemburgo. —Dejó caer sobre la mesa de cristal el libro y los papeles amarillentos. Estrela observó que las palabras eran francesas y parecían escritas con pluma—. Esta es la novela entre cuyas páginas encontré la carta de Gaston —explicó Matías—. Hasta la década de los ochenta del siglo XIX, las novelas de Verne presentan a la ciencia y a los científicos como algo positivo. Pero, a partir de ese momento, algo cambió. En *Dueño del mundo* o en *Sans dessus dessous*, los científicos protagonistas no dudan en emplear sus conocimientos en beneficio propio, de un modo egoísta, sin reparar en los daños que su ambición puede ocasionar.

—¿Y por qué cree usted que Verne cambió de ideas? —Estrela se sentía cada vez más intrigada. Si Matías Novoa estaba loco, había que reconocer que desde su locura había sido capaz de construir una historia seductora.

—Porque descubrió los riesgos que la ciencia podía tener para la humanidad —respondió Matías—. Comprendió que la ciencia no podía sustituir por completo al espíritu. Además, durante su relación con los Superiores Desconocidos tuvo acceso a secretos solo al alcance de los más altos iniciados. Si aquellos conocimientos caían en manos desaprensivas, las consecuencias podrían ser terribles.

—¿A qué conocimientos se refiere?

—¿Nunca te has preguntado sobre las profecías científicas de las novelas de Verne?

—¿Me quiere decir que fueron esos Superiores Desconocidos quienes facilitaron esa información? ¿Ellos hablaron a Verne de los submarinos, los viajes al espacio y todo lo demás?

—No exactamente, pero algo hay de eso. Muchos de los datos que Verne utiliza en sus novelas los obtenía de publicaciones científicas de la época, pero hay otros… Los Superiores Desconocidos poseen conocimientos extraordinarios, Estrela. Y, sobre todo, gozan de un don que el hombre ha anhelado desde que abandonó la Edad de Oro, el Edén.

—¿Se refiere a…?

—La inmortalidad, en efecto —completó Matías la frase de Estrela—. Verás, en las novelas de Verne hay personajes como Fogg, Nemo o Robur a quienes se describe como si el paso del tiempo no hiciera mella en ellos. Todos parecen tener menos edad de la que tienen en realidad. Pero, al mismo tiempo, hay algo oscuro en ellos. Otras novelas de la época, como *Drácula*, de Bram Stoker, exploraron un sendero siniestro para alcanzar la inmortalidad, y Verne insinúa igualmente esa opción en *El castillo de los Cárpatos*.

—¿Está usted hablando de vampirismo? —Los ojos de Estrela se abrieron como platos.

—Lo que quiero decir es que los hombres, para alcanzar la inmortalidad, no han dudado en adentrarse en los pliegues más oscuros de la magia y en los rituales más execrables. Verne lo sabía. Comprendió que el mayor de los secretos que le había sido posible conocer en sus contactos con los Superiores Desconocidos podía destruir al hombre, al menos al hombre del mundo en el que él vivía. La gente mataría por ser inmortal, lo cual resulta dolorosamente irónico.

—¿Eso lo cuenta también Gaston en esa carta? —Estrela miró los papeles amarillentos que reposaban sobre la mesa.

—Gaston explica por qué disparó a su tío en 1886, cuando los Superiores Desconocidos comprendieron el giro que habían experimentado las convicciones de Verne. Su pluma ya no era tan dócil como hasta entonces, y decidieron darle una severa advertencia a través de Gaston.

—¿El sobrino de Verne también estaba involucrado en toda esa trama?

—Gaston había entrado en contacto con la orden a través de Julio, pero era un joven manejable, una excelente mano de obra para ejecutar cualquier proyecto.

—¿Incluso para matar? ¿No decía usted que Agartha es un mundo de justicia y perfección? ¿Qué clase de enviados son los Superiores Desconocidos?

—Te dije al principio de mi relato que no hay diferencia alguna entre los ángeles y los demonios. Todos proceden del mismo lugar, y todos representan un papel necesario, aunque los hombres no lo comprendamos. Por lo que deduzco de la lectura de la carta, las ideas limpias que llegaron de ese reino oculto a Occidente no tardaron en ser corrompidas. La orden priorizó el control del poder sobre el viejo sueño de transformar el espíritu del mundo.

—¿Y qué tiene todo esto que ver conmigo y con mi abuelo?

—Verás, todos los biógrafos de Verne coinciden en señalar que en 1898 quemó miles de criptogramas de su invención, numerosos documentos personales y cartas, pero siguió trabajando hasta su muerte, en 1905.

—¿Por qué lo hizo?

—Según Gaston, su tío había tomado la decisión de poner por escrito cuanto había conocido a través de los Superiores Desconocidos, y eso era algo que no podían permitir. De manera que ideó un modo de esconder la información, según confesó a un joven estudiante italiano llamado Mario Turiello, con quien se carteó en la recta final de su vida. En una de aquellas misivas, Verne explicaba cómo la quema de documentos había sido, nunca mejor dicho, una cortina de humo. Pretendía hacer creer que había destruido aquel escrito en el que trabajaba, cuando en realidad lo había ocultado, y dejó las pistas necesarias para que pudiera ser localizado en el futuro. Las cartas de Verne a Turiello fueron interceptadas por la orden. Todas, salvo una: la que contenía las instrucciones que conducían hasta el peligroso manuscrito.

—Entonces, ¿hay un manuscrito de Verne por descubrir?

—¡Exacto! —exclamó Matías—. El manuscrito en el que Verne comparte con el mundo el secreto de la inmortalidad. El manuscrito que tú, Estrela, debes encontrar para salvar la vida de tu abuelo.

Estrela contempló al hombre que tenía ante ella con una expresión de estupor. De manera que toda aquella extravagante historia tenía por objeto hacerla creer que el famoso novelista francés era depositario de un fabuloso secreto, nada menos que el modo de acceder a la inmortalidad. Y todo ello merced a su relación con unos enigmáticos seres procedentes de un mundo oculto.

—¡Está usted loco!

Matías Novoa suspiró con una mezcla de resignación y amargura.

—Eso es lo que me interesa que crea todo el mundo, pero la verdad es que tenía muchas esperanzas depositadas en que tú no fueras como los demás. —Hizo una pausa teatral, y añadió—: Y aún las tengo. —Dejó caer sobre la mesa un papel que sacó de un bolsillo interior de su chaqueta—. ¡La carta en la que Verne explica a Turiello

dónde ha ocultado el manuscrito que tituló *Hacia la inmortalidad y la eterna juventud!*

Estrela miró el papel con recelo.

—¿Dónde la encontró?

—Eso es lo de menos —respondió Matías—. Ya te dije que tengo mucho dinero y que no he dudado en gastarlo en conseguir retazos de la vida de Julio Verne.

—*¿Hacia la inmortalidad y la eterna juventud?*

—Concédeme cinco minutos más —solicitó el anciano—. Déjame que te explique algo: el mismo año en que Verne tomó la decisión de quemar papeles y documentos personales, cuando simuló destruir la delicada información que poseía, acudió a un escultor amigo suyo, Albert Roze, dispuesto a poner en marcha un plan extraordinario. Roze posiblemente estaba vinculado con el mundo esotérico con el que Verne estaba familiarizado, de manera que la idea de encriptar información en un sepulcro no le resultaría extraña. Y es que Verne había urdido el último acertijo de su vida.

»Encargó a Albert Roze la realización de su tumba y le dio instrucciones precisas de cómo debía ser el mausoleo, que estaría repleto de elementos esotéricos capaces de distraer la atención del espectador para que este no reparara en lo más trascendental: la tumba de Verne conducía al manuscrito perdido.

—¿Me va a decir que usted sabe dónde está esa obra?

—Naturalmente, porque el mismo Verne lo explica en esa carta que envió a Turiello, en quien pareció tener una gran confianza. —Matías sonrió y miró fijamente a Estrela —. Verás, Verne ordenó a Roze que el conjunto escultórico de su sepulcro llevara por título *Vers l'immortalité et l'éternelle jeunesse*. Es decir, *Hacia la inmortalidad y la eterna juventud*. ¿Te das cuenta? El mismo título que había elegido para la obra que nunca publicó.

»El caso es que Roze presentó en 1907, dos años después de la muerte de Verne, el diseño del mausoleo en la Exposición de Artistas Franceses bajo ese título. Pero cuando se inauguró el sepulcro en el cementerio de La Madeleine, en Amiens, ese epitafio no aparecía por ningún lado. Desde entonces, los estudiosos tratan de encontrar sentido a ese aparente olvido de Albert Roze.

—En cambio, ¿usted cree que todo era un plan urdido por Verne?

—Desde luego —respondió Matías con una extraña calma—. Yo mismo he visto el lugar donde está escondido el manuscrito. Las instrucciones de Verne son precisas. De hecho, los primeros pasos para descubrir su secreto los puso a la vista de todo el mundo, no solo en la tumba, sino también en la novela que yo compré en aquella librería de viejo en Luxemburgo. —Señaló el libro que había sacado hacía unos instantes de la caja fuerte—. Fíjate en el título: *El testamento de un excéntrico* —dijo mostrando la portada de aquella novela—. ¿No te parece significativo? Y más si sabemos que la escribió poco después de quemar sus papeles y comenzar el proyecto de su tumba.

—¿Y cómo es que nadie hasta ahora ha reparado en todo lo que usted me cuenta?

—No me malinterpretes. No he pretendido decir que yo haya sido el primero en darme cuenta de la historia del epitafio desaparecido o en que tal vez esa novela guarda algún secreto. Aquí, en España, el periodista Juan José Benítez estudió con interés el tema[105] en uno de sus libros. Y también un maestro de escuela jubilado, un gran investigador llamado Gerardo García Ávalos, sospechó algo así. De hecho, fue a él a quien escribí hace unos meses con el propósito de confiarle todo cuanto ahora te estoy contando a ti. Me pareció un hombre de fiar.

—¿Y por qué me cuenta entonces todo esto a mí si ya se lo dijo a ese escritor?

—Porque no pude poner en sus manos el final de esta historia. Lo mataron antes de que viniera a verme y pudiera entregarle la carta de Verne a Turiello.

—¿Cómo que lo mataron? ¿Quién lo mató?

—Los hombres sin rostro de los que habla Gaston en su carta. Debes comprender que la eternidad es un sueño que atraviesa los siglos, y no se detuvo en Verne ni en la época en que le tocó vivir.

Estrela comprendió de pronto. La cabeza le daba vueltas.

—¿Por eso usted se esconde aquí?

—Al fin lo has entendido. —El rostro de Matías había adquirido una expresión grave—. Hace unos años, cuando aún era un hombre de negocios de éxito, cometí la torpeza de conceder una entrevista a un periodista que quería que le relatara mi aventura emulando a Phileas Fogg en el viaje que emprendí alrededor del mundo. —Sacó del interior de la novela una hoja de periódico amarillenta y se la mostró a Estrela. En ella aparecía retratado Novoa con diez años menos—. Supongo que no medí bien mis palabras y, además de narrar algunas anécdotas del viaje, mencioné el descubrimiento de la carta de Gaston a su hermano Maurice, y la de Verne a Turiello. Poco después, mi casa sufrió un incendio devastador y yo estuve a punto de morir atrapado por el fuego.

—¿Fue entonces cuando simuló su muerte?

—Así es, pero para entonces yo mismo había visto el lugar donde está oculto el último Verne.

—¿Y por qué no se hizo con él?

—Estuve a punto de ceder a esa tentación. Las instrucciones eran exactas. Lo tenía al alcance de mi mano, pero, como te dije, estoy solo en el mundo. No tengo hijos, ni nietas que me quieran como tú a tu abuelo. La verdad es que estoy cansado. El mundo me aburre. Pero, a pesar de que me aburre, tengo miedo a que me saquen de él a la fuerza. —Hizo una pausa y clavó sus ojos en los de la muchacha—. Debes saberlo todo. Es lo justo. —Tomó aire y pareció buscar las palabras adecuadas. Al parecer, creyó encontrarlas unos segundos más tarde—. Como te dije, he gastado mucho dinero en mi colección sobre Verne, pero una de las cosas que menos me costó fue precisamente esa carta a Turiello. El hombre que me la vendió me confesó que hacía tiempo que deseaba deshacerse de ella. Temía por su vida. Otras personas que como él

buscaron esa carta habían muerto o desaparecido en misteriosas circunstancias. Creía firmemente que los hombres sin rostro no tardarían en caer sobre él. ¿Comprendes por qué nunca me atreví a apoderarme del manuscrito?

Estrela no dijo nada. No sabía qué decir.

—Hace unos meses leí un artículo magnífico sobre Verne firmado por ese escritor que antes mencioné, Ávalos —prosiguió Novoa—. Me informé sobre él. Hacía tiempo que contemplaba la posibilidad de legar esta pesada carga a alguien, y Ávalos me pareció un hombre en quien podía confiar.

—Pero lo asesinaron —dijo Estrela.

—Así fue. Y mis planes se quebraron. Al saber que Ávalos había muerto imaginé que los hombres sin rostro habían dado conmigo, puesto que era evidente que controlaban mi correspondencia. Y, entonces, pensé en ti.

13

Mario Turiello! ¡Maldita sea! —bramó Miguel.

Era irritante. Primero había robado el manuscrito de la novela de Ávalos con la seguridad de que en él encontraría las claves del enigma que había unido al final de su vida al viejo maestro de escuela con Julio Verne, y resultó que la novela estaba inacabada. Después, se había ganado la confianza de la rocosa Alexia para conseguir una copia de la carta de Gaston a su hermano Maurice, y resultaba que tampoco allí se desvanecían las sombras que la novela de Ávalos dibujaba. La clave final estaba en una carta de Verne a Mario Turiello.

Miguel comprendió en ese momento por qué el informador de Ávalos lo había citado personalmente. El propósito debía ser entregarle ese documento.

—¡Ahora hay que encontrar esa carta!

Tenía que encontrar a Nemo.

Media hora más tarde, Capellán recogió en su hotel a Alexia. Era una mañana cenicienta y húmeda.

Ella entró en el Golf llenándolo con su aroma. Miguel repasó de arriba abajo el ejemplar de hembra que se sentaba junto a él, y tras los primeros segundos de peritaje tuvo que reconocer que pocas veces había estado junto a una mujer tan fascinante y sofisticada. No era una belleza, pero aquella cuarentona derramaba clase en cada gesto. Alexia asustaba.

Como si su fondo de armario fuera mágico, día tras día la abogada lo sorprendía con un nuevo conjunto. Esta vez, la chaqueta y la falda eran grises. Los tacones, superlativos. El abrigo, de un gris más intensamente oscuro que el traje. Las piernas, largas y tentadoras.

Al cabo de unos segundos, Miguel desvió la mirada. Los ojos de la *Bacall* lo habían sorprendido en mitad de su escrutinio.

—¿Qué has sacado en claro? —preguntó Alexia. Una sonrisa fugaz se dibujó en sus labios—. Me refiero a la carta —añadió con ironía. Miguel se sintió enrojecer—. ¿Tienes idea de dónde puede estar la carta que Verne envió a ese tal Turiello? Y, por cierto, ¿qué sabes de ese italiano? —Había desaparecido la ironía dando paso a su habitual tono frío y profesional.

Miguel fijó su mirada en la carretera.

—La carta tiene que ser el motivo por el cual Nemo citó a tu padre en esa residencia de ancianos —respondió—. No quería correr el riesgo de enviársela por correo. En cuanto a Turiello, recuerdo haber leído algo sobre él en las biografías que compré sobre Verne. Era un estudiante que se carteó con Verne en los últimos años de vida de este. Turiello lo admiraba y se atrevió a escribirle cuando apenas tenía dieciocho años. Verne le respondió confesándole primero que temía no tener tiempo para publicar todas las obras que tenía escritas. Hablaba de manuscritos inéditos. —Miró a Alexia y añadió—: Ya has visto la nota que tu padre añadió en la carta. —Ella asintió.

—¿Crees entonces posible que uno de esos manuscritos inéditos fuera *Hacia la inmortalidad y la eterna juventud* y que le confió el lugar donde lo había escondido?

—O nos creemos lo que dice la carta o no nos lo creemos —respondió Miguel sin apartar la vista de la carretera—. Si aceptamos que Verne formó parte de una sociedad literaria vinculada a una orden de iniciados desconocida y si admitimos la existencia de los hombres sin rostro de los que habla Gaston, habrá que aceptar que Verne escribió lo que sabía, ocultó el manuscrito en alguna parte y envió a Turiello las pistas para encontrarlo.

—Entonces, puede ser que el propio Turiello se hubiera hecho con ese manuscrito, ¿no crees?

—No lo sé —admitió Miguel—. Gaston asegura que aquel hombre que lo visitó confesó que Turiello nunca recibió la última carta de Verne.

Durante varios minutos un tenso silencio se acomodó junto a ellos. Miguel condujo con cuidado por carreteras comarcales y, más tarde, por rutas estrechas rumbo a La Isla.

—Disfrutas con todo esto, ¿verdad? —preguntó de pronto Alexia.

—¿A qué te refieres?

—Lo veo en tu cara, en tus ojos —dijo la abogada—. He visto esa obsesión muchas veces en el rostro de mi padre cuando era niña.

—¿Aún crees que estoy loco? —Miguel alzó la voz mirándola de reojo—. ¿Todavía crees que tu padre lo estaba? Tú misma dijiste que creías que a Carmona lo habían matado porque iba a reabrir el caso del asesinato de tu padre.

—Te pareces a él —comentó Alexia—. En cuanto a lo de Carmona, ya no sé qué pensar. A lo mejor fue un accidente sin más. Y la autopsia no pudo revelar nada claro sobre cómo murió mi padre.

—¡Eres terca como una mula! —gritó Miguel. No estaba acostumbrado a que cuestionaran sus teorías, y menos aún a que lo hiciera una mujer. A él lo que le gustaba era tener auditorios dóciles, ante los cuales explayarse exhibiendo su excelente memoria para las historias extraordinarias y misteriosas. Mujeres como Alexia lesionaban dolorosamente su ego—. Oye, si no quieres venir conmigo, te llevo al puñetero hotel, coges tu maleta de marca, te subes al primer avión que tenga plazas business libres y te largas para Madrid. Pero no me toques los cojones, ¿de acuerdo?

—Demasiado ordinario —repuso con sorna Alexia—. Te falta clase. ¿Óiste a mi

padre alguna vez expresarse de ese modo?

—¿En qué quedamos? ¿Me parezco o no me parezco a tu padre?

Alexia lo miró entornando sus enormes ojos verdes. Sopesó la respuesta.

—Hay algo en ti que me recuerda a él —dijo—. Te crees a pies juntillas que hay más cosas de las que todo el mundo ve. Aunque puede que eso fuera así hace mucho tiempo. Luego, todo eso de los misterios se convirtió en un modo de vida para ti. Pero, como la gente acostumbra a burlarse de tus ideas, estás ávido de aventuras como esta, donde crees que puedes reafirmar tus convicciones. A pesar de todo, no eres exactamente igual que él. Tú no eres tan ingenuo. Él era como un niño. En cambio, tú eres un cabronazo que no dudaría en vender a su madre para obtener una historia que escribir. Le robaste la inocencia al niño que fuiste hace mucho tiempo.

Miguel apartó la vista y acusó el golpe. Dio gracias a Dios de que Alexia no supiera que había robado el manuscrito de Ávalos. Apretó con fuerza las mandíbulas y fingió concentrarse en la carretera. Por el espejo retrovisor vio que dejaba tras de sí el retrato invisible y extraordinariamente fiel que Alexia había hecho de él.

Al llegar a La Isla, Miguel estacionó su coche en el lugar de costumbre.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó Alexia.

—Ayer me quedé con las ganas de comprobar una cosa en la biblioteca —respondió Miguel—. Ya te dije que hay una colección completa de las obras de Verne. Parece ser que tienen un libro donde se registran las peticiones de los lectores. Quiero echarle un vistazo.

—¿Crees que podrás dar con Nemo de esa manera? ¿En el registro de préstamos de una biblioteca?

—¿Se te ocurre algo mejor?

Alexia guardó silencio. Ella era buena en lo suyo, en el mundo real. En cambio, en el terreno que ahora pisaba, minado de supuestas conspiraciones y enigmas, era una novata.

—Diremos que ayer perdimos algo —explicó Miguel mientras pulsaba el timbre junto a la puerta de hierro. De reojo, miró a una de las cámaras de seguridad—. El móvil. Diremos que ayer perdiste el móvil en alguna parte. Mientras, yo trataré de escabullirme.

Alexia lo miró de forma extraña, pero no dijo nada. Miguel se preguntó si ella se habría dado cuenta de que aquel fue el mismo ardid que empleó para regresar a casa de Ávalos la noche en que mataron al viejo escritor. Fue entonces cuando conoció a Alexia.

Ana Otero salió a su encuentro en el vestíbulo del pazo. Miguel se reafirmó en su idea de que aquella mujer madura, que conservaba el atractivo que sin duda debió exhibir en sus años de juventud, lo miraba con interés.

—No les esperaba tan pronto. —La secretaria del director del centro los saludó con simpatía pero sin excesos. A Miguel no le pasó desapercibido el hecho de que apenas mirara a Alexia—. ¿Traen la documentación que les solicité?

—Verá, en realidad hicimos noche en Vigo —dijo Miguel—. Pero esta mañana mi esposa —miró a Alexia y la abogada sonrió con timidez— se ha dado cuenta de que ha perdido su teléfono móvil. Nos preguntábamos si tal vez lo han encontrado ustedes. Puede que lo perdiera ayer en el jardín.

—Lo cierto es que no —aseguró Ana Otero.

—¿Podría mirar yo misma? —preguntó Alexia.

Ana Otero dudó. Finalmente, dijo exactamente lo que Miguel había esperado.

—Les acompaño.

Miguel vio entonces la ocasión esperada. Necesitaba ir al servicio, confesó. Otero indicó la dirección que debía tomar. Y, cuando Miguel vio a las dos mujeres encaminarse hacia el jardín, se apresuró a subir al piso superior del pazo, donde estaba la biblioteca.

No tenía mucho tiempo, de modo que caminó todo lo rápido que pudo sin llegar a correr, para no llamar la atención. Pero al llegar a la biblioteca sus esperanzas se desvanecieron: la puerta estaba cerrada con llave.

Capellán ahogó una maldición. En ese momento escuchó los pasos de alguien que subía por las escaleras. Afortunadamente para él, junto a la biblioteca había unos servicios. La puerta estaba abierta. Entró y desde su escondite vio pasar a Marino Rey, el director del geriátrico, junto a un hombre joven que vestía una bata blanca.

—¿Cómo está Xoan? —preguntó Marino.

—Sigue estable, pero grave. Está mayor. Si sufre otra crisis cardiaca… —El hombre de la bata blanca movió la cabeza negativamente.

Marino Rey y su acompañante pasaron de largo, y Miguel decidió regresar al vestíbulo. Ana y Alexia regresarían en cualquier momento.

Apenas hubo llegado al piso inferior, Miguel vio algo que le llamó la atención. Al fondo del pasillo, en el ala este, se abrió la puerta de una de las habitaciones de los residentes. Tardó unos segundos en comprender qué era lo que le había sorprendido de la escena que pudo ver. No había nada extraordinario en aquella muchacha que peinaba su cabello rubio con rastas y que vestía como una especie de hippie, y tampoco tendría por qué haberlo en el hombre que la despedía en el quicio de la puerta. Pero, a pesar de todo, había algo en la escena que chirriaba. Al cabo de unos segundos, Miguel comprendió qué era lo que estaba fuera de su sitio. Afortunadamente, ni el anciano ni la muchacha rubia advirtieron que Miguel los había visto.

—Nada, ni rastro. —La voz grave de Ana Otero sacó a Miguel de sus cavilaciones.

—Debí de perderlo en otro lugar —comentó Alexia. Sus ojos exploraron el rostro de Miguel, y debió de percibir la conmoción que había provocado en el periodista la escena que acababa de contemplar.

En ese momento, la joven de las rastas pasó junto a ellos. Ana Otero la saludó.

—Hola, Estrela. ¿Cómo está tu abuelo?

—Ahora voy a preguntar al doctor —respondió la joven—. Por lo que sé, sigue grave.

—¿Qué le ha ocurrido al abuelo de esa chica? —preguntó Miguel cuando Estrela se hubo alejado.

—Un infarto —respondió la secretaria—. Está muy pachucho.

Se despidieron de Ana Otero lo mejor que supieron para no levantar recelo en la eficiente secretaria. Miguel volvió a sentir el calor de la mirada de aquella mujer. Él estrechó su mano con firmeza y prometió remitir cuanto antes la documentación requerida para que se estudiara la petición de Miguel de ingresar a su imaginario padre en la residencia.

Al entrar en el coche, Alexia preguntó:

—¿Qué te pasa? Deberías haber visto la cara de pasmado que tenías ahí dentro. Y, por cierto, esa secretaria te pone ojitos todo el rato, por si no te has dado cuenta.

—Tengo que volver.

—¿Te has vuelto loco? ¿A qué?

—¿Viste a esa muchacha? Me refiero a la rubia de las rastas.

Alexia asintió.

—La vi salir de la habitación de uno de los residentes —dijo Miguel.

—¿Y?

—Pues que, hasta donde yo sabía, ese hombre no ha dicho una sola palabra desde hace años, y yo lo vi charlando con esa joven. Y, además, estaba de pie. Y se suponía que se desplazaba únicamente en silla de ruedas. ¿Por qué ese anciano iba a fingir que está impedido? ¿A qué se debe que quiera pasar por un hombre que ha perdido la memoria? —Miró a Alexia a los ojos y añadió—: Y sí, yo también me he dado cuenta de que esa secretaria me pone ojitos. Y lo voy a aprovechar.

Media hora antes de que la residencia cerrara sus puertas, Miguel aparcó frente al geriátrico. Esta vez, iba solo.

Antes de decidirse por aquel plan había contemplado otras posibilidades. Llegó a imaginarse saltando furtivamente durante la noche el muro de piedra, pero temía que las cámaras de seguridad lo detectaran antes de que pudiera llegar a entrar subrepticiamente. Además, ¿por dónde podría acceder al interior del geriátrico sin ser visto?

Caminó con paso decidido por el sendero de grava. Esperaba que Ana Otero no hubiera terminado su jornada laboral. La necesitaba.

Miguel entró en el pazo y preguntó a una de las cuidadoras por la secretaria del director. La joven le pidió que aguardara allí. Miguel se contempló en un cristal y aprovechó para reordenar su cabello. Dudó. Tal vez debía haberse afeitado.

Otero llegó un par de minutos después exhibiendo una sonrisa radiante.

—¿Qué le trae por aquí? ¿Y su esposa?

—Se ha marchado a La Coruña —respondió Miguel—. Yo tenía que quedarme un par de días más en Vigo, pero ella… En fin, ya sabe, una discusión de matrimonio.

A Otero aquella noticia pareció ponerla de buen humor.

—¿Y por qué ha vuelto? —preguntó con cierta turbación.

—Me avergüenza decirle esto —dijo Miguel—, pero he perdido uno de los impresos que me dio. Uno de color salmón.

—Entiendo.

Miguel captó la decepción en la voz de la mujer y se apresuró a añadir:

—No hay mal que por bien no venga, así he podido darme un paseo hasta aquí y charlar de nuevo con usted.

La mirada de Otero recobró su brillo.

Miguel miró alrededor. En el salón, cuatro ancianos contemplaban el televisor con expresión ausente.

—Está todo muy tranquilo —observó.

—Estamos a punto de servir la cena —informó Otero—. ¿Quiere tomar un café?

—Se lo agradecería.

Minutos después, estaban sentados frente a frente. Una mesa de la cafetería los separaba. Otero se llevaba la taza a la boca con expresión coqueta.

—¿Hace mucho que trabaja usted aquí? —preguntó Capellán.

Ella dijo que sí. En realidad, desde el principio, desde que la residencia abrió sus puertas. Añadió que no había nada allí que no conociera y que en muchas ocasiones, como aquella misma tarde, era ella la responsable de todo en ausencia del director.

—¿No está don Marino?

Ana Otero miró su reloj. Miguel vio que tenía unas manos fuertes y una muñeca regordeta.

—Se supone que no tardará mucho.

—En todo este tiempo, habrá cogido cariño a los residentes, ¿no?

—Ya lo creo. —Bebió un sorbo de café—. Yo no tengo padres. Murieron.

—Lo siento.

—Ocurrió hace mucho, no se preocupe. El caso es que para mí estos viejitos son entrañables.

—¿Y las familias? ¿Los visitan o los dejan aquí como si fuera esto un guardamuebles?

—Hay de todo —admitió Otero.

—Sí, como en el caso de ese anciano del que me habló, el que nunca recibe visitas —comentó Miguel, que por fin podía orientar la conversación hacia donde le interesaba.

—¿Don Rodrigo? Sí, ya le dije que lleva aquí desde el principio.

—¿Sabe qué le digo?

—¿Qué? —Ana sonreía como una colegiala.

—Que me gustaría saludar a ese hombre. ¿Es posible?

—Pues eso sí que tiene gracia —dijo.

—¿Por qué?

—Porque es usted la segunda persona que pregunta hoy por él.

Miguel sintió que su estómago daba una vuelta de campana.

—¿Alguien ha venido a visitarlo?

—Sí, un hombre mayor que dijo que lo conocía. Nos sorprendió a todos, la verdad. Y, por cierto, aún debe de estar con él en su habitación, porque no les he visto en toda la tarde.

Miguel trató de tranquilizarse.

—¿Quién era ese amigo?

—Venga, vamos a ver si aún están juntos. En el registro tengo anotado el nombre. Lo miramos de camino.

Miguel siguió a Ana Otero, que de vez en cuando se volvía y le regalaba una sonrisa. Él se esforzaba en parecer interesado en ella y se obligaba a no correr hacia la habitación de don Rodrigo. ¿Quién era el hombre que estaba con el anciano?

Ana Otero se detuvo en el mostrador de recepción y consultó un libro.

—Veamos —dijo mientras pasaba una página—. Sí, aquí está: Gerardo García Ávalos.

Miguel tuvo que sujetarse en el mostrador para no caerse.

Ana Otero llamó a la puerta del anciano, pero no hubo respuesta.

—Qué extraño —dijo.

Insistió, pero con idéntico resultado. Finalmente, abrió la puerta y ambos entraron en la habitación.

La cara de asombro de Ana Otero demostraba que, al contrario de lo que imaginaba, en realidad no sabía todo lo que ocurría en aquella residencia. Miguel comprendió de inmediato que ella desconocía la existencia de un mecanismo que abría la puerta disimulada por una estantería y que daba acceso a una estancia en el interior de la antigua capilla.

—¿Qué es esto?

Miguel entró en la guarida secreta de don Rodrigo, que se mostraba levemente iluminada por una lámpara de pie apostada junto a un sillón. Había una ventana abierta en la pared opuesta, pero había anochecido y por ella no entraba luz alguna.

—¿Qué coño es esto? —murmuró.

Al fondo vio un piano. Recorrió con la vista las paredes, forradas de piedra y madera. Los muebles eran lujosos y cómodos. La mortecina luz de la lámpara le permitió ver algunos cuadros. Uno de ellos le resultó familiar, pero no conseguía saber

por qué.

El apartamento parecía vacío. ¿Dónde estaban don Rodrigo y el visitante que dijo ser Ávalos? Sus ojos se acostumbraron a la débil claridad reinante y no tardó en comprender que algo había ocurrido en aquella estancia. Había libros tirados en el suelo, objetos rotos… Alguien había registrado el apartamento.

De pronto, se sobresaltó al leer los títulos de tres libros que reposaban sobre una mesa de cristal: *Dueño del mundo, Las Indias negras* y *Viaje al centro de la Tierra*. Había otro volumen tirado en el suelo, con la portada boca abajo.

En ese instante, Ana Otero gritó.

Miguel se giró y miró en dirección al lugar hacia donde lo hacía la secretaria, cuyo rostro parecía aterrado. Allí estaba don Rodrigo, tendido en el suelo y, por lo que parecía, muerto.

Miguel se precipitó hacia el anciano. Tenía un fuerte golpe en la cabeza. De la herida había manado abundante sangre. Capellán comprobó que carecía de pulso, y entonces su mente práctica se puso en acción. Tenía que estudiar aquella estancia, y debía hacerlo sin testigos.

—Rápido, avise a la policía —dijo a la secretaria. Pero ella parecía paralizada. Miguel se acercó a ella, la cogió por los hombros y la zarandeó—. Avíselos.

Ana Otero reaccionó y, arrastrando los pies, salió de la habitación.

Miguel, por su parte, encendió las luces y comenzó a examinar la guarida de don Rodrigo. No sabía qué hacer ni por dónde empezar. Si lo que pretendía era localizar la carta de Verne a Turiello, sin duda había llegado tarde. Supuso que alguien se le había adelantado.

Su mirada se detuvo en el cuadro que le había llamado la atención. Y al fin lo reconoció. Era una reproducción de *Viajero ante el mar de niebla,* de Caspar David Friedrich. Recordó que Jesús Sinclair, el personaje creado por Ávalos, mencionaba aquel lienzo afirmando que Verne dio indicaciones al dibujante Riou para que se inspirara en él a la hora de realizar las ilustraciones del capitán Nemo. Sinclair aseguraba que la elección de aquel cuadro era un guiño de Verne para conducir al lector tras los pasos de la sociedad de La Niebla, pero cuidándose de no mencionarla explícitamente.

El periodista observó la escena ideada por el pintor alemán. Él mismo había visto la edición ilustrada en la que aparecía Nemo en una composición muy similar. Se trataba de un canto al movimiento romántico: la niebla envolviendo las altas montañas, la fuerza de la naturaleza en su manifestación más extrema y primitiva, un hombre vestido con levita y situado de espaldas al espectador contemplando el paisaje al borde de la racionalidad… Nadie podría descubrir la identidad de aquel viajero. Podría ser cualquiera. Podría ser nadie. Podía ser Nemo.

Aturdido por la fuerza de aquella escena y sintiéndose aún más cerca del escurridizo Nemo, sus ojos regresaron a los libros que había visto sobre la mesa nada más entrar en la habitación. Se acercó y recogió del suelo el cuarto libro, el que estaba con la

portada boca abajo. *El testamento de un excéntrico,* leyó. En su interior, Miguel descubrió que había una vieja hoja de periódico. Pertenecía a una antigua edición del *Faro de Vigo*. Desdobló la hoja y se sorprendió al ver el rostro del hombre que aparecía en la fotografía. Era don Rodrigo, pero mucho más joven. Se trataba de una larga entrevista presidida por un sonoro titular: «El Phileas Fogg gallego». Pero lo más extraordinario era que al entrevistado no lo llamaban Rodrigo, sino Matías Novoa.

En ese momento, Miguel escuchó pasos apresurados en el pasillo. Supuso que Ana Otero regresaba acompañada por otras personas. Antes de que irrumpieran en la habitación, se guardó la novela y la hoja de periódico en el chaquetón.

14

Una hora más tarde, la habitación secreta de don Rodrigo había dejado de serlo por completo. Encabezados por el inspector Ríos, un hombre corpulento, no demasiado alto, cuarentón y que lucía una rala barba entrecana, un puñado de policías se había hecho cargo de la situación. La investigación estaba en marcha. La policía científica metió sus adiestradas narices en el apartamento buscando alguna pista que esclareciera los hechos; el juez se personó poco después, y Miguel se encontró atrapado allí, sin saber cómo escabullirse.

—¿Quién encontró el cadáver? —preguntó Ríos al director de La Isla.

—Fue mi secretaria —respondió Marino Rey señalando a Ana Otero.

El policía se acercó a Otero, que estaba sentada en una silla en la habitación contigua a la estancia secreta, la habitación que todo el mundo creía que era la que ocupaba el anciano.

—¿Me podría explicar qué es lo que ha ocurrido aquí? —El inspector se sentó en el borde de la cama, frente a Ana Otero.

La secretaria hizo un resumen bastante exacto de lo sucedido. Le habló del deseo de Miguel Capellán, que se encontraba sentado en el otro extremo de la cama, de saludar al difunto don Rodrigo. Había relatado a Miguel la triste historia del asilado, que nadie lo visitaba, y, al saber esa circunstancia, Capellán mostró su deseo de conocerlo.

—Entonces vinimos aquí —prosiguió Otero—. Llamé a la puerta, pero, como no abría nadie, me pareció extraño, porque hoy don Rodrigo había tenido una visita por primera vez en todos estos años.

—¿Una visita?

La secretaria le dijo que aquella misma tarde había llegado a la residencia un hombre diciendo que era amigo del anciano. Confesó que a todos les pareció extraño que después de tantos años alguien se presentara allí diciendo conocer a don Rodrigo, pero al mismo tiempo todo el personal se mostró encantado con la noticia.

—¿El director también vio a ese hombre?

—¡Oh, no! Don Marino había tenido que ir a Vigo esta tarde.

—He visto que tienen ustedes cámaras de vigilancia —comentó el policía—. Imagino que en las grabaciones se verá a ese hombre. ¿Cómo era?

—Sí, tenemos cámaras. —Ana Otero se sonó la nariz—. Ese hombre parecía mayor, no sé… Unos sesenta años, tal vez. Llevaba un abrigo oscuro y me llamó la atención que luciera un sombrero. Ya casi nadie lleva sombrero.

Miguel se revolvió inquieto al escuchar el detalle del sombrero.

—¿Dijo cómo se llamaba?

—Está anotado en el libro de visitas —respondió Ana—. Lo miramos antes, ¿verdad? —añadió dirigiéndose a Miguel.

Ríos clavó sus ojos negros en Capellán. El policía se había desprendido de su gabardina, lo cual permitió comprobar mejor que padecía sobrepeso.

—Gerardo García Ávalos —dijo Miguel, quien, tras reflexionar sobre lo que más le convenía decir y hacer, había tomado una decisión—. Pero era un nombre falso, o se trata de una extraordinaria casualidad.

Ríos pareció olvidar a Ana Otero y se concentró en Miguel.

—¿Y usted es…?

—Miguel Capellán. Había venido aquí a pedir información sobre la residencia y sobre los requisitos necesarios para solicitar plaza para un familiar.

—¿Un familiar?

Miguel dudó. Su padre había muerto unos años antes. Aquel inspector le pareció un zorro del que cuidarse, y tal vez comprobara el dato de si tenía realmente un padre al que asilar. Esperaba que Ana no dijera nada al respecto, ni se le ocurriera mencionar el dato de que Miguel estaba casado.

—Así es —respondió cuidándose de no citar a qué familiar pensaba ingresar en el geriátrico.

—¿Y cómo sabe que ese nombre —Ríos consultó un pequeño cuaderno donde iba anotando cosas—, Gerardo García Ávalos, es falso?

—Porque Ávalos era un escritor a quien conocí, y ha muerto hace unas semanas.

—Podría ser otro hombre que se llamara igual, ¿no cree?

—Por eso le dije que también podía ser una casualidad —recordó Miguel.

Ríos guardó silencio. Parecía estar moliendo alguna idea con lentitud.

—¿Sabe lo que le digo? Que lo que me parece una casualidad es que a ese hombre de ahí dentro —miró hacia la habitación secreta— lo hayan matado la misma tarde en que usted, que al parecer conocía al tal Ávalos, estaba aquí. ¿No le parece extraño que el difunto recibiera una visita por vez primera en muchos años el mismo día en que usted aparece?

—Oiga, yo no tengo nada que ver en todo esto.

—Sí, ya sé. —Ríos sonrió sin ganas—. Es una casualidad. —El policía se levantó de la cama y mirando a Ana y Miguel dijo—: Se vienen conmigo a ver esas grabaciones de las cámaras de seguridad. Veremos si reconocen o no al misterioso visitante al que, por cierto, nadie parece haber visto marcharse.

—Pudo salir por la ventana que está abierta —comentó un policía joven que había asistido en silencio al interrogatorio—. Hay huellas de zapato en el marco de la ventana.

Ríos miró al policía.

—Pues ya tenemos algo —dijo—. Veremos qué más aparece.

En aquel momento, el inspector Ríos no podía saber que no aparecería nada más. Ni una huella, ni el más mínimo indicio de quién había golpeado a don Rodrigo provocando su muerte. Tampoco se descubrió el arma homicida, ni se encontró otro rastro del misterioso visitante que las huellas que dejó en la parte trasera del jardín hasta llegar a la pequeña puerta de metal que, al parecer, saltó. Las cámaras de seguridad no pudieron ofrecer ni una sola imagen de su huida.

Hubo más suerte cuando se repasaron las grabaciones de las cámaras de la fachada principal correspondientes a la tarde del crimen. En ellas aparecía un hombre de mediana estatura, más bajo que el verdadero Ávalos, según Miguel Capellán informó al inspector Ríos. El desconocido parecía haber llegado andando a la residencia, pues las cámaras del aparcamiento no recogían ningún vehículo en el que hubiera podido acercarse hasta allí.

El hombre, en efecto, vestía un abrigo oscuro y llevaba la cabeza cubierta por un sombrero. En alguno de los planos, no obstante, se veía su rostro. Parecía, como Ana Otero comentó, un hombre maduro, de más de sesenta años.

—No es Ávalos —dijo Capellán al policía—. Ávalos ha muerto.

—Y usted que parece saber tanto sobre ese Ávalos, ¿no me sabrá decir a mí por qué ese tipo de la imagen se hizo pasar por él? ¿Qué interés podía tener en matar al tal Rodrigo? ¿Por qué registró su habitación?

—No tengo ni idea —respondió Capellán sosteniendo la mirada de Ríos.

El policía clavó sus ojos en la imagen paralizada del desconocido que aparecía en la pantalla.

—Vamos a ver qué nos tiene que decir el señor Rey de esa habitación secreta —dijo.

—¿Me puedo marchar? —preguntó Miguel, quien por una parte dudaba si seguir allí para ver qué más podía averiguar por su cuenta o escabullirse para no seguir exponiéndose a la mirada de zorro del inspector Ríos.

—¿Tiene prisa? —El policía lo miró de arriba abajo.

—No sé qué más puedo hacer aquí.

—Eso lo decido yo, no usted —replicó con aspereza Ríos. Miguel observó que el inspector respiraba con dificultad—. Me va a decir su número de teléfono móvil, por si vuelvo a necesitarlo. —Hizo una pausa antes de añadir—: Y no sé por qué me parece a mí que sí que lo voy a necesitar.

Miguel abandonó el geriátrico sintiendo la mirada de Ríos clavada en su espalda. Si aquel tipo era bueno en su trabajo, y Capellán sospechó que debía serlo, no tardaría en averiguar que también Ávalos había muerto en extrañas circunstancias y que su casa

fue igualmente registrada la noche en que murió. Si tiraba de ese hilo, descubriría que él, Miguel, había sido interrogado igualmente en aquella ocasión, pues parecía que tenía el don de convertirse en heraldo de la muerte: anciano a quien visitaba, anciano que era asesinado.

Sí, no cabía la menor duda de que el inspector Ríos lo volvería a llamar, pensó mientras acariciaba la novela que había sustraído de la habitación de don Rodrigo, la misma entre cuyas páginas aparecía aquella amarillenta hoja de periódico.

—¿Qué te pasa? Tienes una cara horrible —observó Alexia cuando Miguel entró en su habitación cuarenta y cinco minutos después de haberse zafado del inspector Ríos.

—¿Qué me pasa? ¡Joder! ¡Ni te lo imaginas!

Capellán resumió todo cuanto había sucedido en La Isla. Y a continuación mostró a Alexia la hoja de periódico que había encontrado entre las páginas de *El testamento de un excéntrico*. El paso del tiempo y el hecho de haber sido doblada varias veces habían emborronado algunas palabras. Además, en algún momento había caído sobre el papel agua, desdibujando aún más palabras del texto.

Ella se sentó en la cama y comenzó a leer la entrevista publicada años antes en el *Faro de Vigo*.

> Matías Novoa, reconocido empresario[106] hostelero de Vigo, ha hecho realidad su sueño de emular a Phileas Fogg, el popular personaje creado por Julio Verne en la novela *La Vuelta al mundo en ochenta días*. Novoa regresó recientemente de Londres, desde donde partió y adonde regresó el pasado día 21 de diciembre tras realizar las mismas etapas que cubrió el protagonista de la novela. A su regreso a Vigo, Novoa tuvo la amabilidad de recibirnos en su casa. El prestigioso restaurador respondió a nuestras preguntas sin poder evitar el brillo de la emoción en su mirada cada vez que el nombre de Julio Verne se colaba en la conversación.
>
> —¿Qué lleva a un hombre de éxito a realizar un viaje como ese en ochenta días cuando la vuelta al mundo se puede hacer en mucho menos tiempo en la actualidad?
>
> —Se trataba de cumplir un sueño. Desde que era niño, siempre quise dar la vuelta al mundo siguiendo estrictamente el itinerario de Fogg. Ahora, con sesenta años a cuestas, me lo podía permitir. Quise emular a Nellie Bly[107].
>
> —¿Quién fue Nellie Bly?
>
> —Usted, como periodista, debería haber oído hablar de ella. En realidad, se llamó Elizabeth Cochrane. Era una joven increíble, nacida en Pensilvania. Una mujer extraordinaria, que pretendió dar una lección a los hombres de su época demostrando que una veinteañera como ella podía escribir reportajes que ningún hombre superaría. Vestía como una aventurera si la ocasión lo requería, o se hacía pasar por loca para ingresar en un psiquiátrico y así documentarse de primera mano sobre cómo era la vida allí dentro. En noviembre de 1889, lord Joseph Pulitzer, dueño del diario neoyorquino *The New York World*, le propuso realizar la misma proeza que llevó a cabo Phileas Fogg en la novela. Nadie había hecho aquel viaje en la vida real, y Nellie recogió el guante. Ella haría el viaje y relataría en diferentes artículos enviados telegráficamente por dónde iba en cada momento. Las ventas del periódico fueron extraordinarias. Todo el mundo seguía con pasión las andanzas de Nellie. E incluso ella visitó a Verne en su casa de Amiens y relató lo agradable que había sido el encuentro. Verne se mostró encantado con la aventura, y deseó que lograra rebajar la marca de ochenta días. Y de hecho, cuando ella batió el récord dejándolo en setenta y dos días, seis horas y unos minutos, Verne envió un telegrama felicitándola.

—¿Esa historia es cierta?

—No tiene más que comprobarlo.

—¿Puede recordarnos las etapas de Phileas Fogg?

—Sí, claro. Fogg parte de Londres el día 2 de octubre de 1872 después de apostar con sus amigos del Reform Club que era posible hacer ese viaje en el tiempo previsto. Toma el tren de Dover a las 8.45 horas para, desde allí, cubrir una etapa que lo conduciría hasta Suez, por el Monte Cenis y Brindisi, en ferrocarril y paquebote. Debía realizar ese trayecto en siete días. A continuación, emplearía trece días en cubrir la distancia entre Suez y Bombay; tres días, entre Bombay y Calcuta; trece días, entre Calcuta y Hong Kong; seis días, entre Hong Kong y Yokohama (Japón); veintidós días, entre Yokohama y San Francisco; siete días, entre San Francisco y Nueva York, y, finalmente, nueve días para ir desde Nueva York a Londres.

—Pero hoy en día esas distancias se pueden cubrir en mucho menos tiempo…

—Por supuesto. Podía haber ido en avión, si hubiera querido. Pero no quería. Y, aunque hoy los ferrocarriles o los barcos son mucho más rápidos, me demoraba el tiempo necesario para emplear los días exactos en cada trayecto.

—¿Y qué ganaba con eso?

—Como ya le dije, cumplir un sueño. Tengo dinero suficiente como para permitirme emplearlo en mi pasión: Julio Verne.

—¿Cuándo surgió en usted ese interés por Verne?

—Desde niño, como consecuencia de una leyenda familiar que aseguraba que en cierta ocasión, cuando en 1878 Verne llegó a bordo de su barco, el *Saint-Michel*, a la bahía de Vigo, un antepasado mío lo vio conversando en la playa con un hombre al que Verne llamó Nemo.

—¿Me está diciendo que Nemo es un personaje real?

—Le he confesado lo que una leyenda de mi familia asegura, nada más.

—Y, dígame, ¿tiene previsto realizar alguno de los otros viajes extraordinarios de Verne?

—Digamos que estoy tras la pista que me conducirá al más extraordinario de todos ellos.

—¿Podría adelantarnos algo?

—En los últimos años he dedicado buena parte de mi fortuna a reunir una excelente colección de objetos relacionados con Verne: ediciones originales de sus obras, objetos personales del escritor… En esa búsqueda fue cuando descubrí en una librería de viejo de Luxemburgo una primera edición de *El testamento de un excéntrico*, una novela poco conocida de Verne y que, sin embargo, contiene las pistas de las que antes le hablé para descubrir el secreto mejor guardado del novelista.

—¿En qué consiste ese secreto?

—Eso no se lo puedo decir aún. Lo que sí le puedo confesar es que, en las páginas de aquel libro, descubrí una carta firmada por Gaston Verne, el sobrino de Julio que le disparó en 1886 dejándolo cojo para siempre. Nunca se han esclarecido los motivos por los cuales Gaston, que era el sobrino favorito de Julio, disparó sobre su tío. Pero, en esa carta que Gaston dirige a su hermano Maurice y escrita en el psiquiátrico donde lo encerraron tras el atentado, se relatan los motivos que le llevaron a hacerlo. La carta desvela la cara oculta de Verne.

—¿Una cara oculta? ¿Qué quiere decir?

—Verne perteneció a una sociedad literaria llamada La Niebla, la cual, a su vez, era guiada por una orden secreta desconocida, que tenía miembros infiltrados en diferentes sociedades herméticas. Fue allí donde se hizo acreedor de un formidable secreto.

—¿Por qué no puede decir cuál es ese secreto?

—Aún no estoy en condiciones de divulgarlo, puesto que me falta conseguir la última prueba.

—¿Qué prueba es esa?

—Un manuscrito inédito de Verne que el propio novelista ocultó después de haber simulado que lo quemaba junto a numerosos documentos más en 1898.

—¿Verne quemó documentos personales en 1898? ¿Por qué?

—Hasta que leí esa carta de Gaston Verne, yo tampoco lo sabía. Ahora sé que lo hizo porque tenía miedo. Los disparos de su sobrino fueron una advertencia para que no divulgara lo que sabía. Pero Verne le confesó a Mario Turiello, un estudiante italiano con quien se carteó al final de su vida, que había escrito un último libro.

—¿El último Verne?

—Exacto. El último Verne. *Hacia la inmortalidad y la eterna juventud*.

—Y dice usted que ha localizado esa obra inédita.

—He descubierto dónde la ocultó Verne.

—¿Y dónde está?

—Comprenderá que me reserve ese dato. Le diré simplemente que Verne en cierta ocasión, según Gaston cuenta en su carta, dijo a su sobrino que la mejor forma de ocultar algo es ponerlo delante de las narices de todo el mundo. Si quisiera esconder una piedra, le confesó, la pondría entre otras muchas idénticas. Ahora le puedo asegurar que eso fue lo que hizo: ocultar aquel manuscrito bajo una piedra. Las claves para encontrarla están donde Ver**rne** nace.

—¿Qué hará cuando se haga con ese manuscrito? ¿Lo divulgará?

—Podré responderle si un día me atrevo a ir a buscar ese tesoro.

—¿Por qué no habría de atreverse?

El señor Novoa, por toda respuesta, nos regaló una sonrisa y se encogió de hombros.

Alexia estaba perpleja, tanto como le sucedió a Miguel cuando leyó aquella entrevista una vez se hubo alejado lo suficiente del geriátrico.

De manera que don Rodrigo era, en realidad, un empresario hostelero de éxito llamado Matías Novoa. Y en la familia Novoa se había transmitido a lo largo de los años una leyenda que decía que un antepasado suyo había visto a Verne charlar en una playa de Vigo con el mismísimo capitán Nemo. Miguel recordó sin dificultad el pasaje de la carta de Gaston en el que se mencionaba precisamente una conversación de Verne con Nemo en una cala próxima a Vigo. ¡Aquello era extraordinario!

Aquella hoja de periódico amarillenta y con palabras semiborradas completaba buena parte del rompecabezas. Miguel sabía ahora cómo y quién descubrió la carta de Gaston. Presumió que Novoa era Nemo, el misterioso confidente de Ávalos. En la entrevista Novoa mencionaba igualmente la carta de Verne a Turiello, y se insistía en la importancia de *El testamento de un excéntrico* en la resolución del enigma que conducía al último Verne.

—Fíjate. —Capellán mostró a Alexia la edición francesa de aquella novela que había robado en la habitación secreta—. Está subrayada y llena de anotaciones.

Alexia contempló el libro, cuyas páginas, en efecto, estaban repletas de notas al margen.

—Tenemos que ir a Nantes —dijo Miguel.

—¿A Nantes? ¿A qué?

—¿No lo ves? Rodrigo, quiero decir Novoa, asegura en esa entrevista que el manuscrito de marras está escondido donde Verne nace.

—¿Bajo una piedra? —Alexia lo miró estupefacta.

—Eso parece.

—¿Me vas a decir que piensas ir a Nantes por lo que pone en una hoja de periódico? ¿Y si ese hombre, Novoa, se hizo con el manuscrito y era eso precisamente lo que buscaba quien lo asesinó? Lo más lógico sería pensar que, puesto que sabía dónde estaba ese texto, se hubiera hecho con él hace tiempo.

—¿Y por qué entonces envió a tu padre la carta de Gaston por entregas? ¿Por qué no le dio directamente el manuscrito?

—Tal vez era lo que pensaba hacer cuando lo citó en La Isla —observó Alexia.

—Tal vez —admitió Miguel—. O tal vez pensaba darle la última clave sobre cómo

encontrar esos papeles.

—Dirás lo que quieras —replicó Alexia—, pero resulta más razonable pensar que Novoa tenía en su poder lo que quiera que escribió Verne.

—O no —repuso Miguel—. Imagina que descubres el escondite de algo tan extraordinario y, al parecer, peligroso. Sabes que hay quien mataría por arrebatártelo, y entonces decides que tu mejor protección es dejarlo allí donde durante tanto tiempo nadie lo encontró.

—Pues si esa fue la estrategia de Novoa, deberás reconocer que no resultó muy acertada. Lo asesinaron, igual que a mi padre.

Capellán guardó silencio. Alexia tenía razón. No había ningún motivo para pensar que el legado de Verne permaneciera allí donde el escritor lo escondió.

—Además, Nantes es una ciudad grande, ¿cómo pretendes encontrar lo que buscas sin la más mínima pista?

—Verne pudo ocultar el texto en su casa natal —respondió Miguel.

—¿Su casa natal? ¡Vete tú a saber los cambios que habrá conocido!

—Quiero pensar que Verne no era un idiota. Si pretendía esconder algo valioso tendría en cuenta que la ciudad mudaría de aspecto.

—Es una locura.

—Una locura por la que asesinaron a tu padre y a Novoa —recordó Miguel con aspereza—. Por lo que se ve, hay alguien por ahí a quien no le parece una estupidez imaginar que Verne ocultó un manuscrito bajo una piedra.

Alexia acusó el golpe y guardó silencio. Miguel se disponía a marcharse cuando ella preguntó:

—¿Qué me dices de ese policía? ¿Y si te llama para interrogarte?

—Volveré. Él no me ha dicho que no pudiera salir del país, ¿no? Además, no pierdo nada por ir a Nantes, echar un vistazo y volver, ¿no crees?

—Hablas en serio, ¿verdad? —Alexia lo miró y por un momento creyó advertir en Miguel la misma expresión aniñada de su padre cuando hablaba de sus investigaciones. Le pareció un loco, pero, aunque le molestó reconocerlo, había algo seductor en aquella locura—. De manera que te vas a ir a Nantes a buscar una piedra.

—Un viaje extraordinario —dijo Miguel regalando a la *Bacall* una sonrisa—. El último viaje extraordinario por Julio Verne.

15

Nantes (Francia), diciembre de 2011

Alexia abrió los ojos. Una esquirla de luz se filtraba entre las cortinas. ¿Dónde estaba? Se sentía terriblemente cansada y le costó convencer a su cuerpo para que se moviera. Finalmente, se levantó de aquella cama que desconocía y corrió de un tirón las cortinas. Ante ella apareció una calle cenicienta y fría. La vida, no obstante, bullía allá abajo: el sonido de los automóviles, el paso apresurado de algunos peatones… Frente a su ventana había un edificio de piedra de color gris. Alexia se entretuvo en contar los pisos. En total, cuatro alturas, además de un bajo comercial donde la abogada descubrió un enorme salón de belleza y peluquería. También vio las terrazas vacías y tristes de un restaurante oriental y otro italiano.

Enfocó la mirada y se concentró en la placa de la esquina del edificio: calle Santeuil. Luego, su atención resultó atrapada por un enorme letrero luminoso cuyas letras estaban ancladas en el mismo edificio desde el cual ella contemplaba la calle: Grand Hôtel.

¡Nantes!

Como si la niebla que envolvía hasta ese instante su mente se hubiera disipado de pronto, los recuerdos del día anterior emergieron nítidos, repletos de color y salpicados de detalles.

—¡Dios mío! —murmuró la abogada.

Alexia se dejó caer sobre la cama y recorrió la habitación con la mirada. Había dos camas, pero la otra estaba intacta. Recordó que *Tapioca* había ocupado la habitación contigua. Las paredes estaban pintadas de color ocre, el cabecero de la cama era sencillo y de madera. Un edredón de color azul surcado por cinco rayas rojas cubría la cama. Había dos lámparas a ambos lados del cabecero, y a su derecha estaba la ventana que ofrecía la imagen del inicio de la vida de aquella mañana de diciembre.

Frente a ella, sobre una cómoda, había un espejo. Alexia se vio sorprendida por la mirada de una mujer que había dormido con un tanga negro como única ropa y que la contemplaba desde aquel espejo con los pechos desnudos. El hecho de haberse convertido en una cuarentona no la preocupaba lo más mínimo. Estaba segura de que muchas jóvenes pagarían por tener unos pechos como los suyos cuando llegaran a esa edad. Los enormes ojos verdes semiocultos tras aquellas largas pestañas aparecían

adormilados, y el cabello corto estaba revuelto. Las arrugas, a aquella hora, se mostraban con más insolencia.

—¿Cómo he podido dejarme convencer? —se preguntó.

Alexia García, abogada de éxito, mujer a quien no temblaba el pulso ni siquiera ante los casos más difíciles y que había logrado mantener su independencia con uñas y dientes ante el puñado de hombres con quienes había tenido contacto físico a lo largo de su vida, se había dejado envolver por un periodista fantasioso para buscar nada menos que un manuscrito desconocido de Julio Verne.

¿Cómo había aceptado viajar en compañía de *Tapioca* hasta Nantes?

Miguel Capellán había conducido sin desmayo desde Vigo hasta aquella ciudad del oeste de Francia que dormitaba a la vera del río Loira desde prácticamente el inicio de la historia.

—¡Donde Verne nace! —repetía Miguel periódicamente, como para darse ánimos, mientras devoraban kilómetros de autopista por las tierras de Aquitania.

Atravesaron veloces Las Landas, dejaron a sus espaldas Burdeos, Saints y Niort. Y para cuando llegaron a Nantes, la antigua puerta de Bretaña ahora convertida en referencia del valle del Loira, ambos estaban exhaustos. El frío y la noche cabalgaban a sus anchas por las calles donde Verne nació.

Alexia, la mujer pragmática que siempre fue crítica con el modo de vida de su padre, eterno buscador de sombras y tesoros, había ocupado dócilmente el asiento del copiloto del viejo Golf de Capellán. Pero lo más extraordinario no era eso. Lo inexplicable era que, durante muchos más minutos de los previsibles, una poderosa excitación se había adueñado de ella. Aquella fuerza irresistible había hecho emerger desde su interior un álter ego que desconocía. Se trataba de la misma mujer que ahora la contemplaba desde el espejo. Era casi igual a la propia Alexia, pero resultaba diferente.

A pesar de que había puesto todo tipo de objeciones al insensato Capellán a propósito de aquel viaje a Nantes, ella misma se había dejado embrujar y ahora estaba allí, en la habitación de aquel hotel.

Aquella mujer que tanto se parecía a Alexia y que la contemplaba desde el espejo era la misma que el día anterior había caminado incansablemente por Nantes buscando las huellas de Julio Verne. En su fuero interno sabía que aquella empresa era absurda. ¿Cómo iban a encontrar el último Verne bajo una piedra cuya descripción desconocían?

Mientras Alexia contemplaba a su álter ego en aquel espejo los recuerdos se fueron abriendo paso en su mente. Era la segunda mañana que despertaba en aquella habitación. Hacía ya dos días que estaban en la ciudad, adonde llegaron de madrugada tras el agotador viaje.

Alcanzar el hotel en el cual Miguel había reservado habitación fue toda una odisea.

El llamado Grand Hôtel de Nantes no tenía aparcamiento, y para localizar uno público debieron dar mil vueltas por el viejo casco antiguo, infestado de obras y calles que prohibían el paso. Finalmente, cerca del Teatro Graslin, encontraron un parking público. Unos trescientos metros los separaban del hotel.

A pesar del cansancio, la mañana anterior Miguel la despertó a primera hora. Estaba ansioso por comenzar su búsqueda y, tras un agradable desayuno en un pequeño salón del hotel decorado con cuadros que representaban vacas interpretadas con un estilo que mezclaba lo naíf con el cubismo, salieron a las frías calles en busca del último Verne.

Por alguna razón que Alexia desconocía, Miguel estaba de un humor excelente. Nada podría evitar que descubriera el manuscrito. Lo único que debían hacer era localizar una piedra bajo la cual el novelista había ocultado su misterioso legado.

¡Cómo era posible semejante ingenuidad! ¡Una piedra!

Sin embargo, cuando salieron a enfrentarse con la ciudad, la insultante confianza de Miguel la llegó a contagiar. En la entrevista que Matías Novoa había concedido a aquel periodista se decía que Verne había ocultado el manuscrito de *Hacia la inmortalidad y la eterna juventud* donde nació. De manera que lo más razonable era ir directamente a la casa natal del escritor. Una vez en ella, escuchó decir a Capellán, encontrarían alguna pista.

—Verne habrá dejado alguna marca, alguna señal, digo yo —comentó Miguel.

Ella lo miró de reojo. Su padre habría dicho algo parecido si hubiera estado allí.

Al doblar la esquina de la calle Santeuil, donde estaba su hotel, se encontraron ante una inesperada sorpresa. Habían ido a dar a la calle Jean-Jacques Rousseau, y Miguel señaló una enorme puerta verdosa de madera. Sobre la misma, aparecía el número 6.

—Verne residió aquí —dijo Miguel—. Vivió con su familia en tres casas durante su infancia. Aquí se trasladaron después de que nacieran sus dos hermanas. Vamos. —Miguel corrió al ver que un hombre salía del edificio.

—Lo más lógico es ir a la casa donde nació, ¿no crees? —comentó Alexia.

—Bueno, pero no perdemos nada por echar un vistazo, ¿no?

—Entra tú —dijo Alexia.

Miguel dudó apenas un instante. Tras franquear la puerta verde, se adentró por un pasaje que desembocaba en un patio interior. A la izquierda, antes de llegar al patio, había una puerta que conducía a los pisos superiores. Desde la calle, Alexia lo vio entrar por aquella puerta. Anclada en la acera, aguardó a que Miguel regresara.

Sola en mitad de aquella ciudad desconocida, se entretuvo contemplando el fluir de la vida. Una placa sobre la pared del edificio le recordó cuál era su misión: *Jules Verne, romancier, précurseur, a habité cette maison[108]*.

Minutos después, Capellán regresó.

—No he encontrado nada —confesó—. No sabemos cuánto ha podido cambiar el edificio. Pero quiero creer que Verne imaginó que esos cambios podían ocurrir, de manera que escondería el manuscrito en un sitio que estuviera a salvo de los vaivenes

de la historia. —Miró a Alexia y sonrió—. De todos modos, no fue aquí donde nació. Vamos a la calle Olivier de Clisson, que está ahí cerca, según el plano. —Miguel llevaba en la mano una guía de la ciudad.

El tráfico, los tranvías, el ritmo de la vida era el propio del siglo XXI. Verne ya no estaba en Nantes, aunque Nantes lo recordara con placas y monumentos. El prolífico escritor había nacido allí mismo, a un paso del parque por el que caminaban Alexia y Miguel, pero la isla de Feydeau, como se llamaba entonces a aquella zona de la ciudad en medio del río Loira, ya no era el lugar en el que Julio y su hermano Paul jugaban a marinos y exploradores.

Sorteando el tráfico, Alexia y Miguel llegaron al número 4 de la calle Olivier de Clisson, donde les aguardaba la segunda decepción de la mañana. El edificio donde el primogénito de Pierre Verne y Sophie Allotte vino al mundo el día 8 de febrero de 1828 seguía en pie. Una puerta de color verdoso, muy parecida a la que habían visto minutos antes, se ofrecía ante ellos coronada por el número 4 y por una nueva placa donde se recordaba la efeméride. En esta ocasión, la placa incluía el perfil del rostro del novelista.

Miguel exploró cada piedra de la fachada, y después se ganó la confianza de un inquilino del inmueble para acceder al interior. No obstante, sus pesquisas no dieron el menor resultado.

—No lo entiendo —confesó a Alexia minutos más tarde—. Debería haber alguna pista, algún indicio.

Ella miró al periodista sin saber qué decir. De pronto, le pareció estar contemplando una caricatura de su propio padre. En sus investigaciones, siempre había una última pista que nunca se encontraba. El horizonte siempre estaba más y más lejos. Jamás descubría el paradero del Santo Grial.

—Cuando nació Paul, el hermano de Julio, la familia se mudó allí. —Miguel señaló un edificio al otro lado de la calle. Los cables del tendido eléctrico empleado por el tranvía abrían en el cielo una brecha entre los siglos, y entre Verne y Capellán.

Instantes después se encontraron en Cours des Cinquante Otages, donde otra puerta y otra placa —esta vez indicando que Verne había sido vecino de aquel lugar entre 1829 y 1840— salieron a su encuentro, pero no pudieron encontrar rastro alguno de la piedra que andaban buscando. ¿Adónde podían ir?

Matías Novoa decía que la clave estaba donde Verne nació, pero o bien aquella afirmación era falsa o bien ellos no habían sabido encontrar la clave precisa. O, peor aún, eran dos perfectos ingenuos que se habían dejado arrastrar por la facilidad de Miguel para creer en fantasías.

Pasaron el día vagabundeando sin rumbo por el casco antiguo de Nantes. Se les vio sentarse en las escalinatas de la iglesia de San Nicolás, contemplar melancólicos los muelles del puerto y admirar el monumento que recuerda a Ardan, uno de los héroes que Verne envió a la Luna.

—Hemos sido un par de ilusos —dijo Alexia cuando al anochecer entraron en un

coqueto restaurante llamado Aux Petits Aignons, en la calle Suffren, a una manzana de su hotel—. Incluso un soñador como mi padre se hubiera dado cuenta de que buscar una piedra en Nantes es algo absurdo e imposible. —Alexia se sentía de mal humor y se reprochaba a sí misma haber emprendido aquel viaje—. Porque, vamos a ver, ¿de qué piedra hablamos? ¿Es grande o pequeña? ¿Tiene alguna marca que la distinga? Tal vez haya un plano para localizarla, como en las historias de piratas, y nosotros no tenemos ese plano.

—Por supuesto que debe de haber instrucciones concretas —admitió Miguel—. Estarán en la carta que Verne envió a Turiello, pero nosotros no las tenemos. Aunque sí sabemos que el manuscrito está escondido donde Verne nace, lo dice Novoa en el periódico. —Una vez más sacó de la chaqueta la ajada hoja de diario.

—Ya te dije que podía haber ocurrido que Novoa encontrara el puñetero manuscrito. Después de todo, ese periódico es de hace más de diez años, ¿no?

—Yo sigo creyendo que no —respondió Miguel—. Estoy seguro de que Novoa tenía miedo, y por eso se puso en contacto con tu padre. Creo que iba a confiarle cómo encontrar esos papeles, pero alguien se anticipó y acabó con los dos.

Alexia guardó silencio. Acababan de traerle el plato de sopa de cebolla especialidad de la casa. La camarera sonrió al dejarlo sobre la mesa.

—Aquí también vivió Verne —dijo Miguel de pronto.

—¿Aquí? ¿En este edificio?

—No, en el de enfrente. En el número 1, en ese portal de ahí. —Señaló con el tenedor un portal y consultó su bloc de notas—. Desde junio de 1877 hasta septiembre de 1878. Se trasladó con Honorine y con Michel. Alquiló un piso creyendo que aquí, donde estaba el resto de la familia, podría enderezar a su hijo. Fue entonces cuando conoció a Aristide Briand, al político. Entonces Aristide era un niño de la edad de Michel, y la relación que tuvo con él ha hecho que circulara el bulo de que Verne era homosexual.

—¿Y lo era? —Alexia contempló a Capellán a través del humo de la sopa de cebolla.

—¡Qué sé yo! Tu padre escribió un artículo excelente sobre los amoríos de Verne. Si tu padre estaba en lo cierto, Verne tuvo amantes femeninas.

—Pero en sus novelas la mujer no pinta nada —puntualizó Alexia.

—Eso es cierto —admitió Miguel—. Pero no pintan más ni menos que en las obras de otros muchos escritores de la época. No puedes mirarlo todo con los ojos de una mujer de este siglo.

—Ni tú puedes mirarlo todo con los ojos de un soñador, Miguel. —Alexia bebió un sorbo de su copa de vino—. ¿De verdad crees toda esta historia? Quiero decir si piensas que Verne perteneció a una sociedad hermética y todo lo demás. ¿No te parece ridículo creer que conocía el secreto de la inmortalidad y, sin embargo, murió como todo el mundo? ¿Por qué no lo utilizó en beneficio propio?

—¿Y quién te ha dicho a ti que ser inmortal es una bendición?

La cuchara de Alexia se quedó a medio camino entre el plato y su boca. Acababa de perder definitivamente el sentido de la orientación.

—¿Acaso crees que si alguien conociera el secreto de la inmortalidad no lo usaría para sí mismo?

—Verne dijo que se sentía el más incomprendido de los hombres, de manera que no parece que estuviera muy a gusto en el mundo en el que vivía. Tal vez por eso construía mundos alternativos sin darse respiro alguno. Vivía en las páginas de sus libros. En ellos se encerraba desde primera hora de la mañana, seguramente porque cuanto más tiempo estaba en aquella realidad por él construida menos tenía que soportar el tedio de lo cotidiano. ¿Para qué querría ser inmortal un hombre que se sentía así?

—¿Y tú? ¿Cómo te sientes tú?

Miguel acusó el golpe.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué pretendes con todo esto? —Alexia estudió el rostro de aquel hombre vanidoso a quien le gustaba que lo escucharan mucho más que escuchar—. ¿Cómo te sientes tú en este mundo?

—Como una mierda —respondió Miguel sin disimular su amargura—. Como se siente alguien que, tras conocer el éxito, después se despeñó desde la cumbre.

—De manera que buscas una historia que te lleve otra vez al reconocimiento, ¿no es eso? ¿No puedes vivir como los demás? Tienes que sentirte admirado para sentirte vivo, ¿no?

Miguel devolvió a Alexia una mirada fúnebre.

—Tengo una hija, ¿sabes? Una hija a la que no puedo pasar la pensión porque no tengo un puto duro. Y una ex que no hace más que restregarme por el morro mi propio fracaso. De manera que sí, busco una historia cojonuda que me haga vender millones de libros. ¿Hay algo de malo en eso?

—Depende de lo que tengas que hacer para conseguir esa historia, ¿no te parece? ¿Crees que tu hija te admirará solo porque seas un escritor de éxito, o lo hará porque seas un buen hombre?

—Los buenos hombres se mueren de asco —respondió Miguel—. Olvidados, como tu padre. Tu padre era un buen hombre. Demasiado bueno para que le reconocieran sus méritos. Yo no aspiro a ser un buen hombre, ni siquiera un buen escritor. Aspiro a vender libros.

Media hora más tarde la mujer del espejo que tanto se parecía a Alexia desayunaba por segundo día consecutivo en compañía de Miguel Capellán en el saloncito del hotel que ya conocían. Ella aún recordaba la amargura con la que Miguel había confesado la noche anterior que no aspiraba a ser un buen hombre ni un buen escritor. Le bastaba con vender libros, había reconocido.

—Vamos a quemar nuestra última bala en Chantenay —anunció Miguel.

—¿Chantenay?

—Está cerca de aquí —explicó Capellán—. En la época de Verne, era una localidad a las afueras de Nantes, pero hoy está dentro de la ciudad. El padre de Julio compró un caserón en el que la familia pasaba los veranos. Verne escribió allí *De la Tierra a la Luna* y *Veinte mil leguas de viaje submarino*, lo que quiere decir que nunca dejó de visitar esa casa. Algo en ella le atraía.

—¿Crees que tal vez allí encontremos la famosa piedra?

Miguel se encogió de hombros.

—Por probar, no perdemos nada. Luego, nos iremos.

Miguel condujo su coche desde el aparcamiento Graslin hasta el número 16 de la calle Eugène Le Roux, frente a la iglesia Saint-Martin, en Chantenay. Al bajar del coche, miraron con recelo aquel caserón gris con tejado de pizarra. Parecía muy diferente a los grabados que Miguel había visto en las biografías sobre Verne.

—¡Dios mío! ¡No se parece en nada! —dijo. Abrió su bloc de notas—. En las descripciones que he encontrado se hablaba de una gran puerta oscura de dos batientes que daba acceso, a través de un gran patio de granito, a un pabellón de una planta baja. La fachada estaba bordeada de macizos de flores y arbustos. Había también un gran jardín, pero ya ves. —Volvió la mirada a Alexia. Su rostro era el vivo retrato del fracaso—. No hay rastro de aquellos tiempos. ¿Cómo diablos vamos a encontrar nada aquí? Dios sabe qué cambios habrá sufrido la casa.

El inmueble hacía esquina con la calle Réformes. Descendieron por ella, intentando escuchar los ecos de un pasado lejano, cuando Julio Verne era un niño y desde allí contemplaba los barcos que navegaban por el Loira, sin saber que aquellas largas tardes de sueños estaban forjando las aventuras que un día regalaría a millones de lectores.

—¡A tomar por el culo! —gritó Miguel. Una señora que regresaba a su casa con la cesta de la compra lo miró con extrañeza—. ¡A la mierda Verne y el gran secreto de la inmortalidad!

Alexia guardó silencio. De pronto, los papeles se habían invertido. La lógica dictaba que fuera ella quien se lamentara en voz alta. Estaba a más de mil kilómetros de su casa buscando algo tan absurdo como una piedra. ¡Una piedra en toda Francia! Porque, ahora estaba claro, la maldita piedra podía hallarse en cualquier parte, dado que allí donde Verne había nacido no parecía haber rastro de ella. De manera que era Alexia, la racional Alexia, quien debía maldecir en voz alta, y no Capellán. Pero no lo hizo.

Miguel estaba hundido. Alexia creía conocerlo un poco más después de aquellos días juntos. Era un hombre presumido, egocéntrico, acostumbrado a ser escuchado, que ansiaba el reconocimiento público y la admiración. Un tipo que había cifrado todas sus

esperanzas en poder darle una lección a Laura y a su familia regresando al panteón de los escritores más vendidos, y había fracasado.

Alexia puso su mano sobre el hombro de Miguel. Él levantó la mirada. Sus ojos estaban al borde del llanto.

—¡Me cago en la puta!

—¿No nos queda otro lugar donde buscar? —preguntó Alexia.

Miguel sacudió la cabeza.

—No se me ocurre nada.

—¿No había un museo dedicado a Verne?

—Sí, pero él no lo conoció, de manera que allí no iba a ocultar nada de nada.

—Ya que estamos, podíamos acercarnos.

El número 3 de la calle L'Hermitage vio bajarse de un Golf de color rojo a una mujer alta, de expresión resuelta, y a un cuarentón con los hombros hundidos y la mirada perdida.

El Museo Jules Verne, un edificio de color blanco y tejado de pizarra, dominaba el curso del río Loira como un centinela. Cerca de donde Miguel había estacionado su coche una estatua recordaba al capitán Nemo. Pero ni siquiera el enigmático personaje logró que Miguel levantara la cabeza.

Pagaron la entrada y caminaron en silencio por el nivel cero del museo contemplando los retratos de Verne y de su esposa Honorine. Retazos de la vida del autor esparcidos en unas salas limpias y claras: muebles que un día le pertenecieron, un reloj, la vajilla familiar… El escenario burgués en el que Julio se veía obligado a vivir mientras fabricaba más y más mundos paralelos en su mente. Historias de viajeros, islas y barcos que le había sugerido su infancia junto al río. Allí estaban las fotografías de la casa familiar en Chantenay, un cuadro que representaba el *Saint-Michel III* y otros jirones de la historia familiar.

—Estamos perdiendo el tiempo —comentó Miguel a Alexia con desgana—. ¿Qué vamos a encontrar aquí?

—Nada, pero ya que he pagado la entrada, quiero verlo todo.

En el nivel inferior salió a su encuentro Jules Hetzel. Las salas ofrecían retratos del editor, reproducciones facsímiles de algunas de las novelas y carteles que anunciaban las adaptaciones teatrales de varios de los *Viajes extraordinarios*.

Miguel arrastró los pies siguiendo a Alexia como un autómata cuando vio que ella bajaba al nivel inferior, el más próximo al río. En su mente solo tenía cabida la desesperación. Si aquella historia fallaba, y era evidente que había fallado, no tenía la menor idea de por dónde podría comenzar a rehacer su vida.

—¿Vienes? —preguntó la abogada—. Una sala de audiovisuales —dijo abriendo una puerta. Al otro lado se escuchaba la voz del narrador que, en francés, hablaba sobre la obra de Verne.

—Te espero aquí —dijo Miguel dejándose caer en un asiento junto a una estantería repleta de novelas.

Todo estaba lleno de guiños al escritor y a su obra. Se había realizado una pequeña recreación del proyectil que envió a la Luna a Barbicane y a sus compañeros, un maniquí vestía un buzo similar al empleado por la tripulación de Nemo, e incluso había una enorme reproducción del juego de la oca diseñado por Verne para la insólita partida que se disputa en *El testamento de un excéntrico,* la novela que Novoa había leído con evidente interés y sobre cuyos márgenes había hecho anotaciones y subrayados.

Alexia miró de reojo a Capellán antes de cerrar tras de sí la puerta de la sala de audiovisuales. El periodista miraba sin ver aquel juego de la oca, seguramente preguntándose qué tenía que decirle aquella novela, qué claves estaban enterradas en ella que permitían llegar a la piedra bajo la cual Verne ocultó su legado, según Novoa.

En la sala había solo dos personas. Alexia se sentó en la última fila. El documental captó su interés de inmediato, pero, apenas cinco minutos después de haberse acomodado en su asiento, Capellán irrumpió en la sala como un ciclón.

—¡Alexia, ven! ¡Lo tengo! ¡Lo tengo!

Los dos espectadores miraron a Capellán con desaprobación, y Alexia se sintió avergonzada.

—¡Cálmate! ¿Qué pasa?

Miguel sostenía en una mano la amarillenta hoja de periódico y en la otra un ejemplar de *Los hijos del capitán Grant*.

—Ven —solicitó—. Siéntate aquí.

Alexia obedeció y se sentó junto a Miguel de espaldas al río. Frente a ellos, un enorme dibujo representaba la jangada, la de la novela que Verne ambientó en el río Amazonas y cuya clave residía en un mensaje cifrado, como solía ser su costumbre.

—Estaba aquí sentado —explicó Miguel—, mirando ese juego de la oca —señaló la mesa acristalada bajo la cual se exhibía el tablero cuyas casillas eran los estados norteamericanos—, recordando lo que Novoa decía sobre esa novela. Curiosamente, en ella se habla de un hombre que parece haber muerto, pero que luego está vivo, como si hubiera resucitado. A continuación, reparé en el dibujo de la jangada, y me vino a la mente el artículo que tu padre escribió sobre el gusto de Verne por los mensajes cifrados. Y al volverme vi en esta estantería este ejemplar de *Los hijos del capitán Grant*.

—¿Y? —Alexia no entendía el súbito cambio de ánimo que había experimentado Miguel. Capellán estaba eufórico.

—En esta novela, el mensaje está escrito en inglés, francés y alemán. Pero como el capitán Grant lo había metido dentro de una botella y lo había arrojado al mar, la acción del agua borró parte de algunas palabras, de manera que el texto resultaba ilegible. Como consecuencia de ello, cuando los hijos del capitán Grant viajan a bordo

del bergantín *Britannia* en busca de su padre, se equivocan de dirección. ¿Te das cuenta? —Miguel tenía los ojos abiertos como platos y miraba a Alexia con la expresión de un loco.

—¿De qué?

Entonces puso sobre la mesa de cristal la hoja de periódico.

—Fíjate, a estas líneas les ha sucedido algo parecido. El paso del tiempo ha borrado algunas letras y yo leí su contenido interpretando lo que parecía más lógico, pero cometí un gravísimo error, Alexia.

—¿Un error?

Por toda respuesta, Miguel recorrió con su dedo índice una frase de la entrevista: «Las claves para encontrarla están donde Ve**rne** nace»

—No veo el error —reconoció Alexia sin apartar la mirada del texto—. Me parece que la frase no tiene vuelta de hoja.

—¿No te das cuenta de que entre la palabra «Verne» y la palabra «nace» hay un espacio que sobra?

—Sí, es cierto, pero…

—En realidad, no sobra espacio. Lo que ha pasado es que se han borrado letras —atajó Miguel—. Dos letras. Novoa no dijo que la clave estuviera donde Verne nace, sino donde Verne renace.

—¿Donde Verne renace?

Miguel abrió el archivo de fotografías de su teléfono móvil. A continuación mostró a Alexia la imagen de un mausoleo en el que aparecía un hombre de mármol escapando del reino de los muertos.

—¿Recuerdas las fotografías que tu padre tenía en su estudio? Nos hemos equivocado de ciudad, Alexia. No hay que buscar las pistas que conducen hasta el manuscrito en la cuna de Verne, sino en su tumba.

16

Amiens (Francia), diciembre de 2011

Cimetière de La Madeleine», se leía en el cartel colocado sobre la verja de la entrada pintada de color verde. Más abajo, el letrero recordaba la prohibición de acceso al cementerio de perros y vehículos.

La maravillosa estampa de aquel gigantesco camposanto rebosante de muerte y de vida había hechizado a Capellán. La muerte dormitaba bajo las lápidas y en los panteones góticos, mientras que la vida rezumaba en el verdor de un ejército de árboles empapados por la lluvia que había cesado de caer cuando Capellán y Alexia llegaron a Amiens.

—Cierran a las cinco —observó Alexia—. Nos queda una hora —añadió mostrando el viejo reloj de bolsillo de su padre.

Miguel asintió en silencio. Parecía embobado ante la puerta de acceso al fabuloso cementerio. De pronto, el cansancio acumulado durante las horas de viaje por carretera desde Nantes desapareció. Aquella puerta de metal abierta ofrecía la entrada al secreto mejor guardado por Verne y, a la vez, el final de la historia que podría devolverle la fama y el éxito literario. El ruido del arranque del motor de un coche aparcado cerca del suyo lo sacó de su embeleso. Por el rabillo del ojo, Capellán vio partir al vehículo y, por un momento, creyó ver en él algo familiar.

—¿Vamos? —preguntó Alexia.

Miguel olvidó el coche que se alejaba y acertó a mover sus pies.

Se adentraron por un sendero flanqueado por árboles robustos y viejos que unían sus copas formando una bóveda verde desde la cual caían gruesas gotas de lluvia. Amparados tras los árboles, panteones decimonónicos untados de musgo y sombras observaban a los dos forasteros. Verjas de hierro rodeaban muchos de aquellos mausoleos, sin que se alcanzara a saber si con ellas se pretendía alejar a los muertos de los vivos o a los vivos de los muertos.

Panteón de la familia Giroux-Vasser, sepultura Soyer-Barbier, tumba de los Barbier-Lequien… Miguel contemplaba la última morada de aquellos desconocidos difuntos cuando, tras haber caminado menos de diez minutos por aquel sendero, dio un respingo. Al fondo del camino, entre la vegetación, emergía la cabeza de un hombre y una mano alzada al cielo.

—¡Allí! ¡Mira! —exclamó Capellán.

Ambos apretaron el paso y no tardaron en sentirse sobrecogidos ante el maravilloso sepulcro que Albert Roze diseñó para su amigo Julio Verne.

Incluso Alexia no pudo evitar sentirse envuelta por una atmósfera de leyenda en la soledad de aquel cementerio decimonónico y ante la impactante escultura que representaba a un fornido hombre de mármol blanco emergiendo de entre los muertos. El resucitado estaba envuelto aún por su sudario y con la losa sepulcral sobre la espalda. La mano izquierda se apoyaba en la tierra buscando el impulso definitivo que lo arrojara de nuevo a la vida, mientras que la derecha seguía la mirada de aquel hombre orientada hacia el cielo, hacia la luz.

—¿Es un saludo a Dios o un desafío? —dijo Miguel viendo la expresión del Verne de mármol. Alexia le devolvió una mirada que expresaba su desconcierto. No era lo mismo haber visto las fotografías de aquel sepulcro en la casa de su padre que estar ante él. Sin poder evitarlo, se estremeció.

Miguel caminó alrededor de la tumba, repasando cada detalle, observándola desde cada ángulo. Se diría incluso que había cierto temor reverencial en él, lo cual resultaba insólito en alguien como Capellán.

Al rodear la tumba, el periodista advirtió que la hornacina situada tras el hombre de mármol estaba compuesta por cuatro bloques de piedra unidos entre sí. Reparó igualmente en la silenciosa compañía de siete abetos que flanquean al sepulcro, y anotó mentalmente su número. A continuación, como si hubiera despertado del hechizo que lo había narcotizado, emergió el Capellán de siempre. Sacó su cuaderno de notas y se acercó sin contemplaciones a la tumba para comenzar una minuciosa inspección midiendo, tocando las piedras, acariciando las letras del epitafio…

—*Jules Verne / Né à Nantes / Le 8 février 1828 / Décédé à Amiens / Le 24 mars 1905* —Alexia leyó en voz alta el epitafio—. Ni rastro de la famosa leyenda —añadió.

Miguel, agachado junto al hombre de mármol, respondió:

—Eso ha traído de cabeza a los estudiosos durante mucho tiempo. Se preguntaban por qué no aparece el título de la escultura en el sepulcro. Albert Roze bautizó esta obra *Hacia la inmortalidad y la eterna juventud,* pero después de leer la carta de Gaston ya sabemos que todo formaba parte de una treta, de uno de los juegos que tanto le gustaban a Verne. Roze no olvidó grabar la leyenda. Siguió instrucciones de Verne.

Capellán se incorporó.

—Fíjate —dijo señalando la hornacina—: dos columnas, dos lámparas de aceite grabadas en la piedra, una estrella, una palma, dos cruces con una rosa en el centro… Esto es un festín para los amantes de lo esotérico. Las dos columnas podrían representar el símbolo masónico doble de Jakin y Boaz, las columnas que, según la tradición, flanqueaban la entrada al templo de Salomón. La rosa y la cruz nos hablan de los rosacruces, y todo lo demás está dispuesto para que quien tenga ojos para ver vea. ¿Te das cuenta?

—¿Y la piedra? ¿Dónde está la piedra bajo la cual Verne escondió el manuscrito?

—No lo sé —reconoció Miguel.

Capellán se acercó de nuevo a la tumba y pulsó las letras del epitafio con la esperanza de activar algún mecanismo oculto, lo cual encerraba idénticas dosis de ingenuidad y locura. Igualmente, exploró el hombre de mármol para ver si era él quien custodiaba el texto maldito, pero ninguna de sus maniobras tuvo éxito.

Alexia miró su reloj. El cementerio cerraría sus puertas en poco más de media hora. El tiempo se agotaba.

—¿Por qué no repasamos lo que sabemos? —propuso Alexia.

Miguel se mostró de acuerdo. Era un procedimiento como otro cualquiera. Tal vez, se dijo, refrescando los datos saltaría la chispa que lo ayudaría a resolver aquel galimatías.

Si no lo había entendido mal, recordó Miguel en voz alta, Julio Verne había comenzado a sentir que la ciencia no respondía a las preguntas esenciales que todo hombre se hace a lo largo de su vida. Sin duda, el conocimiento permitía espantar las sombras de la superstición y socavar el poder de la Iglesia, sólidamente asentado sobre el terror que había sabido inculcar a los fieles con sus viejas ideas sobre el pecado y el Juicio Final. No obstante, ¿podía la ciencia dar respuesta al gran interrogante que la muerte plantea a los hombres? ¿No se convertiría el conocimiento en un arma mortífera si caía en manos de desalmados o personas sin escrúpulos como algunos de los personajes siniestros que él mismo creó?

No, dijo Miguel contemplando al hombre de mármol blanco, la ciencia no tenía todas las respuestas, pero la orden que movía los hilos de La Niebla sí poseía la solución al interrogante sobre la muerte. Los enigmáticos Superiores Desconocidos eran capaces de derrotarla, aunque Miguel reconocía no saber cuáles eran los procedimientos que empleaban. ¿Acaso disfrutaban del control sobre los procesos alquímicos que, según las leyendas, otorgaban el elixir de la vida eterna?

Fuera cual fuese la naturaleza del procedimiento empleado por los Superiores Desconocidos, Julio Verne lo consideró un peligro. No obstante, según confesó a Mario Turiello, aquel saber podía tornarse en un don maravilloso si era administrado por manos sabias y justas, de manera que no podía hurtar a la humanidad semejante gracia. Fue por ello por lo que se decidió a escribir *Hacia la inmortalidad y la eterna juventud*.

—Pero los mismos Superiores Desconocidos que confiaron en él su secreto no estaban dispuestos a que se divulgase fuera del círculo hermético de su confianza —añadió Alexia.

—Así fue, y por ello Verne, que no sentía ya como suyos los principios de la orden y a quien ya habían amenazado en aquella fiesta de disfraces que celebró en su casa en 1885, trazó un plan para ocultar su legado. Ni siquiera los disparos de Gaston le hicieron cambiar su decisión.

—Según su sobrino, la idea le vino a la cabeza al recordar que ya una vez lo habían

dado por muerto, cuando tal noticia era falsa.

—Recordó aquella noticia ofrecida por el *Journal d'Amiens*que se hacía eco de lo publicado por un periódico inglés anunciando su muerte. —Miguel caminaba alrededor de la tumba mientras hablaba, como si aguardase que el hombre de mármol pusiera alguna objeción a su teoría—. Durante un tiempo, al menos para los lectores de aquel periódico, había estado muerto. Fue entonces cuando pensó en construir uno de sus juegos, de sus charadas, a propósito de su propia muerte. Gracias al acertijo, pondría a buen recaudo el manuscrito, pero antes debía fingir que acataba las directrices de la orden y que lo destruía.

—Es entonces cuando quema sus papeles y criptogramas.

—Sucede en 1898, según cuentan todos los biógrafos. Verne quemó en el patio de su casa una cantidad desconocida de documentos, y entre ellos se suponía que pereció el manuscrito que la orden le había prohibido escribir. Al menos, eso es lo que hizo creer. —Capellán, en cuclillas, miraba a la cara al hombre que emergía de la fosa. Como si hubiera perdido la razón o no recordara dónde estaba, comenzó a hablarle directamente—. Ese mismo año, viejo zorro, fue cuando escribiste *El testamento de un excéntrico*. ¿Qué querías decirnos? ¿Qué pistas ocultaste ahí, maldito viejo? Gaston dice que encerraste las claves para encontrar el manuscrito en esta tumba y en esa novela. —Capellán tenía el rostro tan cerca de la cara del hombre de mármol que se diría a punto de morderlo o besarlo—. ¿Dónde está la piedra? ¡Maldito seas!

Alexia puso su mano sobre el hombro de Capellán. Él la miró con expresión ausente, como si no la conociera. Al cabo de unos segundos, se incorporó. Parecía derrotado.

—Cálmate —susurró Alexia—. Debemos pensar con claridad, sin dejarnos llevar por la pasión. No vamos a descubrir nada por gritar ni por maldecir.

—Vale —concedió Miguel—. Veamos, en 1898 quema los documentos y escribe esa novela. Pero la tumba aún no está construida, y Gaston asegura que la clave está disimulada en ambas.

—¿Qué relación puede haber entre esta tumba y esa novela? ¿Cuál es el argumento de *El testamento de un excéntrico?*

—El protagonista es un hombre que parece haber muerto, pero que luego, para asombro de todo el mundo, resulta estar vivo. —Los ojos de Miguel recuperaron el brillo que lo aproximaba a la locura o a la genialidad. Alexia conocía ese fulgor. Lo había visto muchas veces en los ojos de su padre—. William J. Hypperbone era un millonario solitario y miembro del Excentric Club de Chicago, además de un fanático del juego de la oca. Tanta era su obsesión por ese pasatiempo que había dejado establecido que, tras su muerte, cedería en herencia sus bienes al ganador de una insólita partida de ese juego que debería enfrentar a seis ciudadanos de Chicago elegidos mediante sorteo. Lo extraordinario de aquella partida era que el millonario había diseñado un singular tablero, que no era sino el mapa de los Estados Unidos.

—¿Quieres decir que se jugaba en la vida real, es decir, sobre el territorio norteamericano?

—En efecto —respondió Capellán—. Cada estado simbolizaba una casilla, siendo el estado de Illinois el que representaba a la oca.

—¿Por qué Illinois?

—Ahí está lo esotérico del caso —dijo Miguel—. Según algunas teorías, ese juego procede de Troya, a la que también se ha llamado Ilión, mientras que la palabra francesa que sirve para designar la oca es*oie,*de manera que al pronunciar Illinois el sonido es similar a unir Ilión y *oie,* en francés.

—Por lo que sabemos, eso es muy propio de Verne —comentó Alexia—. Quiero decir, lo de jugar con los nombres.

—Sí, pero hay algo más que un juego en todo esto. —El brillo de los ojos miopes de Miguel era cada vez más intenso—. Verás, entre los amantes del hermetismo se asegura que el Camino de Santiago era llamado en la Edad Media por los iniciados el juego de la oca, además de la Vía Láctea. Curiosamente, la Vía Láctea tiene forma de espiral, como el juego de la oca. Igualmente, sostienen que se trata de un sendero místico, precristiano, y en el Medievo los alquimistas lo recorrían para perfeccionarse antes de llevar a cabo la Gran Obra, la consecución de la piedra filosofal que, entre otras virtudes, tenía el don de conceder…

—La inmortalidad —atajó Alexia.

Miguel asintió.

—Y hay más. Algunos autores creen que en la toponimia del Camino de Santiago podemos rastrear aún las casillas del juego de la oca. Recuerdan que hay dos puentes, que serían las localidades de Puente la Reina de Aragón y de Navarra. Hay varios lugares donde la oca está presente, como Montes de Oca, El Ganso, y otros que ahora no recuerdo. Pero lo mejor viene ahora. —Miguel sonrió a Alexia—. ¿Qué pasa en el juego si un jugador cae en la casilla de la Muerte?

—Pues que pierde y debe volver a empezar.

—Exacto. Por eso los alquimistas y los maestros constructores entendían que el secreto íntimo del camino jacobeo era superar la muerte, trascenderla. Por eso iban más allá de la casilla que simbolizaba la muerte, que no era otra que el sepulcro de Santiago.

—¿Quieres decir que todos los peregrinos que finalizan su camino en la catedral de Compostela se equivocan?

—Si esta teoría es cierta, sí —respondió Capellán—. No han entendido cuál es el secreto del camino. Por eso los alquimistas iban hasta la costa, hasta Fisterra o hasta Noia. Para ganar la partida, hay que ir hasta el Jardín del Edén, donde habita la última oca. En el Edén, el hombre era inmortal.

—¿Crees que Verne jugó con esa idea?

—Si Verne era un iniciado, como asegura Gaston, sin duda estaba en posesión de esos conocimientos, y en *El testamento de un excéntrico* juega con esa idea. Por eso, al final de la historia los seis jugadores son superados por un séptimo y enigmático

adversario que aparece a lo largo de la historia y que se oculta bajo un extravagante seudónimo: XKZ.

—¿Y quién era?

—El mismísimo millonario que había puesto en marcha el juego, puesto que en realidad no había muerto.

—¿Resucitado?

—Verne no podía decir tal cosa, de modo que se inventó el recurso de una catalepsia para explicar el milagroso regreso de entre los muertos de su personaje.

—¿Adónde conduce todo eso?

—Pues no lo sé —reconoció Miguel—. Pero tenemos un montón de cabos sueltos para unir. Para empezar, la novela juega con la idea de la resurrección, lo mismo que esta tumba. Y sabemos que el manuscrito oculto contiene precisamente el modo de superar la muerte. Eso no puede ser una casualidad.

—Lo mismo que el título de esa obra y el que se puso a este mausoleo.

—*Hacia la inmortalidad y la eterna juventud* —recitó Miguel—. Verne encarga a Roze —acarició el nombre del escultor, que se leía grabado en un lateral del mausoleo, tras la mano izquierda del hombre de mármol— esta obra en 1898. En la Exposición de Artistas Franceses, con Verne ya fallecido, Roze presenta su obra bajo ese título, pero, cuando finalmente se instala aquí —Miguel señaló la tumba—, resulta que ese epitafio no aparece. Verne le había dicho qué tenía que hacer para llamar la atención de los buscadores.

—De modo que la tumba, la novela y el epitafio desaparecido hablan de superar la muerte. Pero Gaston decía que todo ello conducía al lugar donde Verne ocultó el manuscrito.

—¿Qué hora es?

—Debemos irnos —dijo Alexia—. Van a cerrar.

Miguel guardó silencio. Contemplaba una vez más la enigmática tumba.

—Mil ochocientos noventa y ocho —dijo en voz alta—. Siete años ante de morir, Verne quema sus papeles, escribe esa novela y traza un plan alrededor de su sepulcro. Fíjate —señaló los árboles que rodeaban la tumba—: siete árboles. Y si sumas el número de caracteres que hay en el epitafio de la tumba verás que son 16, que, convertidos en un único dígito, como se hace en numerología, suman 7. Y, en la novela, el número final de jugadores, contando con el excéntrico millonario, es igualmente siete.

—Una casualidad —comentó Alexia.

Miguel la miró con dureza.

—Verne resucita, y el personaje de su novela, William J. Hypperbone, también. —Mientras hablaba, Capellán escribía algo en su cuaderno. Cuando terminó, se lo mostró a Alexia—. Verás, si tienes en cuenta los juegos numéricos que tanto le gustaban a Verne y ordenas de este modo las letras del alfabeto y los números, como se hace en numerología, resulta curioso que las letras J y V, de Julio Verne, sumen el mismo

número, 5, que las iniciales del personaje de la novela,W, J, H[109].

—¿Como si Verne y su criatura fueran equivalentes?

—Podría ser —respondió Miguel—. Pero seguimos como antes. No sabemos dónde está oculto el manuscrito, y tampoco sé qué papel puede jugar el número 7, aunque sospecho que, al igual que el 5 representa a Verne y al millonario excéntrico cuando están vivos, el 7 guarda relación con la resurrección, pero debo admitir que no se me ocurre cómo.

—¿Nos vamos?

La tarde moría sin remedio sobre ellos. La niebla se desplomaba sobre el cementerio de La Madeleine mientras Miguel roía en silencio sus ideas. Alexia caminaba junto a él escuchando el sonido de sus tacones sobre el sendero asfaltado.

Al llegar al aparcamiento donde habían dejado estacionado el coche, Miguel había llegado a una conclusión.

—No está aquí.

—No está aquí, ¿qué?

—El manuscrito —respondió—. Verne no pudo ocultarlo aquí por la sencilla razón de que, cuando simuló quemar sus papeles, esta tumba no existía.

—Salvo que esté durmiendo con él, bajo la tierra.

—Entonces sería absurdo que hubiera escrito a Turiello cómo localizar su legado, ¿no crees? Si la piedra fuera nada menos que ese mausoleo resultaría poco probable que alguien lo recuperara. No, no fue aquí. Debió de dejarlo a la vista, pero disimulado, como dice Gaston. En un lugar donde nadie repararía salvo que tuviera las pistas adecuadas. Lo mismo que hizo con el epitafio de la tumba. Todo el mundo lo conoce, pero cuando vienen a ver el sepulcro se encuentran con que no existe.

—Entonces, ¿cuáles son las pistas? ¿Qué es lo que une la tumba y esa novela?

—Ya te lo dije: la inmortalidad. La inmortalidad y la puñetera clave.

17

El hotel Kyriad Nord de Amiens resultó estar situado a las afueras de la capital de Picardía. La calle Le Gréco, adonde llegaron dejándose guiar dócilmente por el navegador del Golf de Miguel, estaba abrigada por centros comerciales y muy próxima a tranquilas urbanizaciones rodeadas de amplios parques y poblados bosques por donde, según descubrieron al poco de poner los pies en el hotel, campaban a sus anchas las liebres.

Se trataba de un hotel cómodo, sencillo y con un excelente precio, algo que, según Alexia había podido ir descubriendo, era un factor que Capellán apreciaba mucho más que cualquier otra persona que ella hubiera conocido. Sabía que Miguel no andaba sobrado de cuartos, pero no le había costado intuir que, aunque tuviera la billetera bien alimentada, el periodista era una de esas personas que evitan a toda costa invitar a nadie y que siempre valoran más lo barato que la calidad. En definitiva, que Capellán era un tacaño de campeonato que gozaba de una extraordinaria capacidad para hacerse invitar.

El hotel distribuía sus habitaciones en una planta baja que, en su parte posterior, daba acceso a un jardín, mientras que la fachada principal tenía ante sí el aparcamiento. Por encima de esa planta solo había un piso más, y en él fueron acomodados Alexia y Miguel, aunque en habitaciones separadas.

Tras una ducha y después de comprobar en sus respectivos dormitorios la comodidad de la cama durante poco más de una hora, los dos se encontraron en el comedor del hotel dispuestos a dar buena cuenta de la cena. Afortunadamente para Miguel, Alexia sabía hablar francés y pudo traducir los ingredientes que componían cada uno de los platos.

Acomodados en una mesa para dos situada en una esquina de aquel comedor pintado de color amarillo, suelos de cerámica y mesas de madera con manteles azules, Miguel expuso el plan para el día siguiente.

—Iremos a su casa —anunció—. Verne se trasladó aquí atendiendo a las exigencias de Honorine, pero pronto se sintió muy cómodo en una ciudad que le permitía estar a una hora de París sin tener que soportar las incomodidades de la capital. —Capellán consultó su inseparable cuaderno—. En dos ocasiones, se establecieron en el bulevar Longueville, en el número 44. Y en esa casa fue donde murió.

—Tal vez allí fue donde ocultó ese escrito —apuntó Alexia.

—Puede, pero es que entre una y otra estancia en esa casa la familia alquiló una

mansión a pocos metros de allí, en el número 2 de la calle Charles Dubois. Fue a la puerta de esa casa donde Gaston le disparó.

—¿Se puede visitar?

—Sí, porque hoy en día alberga un museo dedicado a Verne.

La mañana amaneció sin lluvia, aunque fría. Desde la ventana de su habitación Miguel pudo ver el veloz ir y venir de algunas liebres. Más tarde, se encontró con Alexia en el mismo comedor donde habían cenado la noche anterior. Al parecer, por la mañana era el escenario del desayuno de los clientes.

Tras una taza de café humeante, Miguel contemplaba el aparcamiento del hotel cuando un vehículo se puso en marcha. Si le hubiesen mandado jurarlo, Miguel habría dicho que aquel Seat Exeo familiar de color blanco era el mismo que había visto la tarde anterior junto al cementerio de Amiens. Tampoco en ese momento alcanzó a ver la matrícula.

—¿Has visto ese coche? —preguntó a Alexia.

—No, ¿cuál?

—Déjalo. A lo mejor soy yo, que estoy paranoico.

—¿Uno de tus hombres sin rostro? —bromeó Alexia.

Miguel la miró con gesto sombrío.

—No era un hombre. Era una mujer.

Alexia alzó una ceja.

El antiguo bulevar Longueville había sido rebautizado como bulevar Jules Verne. Miguel aparcó su coche justo enfrente del número 44, la casa donde falleció el escritor. Al fondo de la calle, a sus espaldas, se alzaba orgulloso el Circo Municipal de Amiens, un singular edificio circular que fue inaugurado en 1889, cuando Verne ejercía su cargo de concejal en la ciudad responsable de la cultura local.

Capellán contempló en silencio aquella casa de ladrillo rojo junto a cuyo portal una placa negra con letras doradas recordaba que el novelista había vivido allí durante catorce años y que allí había muerto el día 24 de marzo de 1905.

—Vamos —dijo, y echó a andar calle arriba, hasta el caserón que hacía esquina con la calle Charles Dubois.

Al doblar la esquina del bulevar Jules Verne con la calle Charles Dubois, Capellán y Alexia se encontraron frente a un portón de doble hoja pintado de color verde oscuro que daba acceso a un patio enlosado. Allí había vivido Verne junto a su familia entre 1882 y 1900, precisamente la época en la que, según la carta de Gaston, el novelista había urdido la trama para ocultar su legado. En aquel patio había quemado los documentos de los que hablaban los biógrafos y que también Gaston mencionaba. Una torre presidía la construcción y los contemplaba con severidad.

Cuando puso los pies sobre las piedras que cubrían la superficie del patio, Miguel trató de reponerse a la impresión que le causaba estar caminando allí por donde Verne tantas veces lo había hecho. Recordaba una fotografía en blanco y negro que había visto en las biografías sobre el escritor que había estudiado en las últimas semanas. En ella, el novelista posaba en compañía de su perro y miraba con orgullo a la cámara. La foto se había tomado en aquel mismo patio descubierto, al fondo del cual se ofrecía una zona acristalada. Una pequeña mesa de madera circular y cuatro sillas de hierro pintadas de verde se habían dispuesto alrededor de la misma. A través de la cristalera, Miguel descubrió plantas y cerámicas chinas en las paredes adornando aquella estancia según el gusto decimonónico.

Capellán y Alexia entraron en la zona reservada a la venta de las entradas que daban acceso a la visita al museo y no tardaron en advertir que eran observados con recelo por parte de los responsables.

—¿Qué les pasa a estos? —preguntó Miguel en voz baja a Alexia.

—No lo sé.

En aquel momento, otras dos parejas estaban comprando su entrada, y también ellos eran objeto de la misma mirada inquisidora.

—Aquí pasa algo —insistió Miguel—. Pregunta qué sucede.

Alexia se acercó al mostrador donde se expedían las entradas y pidió dos. Tras abonar el dinero, entabló conversación en francés con el hombre que estaba al frente de aquella industria. Miguel, mientras tanto, se preguntaba dónde podría haber ocultado Verne su secreto.

—Un acto de vandalismo —dijo Alexia cuando regresó junto a Capellán—. Dicen que tienen que andar con cien ojos, porque la gente trata de robar cosas, de llevarse souvenirs. Parece ser que como dentro de la casa existe mayor control, la gente se lanza a por cualquier cosa. Ayer, alguien provocó daños en el patio. Por eso miran a todo el mundo hoy con recelo.

Capellán asintió en silencio.

—No se permite hacer fotos dentro —advirtió Alexia.

Miguel se encogió de hombros.

Poco después, accedieron al comedor de la imponente mansión. La decoración decimonónica, la atmósfera que creaba aquella casa con su salón para escuchar música o la sala para fumar, fueron de inestimable ayuda para que Miguel tratara de imaginar a Verne caminando por aquellas habitaciones. ¿Reconocería el creador de Nemo aquella casa si pudiera verla en la actualidad? ¿Cuántas reformas habría sufrido a lo largo de todos aquellos años?

En la primera planta se había reconstruido el despacho de Jules Hetzel, el editor de Verne. Allí estaba su mesa de trabajo y el sillón donde se sentaba en su casa de la calle Jacob de París. Más tarde, Miguel pasó los dedos con reverencia sobre un sofá donde, si lo que la guía del museo contaba era cierto, se habían sentado traseros tan ilustres

como los de Victor Hugo, George Sand, Alexandre Dumas y el del propio Verne.

Aquellos nombres trajeron a su mente la hermandad literaria a la que pertenecieron. ¡La Niebla!

La vida cotidiana de Verne en Amiens quedaba retratada en cuadros donde se le veía ejercer como concejal de la ciudad o como miembro de la Academia de las Ciencias.

Alexia paseaba con curiosidad. Sus ojos verdes se posaban en los detalles, en los muebles, en los ojos de los retratados… Miguel, en cambio, no veía ya aquella casa, sino que su mente trataba de ver la residencia que fue el hogar de Verne, y no lograba dar con ella.

—Todo está cambiado —susurró al oído de Alexia.

—¿Cómo lo sabes?

—Es evidente, y Verne tenía que suponer que la casa conocería reformas. No podía permitirse el riesgo de que su manuscrito fuera descubierto en el transcurso de cualquier chapuza.

—¿Miramos en el despacho?

La guarida de Verne en aquel caserón resultó ser un cubículo diminuto. Allí era donde el incansable bretón se encerraba desde las cinco hasta las once de la mañana invariablemente. Más de treinta novelas habían sido escritas sobre una modesta mesa de madera. El museo había reconstruido del modo más fiel posible el hábitat del genio: un minúsculo camastro para descansar situado a la espalda del escritor, portaminas, su portaplumas, un globo terráqueo que, al parecer, le perteneció…

—No pudo ocultarlo aquí, Alexia. ¿No te das cuenta?

La abogada miró el folleto informativo. El museo había abierto sus puertas tras un periodo en el que se habían acometido nuevas obras de restauración. Al parecer, el dibujante belga François Schuiten había sido el encargado de llevar el timón de las mismas. Él había pintado, aseguraba el prospecto, el mural de ciento ochenta metros cuadrados que se podía contemplar al otro lado del patio, en la pared opuesta al caserón. Y también había sido obra suya la esfera armilar que coronaba la torre de la mansión.

—Puede que tengas razón.

—La tengo —insistió Miguel—. Verne no era un estúpido. Imaginaría que la casa sufriría cambios con el paso del tiempo. —A través de una ventana se veía el mural al que hacía mención la guía—. ¿Crees que pudo imaginar que un dibujante belga vendría a pintar algo así en su casa?

Miguel estaba a punto de echarse a reír cuando de pronto sus ojos quedaron atrapados por algo que acababa de ver en el patio.

—¡Joder! —exclamó.

—¿Qué sucede?

—Mira. —Señaló al patio enlosado—. ¿Lo ves?

Pero Alexia no parecía ver nada notable. Era el patio por donde habían accedido a la casa. Iba a preguntar a Capellán a qué venía tanto aspaviento cuando lo vio salir

corriendo escaleras abajo. Alexia lo siguió.

Miguel se precipitó al patio descubierto y corrió hasta el centro del mismo.

—Falta una losa —dijo contemplando un agujero en el centro del patio—. Pregúntale a ese tipo qué fue lo que pasó aquí ayer.

Entraron de nuevo en el museo. Alexia se acercó al mostrador e intercambió unas palabras con el empleado. Miguel la vio palidecer y, aunque no comprendía nada, de pronto lo entendió todo cuando el hombre mostró a Alexia la losa extraída del patio.

—Ayer una mujer pretendió robar esa piedra del patio. —Alexia tenía el rostro blanco como la nieve.

Miguel arrebató la piedra al empleado y la estudió de cerca.

—¡Dios mío! —murmuró.

Grabadas sobre la piedra había tres letras: XKZ.

—Pregúntale cómo era la mujer que arrancó esta piedra del suelo.

Alexia tradujo del francés. Se trataba de una joven de unos veintitantos años, dijo. Era rubia, con el pelo peinado en forma de rastas. Vestía como una especie de hippie, añadió.

—¡Es ella! Es la mujer que vi en el coche en el cementerio ayer y en el hotel esta mañana —dijo Miguel. Ahora sabía dónde la había visto—. Es la nieta de uno de los residentes de La Isla. La joven a la que vi hablando con Matías Novoa junto a la puerta de su habitación. —Miguel tenía el gesto demudado. Puso sus manos sobre los hombros de Alexia y, ante la mirada atónita del hombre sentado tras el mostrador, dijo —: Esa mujer no quería robar esa piedra, sino lo que había debajo.

—¡El último Verne!

Salieron precipitadamente del museo y corrieron hasta el coche de Miguel.

—Tal vez aún esté en el hotel —dijo Miguel—. Puede que no sea demasiado tarde.

—XKZ —murmuró Alexia mientras Capellán conducía de forma temeraria por las calles de Amiens.

—Ahora está claro —aseguró Miguel—. El valor numérico de esas letras, sumadas y reducido el resultado a un único dígito usando el mismo juego del que ayer te hablé, es 7. Si las iniciales de Julio Verne correspondían al número 5, igual que las del excéntrico protagonista de su novela, W. J. Hypperbone, era porque ellos expresaban la vida. Verne y su criatura se asemejaban en vida. Ayer no sabíamos cómo se unían las pistas de la tumba y de la novela para conducir hasta la piedra bajo la cual había escondido el manuscrito. Ahora está claro. Hay dieciséis caracteres en su tumba, de manera que, reducidos a un dígito, nos llevan al número 7. Hay siete árboles que rodean el mausoleo, y 7 es el número resultante de hacer la misma operación con las iniciales del hombre que resucita en esa novela: XKZ.

—Verne grabó esas iniciales en la losa del patio como pista, y ocultó debajo *Hacia*

la inmortalidad y la eterna juventud. —Alexia se sentía arrastrada por una pasión que desconocía. Y en ese momento, fugazmente, se dio cuenta de cuánto se parecía a su padre. Sin poder evitarlo, imaginó al viejo maestro de escuela experimentando aquel cosquilleo interior que se había adueñado de ella.

—Recuerda lo que decía Gaston: Verne le había dicho que el mejor modo de ocultar una piedra era hacerlo entre otras muchas iguales, a la vista de todo el mundo. —Miró a Alexia por el rabillo del ojo mientras conducía—. Gaston dice que estaban sentados frente al patio. ¿Te das cuenta? La novela y la tumba están indisolublemente unidas. El 7 —dijo mientras conducía todo lo deprisa que el tráfico le permitía—. Verne vivió 77 años, y escribió esa novela siete años antes de su muerte.

—Tiene que ser una casualidad —observó Alexia—. No podía saber cuándo…

—¿Cuándo moriría? —Capellán completó la frase y pisó más a fondo el acelerador.

18

Estrela echaba de menos a Bieito, tenía que reconocerlo. Y no era porque no hubiera logrado sacudirse de encima el recuerdo de los días en que ambos fueron amantes. Se trataba de algo mucho menos romántico: Estrela no sabía hablar francés, y Bieito sí.

Durante los meses en que ambos compartieron formación circense en Chambéry, ella contaba con Bieito como intérprete. Pero, ahora que había tenido que atravesar Francia en busca de lo que parecía una quimera, se había encontrado en la obligación de hacerse entender como podía con sus nociones básicas de inglés. No obstante, ahí estaba, pagando en la caja de aquel supermercado las provisiones con las que iniciaría su viaje de regreso a Galicia. No podía perder más tiempo. La vida de su abuelo estaba en juego.

Jamás hubiera imaginado que un día se vería envuelta en semejante aventura. De hecho, después de escuchar la extraordinaria historia que don Rodrigo, o Matías Novoa, le había referido sobre Julio Verne, Estrela no dio crédito a lo que el anciano le había confiado. Ni la carta que el sobrino de Verne parecía haber escrito ni la que, según Novoa, el propio novelista había enviado al tal Mario Turiello habían conseguido que accediera a creer posible que la inmortalidad fuera un don alcanzable. Pero ¿quién podría poner un solo reparo a su cerrazón? ¿Quién en su sano juicio admitiría un relato semejante?

Estrela apenas pudo dormir la noche siguiente a su conversación con Novoa. El estado de su abuelo seguía siendo extremadamente grave, y en los instantes en que lograba zafarse del dolor que experimentaba por la enfermedad de Xoan la atrapaba el eco de las palabras de Novoa.

Al amanecer, Estrela había decidido olvidar la historia sobre Julio Verne y volcarse en el cuidado de su abuelo. Pero cuando aquel día regresó a La Isla y supo a través de Ana Otero que a don Rodrigo lo habían asesinado, Estrela empalideció. Escuchó a Otero hablar de un hombre enigmático que había visitado al anciano presentándose, al parecer, bajo una falsa identidad. La policía no había encontrado rastro alguno que pudiera permitir su captura, le confesó la secretaria, quien añadió que la estancia secreta de la que nadie tenía noticia había sido registrada de arriba abajo, como si el asesino buscase algo que don Rodrigo pudiera ocultar.

Estrela tuvo que esforzarse para que sus ojos no llorasen y su cara no reflejase el brutal impacto que aquella noticia le había producido.

Minutos después, junto a la cabecera de la cama de su abuelo, lloró en silencio. ¿Quién podía haber asesinado a don Rodrigo? ¿Acaso eran reales aquellos hombres sin rostro de los que él hablaba? La joven sintió vértigo. Don Rodrigo, Novoa, le había confesado sus miedos. Le había dicho que aquella historia había sido la causa de la muerte de otras personas, pero ella no lo creyó. Fue entonces, acariciando la frente de su abuelo, cuando tomó la decisión de viajar hasta Amiens. Después de todo, ¿qué podía perder? Se trataba simplemente de comprobar si había algo de cierto en lo que Novoa le había dicho.

Estrela salió del centro comercial, se dirigió al Seat Exeo familiar de color blanco que Bieito le había prestado y guardó la compra en el maletero. Su coche era demasiado viejo para conducir con él desde Galicia hasta el norte de Francia. Por esa razón, le pidió prestado el coche a su antiguo novio. Se trataba de un vehículo mucho más potente que el suyo y con menos kilómetros a sus espaldas. Él la miró con aquellos ojos negros como tizones y solo hizo una pregunta.

—¿Prometes estar de vuelta en cuatro días?

—Lo prometo —respondió ella, sin estar muy segura de si podría cumplir su palabra.

El Seat Exeo se puso en marcha.

Después de comprar las provisiones, el siguiente paso era llenar el depósito de combustible en la gasolinera situada frente al supermercado. A continuación, regresaría al hotel, recogería sus pertenencias y pondría a buen recaudo la caja de metal que contenía un fajo de papeles amarillentos escritos con pluma y firmados por Jules Verne.

De camino al hotel, Estrela recordó las imágenes que componían la extraordinaria aventura que había vivido el día anterior…

Había llegado a Amiens a primera hora de la mañana, después de conducir más horas de las que su cuerpo podía soportar. Antes de partir de Galicia, a través de Internet, había localizado un coqueto hotelito situado a las afueras de Amiens, en la zona norte. Para cuando llegó al hotel Kyriad Nord apenas lograba mantener los ojos abiertos. Eran las seis de la mañana.

A pesar del cansancio, no logró dormir. Una extraña sensación dominaba su cuerpo. Tenía miedo. Estaba nerviosa. Se sentía ridícula. Todo a la vez.

Tenía miedo porque seguramente aquel viaje no serviría de nada, y entonces su abuelo moriría. Estaba nerviosa, porque no sabía si sería capaz de hacer lo que tenía que hacer: localizar una piedra del enlosado del patio donde vivió Julio Verne y en la que, según Novoa, estaban escritas las letras XKZ. Después, debía arrancar aquella

piedra del pavimento para poder acceder al manuscrito que Verne ocultó. Pero ¿sería capaz de hacerlo?

Finalmente, se sentía ridícula. Porque ¿quién en su sano juicio podía creer posible la inmortalidad, incluso después de saber que a Novoa lo habían asesinado?

Cuando la mañana llegó, Estrela se obligó a escapar de su miedo, de sus nervios y de aquella sensación de ridículo. Tomó un apresurado café en el comedor del hotel y se dejó guiar por el navegador del coche de Bieito hasta el número 2 de la calle Charles Dubois. Encontró aparcamiento a la vuelta de la esquina, junto a una pequeña zona ajardinada.

Al llegar ante el portón de acceso a aquel caserón de ladrillo rojo y ventanas blancas sus piernas flaquearon, pero aun así tomó aire y se decidió a entrar junto a un grupo de media docena de turistas. Cuanta más gente hubiera, mejor para sus intereses, pensó. A la derecha de la puerta de entrada, sobre una placa negra, se anunciaban los horarios de visita escritos con letras de color blanco.

Compró una entrada, como una turista más, y deambuló por las habitaciones de la casa que un día ocupó el escritor con su familia, pero mientras paseaba no perdía de vista el patio enlosado. Al menos hasta ahí, el relato de Novoa era cierto: había un patio descubierto con losas.

Verne había quemado en aquel patio documentos personales de naturaleza desconocida, según relataba Gaston. Matías Novoa, gracias a la carta del escritor a Turiello, sabía que el novelista fingió que el manuscrito titulado *Hacia la inmortalidad y la eterna juventud* había ido a parar a aquella hoguera, pero en realidad no fue así.

Tras completar el recorrido por la casa, Estrela salió al patio exterior sintiendo cómo su corazón latía con extraordinaria fuerza. Sus planes para pasar desapercibida se vieron favorecidos por la llegada de una nueva remesa de visitantes. Y, mientras los recién llegados acaparaban la atención de los empleados del museo, ella caminó hasta el centro de aquel patio buscando la piedra sobre la cual Verne había grabado las letras XKZ. Novoa le había hablado de la novela titulada *El testamento de un excéntrico* y de su personaje principal: un hombre que regresa a la vida cuando todo el mundo lo daba por muerto. Un hombre que adoptó por seudónimo aquellas mismas consonantes.

No tardó en descubrir la losa. Las letras apenas eran visibles, pero estaban allí, delante de todo el mundo. ¿Sería posible? ¿Estaría allí oculto el último Verne?

Miró de reojo hacia el mostrador, donde el empleado del museo atendía a los visitantes. Le pareció que nadie reparaba en ella, de modo que se arrodilló sobre el patio, sacó de su chaquetón negro un pequeño martillo y una especie de cortafrío, y golpeó con todas sus fuerzas. Lo hizo una vez, dos, tres… El cuarto golpe hizo que el empleado del museo mirase hacia el patio alertado por el ruido. Cuando sonó el quinto golpe, dos hombres corrieron hacia la puerta que daba acceso al patio. El sexto golpe

hizo que la piedra cediera.

Estrela vio a los dos hombres correr hacia ella con un ojo. Con el otro, contempló atónita una caja de metal oculta bajo la losa. Apresuradamente, guardó las herramientas en el chaquetón, cogió la caja y corrió hacia la puerta de salida con el corazón en la boca. Tras ella, los dos hombres gritaban.

Estrela corrió tan rápido como pudo. Sentía los pulmones a punto de estallar, pero no podía permitirse parar. La piedra con las tres letras grabadas se le había caído en el patio, pero lo importante era aquella caja de metal en cuyo interior, quería creer, estaba el manuscrito que Verne salvó del fuego.

En su huida, la joven estuvo a punto de ser atropellada por dos coches en la calle Otages, pero logró esquivarlos con mucha fortuna. Aunque no sabía si los dos hombres la seguían, ella apretó aún más el paso hacia ninguna parte, pues nada conocía de aquella ciudad. Cuando al fin se detuvo le ardían los pulmones.

Mientras recuperaba el resuello, dio las gracias a tantas horas de entrenamiento físico al que había sometido a su cuerpo a lo largo de su vida. Necesitó, no obstante, un par de minutos para serenarse. Entonces, su mirada tropezó con la mastodóntica presencia de la catedral gótica de Amiens. Aquel maravilloso entramado de piedras, agujas y estatuas la ignoró. Ella también era inmortal y no necesitaba que ningún escritor le recordara que tal cosa era posible.

La muchacha miró alrededor. Estaba en una pequeña plaza poco transitada en aquel momento. En la fachada de uno de los edificios se leía: «Place Saint Michel». Como el hijo de Verne, pensó Estrela. Como sus yates.

No había rastro alguno de sus dos perseguidores. Supuso que nadie había reparado en que había sacado de debajo de aquella losa una pequeña caja rectangular de metal. Tal vez, imaginó, se dieron por contentos con recuperar la piedra del patio.

Con cautela, desanduvo el camino en dirección a su coche, que, para su desgracia, estaba bastante cerca del museo dedicado al novelista.

Cuando estuvo cerca del Seat Exeo, extremó las precauciones. Tal vez los empleados del museo habían dado aviso a la policía, o quizá alguien la había visto llegar y su coche estaría ahora bajo vigilancia. Pero, tras casi media hora rondando la zona, se convenció de que nadie la seguía y de que nadie vigilaba su coche.

Media hora más tarde, entró en la habitación de su hotel.

Una vez se sintió a salvo, abrió la caja de metal, que no tenía cerradura alguna, y descubrió en su interior medio centenar de folios amarillentos sobre los cuales alguien había escrito con pluma un texto cuyo título, a pesar de su desconocimiento del francés, la hizo estremecer: *Vers l'immortalité et l'éternelle jeunesse.*

—Hacia la inmortalidad y la eterna juventud. —La voz de Estrela era apenas un susurro empapado por la emoción. En el último de los folios estaba la firma de su autor: Jules Verne—. De manera que era cierto…

Lo era. Al menos, era cierta una parte de la historia de Matías Novoa, la que

afirmaba que Verne había enterrado bajo una losa del patio de su casa una obra inédita. El problema era que Estrela no dominaba el francés, lo que impedía que pudiera leer aquellos papeles y saber si, en efecto, hablaban de la relación del escritor con una orden de iniciados y, eso era lo más importante para ella, sobre el secreto de la inmortalidad.

—¡Ay, Bieito! —se lamentó la joven—. Si estuvieras aquí…

Contempló desolada su botín desparramado sobre la cama: la caja de metal, los viejos papeles que un día Verne tuvo entre sus manos… Luego sus ojos tropezaron con el espejo de la habitación y vio su reflejo en él: los ojos azules, el piercing en la nariz, un único pendiente en la oreja derecha, las rastas rubias cayendo sobre sus hombros. Se vio atractiva, y sin poder evitarlo Bieito regresó a su mente, y esta vez no en calidad de intérprete añorado. Se sintió sola.

Fue entonces cuando tuvo una idea que le pareció brillante. Se levantó y buscó su teléfono móvil en un bolsillo interior del chaquetón.

Alrededor de las cuatro de la tarde, Estrela salió del hotel dispuesta a rendir visita a la tumba de Julio Verne. Necesitaba ver aquel mausoleo. Si no podía traducir el manuscrito que había descubierto, al menos podría comprobar si cuanto le había dicho Novoa sobre aquella tumba era cierto.

La lluvia, que había caído sin tregua desde que regresó al hotel, cesó poco después de que ella entrara en el cementerio de La Madeleine. Se adentró por el sendero que indicaba el lugar donde estaba la tumba del escritor y no tardó en descubrirla. Debía ser, se dijo, la más bella de todas las tumbas de aquel camposanto repleto de árboles y panteones góticos. Allí estaba el hombre de mármol blanco escapando del reino de los muertos, tal y como Novoa le había descrito. Allí, los guiños esotéricos en la decoración, y el número exacto de caracteres en el epitafio para, reducidos tras su suma a un único dígito, arrojar el número 7. Siete árboles. Setenta y siete años de vida.

—XKZ —murmuró Estrela.

Minutos después, abandonó el cementerio. Al llegar al lugar donde había aparcado su coche, le llamó la atención la llegada de un Volkswagen Golf de color rojo con matrícula española. Inconscientemente, Estrela se hundió en el asiento y observó al hombre rubio y con gafas y a la esbelta mujer que calzaba unos impresionantes zapatos de tacón. Los dos recién llegados le resultaron vagamente familiares, y se sintió en peligro.

Con cautela, puso en marcha el coche y se alejó.

Todo aquello había sucedido el día anterior, y sin embargo parecía que había transcurrido ya un siglo. Era hora de marcharse. Cumpliría la promesa que había hecho a Bieito de devolverle el coche prestado en cuatro días, y además no sabía cuánto tiempo tenía aún por delante su abuelo.

Pero, al aproximarse al hotel, Estrela no tardó en intuir que algo extraño ocurría.

Primero vio los coches de la policía, y llegó a pensar que alguien había descubierto su identidad tras el robo en el museo y la habían localizado. Estuvo a punto de dar media vuelta, pero no podía dejar el manuscrito en el hotel. Lamentó su torpeza por no haberlo llevado con ella en el coche.

Y entonces fue cuando vio el fuego.

¡Fuego!

Había bomberos. La calle estaba cortada. Se apeó del coche y caminó unos pasos, hasta que un gendarme la hizo ver que estaba prohibido pasar. Ella trató de explicarle que aquel era su hotel. Pero el policía sacudió la cabeza. El hotel estaba ardiendo por los cuatros costados.

¡El manuscrito!

Fue entonces cuando sintió que alguien la cogía por el brazo.

19

Señorita, no tema. No pretendemos hacerle ningún daño —dijo Capellán sin soltar el brazo de Estrela. La muchacha, no obstante, se zafó de aquella mano desconocida y clavó su mirada azul en la pareja. Eran los mismos que había visto la tarde anterior en el cementerio. Instintivamente, trató de huir, pero el hombre volvió a cogerla por el brazo.

—Tranquilízate —intervino Alexia empleando a propósito el tuteo. Pretendía resultar cálida y próxima—. No tenemos intención de denunciarte ante las autoridades por el robo que llevaste a cabo ayer en la casa de Verne. —Deslizó la frase sin que se advirtiera en ella tono alguno de amenaza, pero aguardó el resultado que tendría en la joven de las rastas rubias aquella exhibición de información.

—¿Cómo saben que…?

—Conocemos la historia de don Rodrigo, o Matías Novoa, como prefieras —atajó Capellán—. Ya sabes, el relato de Gaston Verne, la carta del escritor a Mario Turiello, la sociedad de La Niebla y la obra inédita que ocultó bajo una losa del patio de su casa. Lo que no sabíamos hasta hace un rato era que ayer habías encontrado ya el manuscrito.

Estrela guardó silencio. Matías Novoa le había hablado de los peligros que suponía conocer aquella información. De pronto, recordó dónde había visto a aquella pareja. Sucedió el día en que el excéntrico millonario se confió a ella. Aquella mujer alta y su acompañante llegaron al geriátrico en aquel momento. Ella misma los vio atravesar el jardín en dirección al centro. De manera que dedujo que existía una relación entre el temor a ser descubierto de Matías Novoa y la irrupción en escena de aquellos dos desconocidos.

—Me llamo Miguel Capellán, soy periodista. Y ella es Alexia. Su padre fue asesinado por culpa del legado de Verne —dijo Miguel—. Gerardo García Ávalos fue un escritor a quien Novoa confió la carta de Gaston.

Estrela recordó que Matías Novoa le había contado algo similar. Le habló de un hombre a quien había elegido para dar a conocer aquella historia. Novoa le había dicho que a aquel escritor lo mataron los hombres sin rostro. Entonces, estudió con interés a la mujer que tenía ante sí.

—Debes creernos —insistió Capellán. También tuteó a la muchacha—. ¿Tienes el manuscrito?

Estrela negó con la cabeza.

—Sabemos que lo cogiste ayer.

—Sí, lo hice —admitió Estrela—, pero no lo tengo.

—¿Dónde está?

La muchacha miró hacia el hotel en llamas.

—Lo había dejado en mi habitación. Salí a comprar provisiones y regresaba ahora a buscar mis cosas. Me iba ya para casa.

Capellán cerró los ojos y maldijo en silencio.

—Tal vez pueda hacer algo aún —dijo, y echó a andar en dirección al edificio en llamas.

—¿Qué haces, Miguel? ¿Estás loco? —le recriminó Alexia—. ¿Quieres morir por buscar el final de tu maldita historia?

Miguel no respondió. Dio la espalda a las dos mujeres, y trató de sortear la vigilancia de la policía. Pero su intento resultó abortado de inmediato. Un gendarme lo detuvo y lo obligó a regresar a la zona de seguridad que delimitaban unas cintas de plástico. El incendio había alcanzado tal magnitud que el hotel era ya irreconocible.

Capellán reparó entonces en una mujer gruesa que lloraba desconsoladamente. La reconoció de inmediato: era la recepcionista del hotel.

—Intenta hablar con ella —dijo a Alexia. Tenía una intuición, un mal presagio.

Alexia intercambió con la desconsolada recepcionista unas palabras de ánimo. A continuación, siguiendo las instrucciones de Capellán, intentó averiguar las circunstancias en las que se había producido el incendio. La recepcionista, entre hipos y mocos, logró hilvanar unas cuantas frases que, minutos después, Alexia tradujo.

—Ocurrió de pronto —dijo—. Hubo una explosión y el piso superior empezó a arder.

—¿De pronto?

—Sí. —Alexia miró a Capellán antes de añadir—: Asegura que instantes antes había llegado un nuevo huésped. El hombre subió a su habitación, y poco después se escuchó la explosión.

Miguel miró a Alexia. Ella pareció entender la expresión del rostro del periodista.

—Era un hombre que vestía un abrigo oscuro y llevaba un sombrero negro.

—¿Y dónde está? —dijo Miguel a la recepcionista. La mujer lo miró con los ojos muy abiertos. El llanto arreció—. ¿Dónde está ese hombre?

—Es el único huésped que no salió del hotel —explicó Alexia—. La recepcionista asegura que todo el personal y los clientes están a salvo, pero del hombre del sombrero no hay ni rastro.

Capellán se quitó las gafas y se frotó los ojos. Era la viva imagen de la desesperación. A continuación, se volvió hacia Estrela.

—¿Leíste el manuscrito? ¿Qué decía?

—Lo siento —se disculpó la joven—. No sé francés. Lo único que entendí fue el título. Era el mismo que el señor Novoa me había dicho: *Vers l'immortalité et l'éternelle jeunesse*. Y la firma de Julio Verne.

—¿Quieres decirme que no sabes lo que ponía?

Estrela negó con la cabeza.

Miguel murmuró maldiciones mientras su mirada se perdía entre las pavorosas llamas que consumían el hotel Kyriad Nord.

—Todo está perdido —masculló.

Antes de partir, compartieron con Estrela un café en uno de los centros comerciales de la zona. Habían perdido su ropa y sus enseres, pero nada de eso importaba. Capellán escuchó con expresión ausente a aquella joven, que les habló de su abuelo Xoan y de su grave enfermedad. Reconoció que en cualquier otro momento de su vida no hubiera tomado en serio el relato de Matías Novoa, pero al saber que lo habían asesinado, algo que él temía que ocurriera, pensó que tal vez el resto de la historia fuera cierta. Además, confesó, tenía la esperanza de poder salvar a su abuelo. El descubrimiento del manuscrito bajo aquella losa había sido lo más extraordinario que le había sucedido en toda su vida, aseguró.

—Pero ahora no tenemos nada. Nada —se lamentó Capellán. La historia se escurría entre sus dedos. En aquel maldito incendio se consumían todas sus esperanzas de regresar al éxito. En el silencio de la cafetería le pareció escuchar la risa de Laura y del cabrón de su padre.

Miguel condujo en silencio durante horas. Alexia lo miraba por el rabillo del ojo sin atreverse siquiera a preguntar si deseaba que lo relevara al volante. Por mucho que se esforzara, nunca lograría sentir la rabia que en aquellos momentos devoraba el alma de Capellán.

Aquella historia era tan extraordinaria como increíble. Lo que la hubiera convertido en un bombazo habría sido la publicación de un anexo con parte del documento manuscrito de Verne, aunque Miguel no sabía bien qué repercusiones legales habría podido tener esa decisión. En todo caso, la polémica no habría hecho sino incrementar las ventas del libro.

No volvieron a ver a Estrela. La joven artista anunció que regresaba a Galicia. Quería estar junto a su abuelo, explicó.

—Esa chica, Estrela, ¿nos habrá dicho la verdad? —preguntó Capellán minutos después mientras conducía—. ¿Crees que el manuscrito se quemó en aquel incendio?

—Solo podemos fiarnos de su palabra.

—Aquel tipo, el huésped del sombrero, debía de ser uno de ellos —dijo Capellán —. Fue él quien provocó el incendio. Estoy seguro.

—Si lo hizo, sería porque quería hacer desaparecer el manuscrito. Y eso significa que sabía con seguridad que estaba en la habitación de Estrela. Lo que quiere decir que

la muchacha dice la verdad.

—¿Y qué fue de él? ¿Dónde se metió?

Alexia ocupó el asiento del conductor en las tres horas siguientes. Miguel seguía rumiando su derrota y hablaba para sí. Alexia no lo interrumpió hasta que, a unos kilómetros de la frontera con España, un nombre escapó de los labios de Capellán.

—Caviedes —dijo Miguel—. Me cago en todos los putos Ciros Caviedes del mundo. Con esta historia podía haber puesto en su sitio a todos esos petimetres de la ortodoxia.

—¿Qué has dicho? —preguntó Alexia. Sus palabras sonaron con una inesperada dureza.

Miguel la miró aturdido.

—¿A qué te refieres?

—Has dicho Ciro Caviedes. ¿De qué lo conoces?

—¿Cómo que de qué lo conozco? No es nadie. Es un personaje de ficción.

—¿De ficción? ¡Ciro fue mi novio! —exclamó Alexia.

—¿Tu novio?

El carril de acceso a un área de servicio permitió a Alexia hacer un giro brusco a la derecha. Una vez fuera de la autopista, frenó bruscamente.

—Dime de una puñetera vez dónde has oído ese nombre.

Miguel cogió aire. Ya daba todo lo mismo, pensó. Probablemente, cuando finalizara aquel viaje nunca más volvería a ver a Alexia, y, en cuanto a la novela, la pérdida del último Verne lo había dejado sin final.

—Está bien —dijo—. Robé en casa de tu padre una novela que él estaba escribiendo aprovechando la información que don Rodrigo, Nemo, le había hecho llegar.

Los ojos de Alexia echaban fuego. La mirada de la *Bacall* acobardó a Capellán.

—¡Eres un hijo de puta! ¿Robaste a mi padre?

Miguel trató de explicarse. Le habló de la conversación telefónica que mantuvo con Ávalos la noche en que el viejo maestro de escuela murió. Relató el episodio de las pisadas en la casa y cómo poco después escuchó un ruido al que siguió un espeso silencio. Confesó que condujo hasta Cuenca y que encontró el cadáver de Ávalos al pie de la escalera.

—¿Y lo único que se te ocurrió fue robar una puta novela?

Miguel se sintió enrojecer por primera vez en toda su vida.

—No podía hacer nada por él —intentó defenderse.

—Fuiste tú quien puso patas arriba la casa buscando esa novela, ¿no es así?

—Te juro que no fui yo —respondió Capellán arrastrando las palabras—. Alguien había entrado allí. Buscaban la carta de Gaston, estoy seguro.

—¿Y Ciro? ¿Qué tienes que ver tú con Ciro?

—Pero si no tengo ni idea de lo que me hablas —confesó Capellán cada vez más desorientado—. Ciro Caviedes es un personaje de la novela de tu padre. Representa la

ortodoxia. Es el tipo sensato, racional, que se burla de quienes, como yo o como tu padre, andamos tras la pista del misterio.

—Ciro Caviedes fue mi novio —insistió Alexia en un tono frío como el hielo—. Mi padre y él discutieron hace muchos años sobre el maldito Julio Verne. Primero, en las páginas de una revista. Ninguno de los dos se conocía, y cruzaron artículos en los que cada uno se burlaba de las posiciones del otro. Después, se conocieron gracias a mí. Ciro y yo rompimos nuestra relación en parte por culpa de mi padre.

—Pues se ve que él utilizó a ese tal Ciro como inspiración —comentó Miguel.

Alexia se apeó del coche y, con un gesto, hizo que Capellán se pusiera al volante.

—Cuando lleguemos a Bilbao, llévame al aeropuerto.

—Pero ¿no quieres salir de dudas? ¿No me acompañas a Vigo para ver qué pasó con Novoa?

Alexia no respondió.

Capellán detuvo el coche en el aeropuerto bilbaíno a media tarde. ¿Y si no encontraba ningún vuelo hacia Madrid?, preguntó a Alexia. ¿Qué haría entonces?

—Mejor estar sola que con un cabrón mentiroso como tú —replicó la*Bacall*—. Yo tenía razón. —Miró al periodista como si estuviera ante una rata que olisquea entre la basura—. Mi padre era infinitamente mejor que tú. Tú eres un indeseable. Él era solo un ingenuo que pretendía llegar a la línea del horizonte. —En sus labios se dibujó una sonrisa amarga—. Vuestros enigmas no son más que sueños, pistas que conducen a ninguna parte. Lo que os sucede es que el mundo real no os gusta, y pretendéis construir uno ficticio repleto de leyendas y griales.

—¿Cómo puedes decir eso después de todo lo que has visto?

—¿Qué he visto? ¿Un hombre con un sombrero negro con quien nunca hemos podido hablar para saber quién es? ¿La historia de un viejo que vive en un asilo y que resulta ser un millonario excéntrico? ¿Quién te dice que no se ha inventado todo?

—Un excéntrico al que asesinaron —recordó Miguel—. Lo mismo que a tu padre.

Ella guardó silencio, y Miguel añadió:

—¿Y la losa del patio de la casa de Verne? ¿No viste las letras XKZ grabadas?

—Sí —reconoció Alexia—. Pero la única persona que dice que debajo de esa piedra había una caja de metal con unos papeles es esa joven saltimbanqui que, además, ha reconocido que no sabe qué había escrito en ellos. ¿Quién puede asegurar que hablaban sobre la inmortalidad?

—Siento haberte ocultado lo de la novela de tu padre. Yo…

—¡Vete al infierno!

Capellán la vio caminar hacia la terminal del aeropuerto. Iba erguida, como siempre, con sus enormes tacones que ampliaban aún más la diferencia de estatura que había entre ella y la mayoría de los hombres. Era una mujer increíble, pensó. Pero estaba seguro de que Alexia, al contrario que Lauren Bacall en aquella película, jamás silbaría para que él acudiera a su lado.

20

Una hora después de haberse separado de Alexia, el teléfono móvil de Miguel lo sacó de sus cavilaciones. El número era desconocido, pero aun así detuvo el vehículo en el arcén y respondió.

—¿Sí?

—¿Dónde cojones ha estado usted metido? ¡Le he llamado media docena de veces entre ayer y hoy! ¡Le dije que le quería localizable!

Miguel reconoció sin dificultad la voz del inspector Ríos. Entornó los ojos y, tras el chaparrón, se dispuso a defenderse.

—He tenido el teléfono sin batería —mintió.

—¿Dónde está? Quiero que me aclare algunas cosas.

—¿Mañana a primera hora en la comisaría? ¿Le parece bien?

El policía gruñó antes de aceptar.

Capellán imaginaba que aquel momento llegaría. Ya había pensado que si Ríos no era imbécil, y no lo parecía, haría bien su trabajo y entonces volvería a poner sus ojos sobre él. Lo mejor sería, decidió, decir la verdad… a medias.

El inspector Eugenio Ríos era un tipo rocoso, con callos en el alma a causa de una larga trayectoria profesional en la que se había encontrado de todo y con todo tipo de fauna humana. Cuando Miguel se sentó frente a él, al otro lado de la mesa desordenada que el policía ocupaba, Ríos lo observó con atención antes de decir una sola palabra. Miguel soportó el escrutinio lo mejor que pudo.

—Miguel Capellán, periodista, divorciado, con una hija, con problemas para pasar la pensión a su ex, que se llama Laura. Vive en un pisito en Arganda del Rey y tiene la costumbre últimamente de aparecer en los escenarios de algunos crímenes. —Ríos miraba un folio tras haberse puesto unas gafas. A continuación, observó por encima de ellas a Capellán.

—Ha dado en el clavo en todo —respondió Miguel sin inmutarse.

—Me empieza usted a tocar los cojones —anunció el inspector—. No me gustan los listillos, y menos los que pueden ir a parar a chirona por su implicación en asesinatos.

—Yo no he matado a nadie —se defendió Miguel.

—Eso ya lo veré yo —replicó Ríos—. De momento, me va a contar lo que sabe de la muerte del maestro de escuela jubilado llamado Gerardo García Ávalos, de quien

usted mismo me dijo que era amigo y por cuyo crimen usted prestó declaración en Cuenca hace unas semanas. Y, luego, nos vamos a entretener un rato en saber qué pintaba en ese geriátrico. Me vendría bien que me aclarara a qué padre pensaba usted ingresar allí, según me han informado en el centro, pues tengo entendido que al suyo lo enterraron hace unos años.

Miguel había preparado una historia para cuando llegara aquel momento. Se trataba de una versión bastante ajustada a la verdad, aunque en ella se omitía cualquier mención a Julio Verne y al manuscrito inédito que el novelista ocultó. Y, salvo que se lo preguntara el policía, no diría una sola palabra de su viaje a Amiens. Tenía pensado igualmente dejar al margen de todo a Alexia.

Conocía a Ávalos desde hacía años, confesó. Resumió al inspector la relación profesional y de amistad que lo unía al difunto maestro de escuela, y también mencionó la recepción por parte de Ávalos de unas misteriosas cartas remitidas por alguien que firmaba bajo el seudónimo de Nemo. Mintió, no obstante, al decir que desconocía el contenido de aquella correspondencia, pero añadió el dato de que Ávalos parecía inquieto, incluso temeroso, desde que había comenzado a recibirla.

—Y eso ¿usted cómo lo sabe? —lo interrumpió Ríos.

—No era difícil sacar esa conclusión. Si hubiera conocido a Ávalos, me entendería. Él era un hombre muy tranquilo, pero aquellos días no parecía el mismo.

En la última de aquellas misivas, explicó, el desconocido remitente citaba a Ávalos en el geriátrico de marras.

—¿Quién le dijo eso? ¿Ávalos?

—Sí, fue lo único que me dijo sobre aquella correspondencia. —Miguel mintió con la soltura de costumbre. No se le ocurrió otro modo de explicar su presencia en La Isla sin mencionar la carta de Gaston Verne, el folleto propagandístico del geriátrico y la alusión al mismo que se hacía en la novela que había sustraído de la casa de la víctima.

Prosiguió su relato diciendo que, un día antes de acudir a la cita, alguien asesinó a Ávalos. Miguel reconstruyó los hechos a su manera. Aquella noche, explicó, él hablaba por teléfono con el maestro cuando escuchó unos ruidos extraños y, después, un fuerte golpe.

—Como Ávalos no respondía, colgué el teléfono y fui a su casa —añadió.

Le habló al policía del cadáver de Ávalos a los pies de la escalera, del registro que alguien había efectuado de su casa, y ofreció a Ríos la posibilidad de comprobar las llamadas de teléfono que realizó con su móvil aquella noche. Se podría corroborar que, en efecto, habló con Ávalos poco antes de su muerte.

—Esté seguro de que haremos esa comprobación. Comprobaremos igualmente la hora de la muerte fijada por la autopsia, pero de Arganda del Rey a Cuenca hay poco más de una hora en coche —observó Ríos—. Usted tuvo tiempo de ir hasta allí y matarlo.

—Yo no lo maté, pero creo que las cosas no funcionan así —dijo Miguel mirando sin arrugarse al policía—. No soy yo quien tiene que demostrar que soy inocente, sino

usted quien ha de probar mi culpabilidad, si es que encuentra alguna prueba que le permita llegar a esa conclusión.

—No me joda, no me joda. No me vaya de gallito. —Ríos dio un golpe en la mesa.

—No, es usted el que ya me empieza a joder a mí —respondió Capellán sin amedrentarse—. He venido aquí a contarle lo que sé, y lo he hecho porque no tengo nada que ocultar. Si fui a ese geriátrico fue en calidad de periodista. Quería averiguar quién había mandado aquellas cartas a mi difunto amigo, y por eso inventé la historia de que quería obtener plaza para mi padre que, en efecto, en realidad está muerto. Cuando estuve allí, sospeché de don Rodrigo, como se hacía llamar Novoa, porque lo sorprendí un día de pie, sin que pareciera que necesitaba su silla de ruedas. Pensé que tal vez era la persona a quien buscaba, pues parecía haberse creado un personaje tras el que se ocultaba. Me gané la confianza de Ana Otero para acercarme a él, pero eso ocurrió precisamente la tarde en que lo mataron.

—¿Y por qué cree usted que mataron al tal Ávalos y a Novoa? Según usted, parece haber una relación entre uno y otro asesinato. —Ríos parecía menos desafiante.

—No tengo ni idea. Lo podríamos saber si encontrásemos las cartas que Ávalos recibió, pero resulta que, como le dije, quien lo mató puso patas arriba su casa, y me temo que se las llevó.

—¿Sabía usted que Novoa estaba loco?

Miguel se quedó mudo. La pregunta era totalmente inesperada.

—Como se lo digo —añadió Ríos—. Como una puta cabra, según todos los informes médicos de los que disponemos.

—No lo sabía —logró decir Miguel.

—Pues ya ve usted. —El policía volvió a clavar sus ojos en los de Capellán—. Aquí nadie es lo que parece. —Hizo una pausa, y añadió—: Por su bien, espero que me haya dicho la verdad.

—¿Dónde está? —preguntó Miguel mientras se abría paso entre los residentes y sus cuidadores. Algunos de los ancianos comenzaron a gritar, mientras que otros reían entusiasmados como niños. Ana Otero iba tras él, intentando calmarlo.

—No puede entrar aquí de ese modo —dijo Otero. La secretaria se volvió hacia una de las cuidadoras, que miraba la escena estupefacta, buscando su ayuda.

Miguel no escuchaba a Otero, ni tampoco los gritos y las risas de los asilados. Su mirada estaba puesta al fondo del pasillo, donde lo aguardaba la puerta del despacho de Marino Rey. Abrió la puerta sin contemplaciones y se abalanzó al interior.

El director de La Isla parecía más delgado que de costumbre, y unas ojeras profundas delataban inquietudes y preocupaciones cuya naturaleza Capellán desconocía.

—Siéntese, por favor. —Rey se mostró tranquilo, a pesar del modo en que Capellán

había irrumpido en su despacho. Señaló el mismo sillón que Miguel había ocupado días antes, cuando se presentó allí solicitando información para ingresar a su padre imaginario.

Miguel aceptó la invitación, pero no concedió a Rey ni un segundo de tregua. Durante varios minutos disfrutó dándoselas de enterado de todo, y su ego, tan canijo desde que Laura le había abandonado, se fortaleció. Habló sin desmayo de la carta de Gaston y de cómo Novoa, usando el seudónimo de Nemo, se la había enviado a Ávalos, de quien dijo ser alumno y amigo, en diferentes entregas. No omitió el dato de la muerte del maestro, y Rey se vio obligado a escuchar con pelos y señales el asunto de la leyenda familiar de los Novoa que afirmaba que un antepasado había visto al mismísimo capitán Nemo hablando con Verne en una cala próxima a Vigo. Igualmente, dijo saber que Novoa era, en realidad, quien había financiado la transformación de aquel antiguo pazo en un geriátrico para esconderse en él bajo la identidad de don Rodrigo.

Miguel se interrumpió antes de hablar del manuscrito escondido y de la posibilidad de obtener la inmortalidad. Nada dijo tampoco sobre lo sucedido en Amiens días antes.

—Como ve, sé que no le ha dicho la verdad a ese policía, a Ríos. De lo contrario, él me habría preguntado sobre Julio Verne y todo ese maldito asunto, pero no lo hizo. Creo que usted se ha callado todo eso por alguna razón, de manera que no me cuente milongas —concluyó Capellán su perorata—. Si Novoa envió a mi amigo Ávalos la carta de Gaston desde aquí, debió hacerlo con su colaboración. Usted tiene que estar en el ajo.

Marino Rey escuchó a Capellán sin mover un músculo. Y, cuando el chaparrón finalizó, se levantó de su sillón y caminó tranquilamente hasta un archivador. Lo abrió, sacó un grueso expediente y regresó a su mesa. Después, dejó caer la carpeta sobre ella.

—Ahí tiene el expediente médico de Matías Novoa —dijo—. De todo cuanto usted ha contado debo admitir como correcto que Novoa era el dueño de esta residencia y que poseía una considerable fortuna amasada en el negocio familiar. Igualmente, es cierto que carecía de familia, y que por decisión propia decidió ocultarse bajo la identidad de Rodrigo Castro, un viejito silencioso que aparentaba vivir como los demás asilados. Pero las explicaciones que usted busca sobre esa delirante historia que me ha contado las encontrará en esos informes. Los mismos que entregué a ese policía, a Ríos.

Miguel hojeó el expediente y se revolvió inquieto en su sillón. Contenía varios informes médicos firmados por diferentes especialistas que coincidían en presentar a Matías Novoa como un enfermo mental, con una patológica necesidad de inventar una realidad alternativa a la suya propia y en la que, además, creía religiosamente.

—Yo también leí de joven a Julio Verne —confesó Marino Rey—. ¿Recuerda usted al capitán Hatteras? —Al ver que Capellán guardaba silencio, el director del geriátrico prosiguió—. John Hatteras encabezó una expedición al Polo Norte en la que no dudó

en jugarse la vida y la de sus acompañantes. Su obsesión fue tal que al encontrar un volcán en aquellas tierras perdió la razón y estuvo a punto de arrojarse a su interior. Afortunadamente, sus compañeros lograron impedirlo. ¿Recuerda el resto de la historia?

—Hatteras regresó loco a Inglaterra y terminó sus días en un asilo creyendo que aún podía caminar hacia el Polo Norte —dijo Capellán casi en un susurro.

—Matías Novoa tenía una enorme fortuna y una obsesión por Julio Verne que lo llevó a cometer todo tipo de excesos. Desde gastarse indecentes cantidades de dinero en adquirir primeras ediciones de sus novelas a comprar cualquier baratija que, según creía, había pertenecido al novelista. Llegó a dar la vuelta al mundo, como quizá sepa usted, siguiendo escrupulosamente el itinerario de Phileas Fogg. Aquella obsesión lo condujo a la locura, como al capitán Hatteras. —Rey hizo una pausa, como si le costara encontrar las palabras adecuadas—. Yo lo conocía a través de amigos comunes. Le aseguro que le tenía un gran afecto. Un día se presentó en mi consulta con una carta que, me aseguró, Gaston Verne había escrito a un hermano suyo durante su estancia en el centro psiquiátrico en el que fue recluido tras disparar sobre su tío. Me dijo que la había encontrado en el interior de una novela en una librería de viejo de Luxemburgo. En fin, una de sus habituales invenciones, tal y como no tardé en descubrir al hojear aquellos folios. Yo conocía bien la letra de Novoa, y no tuve duda de que aquello lo había escrito él mismo.

Capellán recibió aquella noticia exactamente igual que si le hubieran propinado un puñetazo en el estómago.

—¿Quiere decir que esos papeles son falsos?

—Se lo aseguro —respondió Rey—. Pero él estaba convencido de que eran auténticos. Y, tras mostrármelos, me anunció que acababa de adquirir este pazo y que me necesitaba. Estaba seguro de que lo perseguían esos hombres sin rostro de los que él mismo había escrito. Pretendía construir el mejor centro geriátrico posible y ocultarse para siempre bajo otra identidad.

—Y usted le siguió la corriente.

—Era lo mejor para él, y además podíamos ayudar a otras personas que necesitaban un centro de estas características. Consulté con el abogado que llevaba todos sus asuntos, y también se mostró de acuerdo en que este podría ser un buen lugar para Matías. Fue entonces cuando se produjo un incendio en su casa que estuvo a punto de costarle la vida. Según él, los hombres sin rostro habían intentado acallarlo y destruir la carta de Gaston. Pero yo sospecho que fue él mismo quien provocó aquel incendio, aunque reconozco que no puedo probarlo. En cualquier caso, el siniestro le permitió llevar a cabo su plan de fingir su muerte y adoptar una nueva identidad. El resto, ya lo sabe usted.

—Pero Novoa logró enviar a mi amigo Ávalos esos papeles —recordó Miguel—. Alguien los entregaba personalmente en mano.

—Yo lo organicé —confesó el director—. No creí hacer nada malo. Matías se sentía feliz con aquel juego.

—Mi amigo fue asesinado por culpa de esa maldita carta —protestó Capellán.

—¿Está usted seguro?

Miguel no respondió. El informe forense no determinaba con claridad si Ávalos había sido asesinado o había sufrido un accidente. No obstante, la casa revuelta y la posterior muerte del inspector Carmona fortalecían sus sospechas.

—Yo mismo he visto a uno de esos hombres sin rostro —dijo. Pero algo se había quebrado en su interior. ¿Tendría razón Alexia? ¿Era un maldito soñador enojado con el mundo real que pretendía inventarse uno alternativo?

—¿De veras? ¿Y cómo sabe que era uno de esos hombres? ¿Habló con él?

No, no lo había hecho. Ni tampoco había visto a nadie moviendo el vaso de güisqui en la mesa de su casa, ni podía demostrar que Alexia se vio involucrada en un accidente de tráfico organizado para robarle los papeles escritos por Gaston (¿o por Novoa?), ni tampoco tenía prueba alguna que demostrara que el incendio que destruyó el hotel de Kyriad Nord de Amiens fuera obra de personas vinculadas a la misteriosa orden de iniciados.

—No —respondió con rabia—, no hablé con aquel hombre. Pero usted mismo ha visto que alguien entró aquí y asesinó a Novoa. ¿Qué más pruebas necesita?

—La policía aún no ha cerrado el caso —replicó Rey—. Aún es pronto para saber qué ha sucedido.

—¿Acaso Novoa se golpeó solo? ¡No me joda! No sé qué prentende. —Miguel se había levantado del sillón y se dirigía hacia la puerta—. Supongo que tiene mucho que perder, ¿verdad? Este centro hubiera sido imposible sin el dinero de Novoa, y, ahora que ha muerto, tal vez teme que todo se vaya al carajo si trasciende la verdad de lo ocurrido. Es a usted a quien no le interesa que existan los hombres sin rostro.

Rey guardó silencio.

—Es usted un hijo de puta —sentenció Capellán—. Me gustaría saber de dónde ha sacado esos informes médicos sobre la salud de Novoa.

—Son auténticos, aunque no lo crea. —La voz de Rey sonó menos convincente de lo que él mismo hubiera deseado.

Miguel había abierto la puerta del despacho y estaba a punto de marcharse, pero, de repente, se volvió hacia Rey y preguntó:

—La última vez que estuve aquí escuché que uno de los residentes, Xoan, estaba muy grave. ¿Qué fue de él?

En su relato, Miguel no había hablado al director de Estrela, ni tampoco de que la joven había estado involucrada en la búsqueda del último Verne.

—¡Xoan! —Marino Rey estaba claramente sorprendido por la pregunta—. ¡Esa es otra historia curiosa!

—¿Por qué?

—Ayer por la tarde vino su nieta a verlo. Sinceramente, al anciano le dábamos

pocos días de vida.

—¿Le daban? ¿Qué quiere decir? —Miguel sintió un escalofrío que recorrió su espalda.

—Pues que estaba realmente grave. Pero el caso fue que la visita de su nieta obró un milagro, se lo aseguro. Estuvo con él un buen rato a solas. Luego, Xoan pareció recuperar el vigor perdido, y lo más extraño fue que la muchacha solicitó el alta inmediata de su abuelo.

—¿El alta? ¿Ya no está aquí?

—No. La joven se puso terca, y no pudimos hacer nada.

—¿No avisaron a la familia? ¿Quién pagaba la estancia de Xoan aquí?

—La pagaba la nuera de Xoan, la madre de la muchacha.

—¿Cómo es posible que dejara que se marcharan? ¿Sabe cómo localizar a esa joven?

—Lo siento, no dejó ninguna dirección. Solo sé la de la nuera de Xoan. —Rey había ocultado sus manos bajo la mesa para evitar que Capellán advirtiera que le temblaban.

Cuando Miguel abandonó el despacho de Marino Rey, el director de La Isla sacó de su americana un teléfono móvil y marcó un número.

—Ya está —dijo Rey—. Le he dicho lo que usted me ordenó.

—¿Le mostró los informes médicos? —preguntó una voz grave al otro lado de la línea telefónica.

—Sí, lo hice. Nadie podría ponerlos en duda. Todos los doctores que los firmaron son excelentes profesionales.

—Todos esos doctores están en la misma situación que usted —recordó el hombre con quien hablaba—. Todos tienen una familia estupenda, como usted, señor Rey. Y todos quieren seguir disfrutando de ella.

Rey tragó saliva.

Marino Rey se había metido en un buen lío el día en que decidió ayudar a Novoa en aquella estúpida idea de enviar cartas sin remite a un tal Gerardo García Ávalos.

Todo cuanto había contado minutos antes a Capellán era verdad, aunque verdad a medias. Sí, era cierto que Novoa había sido un millonario excéntrico. Y sí, también era verdad que vivió obsesionado con Julio Verne y que creía estar en peligro.

Cuando surgió la idea de transformar aquel viejo pazo en un centro geriátrico en el que el propio Novoa construiría su particular refugio ocultándose bajo la identidad falsa de un anciano sin familia ni memoria, Marino Rey se sumó al proyecto con entusiasmo. Era una excelente oportunidad profesional. Y todo fue bien hasta que Novoa solicitó su ayuda para enviar por entregas aquella carta a un escritor apellidado Ávalos. Una carta que, al contrario de lo que había asegurado a Capellán, no había sido escrita por Novoa. En realidad, Rey no tenía ni idea de quién la había escrito, y

no sospechó que tal vez hubiera sido realmente obra de Gaston Verne hasta semanas más tarde. Pero en aquel momento juzgó el proyecto de Novoa como una excentricidad más y no tuvo inconveniente en colaborar en la charada.

Unas semanas después de haber comenzado a enviar las cartas, encontró sobre la mesa de su despacho un sobre, y dentro de él unas fotografías de sus dos hijos y de su esposa. Al dorso de las fotografías, alguien había escrito un número de teléfono y se le indicaba que llamara al mismo sin demora.

Cuando marcó aquel número escuchó por vez primera la voz del mismo hombre con quien ahora mantenía aquella conversación. El mismo al que reconoció sin dificultad en las imágenes grabadas por las cámaras de seguridad. Aquel tipo de edad indefinida, siempre tocado con un sombrero, le expuso claramente la situación: o colaboraba con él armando un expediente médico en el que se pusiera en duda la salud mental de Novoa, o su familia podría tener un trágico accidente el día menos pensado.

Marino Rey captó el mensaje sin dificultad.

Muerto Novoa, creyó que todo habría acabado, pero aquel hombre le había ordenado responder tal y como lo había hecho a Miguel Capellán.

—Deje en paz a mi familia —se atrevió a decir Rey.

—Lo haré. Les dejaré en paz a ellos y a usted si mantiene esa versión sobre Novoa. Pero, si un día decide hacerse el héroe, volveremos a encontrarnos.

—¿Quién coño es usted?

—Nadie.

El hombre del sombrero colgó el teléfono.

Miguel dedicó varios días a localizar una pista que pudiera conducirlo hasta Estrela, pero todos sus esfuerzos resultaron baldíos. Nadie había vuelto a saber de ella y de su abuelo. Tras muchas pesquisas localizó el piso de alquiler en el que ella había vivido e igualmente visitó el estudio en el que impartía clases de pintura, pero nadie pudo darle noticias de Estrela, aunque sí lo pusieron tras la pista de la compañía de teatro con la que actuaba.

Se entrevistó con Bieito y con los otros miembros de la compañía, pero ninguno de ellos había vuelto a tener noticia de la joven. Bieito pareció ciertamente preocupado por la suerte de Estrela. Dijo no haberla vuelto a ver desde que le devolvió su coche. Se lo había prestado unos días para ir a Francia, explicó a Capellán.

Parecía que la tierra se había tragado al abuelo y a la nieta.

Tras mucho insistir, logró hablar con Sabela, la madre de Estrela, y con el tipo con quien vivía, un estúpido de pelo engominado que se esforzó durante la entrevista en demostrar que era un hombre adinerado y con contactos. No obstante, ni su dinero ni sus contactos le habían servido para encontrar a su hijastra, aunque Capellán sospechó que tampoco tenía demasiado interés en dar con ella.

El abogado y hombre de confianza de Matías Novoa, un tipo llamado Oliverio

Cagigas, resultó ser un adversario rocoso. Era un hombrecillo pequeño, de mirada huidiza, y provisto de una descomunal y violácea nariz. Su despacho olía a rancio, y Capellán se preguntó qué razones habían llevado a un millonario como Novoa a confiar en alguien como Cagigas. Sin embargo, no tardó en descubrir el motivo: era imposible sacar una sola palabra a aquel sujeto.

Al abandonar el despacho aceitoso de Oliverio Cagigas, Miguel estaba exactamente igual que antes de entrar, salvo que ahora sentía la urgente necesidad de lavarse la mano con la que había saludado al narigudo abogado.

Tras aquella visita, Miguel se sintió cansado. No podía gastar más dinero en aquella pensión. Tenía que volver a casa, y lo haría con las manos vacías. Ávalos y Novoa habían sido asesinados, y tenía motivos para sospechar que el inspector Carmona había corrido idéntica suerte. Al pensar en ello, se felicitó por estar vivo, y se estremeció al imaginar que tal vez Estrela también hubiera pagado con su vida aquella aventura. Tanto esfuerzo y tantas muertes para nada, pensó. No tenía la carta de Gaston, ni la que Verne escribió a Turiello. Si al menos tuviera el ingenio necesario, se enfrentaría al reto de terminar la novela que Ávalos había dejado a medias, pero se sentía incapaz. Su mente regresó al incendio que devoró aquel hotel en Amiens y, con él, al último Verne…

De regreso a su coche, se dejó caer en el asiento y se frotó los ojos. Estaba cansado y derrotado. Le habían ganado la partida.

Fue entonces cuando lo vio.

Bajo el asiento del copiloto había algo. Algo que brillaba.

Miguel levantó el asiento y recogió de la alfombrilla el reloj Thos Russell & Son Liverpool que había pertenecido a Ávalos. Alexia debía de haberlo perdido cuando se apeó en el aeropuerto de Bilbao tras ametrallar a Capellán con sus reproches.

Miguel acarició aquel reloj que tantas veces había tenido en sus manos el viejo maestro de escuela. Recorrió con los dedos la inscripción grabada en su interior: *Tempus fugit*. Y recordó la historia del tío Tomás, el sorprendente pariente de Ávalos que le regaló la casa de Cuenca y aquel reloj.

Mientras conducía de regreso a Madrid, la idea de devolver a Alexia aquel reloj fue ganando terreno en su mente. Era una excusa excelente para volver a verla. En sus mejores fantasías, ella aceptaba recibirlo, e incluso se mostraba amable. No se atrevía nunca a ir más allá en sus ensoñaciones. Él no era Bogart, aunque Alexia fuera tan sofisticada e interesante como Lauren Bacall. Pero, al menos, quedaría como un señor devolviendo aquel reloj. Demostraría que no era el miserable que Alexia creía. Y aunque era cierto que había perdido la cabeza por seguir la pista de una historia que creía le devolvería al éxito literario, también él tenía principios. O, cuando menos, tenía algún principio.

21

Capellán no se decidió a telefonear a Alexia hasta el día 26 de diciembre. Tomar aquella decisión le costó mucho más de lo que nunca admitiría. Desde su regreso de Galicia sabía que quería hacerlo, deseaba devolver la novela inacabada de Ávalos a Alexia e igualmente el reloj de bolsillo. Pero lo cierto es que no encontraba el valor suficiente para marcar el número de teléfono del despacho de la abogada. Temía la reacción de la *Bacall*. Pero, al fin, aquel lunes encontró fuerzas suficientes.

El primer intento, no obstante, fue fallido. Nati, la secretaria de Alexia, le explicó que la abogada estaba fuera del despacho. Regresaría a media mañana, aseguró.

Pasaban diez minutos de las doce del mediodía cuando Miguel probó fortuna. Nati respondió al teléfono una vez más y le pidió que aguardara. Capellán cruzó los dedos. Imaginó que Alexia estaba sopesando si hablar con él o no.

—Le paso —dijo la secretaria. Miguel tomó aire y aguardó.

—¿Cómo estás? —La voz de Alexia sonó neutra. Era una pregunta de compromiso. No parecía que estuviera molesta, pero el tono le hizo pensar a Capellán que a ella le importaba muy poco si él estaba bien o no.

—¡Feliz Navidad! —se le ocurrió decir. De inmediato, se sintió ridículo.

—¿Me has llamado para eso? ¿¡Feliz Navidad!? Creo que te conozco un poco —respondió Alexia—, así que no me hagas perder el tiempo. ¿Qué quieres?

—Devolverte el reloj de tu padre —respondió él precipitadamente—. Se te cayó en mi coche. —De momento, decidió, no diría nada de la novela. No quería recordar el vergonzoso episodio del robo del manuscrito sin estar cara a cara con ella.

—Pues si lo encontraste has tardado bastante en llamar para devolverlo, ¿no? —Estaba claro que ella no le iba a dar tregua—. Aunque no sé por qué me sorprendo, si eres capaz de robarle a un muerto su novela.

Capellán cerró los ojos. Aquello no iba a ser fácil.

—También quería devolverte eso. —Hizo una pausa—. Y pedirte disculpas una vez más.

Silencio.

Silencio.

Silencio.

—Mañana a esta hora, en mi despacho —dijo Alexia.

Y colgó.

Hacía mucho frío en Madrid. Mientras caminaba por el céntrico barrio de Salamanca camino del despacho de Alexia, Miguel recordó el día en que fue a visitarla a su trabajo por vez primera, cuando creyó haber visto a un hombre que lo seguía. Estaba seguro de ello. Lo vio reflejado en el cristal del portal, pero el portero negó que allí hubiera habido alguien.

Entró en el edificio y descubrió que el viejo portero estaba allí, como el cancerbero del infierno. Lo saludó con un movimiento de cabeza. El veterano portero apenas levantó la mirada del periódico que leía.

Ya en el bufete, se le mostró un asiento donde debía aguardar. Alexia le hizo esperar alrededor de quince minutos. Capellán no sabía si ella estaba ocupada en ese momento o si dudaba aún en recibirlo. Finalmente, apareció Nati.

—Puede pasar.

Entró en el despacho. Todo estaba como recordaba: muebles de diseño, cuadros de arte abstracto, el pequeño jardín zen… Y Alexia sentada de espaldas a la enorme cristalera. A Miguel no le pasó desapercibido el hecho de que ella no se levantara de su asiento para saludarlo. Tampoco lo invitó a sentarse en los sillones que ocuparon en su anterior visita.

—¿Me puedo sentar? —preguntó.

Ella se encongió de hombros.

Ocupó el sillón en el que debían de sentarse los clientes de Alexia, sacó de un bolsillo de su chaquetón el reloj de Ávalos y lo puso sobre la mesa.

—*Tempus fugit* —dijo, y trató de sonreír sin mucho éxito.

Alexia cogió el reloj de su padre y lo acarició con los dedos.

—Gracias. —Miró a Miguel con menos severidad que hasta ese momento.

Ahora sí, él acertó a sonreír, aunque Alexia no lo imitó. A continuación, dejó sobre la mesa una carpeta que hasta ese momento había llevado bajo el brazo.

—El manuscrito de tu padre —explicó—. No está acabado, como sabes. Ni siquiera tiene título.

Ella miró la carpeta y luego clavó sus ojos en él.

—¿Qué pasó? ¿Cómo te fue en Galicia?

Miguel se relajó.

—Me interrogó la policía —explicó—. El inspector que investigó el asesinato de Novoa, un cabrón de mucho cuidado. Un hueso, te lo aseguro. —Se atrevió a mirar a Alexia a los ojos antes de añadir—: No le dije una palabra sobre ti. Espero que no sigan la pista de mi supuesta esposa.

Ella asintió, pero no dijo nada. Miguel prosiguió su relato.

—No tienen ni una pista sobre quién pudo matar a Novoa. Pero sabían que a tu padre lo habían asesinado también, y a Ríos le pareció sospechoso que yo hubiera estado en los escenarios de los dos crímenes.

—¿Necesitas abogado? —dijo Alexia sonriendo.

Miguel sonrió también.

—No —contestó—. Creo que no.

—¿Y qué más?

—No sé hasta dónde seguirán investigando. Creen que Novoa estaba loco.

—¿Loco?

—De atar —explicó Miguel—. El director de La Isla me contó una película según la cual la carta de Gaston y todo lo demás era obra del propio Novoa. Me enseñó un puñado de informes médicos donde se aseguraba que estaba mal de la cabeza. Pero yo no me lo trago.

—Te cuesta aceptar la realidad, ¿verdad? ¿Es más lógico pensar tal vez que es posible alcanzar la inmortalidad?

—Sin embargo, alguien lo asesinó —se defendió Miguel—. Y a tu padre también.

Alexia se revolvió incómoda en su sillón.

—Y luego está lo de Amiens —recordó Capellán—. El incendio del hotel, y los papeles que aquella muchacha, Estrela, encontró.

—Eso fue lo que ella dijo. Ni tú ni yo los vimos. En cualquier caso, ella admitió que no sabía francés, de manera que vete tú a saber qué ponía en ellos, si es que realmente los descubrió. ¿Qué fue de ella? ¿La volviste a ver?

—No, y te aseguro que la busqué —dijo Miguel—. Hablé con su antiguo novio, que fue quien le prestó el coche para ir a Amiens, según me dijo. Y localicé a su madre, que vive ahora con un tipo estirado pero con dinero, según se esforzó en dejarme claro. Nadie ha vuelto a verla, ni tampoco a su abuelo.

—¿A su abuelo?

—Sí, el que estaba tan grave, ¿recuerdas? —Alexia asintió. Aquel dato sí parecía haber llamado su atención—. Pues parece ser que al hombre le quedaban dos telediarios, pero lo visitó su nieta y, al poco, pareció mejorar. Ella se lo llevó, me dijo el director.

—De modo que los dos han desaparecido…

—Los dos —repitió Miguel.

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé —reconoció Capellán.

—¿No lo sabes? ¿No vas a seguir buscándolos? —Alexia sonrió de nuevo. Era la segunda vez que lo hacía—. No te reconozco.

Miguel no le devolvió la sonrisa. Su gesto era grave.

—Tengo miedo —confesó—. No quiero morir intentando buscar la inmortalidad.

Alexia lo miró con interés. Le pareció que Miguel sabía algo que aún no le había confesado.

—¿Qué es lo que no me has dicho?

—Tengo contactos —dijo Miguel—. Tengo contactos en la policía. —Bajó la voz antes de añadir—: Al inspector Carmona se lo cargaron. Alguien había manipulado los

frenos de su coche.

Alexia se puso rígida. Ella había llamado al inspector Carmona para hablarle de la carta de Gaston Verne y de todo aquel maldito asunto, pero el policía jamás llegó a la cita.

—Si esa gente, el hombre del sombrero, los hombres sin rostro o como quiera que se llamen, puede matar a un policía, que es caza mayor, ya me contarás dónde tendría que esconderme yo si sigo metiendo las narices en sus asuntos. —Se levantó de su asiento y alargó la mano. Alexia lo miró y, tras unos segundos de duda, la estrechó.

—A tu padre lo mataron, Alexia. Ten cuidado.

La abogada no dijo nada, y Miguel se dispuso a abandonar el despacho. Pero cuando estaba a punto de cerrar la puerta, escuchó decir a Alexia:

—Mañana voy a ir a Cuenca. Tengo una cita con una agencia inmobiliaria. Voy a vender la casa. ¿Quieres venir conmigo?

Llegaron a Cuenca, cada uno en su coche, alrededor de las cinco de la tarde. Una mujer regordeta, con el cabello corto y piel sonrosada, los esperaba en la acera.

—Soy Consuelo —se presentó la desconocida. Tenía los ojos claros y la sonrisa un poco forzada—. De la agencia inmobiliaria.

Cuando entraron en el piso de Ávalos, Miguel sintió una mezcla de dolor y vergüenza. Aún le parecía ver el cadáver del maestro a los pies de aquella escalera, pero, si era sincero consigo mismo, estaba seguro de que si hubiera tenido de nuevo una oportunidad como aquella, habría vuelto a robar el manuscrito. De hecho, aún se lamentaba por habérselo devuelto a Alexia.

Se sentó en una vieja silla del salón mientras Alexia hablaba con la mujer de la agencia inmobiliaria. Las escuchó subir las escaleras, mientras Consuelo anotaba datos en un cuaderno y hacía fotografías del piso. Alexia había traído una copia de las escrituras de la vivienda, según escuchó Miguel. ¿Qué haría la abogada con la biblioteca de su padre? ¿Y con su archivo? Él siempre había tenido la esperanza de poder hacerse con los papeles del maestro.

Alexia y Consuelo bajaron poco después. Al parecer, el trato estaba cerrado y la empleada de la agencia se despidió.

Alexia se sentó frente a Miguel.

—Bueno, ya está —dijo—. Veremos cuánto tarda en aparecer un comprador, aunque no es el mejor momento para vender un piso.

Él no dijo nada.

—¿En qué piensas? —preguntó Alexia.

—¿Qué harás con los papeles de tu padre?

—Los quemé hace unos días —respondió la abogada.

Miguel sintió que su corazón daba un salto mortal.

—¿Los quemaste? ¡Joder! ¿Cómo has podido hacer eso?

—Y los libros los voy a donar a la biblioteca municipal.

—¿Por qué quemaste los archivos? —preguntó Miguel con la voz quebrada—. Yo hubiera…

—Los querías, ¿verdad? —Alexia lo miró a los ojos—. Eso era lo que querías de él, ¿no es cierto?

Miguel dudó al responder.

—Yo apreciaba a tu padre de verdad —dijo—. Y sí, reconozco que hubiera querido que me cediera su archivo.

Alexia guardó silencio.

—Esta casa nunca me gustó —dijo la abogada—. Todo fue muy raro. El tío Tomás se la dejó en herencia a mi padre, y cuando vino aquí se encontró únicamente este reloj —sacó del bolsillo de su abrigo el reloj de bolsillo— y ese cuadro horrible ahí colgado —señaló el lienzo titulado *Carpe Diem*.

—Bueno, pues ya lo tienes todo —respondió Miguel sin disimular su enojo por la pérdida del archivo de Ávalos—: la casa, el reloj y el puñetero cuadro.

—Bueno —sonrió—, falta la carta del tío Tomás.

—¿La carta?

—¿No te habló nunca mi padre de la carta que encontró junto al reloj?

Miguel dijo que no, que no tenía ni idea de lo que le hablaba.

—Yo tampoco la vi nunca. Papá dijo que la destruyó por miedo a que se supiera cómo se había hecho rico el tío Tomás, aunque, para serte sincera, siempre he creído que era otra historia de las típicas de mi padre.

—A mí me confesó que a su teoría le quedaban cabos sueltos. Me habló algo sobre unos cuadros de Picasso.

—A lo mejor no te lo dijo porque en realidad era una de aquellas historias que se inventaba cuando yo era niña. Decía que en aquella carta el tío relataba su encuentro en 1940 con un oficial nazi borracho en un callejón de Barcelona. Papá aseguraba que se trataba de un miembro de la delegación que acompañó a Heinrich Himmler, el jefe de las SS, a Montserrat, donde aseguraba que buscaron el Santo Grial. —Hizo una pausa y comentó—: Ya sabes que mi padre estaba obsesionado con toda esa historia del Grial. La verdad es que yo no he creído una palabra de esa visita de Himmler a Barcelona.

—Pues haces mal —replicó Miguel—. Esa visita tuvo lugar, creo recordar, en octubre de aquel año, 1940. Himmler estuvo acompañado del general Kart Wolf y de una veintena de oficiales, y se entrevistaron con los monjes de Montserrat.

Alexia alzó una ceja incrédula.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente —respondió Miguel—. ¿Y qué más decía la carta?

—Suponiendo que esa carta hubiera existido, porque ya te digo que yo nunca la vi y papá me dijo que la quemó, el tío Tomás encontró a ese oficial borracho en un callejón, lo ayudó a incorporarse y lo llevó hasta su hotel. Por el camino, el alemán

demostró que el alcohol le hacía tener la lengua muy suelta y explicó que formaba parte de una sociedad científica nazi, relacionada con la arqueología, con un nombre raro que no recuerdo.

—¿Ahnenerbe? —preguntó Miguel.

Alexia lo miró asombrada.

—Sí, eso.

—Formaban parte de las SS —explicó Miguel—. Buscaron objetos arqueológicos y obras de arte por media Europa.

—Supongo que en eso se basó papá para inventar aquella historia —dijo Alexia—. El caso es que el tío Tomás, que entonces era un empleado de Hispano-Olivetti, como tal vez te contó mi padre, escuchó a aquel nazi hablar del Santo Grial y de que, ya que estaban en Barcelona, habían requisado algunos objetos de arte, entre ellos, tres cuadros inéditos de Picasso. ¿Te lo puedes creer?

—No me extraña —replicó Miguel—. Los nazis habían saqueado el Louvre, la Galería Uffizi y colecciones como la de los Rothschild.

—Mi padre aseguraba que el tío Tomás le birló los tres Picasso al nazi cuando lo dejó en el hotel donde se hospedaba. Y que meses después los vendió en el mercado negro, y así hizo su fortuna.

—¿Por qué no has creído nunca esa historia? ¿Tanto odiabas todo lo que a tu padre le apasionaba?

—Pero quién se va a tragar algo así —se burló Alexia—. Era propio de mi padre contarme historias parecidas. —Se echó a reír—: Los nazis en Montserrat, cuadros de Picasso inéditos… ¡Por favor!

—Entonces, ¿no crees que esa carta existiera?

—Por supuesto que no —respondió la abogada—. Lo único que había aquí era el reloj y ese cuadro deprimente que mi padre se negó siempre a tirar, y no sé por qué —añadió mirando el lienzo colgado en la pared del salón—, porque desde luego que no es un Picasso.

Miguel guardó silencio. ¿Qué más cosas le habría ocultado el viejo maestro de escuela?

—¡Era broma! —Alexia se reía con ganas. Miguel nunca la había visto hacerlo así.

—¿La historia del nazi?

—¡No! Lo del archivo —respondió Alexia—. Te mueres por esos papeles, ¿no? Pues para ti todos. Y ese maldito cuadro, también.

—¿Lo dices en serio?

—Del todo. —Ella alargó la mano—. No quiero volver a ver en mi vida nada de lo que alejó a mi padre de nosotras. Espero que lo entiendas, porque tampoco quiero volver a verte a ti jamás.

Epílogo

Madrid, dos años después

El otoño había llegado musculoso y desconsiderado. El viento arrebataba hojas a los árboles y despeinaba a las señoras. Era un viento, además, frío. Por eso, Alexia caminaba sobre sus habituales tacones confortablemente envuelta en un abrigo oscuro. Había elegido aquel día un traje de pantalón, y se mostraba tan inaccesible como siempre.

Aunque no era su costumbre, aquella mañana había salido del bufete con la intención de tomar un café a un par de manzanas del despacho. Había estado en aquel local en alguna ocasión y le había complacido el ambiente selecto que se respiraba en él.

Al pasar por unos grandes almacenes en la calle Serrano sus ojos miraron incrédula el escaparate. Había una montaña de ejemplares de una novela titulada *El Picasso de la Orden Negra*. En la portada aparecía un cuadro en tonos azules, típico de la época en que Picasso vivió en Barcelona, con el sello de la cruz gamada encima. Pero lo que había provocado su sorpresa era el nombre del autor: Miguel Capellán.

Alexia sonrió. De manera que al final Capellán había puesto fin a su sequía como novelista, pensó. Estaba a punto de alejarse del escaparate cuando cedió a la tentación. Entró en el centro comercial y hojeó el libro.

En la solapa aparecía una fotografía de un Miguel desconocido, hijo del Photoshop. Tenía más pelo y miraba a la cámara con una expresión que pretendía ser seductora pero que, en opinión de Alexia, lo dejaba en ridículo. El novelista aparecía sin gafas, y, aunque no podía verlo pues se trataba de un primer plano, dedujo que *Tapioca* no se habría puesto para la ocasión sus eternas botas.

A continuación, dio la vuelta al libro y leyó la sinopsis. La sorpresa hizo que se quedara con la boca abierta.

> En octubre de 1940, Pablo, un empleado de Hispano-Olivetti, encuentra a un joven oficial nazi borracho en un callejón de Barcelona. Días antes, Heinrich Himmler, jefe de las SS, había visitado el monasterio de Montserrat. Himmler pretendía localizar allí el Santo Grial.
>
> El oficial confiesa a Pablo que han requisado varias colecciones de arte en la Ciudad Condal. Le muestra tres cuadros inéditos de la época azul de Picasso.

Pablo roba los cuadros al oficial alemán y luego vende dos de ellos en el mercado negro.

Años después, un periodista investiga aquellos sucesos y encuentra el tercero de los cuadros desaparecidos…

—¡Qué hijo de puta! —exclamó Alexia. Cogió un ejemplar de la novela, fue a la caja y pagó los 21 euros.

Ya en su despacho, Alexia no pudo contener su curiosidad y comenzó a leer. Y no pudo dejar de hacerlo durante toda la tarde y buena parte de la noche.

Miguel había cambiado los nombres de las personas, pero a la abogada no le costó reconocer en el personaje llamado Pablo al tío Tomás, ni en el viejo maestro de escuela apellidado Guzmán a su propio padre. Y ella, desde luego, era la abogada llamada Brenda que aparecía en la novela.

El libro relataba la muerte de Guzmán, aunque el relato aparecía podado de todo aquello que pudiera hacer pensar que el viejo maestro había sido asesinado. Y, por supuesto, no había una sola mención a Julio Verne. Sí aparecía, en cambio, el reloj de bolsillo con su inscripción latina: *Tempus fugit*. E igualmente había en el salón del viejo maestro un lúgubre cuadro titulado *Carpe Diem*. El reloj y el cuadro eran los únicos objetos que legó el tío Pablo, junto a la propia casa que el novelista situaba en Segovia, a su sobrino Guzmán.

Cuando Guzmán muere, todo queda en manos de su hija Brenda, a la que se describía físicamente como una mujer fascinante cuya mirada la asemejaba a la de Lauren Bacall —dato que hizo sonreír a Alexia por un instante—, pero a quien se presentaba como una persona fría e incapaz de amar a nadie. Aunque Guzmán le había contado a su hija que el tío Pablo se había hecho rico vendiendo unos cuadros inéditos de Picasso en el mercado negro después de habérselos robado a un oficial nazi en la Barcelona de 1940, ella jamás creyó aquella historia.

Después del entierro de su padre, Brenda regalaba el cuadro *Carpe Diem* al propio Capellán, quien sí aparecía en la novela con su verdadero nombre, pues la gracia de la aventura residía en demostrar que él mismo había recuperado un cuadro desconocido de la época azul de Picasso. El mismo que aparecía en la portada de la novela. El mismo que descubrió de un modo casual disimulado tras el óleo titulado *Carpe Diem*.

No era la primera vez que aparecían obras de Pablo Ruiz Picasso de las que nadie había oído hablar. Capellán fortalecía su historia con las informaciones periodísticas aparecidas en 2010 en diferentes medios de comunicación en las que se afirmaba que un electricista francés llamado Pierre Le Guennec, que dijo haber trabajado para Picasso en los tres últimos años de la vida del pintor, era dueño de 271 dibujos, pinturas y bocetos del famoso artista.

Anteriormente, señalaba Capellán, habían sido robadas y recuperadas con éxito dos obras de Picasso. Una de ellas era un retrato de su hija Maya y la otra, un retrato de su esposa Jacqueline.

Finalmente, se recordaba que la galería Turu, de Barcelona, había expuesto hacía poco más de un año dos obras inéditas de Picasso, *Gigantes de Cataluña* y *Lecitina Agell*, ambas pertenecientes a la época azul, que se desarrolló entre 1901 y 1904. La misma época creativa a la que pertenecía el *Picasso de la Orden Negra*.

Cuando Alexia terminó la novela, estaba perpleja. Capellán lo había conseguido: había regresado al éxito literario. Era el autor de moda, el tipo que había descubierto un Picasso inédito y lo había cedido al museo barcelonés del autor.

Hasta que no finalizó la novela, Alexia no reparó en la dedicatoria:

> *«Para el verdadero Guzmán, que me mostró el sendero que conduce a la inmortalidad».*

Santiago de Compostela, el mismo día

Estrela estaba sentada junto a la ventana. Miró hacia la calle y vio los charcos.

—Chove en Santiago —se dijo. Como en aquella canción de Luar na Lubre.

Sentado en un sillón, Xoan Andrada leía una novela que le había regalado su nieta titulada *El Picasso de la Orden Negra*. Parecía disfrutar con la lectura.

Estrela lo miró.

Aquellos instantes maravillosos no hubieran sido posibles sin Bieito.

Estrela recordó aquel día en el que tanto lo echó de menos en un hotel de Amiens. El día en que, con el último Verne entre sus manos, se sintió tan sola. Ella no sabía francés, y él sí. Si él hubiera estado allí…

Fue entonces cuando decidió llamarlo y sacó el teléfono móvil de su abrigo. A continuación, buscó en la agenda el número de su antiguo novio, pero cuando estaba a punto de marcar tuvo una idea que le pareció mucho mejor. Fotografió con la cámara de su teléfono uno a uno los papeles escritos por Julio Verne y los envió al móvil de su amigo. Adjuntó un mensaje: «¿Podrías traducir esto? Regreso a casa».

Estuvo a punto de añadir un «te quiero», pero el recuerdo de la compañera de su antiguo amante evitó que lo hiciera.

No podía imaginar que horas más tarde aquel hotel ardería y que el fuego devoraría también el último Verne.

Cuando aquel periodista y su sofisticada amiga la encontraron y le preguntaron por aquellos papeles que había descubierto bajo aquella losa del patio de la casa de Julio Verne, Estrela no mintió. Era cierto que no tenía el manuscrito. El fuego lo había destruido.

Ni el periodista ni su elegante compañera preguntaron si los había fotografiado.

Estrela miró a su abuelo. Lo hacía cada día, y cada día se sentía igual de abrumada. Era extraordinario. Imposible de creer si no fuera porque lo veía día a día con sus propios ojos. *La eterna juventud*. El abuelo no solo había recuperado la salud, sino que había rejuvenecido. Cada vez se parecía más al difunto padre de Estrela. Las arrugas se habían borrado del rostro de Xoan, las manchas de vejez no existían, los músculos se habían tensado y la piel había adquirido un tono cada vez más firme.

Bieito pasó su mano por encima del hombro de Estrela. Ella sonrió.

Desde el momento en que tradujo el último Verne, él también estaba en peligro.

Estrela debió confesarle de qué manera había llegado a su poder aquel manuscrito, y él le abrió su corazón: su relación con Maribel iba de mal en peor. No conseguía borrarla de su mente. No podía vivir sin Estrela.

Ella dudó. No podía meterse en medio de la relación que él mantenía con Isabel. Él respondió que ella no se metía en medio de nada, pues era él quien se salía de aquella relación. Estrela le dijo que la buscarían, que estaba en peligro, y también su abuelo. Si, a pesar de todo, él quería reunirse con ella, Bieito debía resolver su situación personal y, además, estaba segura de que a él lo interrogarían cuando repararan en su desaparición junto al abuelo.

Bieito, en efecto, recibió la visita de aquel periodista, el mismo que había escrito la novela que ahora el abuelo Xoan leía. Respondió a sus preguntas sin dudar, dando las mismas respuestas que le escuchó el inspector Ríos. No, les dijo a ambos, no había vuelto a ver a Estrela. Y no, no tenía ni la menor idea de dónde podría estar.

Meses después, Bieito se separó de Maribel. Ella no lo lamentó.

Dos meses más tarde, Bieito desapareció.

Estrela besó a Bieito y luego miró a su abuelo. Sabía que deberían huir de Galicia. ¿Cómo iban a pasar desapercibidos si el tiempo no pasaba por ellos? Si alguien comenzaba a rumorear al respecto, estarían en peligro.

Huir sería su destino. Era el precio que debían pagar al elegir el sendero que conduce hacia la inmortalidad y la eterna juventud.

En Amalur, octubre de 2012.

Nota final

Todos los hechos narrados en esta novela pertenecen a la ficción. Todos los personajes y situaciones son fruto de la imaginación del autor, con la excepción de los escritores y personalidades históricas que se mencionan en sus páginas.

Es cierto que Verne admiró a Victor Hugo, y que fue amigo personal de Alexandre Dumas padre y de su hijo. Igualmente es cierto que gozó de la amistad de George Sand.

La posibilidad de que algunos de ellos formaran parte de una sociedad literaria secreta conocida como La Niebla ha sido manejada por diferentes estudiosos de la obra de Verne, como el francés Michel Lamy, cuyo ensayo se cita en la novela.

Con motivo de las revoluciones de 1848 corrió el rumor por Europa de que una sociedad secreta las había orquestado entre las sombras. Idénticas sospechas se han esgrimido a propósito de la Revolución francesa y del proceso de independiencia de Estados Unidos.

Gaston Verne, el sobrino del novelista, existió realmente, al igual que Maurice, el hermano de Gaston. Asimismo, fue real el atentado que Gaston cometió contra su tío. A día de hoy, se desconocen las razones que lo llevaron a disparar sobre Verne. Tras aquel episodio se consideró que padecía una enfermedad mental, como consecuencia de la cual fue internado.

La tumba de Julio Verne se encuentra en el cementerio de La Madeleine, en Amiens, y es exactamente igual a como se describe en la novela. Es cierto también que Albert Roze, el escultor que la diseñó de acuerdo con los criterios de Verne, la bautizó como *Vers l'immortalité et l'éternelle jeunesse*. Y con ese nombre fue presentada en su momento.

Nadie sabe el motivo por el cual, cuando se dispuso el mausoleo en el cementerio, Roze no grabó en ningún lugar esa leyenda. Ese dato ha provocado toda suerte de especulaciones.

Las obras de Julio Verne que se citan en esta novela existen. Es igualmente constatable que Verne jugaba con los nombres de los personajes, y que era aficionado

a trufar sus obras con enigmas y acertijos. Su capacidad para anticipar la evolución de determinados inventos y técnicas sigue provocando discusión entre los estudiosos de su obra.

Las leyendas o misterios que se mencionan en la novela (las teorías sobre el grial de Cuenca, sobre los caballeros templarios, sobre la vinculación que los alquimistas medievales establecían entre su obra y el Camino de Santiago, la historia del llamado «Duende de Zaragoza» o la del espíritu del legionario del cementerio de Algeciras, entre otras) circulan entre los apasionados por este tipo de literatura. También es cierto que en octubre de 1940 Heinrich Himmler, jefe de las SS, visitó el monasterio de Montserrat en compañía de una delegación nazi con la esperanza de localizar allí el Santo Grial.

Finalmente, las informaciones periodísticas que se mencionan sobre el robo y descubrimientos inéditos de cuadros de Pablo Ruiz Picasso son reales.

La casa del número 2 de la calle Charles Dubois, en Amiens, es hoy en día un museo dedicado al novelista. La descripción que de ella se hace en la novela se ajusta a la realidad. Es, en cambio, invención del autor el hecho de que bajo una piedra del enlosado del patio se ocultara el último Verne. ¿O no?

Esta novela no hubiera sido posible sin el apoyo y la confianza depositada en ella por Silvia Bastos Agencia Literaria, y en especial debo mencionar las sugerencias, entusiasmo y puntualizaciones acertadas que me hizo Pau Centellas.

Como ya ocurriera en mi anterior novela, *Las violetas del Círculo Sherlock*, ha sido decisivo el hecho de que mi editor, Gonzalo Albert, creyera en el manuscrito. Debo darle las gracias, al igual que a todo el equipo editorial de Suma de Letras, de Santillana Ediciones Generales (Prisa Ediciones), por sus correcciones y opiniones para enriquecer el relato.

Una vez más, doy las gracias a Mariam Echevarría por dejarse arrastrar hasta Nantes y Amiens, y por soportar estoicamente horas de soledad.

Deseo hacer constar mi agradecimiento a Yésica Balbás, por tener la amabilidad de acercarme con una sonrisa siempre en el rostro al mundo de las acrobacias en telas y hablarme de su formación en el Centro de Artes Circenses de Chambéry, en Francia. Al verla trabajar en las telas surgió la primera idea para dar vida a Estrela.

Finalmente, quiero dar las gracias a María y Adam, de Senkiu Labs, Graphic Designer, por su amabilidad al diseñar mi página web

(www.marianofernandezurresti.com) y facilitarme el aterrizaje en el mundo virtual.

Notas

[1] El casco antiguo de la ciudad de Cuenca se encuentra enclavado entre las hoces de los ríos Huécar y Júcar. Uno de los rasgos característicos de su arquitectura es la verticalidad de sus construcciones, como las existentes en la zona del barrio de San Martín. Desde la Edad Media se excavó en la roca viva para ganar espacio, y el paso del tiempo ha confeccionado la insólita apariencia de algunos edificios que tienen tres, cuatro o cinco plantas en la fachada de acceso a los mismos (los números impares de la calle Alfonso VIII), mientras que en la fachada posterior, la que se asoma a la hoz del Huécar o a la calle de Santa Catalina, pueden alcanzar los diez o doce pisos de altura. De manera que entrando en esos edificios por los minúsculos portales situados en la acera de enfrente a la casa del personaje de la novela el visitante se siente desconcertado, pues en ocasiones puede ver cómo en lugar de subir baja por una escalera, por debajo del nivel de la calle desde la cual accedió al edificio. La casa de Ávalos, sin embargo, muestra una estructura diferente, pues se trata de una única vivienda cuyas diferentes piezas se sitúan en cada uno de los pisos uniéndose entre sí a través de una angosta escalera.
[2] Grupo de edificios civiles que cuelgan literalmente sobre la hoz del Huécar. Tres de esas construcciones de origen medieval son las más famosas. Tienen una audaz estructura con balcones de madera. Actualmente son la sede del Museo de Arte Abstracto Español de Cuenca y también acogen un restaurante.
[3] *Veinte mil leguas de viaje submarino* comenzó a publicarse en 1869.
[4] *La isla misteriosa* comenzó a publicarse en 1874.
[5] Por ejemplo, el titulado *Titubeos* (nota de G. G. Ávalos en su artículo).
[6] Como el titulado *Las hijas del aire,* con versos como los siguientes: «Soy rubia, soy deliciosa, / soy alada y vaporosa» (nota de G. G. Ávalos en su artículo).
[7] «Quiero casarme, debo casarme, tengo que casarme. Es imposible que esté todavía sin fundir la mujer destinada a quererme, como dijo Napoleón en el puente de Montereau». Fuente: Herbert Lottman. *Jules Verne,* Anagrama, Barcelona, 1998 (nota de G. G. Ávalos).
[8] «¡Estoy casi seguro de haberme enamorado de la joven viuda de veintiséis años!». H. Lottman, *op. cit.* (nota de G. G. Ávalos).
[9] Verne se carteó con frecuencia con su padre sobre este tema solicitando un préstamo que le permitiera abrirse camino como corredor de Bolsa. Su padre se mostró reacio, aunque no tanto como cuando supo que su hijo había comenzado una carrera literaria en París que, según su criterio, no lo conduciría a otra parte que no fuera la miseria. Para lograr el préstamo, Verne llegó a escribir a su padre: «No abandono la literatura, pero, si es necesario, estoy dispuesto a arrinconarla durante un año…». H. Lottman, *op. cit.* (nota de G. G. Ávalos).
[10] Además de frecuentes diarreas y dolores de estómago, según cuenta Verne en su abundante correspondencia con sus padres, padeció ataques de parálisis facial periódicas desde el otoño de 1851. Y a todas esas enfermedades reales se sumaba su hipocondría galopante, que le llevaba a ver fantasmas donde no los había, como cuando se veía a sí mismo víctima del cólera: «Así que ya tenemos el cólera en París y me acosan no sé qué temores de enfermo imaginario» (nota de G. G. Ávalos).
[11] Novela publicada en 1896.
[12] *Las maravillosas aventuras del maestro Antifer* se publicó en 1894.
[13] Publicada inicialmente por entregas en 1872.
[14] El personaje femenino al que se refiere el artículo de Ávalos es la cantante de ópera La Stilla, nombre muy parecido a Estelle. *El castillo de los Cárpatos* se publicó en 1892.
[15] Marc Soriano sostiene que Verne era bisexual, y que su homosexualidad latente se advierte en las novelas, donde las mujeres apenas son personajes anecdóticos mientras que es frecuente que aparezcan jovencitos audaces. No obstante, otros investigadores creen que esos jóvenes representan en realidad al hijo que Verne hubiera querido tener, dado que a lo largo de su vida tuvo serios problemas con Michel (nota de G. G. Ávalos).
[16] Publicada por entregas, como era habitual, antes de su aparición como libro, a lo largo de 1892.
[17] Esa zona de la ciudad debe su nombre al intendente de Bretaña Feydeau de Brou, quien levantó acta del acto de compra de aquellos terrenos en 1723 por parte de casi un centenar de comerciantes de Nantes al único dueño del

terreno, un molinero llamado Grognart. Sobre los terrenos de aluvión, los comerciantes construyeron unas viviendas de lujo que hablaban del esplendor que vivía el comercio en aquella época en la ciudad.
[18] Los barcos hacían una ruta de Europa a África transportando pacotilla. En África las bodegas se llenaban de esclavos y los navíos partían hacia América con aquel vergonzoso cargamento para regresar después a Europa con algodón, azúcar y otros productos propios de aquel continente.
[19] La jangada es una embarcación utilizada en aquella región del mundo para navegar por el Amazonas. Se trata de una enorme balsa, que en el caso de Verne se convierte en una especie de isla flotante, algo muy de su agrado. La novela se publicó en 1881.
[20] *The Murders in the Rue Morgue* es un cuento escrito por Edgar Allan Poe y publicado en la revista *Graham's Magazine*, de Filadelfia, en 1841. Narra los asesinatos de unas mujeres en París. El detective Auguste Dupin trata de esclarecer lo ocurrido llegando a una increíble conclusión: un simio había sido el autor de los crímenes. La historia, como era propio del estilo de Poe, está trufada de misterio, terror y un estilo absolutamente incomparable.
[21] En esa obra, publicada en 1843, se narra la búsqueda de un tesoro a partir de la interpretación de un texto cifrado.
[22] Caballero de la Champaña francesa a quien se atribuye el impulso para crear la Orden del Temple en el siglo XII.
[23] Señor feudal a quien debía vasallaje Hugo de Payns y que también perteneció al embrión original del Temple.
[24] En la versión del mito del Santo Grial popularizada a partir de 1210 por Wolfram von Eschenbach en su obra *Parzival*, se afirma que el mágico objeto era custodiado por caballeros templarios en Muntsalvasche.
[25] Verne la tituló inicialmente *Viaje por los aires*, aunque finalmente apareció con el título que todos conocemos en 1863, siendo la primera de las novelas que darían forma a la colección de los *Viajes extraordinarios*.
[26] Publicada en 1897.
[27] La primera parte de esta obra comenzó a publicarse en 1865.
[28] Publicada en 1864.
[29] Novela publicada en 1865
[30] Nadar era el alias que empleaba el fotógrafo Gaspard-Félix Tournachon.
[31] *Hector Sevadac*, novela publicada en 1877.
[32] El título original en francés es *Sans dessus dessous* y fue publicada en 1889.
[33] Novela publicada en 1885.
[34] Seudónimo del escritor Eric Arthur Blair (1903-1950).
[35] Las novelas de Julio Verne se publicaron en su inmensa mayoría en la revista dirigida por su editor, Pierre-Jules Hetzel, en el *Magasin d'education et de récréation* en forma seriada. Se trataba de una revista quincenal dirigida al público familiar. El primer nombre que tuvo la publicación fue *Magasin des enfants*. Junto a Hetzel, el hombre fuerte de la publicación fue su amigo y socio Jean Macé. Cuando las novelas se habían publicado por entregas, entonces Hetzel las sacaba al mercado en forma de libro.
[36] *The Times* se hizo eco de la noticia en su edición del 27 de noviembre de 1934.
[37] En aquel recordatorio, la famila daba a conocer «la cruel pérdida sufrida en la persona de JULES VERNE, oficial de la Legión de Honor, su respectivo marido, padre, suegro, abuelo, bisabuelo, hermano, cuñado, tío y tío abuelo, primo hermano y primo segundo, fallecido el 24 de marzo de 1905 a los setenta y siete años de edad, habiendo recibido los Santos Sacramentos». H. Lottman, *op. cit.* (nota de G. G. Ávalos).
[38] En la entrevista que Robert H. Sherard le hizo en su casa de Amiens, Verne declaró: «No puedo decir que fui particularmente atrapado por la ciencia. De hecho, nunca lo he estado, es decir, nunca he hecho estudios científicos, ni los he llevado a la práctica. Pero en la época en que era muchacho adoraba ver cómo trabajaban las máquinas. Mi padre tenía una finca en Chatenay […]. Cerca del lugar se encontraba la fábrica de máquinas gubernamentales Indret. En ninguna de mis estancias en Chatenay dejé de visitar la fábrica. Allí, me quedaba de pie horas y horas observando cómo las máquinas hacían su trabajo…». *McClure's Magazine*, enero de 1894 (nota de G. G. Ávalos).
[39] El libro que maneja Capellán es *Historia Contemporánea*, de R. Palmer y J. Colton, Aka, Madrid, 1980.
[40] Verne confesó al periodista Robert Sherard: «El gran pesar de mi vida ha sido el hecho de que nunca tuve lugar alguno en la literatura francesa…».
[41] Paul escribió a un cuñado suyo: «[Gaston] quiso poner en el candelero a su tío para que entrase en la Academia; y no hemos podido sacarle más explicación que esa…». Nota tomadade H. Lottman, *op. cit.*
[42] Sutter's Mill era un aserradero próximo al pueblo californiano de Coloma. En 1848, esta propiedad perteneciente a un pionero de origen alemán llamado John Sutter saltó a la fama al descubrirse una pepita de oro. A partir de ese instante, miles de personas acudieron a la llamada del oro con la ilusión de cambiar para siempre sus vidas. La fiebre del oro atrajo a tal número de aventureros que una aldea llamada San Francisco no tardó en convertirse en una

próspera ciudad.
[43] Aristócrata francés que formó parte de los ejércitos napoleónicos y uno de los impulsores de la quiromancia. Nació en 1789 y falleció en 1865 (nota añadida por G. G. Ávalos).
[44] Alphonse-Louis Constant (1810-1875), escritor y ocultista francés.
[45] Novela de Julio Verne publicada en 1882.
[46] Sociedad esotérica que se dedicó al estudio de los orígenes de la raza aria.
[47] Novela de Julio Verne publicada en 1879.
[48] Título honorífico que podría ser interpretado como princesa.
[49] Personajes de la novela *De la Tierra a la Luna,* que apuestan sobre si es posible o no enviar un proyectil a la Luna en el inicio de ese relato.
[50] Héroe de *La vuelta al mundo en ochenta días*. Durante una partida de whist en el Reform Club de Londres apuesta buena parte de su fortuna con sus compañeros de juego a que es posible realizar la vuelta al mundo en solamente ochenta días. Aceptado el reto, parte de Londres el 2 de octubre de 1872.
[51] *Un billete de lotería* se publicó en 1886.
[52] Sinclair cita la misma frase que dedicó Phileas Fogg a sus compañeros del Reform Club.
[53] Ciro Caviedes, el personaje creado por Ávalos, reproduce parte de la entrevista que la periodista Marie A. Belloc realizó a Julio Verne en otoño de 1894 y que fue publicada en *Strand Magazine*en febrero de 1895.
[54] Autora de obras como *Jules Verne et le roman initiatique,* Éditions Sirac, París, 1973, o *Jules Verne, mythe et modernité*, PUF, París, 1989.
[55] Sinclair se apoya en su documentación en la obra de Marcel Brion *La Alemania romántica y el viaje iniciático*.
[56] Localidad del estado norteamericano de Nuevo México donde, presuntamente, se estrelló una nave de origen desconocido en 1947.
[57] En determinados círculos de escépticos se considera que en los años sesenta del pasado siglo Estados Unidos no tenía la tecnología suficiente como para enviar al hombre a la Luna, y que el histórico viaje espacial no fue más que un montaje propagandístico que se debe entender como un movimiento estratégico dentro de la guerra fría. Libros como *We Never Went to the Moon: America's Thirty Billion Dollar Swindle,* escrito por Bill Kaysing, o *NASA Mooned America!,* de Ralph René, han contribuido a fortalecer esas teorías minoritarias.
[58] La novela comenzó a publicarse en 1869.
[59] Anécdota citada por Jesús Navarro en *Sueños de ciencia. Viaje al centro de Julio Verne,* Publicacions de la Universitat de València, 2005.
[60] El capítulo número 11 de *Alrededor de la Luna* finaliza de este modo: «Esa sí que es buena —exclamó—, vaya cómo tratan los anglosajones del siglo XIX a la bella Diana, a la rubia Febe, a la amable Isis, a la encantadora Astarté, a la reina de las noches, a la hija de Latona y de Júpiter, a la joven hermana del radiante Apolo».
[61] Seudónimo de la novelista francesa Amandine Aurore Lucile Dupin (1804-1876) (nota de G. G. Ávalos).
[62] Jacques Étienne Victor Arago (1790-1854), novelista y explorador francés (nota de G. G. Ávalos).
[63] En esa época, Verne publicó, entre otros, *Maestro Zacarías* y *Martín Paz* (nota de G. G. Ávalos).
[64] Citada por H. Lottman, *op. cit.* (nota añadida por G. G. Ávalos).
[65] Verne relató aquella aventura en *Viaje a contrapelo por Inglaterra y Escocia,* escrita entre 1859-1860 (nota de G. G. Ávalos).
[66] Región situada en el sur de Noruega (nota de G. G. Ávalos).
[67] Novela publicada en 1882.
[68] Obra publicada en 1870.
[69] Novela publicada en 1888.
[70] Película dirigida por Howard Hawks en 1944.
[71] También conocido como *Hypnerotomachia Poliphili*. Se atribuye su redacción a un monje dominico llamado Francesco Colonna en el siglo XV (nota de G. G. Ávalos).
[72] «Escribí *Cinco semanas en globo,* no pensando en una historia sobre una ascensión en globo, sino en una historia sobre África. Siempre he sentido pasión por la Geografía y por los viajes y quise dar una descripción romántica sobre África…». Declaraciones realizadas al periodista Robert H. Sherard y publicadas en *McClure's Magazine* en enero de 1894 (nota de G. G. Ávalos).
[73] Se refiere a los exploradores británicos Richard Francis Burton y John Hanning Speke (nota de G. G. Ávalos).
[74] La letra de la canción que se menciona forma parte de los *Seis poemas gallegos* que escribiera Federico García Lorca. En concreto, se trata del titulado *Madrigal á cibdá de Santiago*.
[75] Seudónimo de Alfred Guézennec (1822-1866). (Nota de G. G. Ávalos).
[76] En la primera carta que se conoce de Verne a su editor, fechada el 26 de junio de 1863, ya se advierte que Jules

ha comprendido la terrible carga que se ha comprometido a asumir: «Acabo de hacer un esfuerzo tan grande que me río yo de los que hacen los percherones normandos. Lo que está por saber es si he ido en la dirección correcta. Sea como fuere, dentro de unos quince días le entregaré a usted la primera parte del *Viaje al polo Norte*. H. Lottman, *op. cit.* (nota de G. G. Ávalos).

[77] El primer volumen de esta novela comenzó a publicarse en 1864 (nota de G. G. Ávalos).

[78] Hay una carta de Verne a Hetzel fechada en aquellos momentos que parece dar la razón a Gaston. La carta dice así: «Voy, además, a desvelarle todos mis pensamientos, mi querido Hetzel; no tengo interés mayor en ser un aderezador de hechos y, en consecuencia, estaré siempre dispuesto a modificar lo que sea preciso para el bien general. Lo que querría llegar a ser, por encima de todo, es un escritor, y me imagino que aprobará usted por completo esta loable ambición». H. Lottman, *op. cit.* (nota de G. G. Ávalos).

[79] Pedro José Campos García, «La ciencia en el siglo XIX en la obra de Julio Verne». en *Alrededor de Julio Verne*, ed. Universidad de La Rioja, Logroño, 2007.

[80] Sinclair se refiere al ensayo de Michel Lamy *Julio Verne, iniciado e iniciador*.

[81] Novela publicada en 1877.

[82] Novela publicada en 1886.

[83] En el caso de Fogg, Verne escribió que parecía «… un Byron que hubiese vivido mil años sin envejecer». Y sobre Robur: «Tengo cuarenta años, aunque parezca no tener treinta…».

[84] Verne respondía de este modo en esa entrevista: «Sí, le concedo cierta importancia [a los nombres]. Cuando encontré el apellido Fogg me sentí complacido y orgulloso. Fue un gran éxito. Lo consideré como un real hallazgo. Pero fue especialmente el nombre, Phileas, el que le dio tal valor a la creación…».

[85] El texto al que Gaston se refiere dice así: «El señor Jules Verne [escribe el propio Verne] ha creado un nuevo género y merece un lugar aparte dentro del campo de la literatura contemporánea. Es un narrador entusiasta que nada tiene que envidiar a los novelistas más hábiles, pero posee, al tiempo, una de las mentes más científicas del momento. Nadie hasta ahora había conseguido que los relatos de ficción diesen tan sobrecogedora impresión de realidad y, al leer sus libros, *llegamos en verdad a preguntarnos si es posible que tales obras sean fruto de la imaginación*…» (la cursiva es nuestra). H. Lottman, *op. cit.* (nota de G. G. Ávalos).

[86] En esa carta, George Sand escribía a Verne: «Tengo la esperanza de que no tardará en llevarnos al fondo del mar y que hará que sus personajes viajen en esos aparatos de inmersión que sus conocimientos científicos y su imaginación son capaces de perfeccionar». H. Lottman, *op. cit.* (nota de G. G. Ávalos).

[87] Hetzel escribió a Verne, entre otras cosas, a propósito de *París en el siglo XX:* «Nadie va a creer hoy en sus profecías ni le van a interesar a nadie».

[88] Jesús Navarro, *Sueños de ciencia*, Universidad de Valencia, 2005.

[89] El relato llevaba por título *Aventuras extraordinarias del sabio Trinitus*, y su autor era Aristide Roger. Verne publicó en el *Petit Journal* el siguiente anuncio: «Llevo un año escribiendo un libro que lleva por título *Viaje bajo las olas*. Si aún no está publicado es porque una prolongada tarea me obligó a suspender momentáneamente su redacción […]. Le ruego, mi querido director, que tenga a bien incluir la presente carta en su diario para que me sirva de futura protección ante cualquier reclamación referida a las analogías que puedan darse entre los respectivos argumentos de ambas obras». H. Lottman, *op. cit.*

[90] En una carta a su editor, durante el proceso de redacción de la novela, Verne señala: «Es preciso que ese hombre no tenga ya relación alguna con la humanidad, con la que ha cortado. Ya no está en la tierra. Ha prescindido de la tierra. El mar le basta, pero el mar tiene que proporcionarle todo, ropa y comida. No pisa nunca suelo de continente alguno». Citado en H. Lottman, *op. cit.*

[91] Miguel Ángel Muro, «Veinte mil viñetas de viajes de aventuras. La ilustración en los libros de Jules Verne», en *En torno a Jules Verne, op. cit.*

[92] Gaston se refiere, sin duda, a las palabras «Dios» y «patria» que tanto chirrían en el final de *La isla misteriosa:* «Hacia la una de la madrugada, toda su vida se había refugiado únicamente en su mirada. Una última llama brilló en estas pupilas que tantas llamas habían lanzado en tiempos pasados. Y murmurando estas palabras: "Dios y patria", expiró dulcemente» (nota de G. G. Ávalos).

[93] Dicha entrevista apareció publicada en el número de febrero de 1895 de *Strand Magazine*.

[94] La plaza de Quintana está dividida por una escalinata que diferencia a *Quintana de los Muertos*, abajo, de *Quintana de los Vivos*, arriba.

[95] Gaston se refiere, sin duda, a la noticia aparecida en *Le Journal d'Amiens* del 19 de diciembre de 1880, en la que se recogía lo publicado en *The Theatral Novellist*, donde se afirmaba que Verne había sido asesinado por un soldado borracho en un tugurio mientras, disfrazado de obrero, el escritor se documentaba para una futura novela. H. Lottman, *op. cit.)* (nota de G. G. Ávalos).

[96] En diciembre de 1883, Jules Verne escribió a Hetzel: «Me he quedado sin argumentos cuyo interés resida en lo extraordinario: globo, capitán Nemo, etc. Así que tengo que interesar al lector recurriendo a mezclas». H. Lottman, *op. cit.* (nota de G. G. Ávalos).
[97] Hay referencias a esa fiesta en el *Journal d'Amiens* de 9-10 de marzo de 1885, y en *Progrès de la Somme* de 10 de marzo de 1885 (nota de G. G. Ávalos).
[98] Verne escribió: «He intentado en esta obra hacer de Mathias Sandorf el Montecristo de los *Viajes extraordinarios*. Le ruego considere esta dedicatoria como testimonio de mi profunda amistad» (nota de G. G. Ávalos).
[99] Alexandre Dumas hijo respondió: «Cuán acertado ha estado usted al asociar, en su dedicatoria, la memoria del padre y la amistad del hijo. Nadie hubiese sentido mayor deleite que el autor de Montecristo al leer sus fantásticas ocurrencias, tan luminosas, tan originales, tan avasalladoras. Existe entre su obra y la de usted un parentesco tan evidente que, literariamente, es usted más hijo de él que yo. Y yo siento por usted tanto cariño, y desde hace tanto tiempo, que me resulta muy grato ser hermano suyo». *Le Temps*, 6 de julio de 1885 (nota de G. G. Ávalos).
[100] Impey Barbicane y J. T. Maston, los inolvidables miembros del Gun Club, se convertían ahora en dos hombres sin escrúpulos que empleaban sus conocimientos científicos para enriquecerse, sin importarles que su proyecto pudiera costar innumerables vidas (nota de G. G. Ávalos).
[101] Julio Verne escribió por vez primera a Turiello el 7 de junio de 1894. Entre otras cosas, decía: «Tengo en mi haber setenta volúmenes, y me faltan unos treinta para concluir mi obra. ¿Me dará tiempo a ello?». H. Lottman, *op. cit.* (nota de G. G. Ávalos).
[102] James Hilton (1900-1954), escritor británico autor de la novela *Horizontes perdidos*, publicada en 1933. La historia fue llevada al cine por el director Frank Capra.
[103] René Guénon (1886-1951), matemático, filósofo y esoterista francés.
[104] Médico y esoterista cuyo nombre auténtico era Gérard Anaclet Vincent Encausse (1865-1916).
[105] El libro que Matías Novoa menciona es *Yo, Julio Verne*, Planeta, Barcelona, 1988.
[106] Las letras en negrita y subrayadas son aquellas que aparecían borradas en la hoja de periódico. Miguel Capellán no tuvo dificultad en completar las palabras viendo el contexto en que habían sido escritas. Se reproduce, por tanto, la lectura que Capellán hizo del artículo.
[107] Nellie Bly fue el alias elegido por la periodista Elizabeth Jane Cochrane (1864-1922), pionera del reporterismo femenino. Se cuenta que eligió su apodo en honor a la canción del mismo título escrita por Stephen Foster.
[108] «Julio Verne, novelista, precursor, vivió en esta casa».
[109]

1	2	3	4	5	6	7	8	9
A	B	C	D	E	F	G	H	I
J	K	L	M	N	O	P	Q	R
S	T	U	V	W	X	Y	Z	

Sobre el autor

Mariano F. Urresti es licenciado en Historia. Nacido en Santander, vive en Santillana del Mar (Cantabria). Ha sido asesor del Consejo de RTVE en Cantabria. Es autor de casi una veintena de libros sobre enigmas históricos, entre los que destacan *Los Templarios y la palabra perdida, La vida secreta de Jesús de Nazaret* o *Felipe II y el secreto de El Escorial*. Es, además, coautor de libros como *Gótica* (Ed. Aguilar) o *Las claves del Código Da Vinci*. Asimismo, ha ganado el III Premio Finis Terrae de Ensayo Histórico con su obra *La España expulsada. Las violetas del Círculo Sherlock* fue su primera incursión en el mundo de la ficción y le granjeó el reconocimiento de la crítica y los lectores. *La tumba de Verne* es su segunda novela.

© Mariano Fernández Urresti, 2013
Autor representado por Silvia Bastos, S. L., Agencia Literaria
© De esta edición:
2013, Santillana Ediciones Generales, S. L.
Avenida de los Artesanos, 6
28760 Tres Cantos - Madrid
Teléfono 91 744 90 60
Telefax 91 744 92 24
www.sumadeletras.com

ISBN ebook: 978-84-8365-479-8
Diseño de cubierta: OpalWorks
Conversión ebook: Arca Edinet, S. L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Suma de Letras es un sello editorial del Grupo Santillana

www.sumadeletras.com

Argentina
www.sumadeletras.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia
www.sumadeletras.com/bo
Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile
www.sumadeletras.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.sumadeletras.com/co
Carrera 11A, nº 98-50, oficina 501
Bogotá DC
Tel. (571) 705 77 77

Costa Rica
www.sumadeletras.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.sumadeletras.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito
Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.sumadeletras.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.sumadeletras.com/es
Avenida de los Artesanos, 6
28760 Tres Cantos - Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos
www.sumadeletras.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.sumadeletras.com/can
26 avenida 2-20
Zona nº 14
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.sumadeletras.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo

Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México
www.sumadeletras.com/mx
Avenida Río Mixcoac, 274
Colonia Acacias
03240 Benito Juárez
México D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.sumadeletras.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.sumadeletras.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.sumadeletras.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico
www.sumadeletras.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.sumadeletras.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay
www.sumadeletras.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.sumadeletras.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51